

DESARROLLO

Alonso Aguilar M.

3a.  
EDICION

# Capitalismo, Mercado Interno y Acumulación de Capital



EDITORIAL NUESTRO TIEMPO

ALONSO AGUILAR M.

Capitalismo, Mercado  
Interno y Acumulación  
de Capital



**E D I T O R I A L**  
**NUESTRO TIEMPO, S. A.**

Colección: DESARROLLO

© EDITORIAL NUESTRO TIEMPO, S. A.

Avenida Copilco 300

Locales 6 y 7

México 20, D. F.

ISBN-968-427-040-2

Primera edición: 1974

Segunda edición: 1976

Tercera edición: 1979

Derechos reservados conforme a la ley

Impreso y hecho en México

*Printed and made in Mexico*

## I N D I C E

	<i>Pág.</i>
Presentación	7
<b>EL CAPITALISMO DEL SUBDESARROLLO</b>	<b>9</b>
I. La teoría burguesa del desarrollo, el “desarrollismo” y ciertas simplificaciones peligrosas	9
II. El marco histórico del capitalismo del subdesarrollo	32
III. El mercado interno	45
Origen histórico del capitalismo latinoamericano	45
De la acumulación originaria al capitalismo del sub- desarrollo	58
La relación mercado interno-mercado mundial en la fase imperialista	65
<b>DESCOMPOSICION DEL CAMPESINADO, MERCADO IN- TERNO Y SUBDESARROLLO</b>	<b>88</b>
Planteo del problema y encuadramiento teórico	88
Formación del mercado interno en México: de la econo- mía mercantil colonial al capitalismo en la agricultura	99
Descomposición del campesinado mexicano y expansión del mercado interior en los últimos decenios	111
<b>DESEMPLEO, ACUMULACION DE CAPITAL Y MERCA- DO INTERNO</b>	<b>141</b>
Magnitud y naturaleza del desempleo	141
El diagnóstico oficial del desempleo y la política a se- guir	152
En busca de una explicación teórica del desempleo: De los clásicos o los “neo-neoclásicos”	163
¿Ciencia pura o pura ideología?	174
Acumulación de capital, mercado y desempleo	183

“Ejército industrial de reserva” y “marginalidad”	194
La perspectiva mexicana	211
<b>ALGUNAS CONTRADICCIONES DEL PROCESO DE ACUMULACION DE CAPITAL</b>	<b>229</b>
Materialismo dialéctico y capitalismo monopolista	230
La acumulación del capital en México: algunos datos clásicos	236
Plusvalía y acumulación de capital	240
Contradicción fundamental, industrialización sustitutiva y patrón de acumulación	245
La contradicción fundamental, las distorsiones estructurales y el mercado	253

## PRESENTACION

*Se reitera a menudo que uno de los obstáculos principales con que tropieza el desarrollo de nuestros países consiste en la ausencia de un mercado interno suficientemente vigoroso. A veces se da incluso la impresión de que el mercado es cada vez más débil y de que, en tal virtud, parece abrirse una perspectiva de estancamiento, a menos que la distribución del ingreso se modifique en forma apreciable o surja algún otro estímulo al desarrollo.*

*Los ensayos que se recogen en este volumen se elaboraron a lo largo de varios años y no son, en un sentido estricto, partes de un todo. Pese a ello consideramos que el material tiene, en su conjunto, bastante unidad y aun cierta continuidad temática, que justifica la forma en que aquí se presenta, y que por cierto difiere de la elegida para la primera edición.*

*Los cambios consisten en haber —frente a limitaciones de espacio insalvables— eliminado esta vez los dos primeros ensayos: “El Mercado y el Desarrollo Económico” y “¿Sobrepoblación o Subdesarrollo?”, escritos, respectivamente, en 1952 y 1967, y en recoger el texto completo y no sólo una parte de “El Capitalismo del Subdesarrollo”, trabajo que se emplea como material de consulta en Escuelas de Economía, y cuya primera edición se había agotado, así como añadir un nuevo material consistente en el artículo “Algunas Contradicciones del Proceso de Acumulación de Capital”, publicado recientemente en la revista Estrategia, y que, no estando ya tampoco en circulación, se reproduce aquí por primera vez.*

*Creemos que el presente volumen tiene mayor unidad que el anterior, y esperamos que sea de utilidad no solamen-*

*te para quienes trabajan en el campo de la teoría del desarrollo sino para quienes se interesan en comprender mejor los problemas fundamentales del capitalismo mexicano.*

*Los estudios incluidos en este volumen se prepararon entre 1971 y 1975, y todos corresponden al trabajo realizado por su autor como investigador de tiempo completo en el Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Nacional de México.*

EDITORIAL NUESTRO TIEMPO

# EL CAPITALISMO DEL SUBDESARROLLO\*

## I

### LA TEORÍA BURGUESA DEL DESARROLLO, EL “DESARROLLISMO” Y CIERTAS SIMPLIFICACIONES PELIGROSAS

Desde hace, probablemente, cinco a diez años, se advierte un interés cada vez mayor en torno al estudio del subdesarrollo latinoamericano. A las investigaciones propiamente monográficas y descriptivas, a los trabajos fragmentarios o sobre hechos incidentales, a los intentos de definir los rasgos más característicos de nuestras economías, en busca de

---

\* El presente texto es la primera parte de un ensayo elaborado a partir de otros estudios del autor, así como de dos ciclos de conferencias en el II Seminario sobre Desarrollo e Integración de América Latina, organizado por el Centro de Estudios de Postgrado de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Central de Venezuela, y el segundo, impartido en un Curso de Perfeccionamiento Docente en la Escuela de Economía de la Universidad Central de El Salvador.

Varios compañeros de trabajo en el Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM: Fernando Carmona, Arturo Bonilla, Fausto Burgueño y Carlos Schaffer, tuvieron la gentileza de leer este ensayo y me hicieron interesantes sugerencias que mucho agradezco. Burgueño, además, me ayudó a seleccionar y revisar materiales de consulta en la etapa inicial, así como a preparar numerosas transcripciones sobre los temas que consideramos de mayor interés.

El ensayo fue publicado en el número 8 de la revista *Problemas del Desarrollo*, UNAM, julio-septiembre 1971. El autor agradece a dicho Instituto la autorización para recogerlo en este volumen.

una imagen objetiva y fiel del atraso que nos aqueja, ha sucedido otro tipo de estudios y de enfoques que sin duda revelan avances alentadores. Ahora, en ensayos más ambiciosos y mejor articulados, empieza a sistematizarse el examen de los problemas más graves, y lo que es más importante, a ahondarse en el estudio del contexto histórico en que tales problemas han surgido y de los hechos que los han condicionado. A partir del esfuerzo tenaz y pionero de ya varias decenas de economistas, sociólogos, antropólogos, historiadores y otros estudiosos de las ciencias sociales, comienza a tomar cuerpo una teoría del subdesarrollo capaz de explicar racionalmente lo que ocurre en Latinoamérica y de contribuir a transformar, en beneficio de las masas populares, el estado de cosas prevaleciente.

Aun no se ha llegado, lo admitimos, a un momento en el que, en definitiva, se haya roto en todas partes con las explicaciones más trilladas y anacrónicas del subdesarrollo. Con una frecuencia que exhibe el increíble grado de alienación de las clases dominantes y de quienes las sirven desde las más diversas posiciones, de México a la Argentina y de Brasil a Ecuador o Colombia, funcionarios públicos, economistas oficiales y hombres de negocios nacionales y extranjeros repiten fórmulas gastadas y caducas, que casi siempre corresponden a las teorías en boga en la metrópoli imperialista y en general, en los centros académicos de Occidente. Las viejas ideas no sólo tienen cabida en discursos acartonados y protocolarios, en las columnas y editoriales de la prensa comercial, en las consignas de los organismos obreros oficiales, y, desde luego, en las conferencias de la OEA y aláteres, sino que también se aceptan en las universidades, al menos por quienes se empeñan en preservar un extraño y peculiar patrón de la división internacional del trabajo intelectual, en el que las teorías, a la manera como tradicionalmente ha acontecido con las manufacturas, se elaboran, transforman y aderezan en los países dominantes, quedando a las naciones subordinadas el papel,

mucho más pasivo y modesto, de hacerlas suyas y repetirlas mecánica y dócilmente.

Tan ocurre esto último que no son pocos los centros de estudios superiores en los que las ciencias sociales se enseñan todavía a partir de obras y corrientes ideológicas principalmente anglosajonas, y en general, extranjeras, y en los que incluso el subdesarrollo de los países de América Latina se sigue estudiando con base en teorías inadecuadas, que más que haberse elaborado para explicar el fenómeno, parecen haber sido hechas para justificarlo "científicamente".

¿Quién no recuerda esas teorías metropolitanas según las cuales el subdesarrollo latinoamericano obedece a que nuestros pueblos son perezosos, a que son ignorantes y apáticos, a que son egoístas y refractarios a los valores culturales modernos? ¿Quién no ha oído o leído que nuestro atraso se atribuya a factores raciales o a que la religión católica no supo o no pudo exaltar el móvil de lucro y el principio de la "racionalidad" capitalista como lo hizo la iglesia protestante europea a partir del siglo XVI? ¿Y qué decir de esos alarmados y fatalistas neomalthusianos, que a cada rato insisten en que sólo mediante un herodiano descenso en el crecimiento demográfico, susceptible a su vez de lograrse con el uso indiscriminado de anticonceptivos, será posible que los latinoamericanos mejoremos nuestros niveles de vida? La verdad es que poco o nada avanzaremos en la comprensión de los problemas fundamentales en tanto simplemente repitamos que nuestros pueblos no progresan porque su capital es escaso, porque su técnica es atrasada e ineficiente o porque el llamado "efecto demostración" impone patrones de consumo que impiden ahorrar a un ritmo satisfactorio. Mientras no rompamos tales marcos de referencia —que a veces se antojan verdaderas camisas de fuerza— y escapemos a esas y otras ideas y prejuicios análogos; mientras no distingamos los efectos y las causas y comprendamos que las razones que determinan el subdesarrollo no consisten en que falten mercados internos o sean éstos demasiado estrechos e imperfectos, ni en la acción de tales o cuales círculos

viciosos, ni en un supuesto dualismo estructural que frene la expansión capitalista, o en que a nuestras economías siga faltando el “gran impulso”, el “esfuerzo crítico mínimo” necesario en la etapa del “despegue”; mientras sigamos dependiendo de tales diagnósticos, será muy difícil que logremos explicar nuestros males e imposible que podamos ofrecerles solución.

Por fortuna cada vez se toma mayor conciencia de ello en Latinoamérica, y aunque las posiciones conservadoras y tradicionalistas siguen siendo las dominantes en los centros académicos, comienzan a soplar nuevos vientos, Cuestiones que antes se aceptaban pasiva y calladamente ahora se discuten; modestas reformas académicas, que hasta hace poco tiempo se ostentaban con orgullo por sus defensores como grandes avances, quedan como medidas inocuas o como simples puntos de partida de transformaciones que apenas se inician. El “malinchismo” y el culto a lo extranjero, posición que casi siempre va acompañada del desdén hacia lo nuestro, se repliega a menudo ante la justa crítica de los jóvenes, y a veces se la ve en franca retirada como si ya no bastara apelar a textos escritos en idiomas extranjeros —que a menudo no pasan de ser obras de cuarta o quinta clase— para impresionar a los demás y reclamar, en actitud suficiente, la razón. Por todas partes afloran nuevas inquietudes que, poco a poco, cristalizan en un pensamiento de vanguardia; y la corriente rutinaria y conservadora, dispuesta a ver en cada esfuerzo renovador una amenaza de comunismo, empieza a recoger con sorpresa el rechazo de otros “ismos” que precisamente ella postula y defiende: el funcionalismo, el pragmatismo, el neopositivismo, el tecnocratismo y el subjetivismo con los que, desde las posiciones más deleznable, se pretende convertir a las ciencias sociales en palabrería apologética e intrascendente, unas veces, y otras en modelos matemáticos que, pese a su aparente rigor y alto grado de abstracción —y en tal sentido, a su lejanía de la realidad— en la práctica suelen servir esencialmente

para justificar el comportamiento y defender los intereses y los privilegios de las clases dominantes.

Frente al seguidismo de quienes por comodidad, por temor y aun por inercia prefieren repetir las mentiras convencionales y las verdades a medias de los ideólogos metropolitanos, el pensamiento de vanguardia opone los hechos a las palabras y exige nuevos enfoques y nuevas ideas. Los sectores genuinamente progresistas "entienden que se imita demasiado, y que —como decía Martí— la salvación está en crear. Crear es la palabra de pase de esta generación. El vino, de plátano: y si sale agrio ¡es nuestro vino!"<sup>1</sup>

¿Qué críticas se hacen a las teorías del desarrollo que, fundamentalmente con fines de exportación, se fabrican en ciertas universidades extranjeras? ¿Por qué son cada vez más quienes las rechazan y buscan nuevos cauces para explicar lo que tales teorías soslayan, menoprecian, evaden y aun tergiversan? ¿Por qué se desprestigia lo que en algunos países se conoce como "desarrollismo", pese al empeño con que lo defienden las clases en el poder? Sería imposible, en unos cuantos párrafos, recordar siquiera las principales críticas que suelen hacerse a los planteamientos teóricos más socorridos. En otros trabajos lo hemos intentado ya con cierta amplitud,<sup>2</sup> y aquí sólo nos limitaremos a destacar, en una apreciación esquemática y de conjunto, algunos rasgos comunes de lo que, genéricamente, podríamos llamar la teoría burguesa del desarrollo, una teoría a veces imprecisa y difícil de ubicar, que naturalmente difiere en ciertos aspectos de un autor a otro, y que con frecuencia adopta modalidades diversas en diferentes países; pero que en todos ellos es la teoría dominante, la teoría aceptada por los funcionarios públicos y los banqueros, por los economistas y sociólogos conservadores, por los líderes obreros más comprometidos con el *establishment*, la que se repite en

---

<sup>1</sup> José Martí, "Nuestra América", *Obras completas*, La Habana, 1968, tomo 6.

<sup>2</sup> *Teoría y política del desarrollo latinoamericano*, México, 1967 y *Economía política y lucha social*, México, 1970.

reuniones nacionales e internacionales como la única legítima y realmente científica, y la que, por consiguiente, orienta, inspira y es punto de partida de múltiples planes y programas oficiales —nacionales e internacionales— de desarrollo.

1) Lo primero que tales teorías pretenden, como se sabe, es ser explicaciones objetivas, neutras, no comprometidas con ningún interés que no sea el de la verdad. Su objetividad y neutralidad resultan, sin embargo, francamente sospechosas, y su vano rechazo de toda ideología un ardor idealista más o menos hábil, aunque en el fondo engañoso e inaceptable. Mientras las posiciones que lesionan los intereses de la burguesía son vistas como posiciones “políticas” o sea “no científicas”, cargadas de pasión y de perturbadores elementos ideológicos, las que ellos postulan, y que, no casualmente, en el fondo sólo tienden a defender los intereses de la clase en el poder, esas sí son “objetivas” y “científicas”, eclécticas e “imparciales”, ajenas a los conflictos de clase y capaces, por tanto, de situarse al margen y por encima de tales conflictos.

2) Frecuentemente caen en el pragmatismo y el metodologismo. Parecen interesarse más en el andamiaje que en el edificio propiamente dicho, que pretende construirse; y desprovistas de todo enfoque teórico desenlazan en una especie de culto a la estadística y a los números, a los hechos concretos así sean secundarios y aislados y a la mera acumulación y recopilación de datos y circunstancias de no mayor interés, o desembocan en un tecnocratismo pedante y superficial, en el que, a partir de análisis simplistas se construyen no menos simplistas y rígidos modelos econométricos, que poco o nada tienen que ver con la realidad cambiante y contradictoria a que supuestamente se refieren.

3) Adoptan un peculiar y suave gradualismo que hace del desarrollo de la sociedad un proceso uniforme, terso, unilineal, que se desenvuelve en línea recta, verticalmente —o cuando más, circularmente— en el trayecto que va de la economía “tradicional” a la “moderna”, conforme a una teoría del *continuum* en la que el desarrollo es el punto fi-

nal de una ruta corta y sin mayores accidentes ni largas esperas intermedias, en tanto que el subdesarrollo es una fase inicial que precede al desarrollo y siempre culmina en éste. Lo que podría parecer un enfoque histórico resulta, así, esencialmente estático: un extraño dinamismo mecanicista, un mero ejercicio de "estática animada" en el que el factor tiempo se introduce de un modo arbitrario en esquemas divorciados de la realidad, y en el que las categorías propiamente históricas y las fases reales del desarrollo social se sustituyen por un esquema sencillo y sugerente, pero falso y prefabricado (sociedad "traicional" —sociedad "moderna") como el que nos ofrecen autores tales como Rostow, Parsons, Hagen y, entre los latinoamericanos, el sociólogo Germani.

4) Las explicaciones de que hablamos aceptan el cambio; pero no como éste se produce en la realidad sino en tanto sea armonioso y equilibrado, es decir, en tanto corresponda a lo que ciertos políticos oficiales mexicanos llaman, en su jerga demagógica y pintoresca —que seguramente envidiarían incluso el profesor Nurkse y los teóricos del "crecimiento equilibrado"—: un "cambio con estabilidad y con justicia". Rechazan, por el contrario, los cambios cualitativos propiamente estructurales, a los que, por lo demás, no consideran de interés para la teoría del desarrollo; y en rigor confunden a éste con un mero crecimiento vegetativo que siempre se da dentro del marco capitalista, antes del cual para ellos sólo hay atraso y cuasi-estancamiento, y después: subversión y caos. La estabilidad y el equilibrio dejan de ser, en tal virtud, meros supuestos teóricos más o menos irreales y librescos, y se convierten en exigencias diarias, aunque casi siempre retóricas, de los defensores del viejo *status*.

5) El progreso económico y social se concibe o hace descansar en una fácil, ininterrumpida y creciente diseminación de avances técnicos desde los países más avanzados hasta los menos favorecidos, y el desarrollo, en consecuencia, resulta no sólo la meta de los países subdesarrollados sino la condición de su progreso. Las naciones que triunfan

económicamente comparten sus éxitos, debido a su gran capacidad de propagación o difusión de los mismos, con la que se rezagan. Y si el ritmo a que extienden el progreso no es más rápido ello obedece a que los países subdesarrollados, a causa de su propio atraso, no pueden asimilar las nuevas técnicas con mayor celeridad. Naturalmente nada se dice respecto a los hechos reales que obstaculizan la diseminación de los avances técnicos en favor de esos países, y menos, todavía, acerca de la forma en que los más industrializados explotan a otros pueblos a través de un patrón de relaciones económicas internacionales injusto, irracional y, en última instancia, impuesto por la fuerza.

6) Los fenómenos socioeconómicos se estudian de manera aislada y fragmentaria, con frecuencia cayendo en un parcelamiento arbitrario del método científico y de la propia realidad que trata de estudiarse, lo que procede y a la vez desenlaza de, y en enfoques unilaterales como el economismo, el sociologismo, el historicismo, el psicologismo y el maticismo, en vez de combinar métodos, técnicas y procedimientos propios de las diversas disciplinas utilizables en el examen del desarrollo social. Y todo ello expresa o se asocia a un funcionalismo mecanicista —contrario a una concepción dialéctica del proceso histórico, o sea a una verdadera teoría de la historia—, que supone relaciones funcionales más o menos sencillas —a menudo, inclusive, lineales— en donde se dan entrelazamientos recíprocos sumamente complejos, o que, en forma más o menos arbitraria y dogmática convierte en variable independiente un factor o hecho aislado que, a partir de su elección, se vuelve, por arte de magia, el principio rector del fenómeno de que se trate.<sup>3</sup>

7) En fin, al construir sistemas explicativos sobre conceptos meramente formales, o en el mejor de los casos sobre

---

<sup>3</sup> Un interesante artículo sobre estos temas es el de Susane J. Bodenheimer, "The ideology of developmentalism", publicado en el *Berkeley Journal of Sociology* (sin referencia precisa en la fuente consultada).

hechos parciales desconectados del proceso real del desarrollo se cae en un formalismo estático, abstracto e idealista, de supuesto alcance universal y por ende de "mayor" generalidad y valor científico, o se combina la teoría a un análisis a corto plazo de los factores del crecimiento del ingreso, en el que los fenómenos propiamente estructurales se ignoran o dejan de lado como si su estudio no sólo resultara impropio en tal perspectiva analítica, sino incluso fuera ajeno a la economía y a la sociología. Ni qué decir, por tanto, que en tales enfoques se omite el empleo de categorías históricas de indiscutible valor científico como las clases sociales y las relaciones y conflictos que surgen entre ellas, la propiedad privada de los medios de producción, la explotación del trabajo asalariado, el fenómeno de la dependencia, el imperialismo, etcétera, todo lo cual vuelve difícil y aun imposible penetrar en el examen serio de la problemática real, y sobre todo estructural, del subdesarrollo, y con mayor razón aún resolver los más graves problemas a que se enfrentan nuestros países.<sup>4</sup>

En efecto, y a pesar del empeño con que ciertos autores pretenden convencernos de que el subdesarrollo no tiene relación con esas cuestiones, ¿quién podría a estas horas aceptar objetiva, honradamente, que el atraso económico de nuestros países nada tiene que ver con que sean explotados y dependientes o con el hecho de que sus riquezas y particularmente el fruto del trabajo del pueblo, se hayan dilapidado dramáticamente a lo largo de siglos en beneficio

---

<sup>4</sup> Dos interesantes trabajos del Centro de Estudios Socioeconómicos de la Universidad de Chile sobre el desarrollismo y las teorías del desarrollo que más circulan en ciertas universidades y centros gubernamentales de investigación, son *Desarrollismo y capital extranjero*, de Orlando Caputto y Roberto Pizarro (Santiago de Chile, 1970) y un ensayo contenido en *Dependencia y cambios sociales*, de Theotonio Dos Santos (Cuadernos de Estudios Socioeconómicos, No. 11, Santiago, 1970). De los primeros autores citados, véase también *Imperialismo, dependencia y relaciones económicas internacionales*, Santiago, 1971. [Todos estos trabajos han sido reseñados en *Problemas del Desarrollo*, números 7 y 8. N. del Ed.].

de una pequeña minoría de ricos nacionales y extranjeros cuya presencia ha sido y es hoy, el principal obstáculo al progreso? ¿quién podría concebir el subdesarrollo como un fenómeno ajeno al capitalismo y al imperialismo, o ver en éste tan sólo un hecho anacrónico o la expresión de una vieja política agresiva por fortuna ya superada en el llamado "mundo libre"?

No obstante todas sus fallas y limitaciones, las teorías a que nos referimos siguen inspirando muchas de las explicaciones académicas del subdesarrollo y aún influyen grandemente en la estrategia y la política económicas en América Latina. Los cambios de forma o de grado y las modalidades más o menos diversas que adoptan en cada país no impiden reconocer el patrón ideológico que, a manera de común denominador, subyace a todas ellas. Tomando como punto de referencia lo que, sobre todo en los países del sur del continente ha dado en llamarse "desarrollismo", podemos apreciar lo que esencialmente distingue a tales posiciones y lo que significan, no ya como formulaciones teóricas sino en su aplicación práctica.

¿"En qué consiste el desarrollismo"? La verdad, no es fácil precisarlo. "Como todas estas expresiones que brotan en la confrontación ideológica —comenta el doctor Prebisch— es confuso el significado del concepto. Acaso se refiere a la actitud de quienes no creen que sean necesarias grandes transformaciones para acelerar el curso presente del desarrollo, y confían en que las disparidades sociales se irán desvaneciendo por la propia dinámica del desarrollo. ¡Lo esencial es desarrollarse; se verá después lo que se hace!"<sup>5</sup>

Tal es, en efecto, una versión del "desarrollismo". A nuestro juicio la más simple: la que podríamos llamar "hamiltoniana"; una versión que, esencialmente, ve en el desarrollo un fenómeno de crecimiento cuantitativo de ciertas variables macroeconómicas. Mas en el curso de los

---

<sup>5</sup> Raúl Prebisch, *Transformación y desarrollo. La gran tarea de América Latina*. México, 1970, p. 23.

últimos años se ha ido configurando otra variante, en la que sin dejar de reconocerse que se requieren ciertos cambios y aun admitiéndose, verbalmente, que algunos de ellos son estructurales, en la práctica sólo se aceptan aquellos que no ponen en peligro el orden, o si se prefiere, el desorden de cosas existente. Esta versión es más sofisticada: combina el crecimiento con la estabilidad, la expansión de las fuerzas productivas con la justicia social, el crecimiento del ingreso con su reparto equitativo, el uso del financiamiento externo con el supuesto propósito de afirmar la independencia económica, la intervención del estado en la economía con el estímulo a la empresa privada, la asociación amistosa del capital nacional y el extranjero, o sea la coexistencia pacífica de las pequeñas empresas nacionales y de los gigantescos monopolios internacionales.

Por ello no deja de sorprender que al criticar el doctor Prebisch el "desarrollismo", escoja, al parecer, su variante más elemental y deje, en cambio, de lado, la existencia de otras, y concretamente de la que la CEPAL y él mismo, difundieron y defendieron en las últimas dos décadas, haciéndose eco de la opinión dominante en muchos gobiernos latinoamericanos y contribuyendo, a la vez, a que éstos hicieran suya la estrategia desarrollista. La omisión es tanto más significativa cuanto que lo que se evade es, precisamente, lo que acaso ha llegado a convertirse en la teoría y la práctica desarrollistas por excelencia en América Latina, ambas, por cierto, basadas en la tesis de que la crisis del llamado modelo de "crecimiento hacia afuera", obligó, a partir del colapso económico mundial de 1929, a un "crecimiento hacia adentro" en que el desenvolvimiento habría de descansar en el mercado interno y en un patrón de relaciones internacionales en que los países capitalistas más avanzados contribuyeran, principalmente con recursos financieros y técnicos y una favorable política comercial, a la industrialización y el desarrollo independiente de los más atrasados. Podría afirmarse que tal es la esencia del planteamiento desarrollista, y que éste no sufre alteraciones de fondo cuando, a par-

tir de la reunión de Punta del Este de 1961, en el marco ya de la Alianza para el Progreso, se habla de reformas estructurales, integración regional y planificación.<sup>6</sup>

La doctrina desarrollista comienza a gestarse bajo la depresión de los años treinta, cuando las exportaciones de productos primarios se derrumban catastróficamente y caen con ellas la capacidad de importación, los ingresos y gastos públicos, el circulante monetario y el volumen de inversión y de ahorro, el nivel de ocupación, el ingreso nacional y la actividad en todo el sistema. Dicha doctrina se refuerza en los años de la Segunda Guerra Mundial, en que se vuelve imperioso fabricar bienes que antes se importaban y que el conflicto hace imposible producir y distribuir por los canales tradicionales, y toma una forma académicamente más precisa cuando, en 1949, Prebisch y la CEPAL subrayan que el avance técnico, lejos de propagarse en beneficio de los países económicamente más atrasados, es retenido y concentrado por las naciones industriales que compran barato y venden caro al resto del mundo. Son los pobres, por consiguiente, quienes comparten sus modestos incrementos de productividad con los ricos, y no a la inversa. Y, a la creciente desigualdad que tal situación genera, se añade un crónico deterioro en la relación de intercambio que, a su vez, resulta de la "insuficiencia dinámica del desarrollo" y de la mayor velocidad con que crece la demanda de manufacturas (importaciones) frente a la de productos primarios (exportaciones) de los países subdesarrollados.<sup>7</sup>

Es tal la fe que, en un momento dado, llega a tenerse en el modelo de "crecimiento hacia adentro", que algunos asocian el concepto mismo de subdesarrollo a la dependencia respecto a las exportaciones primarias y el de desarrollo a la industrialización sustitutiva de importaciones. Incluso

---

<sup>6</sup> Véanse la *Carta de Punta del Este* y la *Declaración de los pueblos de América*, documentos en los que se recogen los principales aspectos de la doctrina de la ALPRO.

<sup>7</sup> Cf. Raúl Prebisch, *El desarrollo económico de América Latina y sus principales problemas*, Naciones Unidas, Nueva York, 1949.

piensan que el papel del capital extranjero cambiará radicalmente en la nueva fase del proceso, y consideran que, además de ser transitoria la necesidad de financiamiento externo, éste contribuirá a afirmar el tan deseado desarrollo independiente.<sup>8</sup>

Durante varios años tales ideas circularon, al menos en los organismos y grupos oficiales de América Latina, como la teoría y la práctica de un desarrollo independiente. En Santiago de Chile y Buenos Aires, en México y en Río, en Caracas, Lima y Bogotá, se repitió que la sustitución de importaciones —entonces principalmente de bienes de consumo— por una producción interna que el estado apoyara a través de una acción supletoria y del estímulo de la empresa privada, conduciría, en un marco de estabilidad social interna, unidad nacional, integración regional y cooperación internacional, al reforzamiento de la economía latinoamericana. A la altura en que nos hallamos y frente al deterioro comercial sufrido en los últimos quince años, no sólo es evidente que nuestros países jamás habrían podido emanciparse bajo la estrategia impuesta, claro es, por el imperialismo, del “crecimiento hacia afuera”; empieza a ser igualmente claro que tampoco lograrán su independencia, como lo han sostenido la burguesía doméstica y los defensores ex-

---

<sup>8</sup> “El subdesarrollo —dice por ejemplo, Rogerio Frigerio, quien por cierto jugó un prominente papel en Argentina bajo el gobierno “desarrollista” de Arturo Frondizi—. . . se define como la incapacidad de financiar el desarrollo sostenido de las fuerzas productivas con el producto de las exportaciones primarias”. Y en otro pasaje, expresa: “El capital externo, que en el siglo pasado vino a nuestros países para desarrollar nuestra producción primaria y someternos al esquema de la división internacional de trabajo, está obligado, en su propio interés, a venir ahora a desarrollar nuestra industria y nuestra capacidad adquisitiva. Es muy distinto el signo de una y otra inversión: la primera anudaba los lazos de la dependencia; la segunda nos ayuda a desarrollarnos como naciones independientes.” Citado por Juan Pablo Franco en “Reflexiones en torno al desarrollismo: el caso frigerista”. *Desarrollo y desarrollismo*, autores varios, Buenos Aires, 1969, pp. 156 y 368.

tranjeros de tal esquema, bajo el modelo del "crecimiento hacia adentro".

El propio doctor Prebisch parece pensarlo así cuando señala que:

...la América Latina tiene que encontrar nuevos caminos sin la carga del pasado, sin preconceptos ideológicos. La insuficiencia dinámica no es un fenómeno episódico, sino la expresión de la crisis profunda de la fase de desarrollo que comienza en la gran depresión mundial de los años treinta. Esta fase ha cumplido hace tiempo su papel y está provocando otra crisis... la crisis del «desarrollismo».<sup>9</sup>

El "desarrollismo", efectivamente, está en crisis; en crisis grave e irreparable. En vez del desarrollo vigoroso e independiente que sus apologistas nos ofrecían, lo que está a la vista es un crecimiento desigual, contradictorio, deforme, enfermizo y subordinado que, después de veinte, treinta y en algunos casos cincuenta años no logra romper los obstáculos más tenaces ni resolver las necesidades más ingentes y elementales de las grandes mayorías de nuestros pueblos. Con toda su retórica, con sus formulaciones academizantes, con sus promesas y sus eufemismos, el "desarrollismo" ha desembocado en un panorama de graves desequilibrios de la balanza de pagos, que a su vez resultan del drenaje provocado tanto por las inversiones y préstamos del exterior como por la propia dinámica de una industrialización sustitutiva y dependiente, que al mismo tiempo que libra al país que la realiza de ciertas importaciones, crea la necesidad de otras mayores, más complejas y costosas.<sup>10</sup>

<sup>9</sup> Raúl Prebisch, *op. cit.*, p. 22.

<sup>10</sup> "...el proceso de industrialización sustitutiva, lejos de reducir la dependencia externa y la vulnerabilidad al comercio internacional de estas economías, en cierto modo las acentúa. Por un lado, la economía sigue basada sobre las exportaciones tradicionales de productos primarios; por otro, en la estructura de las importacio-

En ese panorama persisten las presiones inflacionarias y se agudiza la ya alarmante desigualdad en el reparto de la riqueza y el ingreso. En vez de que las empresas nacionales se fortalezcan, son los monopolios extranjeros los que se extienden y consolidan en las principales ramas de la industria, el comercio y los servicios; en vez de que el caudal de recursos financieros disponibles se incremente con la ayuda extranjera, la succión del ahorro interno se agrava y crece la "espiral del endeudamiento externo"; en vez de gobiernos democráticos, surgidos del creciente desarrollo, proliferan los regímenes pretorianos resueltos a liquidar los rastros de democracia que puedan quedar en ciertos países.

Tales son algunos de los hechos, objetivos e irrefutables, que muestran el fracaso del "desarrollismo" latinoamericano y de la ilusión reformista de creer que, con la ayuda del capital extranjero y la débil y errática acción de una burguesía interna, incapaz y parasitaria, podría lograrse un desarrollo nacional independiente. Confiar la independencia económica a una industrialización y a una burguesía cada vez más dependientes —ahora lo sabemos de sobra— ha demostrado ser tan vano como confiar la causa de la libertad económica a los monopolios, encomendar a los ricos la liquidación de la pobreza, o, lo que es lo mismo: dejar la iglesia en manos de Lutero. Y lo que es más: el fracaso del "desarrollismo" no sólo ha puesto en claro la ineficacia de una política sino la invalidez de una teoría, aun de toda una concepción del desarrollo y de la ciencia social. Y aunque algunos se aferran a sus viejas posiciones o las sustituyen por otras no menos invigentes, y los más hábiles las aderezan con nuevos y más o menos vistosos adornos, quienes honra-

---

nes prácticamente todo lo que se conserva es de importancia esencial o estratégica..." Osvaldo Sunkel y Pedro Paz, *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*. México, 1970, p. 367. (Y aun no siendo de "importancia esencial o estratégica", diríamos nosotros, son importaciones a las que la clase dominante no está dispuesta a renunciar, porque constituyen una parte no deleznable de los privilegios que suele defender con mayor celo.)

damente tratan de comprender la problemática del subdesarrollo afirman, a su vez, la convicción de que ha llegado el momento de abrir nuevos caminos.

Sobre las viejas teorías sólo se pueden forjar, como lo comprueba la experiencia de las últimas décadas, estrategias erróneas y políticas inadecuadas. Se necesitan nuevos enfoques teóricos, nuevas perspectivas de análisis, objetivas y realistas, que partan del examen metódico y riguroso de los hechos y no de prejuicios, buenos deseos y hasta intereses inconfesables. Se requiere ir al fondo de los problemas, no quedarse en la forma o en la superficie; no ver únicamente el subdesarrollo en el corto plazo sino como un fenómeno dinámico, propiamente histórico, complejo, múltiple, ramificado y de largo alcance. Los caminos más trillados son comúnmente los más fáciles de recorrerse pero no los que llevan más lejos. ¡Enhorabuena que se aproveche lo que haya de aprovechable en la teoría tradicional! Todo lo que sirva a un mayor y mejor conocimiento de las realidades que pretendemos transformar debiera utilizarse, incluso lo que concretamente aporte —si tal fuere el caso— el enemigo. Proceder de otra manera sería erróneo y torpe.

El problema, sin embargo, consiste en que, en particular para los economistas, aunque también para los sociólogos, los historiadores y los estudiosos de la ciencia política, las corrientes de moda en los centros académicos occidentales no abren por cierto, como hemos dicho ya, mayores horizontes. Antes al contrario los angostan y cierran. Para la economía neoclásica y aun para las corrientes neokeynesianas que aceptan el replanteamiento de ciertas variables macroeconómicas importantes, los problemas básicos del desarrollo y el subdesarrollo siguen fuera de su alcance. Y una de dos: o el economista latinoamericano trabaja dentro de esos estrechos marcos académicos y renuncia a comprender la realidad en que vive y los factores históricos que la determinan, o se libera de la servidumbre respecto a concepciones anacrónicas y enfoques tradicionalistas y se lanza con decisión a incursionar en nuevos campos en los que, ade-

más de ver los árboles, pueda apreciar el bosque en su conjunto.

Afortunadamente empiezan a comprenderlo así muchos investigadores latinoamericanos, que, como dice Kaplan:

...Sin negar ni desaprovechar los aportes positivos provenientes de otras corrientes... reasumen e intentan desarrollar los principales aspectos positivos del marxismo: sentido crítico y desmixtificador; concepción dinámica y totalizante; diferenciación e interrelación de niveles y aspectos; reconocimiento de la importancia de lo económico y lo tecnológico; estructura y dinámica de las clases y de los grupos; correlaciones entre estructura económica, estratificación social y poder político; teoría del proceso y del conflicto; vinculación postulada con la praxis en sentido amplio; inmunización contra el mito de la neutralidad valorativa.<sup>11</sup>

En esos nuevos cauces, muchos aún prácticamente desconocidos pero atractivos y prometedores, se replantean los viejos problemas, se renueva su examen, se abren brechas antes inexistentes, se abandonan lugares comunes y tesis simplistas y dogmáticas, y del contacto estrecho y el estudio cada vez más serio de las diversas realidades nacionales y de la región en su conjunto van emergiendo dudas, inquietudes, desacuerdos, opiniones discutibles, parciales y aun errónea si se quiere; pero también formulaciones más frescas, más congruentes y lúcidas que anuncian la proximidad de una pródiga cosecha intelectual que a todos habrá de enriquecernos.

El problema del subdesarrollo, que en otras épocas fue dado por supuesto como un fenómeno natural e inevitable, que casi nadie intentó ubicar con precisión en el tiempo y el espacio; el mismo que más tarde fue convertido en "etapa inicial" de un proceso sencillo y ascendente, en el que en

<sup>11</sup> Marcos Kaplan, "La ciencia política en la encrucijada", revista *Aportes*, París, abril de 1970, p. 138.

cierto modo por inercia se irían escalonando los peldaños superiores; lo que, en otras palabras, tendió hasta hace poco tiempo a asociarse a un precapitalismo ambiguo y en gran medida liquidado, comienza por fin a ser visto como lo que es: como un proceso histórico que, lejos de haber quedado al margen del desarrollo capitalista de las últimas centurias, surgió dialécticamente de él y de la explotación interna e internacional a que dio lugar. Comienza el atraso a ser visto como un fenómeno social ligado estrechamente a la esencia del sistema y cuya constante principal ha sido una dependencia dinámica y múltiple, que como un factor externo, y sobre todo como condición estructural interna, ha influido e influye decisiva y desde luego, negativamente, en su desenvolvimiento.

En tal perspectiva resulta indispensable emplear un nuevo instrumental analítico; abrir la vieja "caja de herramientas" y revisar cuidadosamente lo que hay en ella; ver qué puede seguir sirviendo y qué es menester sustituir por herramientas mejores. Y así es como en el contexto de un análisis que, con todas sus variantes, en sus versiones más ciertas tiende a ser histórico-estructuralista, empieza a trabajarse sistemáticamente sobre el fenómeno de la dependencia, entendida ésta como una categoría histórica real y a la vez como un instrumento analítico de singular importancia.

Todos estos avances son indudablemente positivos y dignos de reconocimiento; y, sin embargo, como no podría ser de otra manera, a menudo se advierten ciertas fallas y desviaciones de las que debiéramos precavernos. Así, por ejemplo: al asociar el subdesarrollo al capitalismo e invertir la tendencia tradicional a divorciar a uno del otro, parece en ocasiones aludirse a un capitalismo un tanto abstracto y vago, que en rigor no se sabe cuándo, dónde y cómo surge y se desenvuelve; un capitalismo global, en cierto modo preexistente, absoluto y universal, cuyas fases y sobre todo cuyo comportamiento, modalidades y contradicciones específicamente latinoamericanas, apenas quedan sugeridas o pálidamente dibujadas, mas no definidas con claridad.

A veces se tiende a enfoques estructuralistas cuyo alcance y naturaleza no es fácil comprender ni, menos todavía, aceptar, pues si bien responden al propósito de situar el subdesarrollo en una perspectiva más amplia, que permita apreciar la totalidad del fenómeno y no solamente sus partes, a menudo se cae en un estructural-funcionalismo, que en verdad poco difiere y poco añade a las explicaciones funcionalistas más socorridas, pues sus proposiciones no escapan a un formalismo esencialmente ahistórico. Otras veces se circunscribe el examen del subdesarrollo a rodeos periféricos y superestructuralistas más o menos insuficientes, y otras más se postula un estructuralismo confuso, unilateral, primario, mecanicista, en el que la interrelación de los fenómenos fundamentales se diluye y aun pierde del todo y la estructura socioeconómica —cuyo contenido mismo resulta no pocas veces impreciso— o bien se toma como un dato dado, como un escenario fijo y meramente de fondo, y no como un fenómeno cambiante, propiamente histórico, cuyos desplazamientos y contradicciones deban ser cuidadosamente estudiados, por ser ellos, precisamente, los que conforman el subdesarrollo. En fin, la estructura se supone una entidad, un complejo de relaciones que si bien se reconocen cambiantes, a la vez dan la impresión de concebirse como algo aislado, ajeno y aun superior a la acción humana.<sup>12</sup> Como si la famosa afirmación de Marx de que “en la producción social de su existencia, los hombres entran en relaciones necesarias, ajenas a su voluntad. . .”,<sup>13</sup> significara que los fenómenos sociales se desenvuelven conforme a un determi-

---

<sup>12</sup> A propósito de este divorcio entre lo estructural y lo humano, comenta con gracia Garaudy: “Fornault no puede dar cuenta del paso de una estructura a otra, porque la estructura, según él, es totalmente extraña al hombre. Habla de las estructuras sin referirse jamás a los hombres que las han engendrado. ¡Misterio de la immaculada concepción! Las estructuras caen verdaderamente del cielo. . .” R. Garaudy, “Estructuralismo y muerte del hombre”. *Estructuralismo y marxismo*. Autores varios. Barcelona, 1969, p. 184.

<sup>13</sup> Carlos Marx, *Contribución a la crítica de la Economía Política*, La Habana, 1968, prefacio, p. 12.

nismo mecanicista, enteramente extraño al curso real del proceso histórico y, desde luego, al marximo-leninismo, y no como resultado de procesos en los que el hombre, si bien actuando en condiciones que él no crea a su antojo, es el protagonista principal.

En el fondo, lo que tales posiciones —y en no menor medida las inversas— parecen exhibir como principal falla es una profunda incomprensión acerca de la forma en que, en el proceso socioeconómico, interactúan las condiciones objetivas y las subjetivas. A ello obedece en gran medida que mientras algunos autores aluden a la situación imperante como algo rígido e intocable, como una realidad que la ciencia no puede ni debe intentar modificar, como una especie de pesada lápida que nos aplasta y de la que no podremos librarnos a partir de nuestro propio esfuerzo; otros, desconociendo y desdeñando el papel y la dirección de las leyes que rigen el proceso histórico, reniegan y aun niegan la influencia de condiciones objetivas, cayendo en un voluntarismo *librearbitrista* que les hace creer que el cambio social y concretamente el desarrollo nacional independiente de países como los nuestros puede lograrse con sólo gritos destemplados o unas cuantas reformas institucionales más o menos inocuas, y no a partir de una lucha social organizada, realmente revolucionaria, que contribuya a hacer madurar y aun a *crear* las condiciones objetivas que empujan a la humanidad hacia el socialismo y el comunismo, ya que es a través de la acción humana como, en última instancia, operan las leyes económicas y se abre paso el progreso.

A veces tendemos a manejar los elementos “internos” y “externos” que condicionan el subdesarrollo con cierta laxitud y sin establecer adecuadamente las vinculaciones e interrelaciones de unos y otros. Y mientras en ciertos estudios se cae en el parroquialismo, en enfoques estrechos en los que se exagera la nota nacional y se pone demasiado énfasis en el desenvolvimiento interno del fenómeno, sin advertir que mucho de lo que se cree más característico, más típico

y propio de ciertos países suele ser incluso la modalidad específica y aun la consecuencia directa de fenómenos generales que adoptan formas peculiares en cada país, en otros estudios, sobre todo a últimas fechas —aunque esta tendencia ha sido común entre investigadores extranjeros que en cierto modo ven nuestros problemas “desde afuera”— el interés se desplaza habitualmente hacia lo internacional, hacia lo real o supuestamente más general, dejando de apreciarse lo que hay de específico en cada nación y lo que, concretamente, ha sido en ellas el subdesarrollo capitalista. Todo lo cual ocurre, probablemente, porque se cae en un esquematismo excesivo y, acaso, sobre todo, porque no se llega a comprender que lo “interno” y lo “externo” son en buena medida lo mismo y no cuestiones esencialmente distintas y menos opuestas entre sí, y que aun siendo diferentes suelen entrelazarse de tal manera que, en la práctica, se vuelven inseparables.

Hemos dicho que, con frecuencia, el fenómeno capitalista se introduce en la explicación del subdesarrollo como algo absoluto y no como una formación social que se desenvuelve dialécticamente a partir de otras y que sufre cambios profundos en el curso de su desarrollo. Pero también ocurre lo contrario: o sea que algunos autores parecen convencidos de que lo acontecido en una fase particular —digamos, por ejemplo, en la Colonia— fue y sigue siendo lo decisivo en la conformación del subdesarrollo latinoamericano.<sup>14</sup>

---

<sup>14</sup> En un reciente libro, Stanley J. y Barbara H. Stein subrayan una y otra vez que el estado de cosas que ha privado en Latinoamérica es esencialmente el fruto de la herencia colonial. “En la dependencia económica y su síndrome de polarización social y económica hallamos —dice— la herencia principal de tres siglos de subordinación a España y Portugal”. Y al recordar, unas páginas adelante, el peculiar carácter que España y Portugal tuvieron de imperios y a la vez países dependientes sobre todo respecto a Inglaterra, añaden: “Este anómalo *status* de colonias e imperio determinó la historia de los países ibéricos y de sus posesiones coloniales. Condicionó la sociedad, la economía y la política coloniales y también el curso de la historia latinoamericana hasta los tiem-

Sería difícil y aun desacertado negar el peso de la herencia colonial o desconocer que, aun hoy día, ciertos rasgos de la vida latinoamericana son, probablemente, residuos del coloniaje. Y sin embargo, sería todavía más difícil comprender la esencia del subdesarrollo a través de la vinculación particular, no digamos exclusiva de tal fenómeno a cualquier etapa, régimen o situación específica, si al optar por ese enfoque dejamos de apreciar la continuidad del proceso histórico y de advertir que si bien en ciertos momentos se producen hechos particulares de cuya significación no puede dudarse, lo determinante del subdesarrollo no es ningún hecho aislado o siquiera el complejo de aquellos que se producen en tal o cual periodo, sino las contradicciones más profundas y propias de cada fase y la forma en que, históricamente, se opera el tránsito de unas a otras. Ni siquiera podría aceptarse, como a menudo se sugería hasta hace algunos años en círculos de izquierda latinoamericanos, que el subdesarrollo sea simplemente la consecuencia del imperialismo. Aun admitiendo la enorme importancia de éste como condicionante de aquél, resultaría obviamente exagerado y erróneo desentenderse del marco histórico en que se desenvuelve el capitalismo y explicar el subdesarrollo tan sólo en virtud de lo que es característico de su última fase, o sea la imperialista.

Aun hoy se advierten posiciones que, inexplicablemente, parecen ver en el imperialismo un fenómeno ajeno y a veces una política "externa" que, de manera arbitraria, pretende imponerse a lo "nuestro" desde "afuera"; así como una diversidad de puntos de vista que si bien acepta que es preciso estudiar más de cerca y con mejores armas teóricas la realidad latinoamericana, adolecen, a la vez, de esquematismo excesivo o incurrir en otras fallas que suelen privarlos de valor. Tal es el caso, en nuestro concepto, del esquema analítico que podríamos llamar "centro-periferia", en el que el subdesarrollo se atribuye casi exclusivamente a

---

pos modernos". *La herencia colonial de América Latina*, México, 1970, pp. 3 y 7.

un patrón de relaciones internacionales en que los países del "centro" determinan, digamos, de arriba abajo, como si se tratara de un fenómeno físico, las condiciones de la "periferia" del sistema. Y lo mismo podría decirse de la opinión según la cual el desarrollo latinoamericano del último siglo sólo ha sido un proceso en dos movimientos, en los que sucesivamente se recorren la fase "del crecimiento hacia afuera" y la del "crecimiento hacia adentro". Con mayor razón aún podrían criticarse ciertas referencias totalizadoras y ambiciosas en que el marco del análisis se amplía, no a consecuencia del estudio profundo de las diversas realidades nacionales, sino más bien porque se ignoran tales realidades y porque con base en el rápido examen de algunas de ellas se construye, apresurada, incluso atropelladamente y sin mayor fundamento, una teoría "general". Incluso entre quienes aceptan que la dependencia es una categoría sin la que sería imposible hacer un estudio teórico serio del subdesarrollo latinoamericano, no deja de ser sintomático que, acaso bajo la influencia de la ortodoxia funcionalista, se tienda a ver en el subdesarrollo un mero reflejo, una *función* de la dependencia, como si, paradójicamente, ésta se convirtiera en la nueva variable independiente de una formulación que, desde un punto de vista metodológico, incurriría en fallas a las que una teoría verdaderamente histórica del subdesarrollo debiera escapar.

Lo dicho hasta aquí muestra qué complejo es el fenómeno del subdesarrollo y qué difícil, en particular, es comprender su dinámica, sus contradicciones, la forma en que interactúan ciertos factores fundamentales, así como la manera en que éstos se relacionan, recíprocamente, con el proceso de acumulación de capital. Y a la vez, todo ello afirma la necesidad de ahondar en el estudio del subdesarrollo.

En las páginas que siguen, a partir de trabajos previos del que escribe éste, en los que se han examinado algunos aspectos del problema, consideraremos algunos hechos, en nuestra opinión fundamentales para comprender la proble-

mática, el origen histórico y las perspectivas del subdesarrollo latinoamericano.

## II

### EL MARCO HISTÓRICO DEL CAPITALISMO DEL SUBDESARROLLO

El subdesarrollo no es, como algunos suelen pensarlo todavía hoy, una etapa, un estadio inferior o inicial más o menos incipiente del desarrollo, por el que hayan pasado en otros tiempos las naciones ya industrializadas; no es tampoco un desajuste superficial y pasajero, susceptible de estudiarse en el marco de la teoría tradicional del equilibrio o siquiera de la macroestática keynesiana, y menos aún, de corregirse mediante tal o cual política de corto alcance. En rigor es un fenómeno histórico, un estado de cosas ligado estrecha e indisolublemente a la evolución del capitalismo, o sea al proceso socioeconómico mismo y al comportamiento de sus relaciones productivas básicas tanto en la esfera nacional como internacional. Para comprender, por ello, qué es y cómo funciona una economía subdesarrollada, es necesario verla en una justa perspectiva: en su conjunto y no fragmentariamente, como una realidad cambiante y no como algo petrificado, como una estructura social concreta y no como expresión de rasgos supuestamente universales o meramente institucionales, y como parte integrante de un todo, no como una entidad aislada. Un historicismo convencional y meramente descriptivo, que en el mejor de los casos consiga ordenar ciertos hechos mas no descubrir su sentido, su trabazón interna, sus contradicciones y la dirección en que se mueven, no basta para desentrañar el marco real en que surge el subdesarrollo ni para apreciar debidamente los factores que lo condicionan.

Para penetrar en tal análisis y ver con cierta claridad

los quiebres del proceso y los cambios que, específicamente, sufre en su evolución capitalista, se requiere una teoría, y una teoría verdaderamente histórica pues el subdesarrollo se gesta en el pasado y el capitalismo es un sistema que se desenvuelve a lo largo de siglos y no en el breve lapso de unos cuantos años; se necesita, además, intentar una periodización que permita determinar cuáles son las fases principales que ese proceso recorre y cuál el modo en que, en el curso ininterrumpido de la historia, se suceden y eslabonan unas a otras.

El capitalismo no ha sido idéntico en todas partes ni en todos los tiempos: ha cambiado de un país al siguiente y de una época a otra. Como decía Marx al referirse a su nacimiento: "...su historia presenta una modalidad *diversa* en cada país, y en cada uno de ellos recorre las *diferentes fases* en distinta *gradación* y en *épocas históricas diversas*. . ." <sup>15</sup> Y, en otro pasaje, objetando a uno de los críticos de *El Capital*, escribía:

A todo trance quiere convertir mi esbozo histórico sobre los orígenes del capitalismo en la Europa Occidental en *una teoría filosófico-histórica sobre la trayectoria general* a que se hallan sometidos fatalmente todos los pueblos, cualesquiera que sean las circunstancias históricas que en ellos concurren. Esto es hacerme demasiado honor y, al mismo tiempo, demasiado escarnio. <sup>16</sup>

Estas opiniones no sólo muestran que Marx no fue, ciertamente, un marxista dogmático, sino que ayudan a comprender que para determinar la especificidad del subdesarrollo latinoamericano es preciso ahondar en el estudio de su diversidad, sin que ello implique, claro está, dejar de ver

---

<sup>15</sup> C. Marx, *El Capital*, tomo I, vol. II, p. 804.

<sup>16</sup> *Ibid.*, tomo I. Apéndice de Cartas sobre el tomo I de *El Capital*. Carta de Marx a la redacción de la revista rusa *Atistsasastwennie Sapiski*. 3a. edición del FCE, México, p. 712

lo que haya de común y general en el proceso. Un problema adicional, sin embargo, consiste en que no es fácil establecer con precisión y sobre una base objetiva las principales etapas del desarrollo histórico, razón por la cual se vuelve riesgoso y hasta inaconsejable usar ciertos esquemas de periodización.

Nos parece claro, a estas horas, que al tratar de profundizar en el examen del subdesarrollo no iremos lejos si todo lo vemos como un gradual e incruento proceso de tránsito entre una economía "tradicional" y una "moderna". Mas, ¿podríamos emplear con provecho los esquemas con que trabajaron los historicistas alemanes a fines del siglo pasado? ¿Valdría la pena empotrar el subdesarrollo latinoamericano en el marco teórico y en la sucesión de etapas que nos propone el profesor Rostow? ¿Bastaría pensar en una condición estratégica decisiva, como el *big push* de que hablan Rosenstein-Rodan y otros autores? ¿O qué decir del esquema centro-periferia y de los periodos que sugieren ciertos economistas latinoamericanos?

En un reciente estudio, el profesor Sunkel, partiendo de que "la variable estratégica del proceso de transformación estructural en la periferia es la naturaleza de sus vinculaciones con el centro, así como los cambios que ocurren en [él]... y las reacciones que ello origina en... los países periféricos",<sup>17</sup> formula un esquema de periodización, según el cual, desde principios del siglo XVI a la segunda mitad del XX, el desarrollo latinoamericano recorre tres fases fundamentales: la "mercantilista", de 1500 a 1750; la "liberal", de ese año a 1950, y la "actual", que cubre las dos últimas décadas. En cada una de ellas el autor distingue varios subperiodos, y, por lo que hace, específicamente, a la evolución de la periferia latinoamericana, sugiere los siguientes:

1500-1570: Conquista e institucionalización;

1570-1650: Apogeo;

1650-1750: Crisis y cambios;

---

<sup>17</sup> Osvaldo Sunkel y Pedro Paz, *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*, México, 1970, p. 272.

- 1750-1820: Antecedentes de la Independencia;
- 1820-1870: Institucionalización de los Estados Nacionales;
- 1870-1913: Apogeo del liberalismo y del modelo de desarrollo hacia afuera;
- 1913-1950: Industrialización por sustitución de importaciones;
- 1950: Crisis del modelo de industrialización por sustitución de importaciones;  
Creación de sociedades socialistas.

Observará el lector que la delimitación de las etapas principales parece responder a un criterio ideológico, aunque no totalmente desligado de los cambios propiamente estructurales. A la fase “mercantilista”, como vemos, sigue la “liberal”; pero el criterio ideológico se abandona al designar a la última, simplemente, como “actual”. Por lo que atañe a la evolución del “centro”, más que tratar de situar a éste en un sistema socioeconómico general, el esquema deja la impresión de querer relacionar el carácter de aquél con el país que, en un momento dado, juega el papel de “potencia dominante”. Este método, si bien no deja de tener interés, adolece del defecto de que parcela, fragmenta y aun diluye y vuelve confuso el desarrollo del capitalismo como formación socioeconómica, no pudiendo advertirse con suficiente claridad su impacto en la configuración del subdesarrollo y, especialmente, del capitalismo del subdesarrollo. Tan es esto así que al sistematizar el examen de la forma en que evoluciona la periferia —una fase sin duda crucial como es el último siglo— resulta, como en las explicaciones “desarrollistas” del doctor Prebisch y la CEPAL, un sencillo proceso que esencialmente consiste en: 1) el crecimiento hacia afuera, 2) el crecimiento hacia adentro y 3) la crisis de la política de sustitución de importaciones.

El esquema de que hablamos suscita, pues, múltiples y explicables dudas. La primera procede, a nuestro juicio, de la variable que se elige como estratégica en el modelo; la se-

gunda obedece a que al ceñir el esquema al patrón de las relaciones centro-periferia se deja de apreciar la dinámica del desarrollo del sistema como un todo; la tercera consiste en que la delimitación de los periodos principales, tanto por su acento ideológico como por su falta de unidad conceptual y de continuidad histórica, no parece ser la más adecuada. Y una más podría ser que resulta muy discutible y aun inaceptable extender la fase "liberal" de 1750 a 1950, o sea a lo largo de doscientos años en los que se producen cambios estructurales profundos tan importantes como el tránsito de la fase propiamente competitiva a la del monopolio. En esta última etapa, que se inicia en las postrimerías del siglo XIX y cubre todo lo que va del presente, el viejo liberalismo, anterior digamos a 1870, es en gran parte sustituido por el proteccionismo, los monopolios, el control económico y aun militar de esferas de influencia, las crecientes rivalidades nacionales, el capitalismo monopolista de estado, la desintegración del capitalismo como sistema mundial, el nazifascismo, las guerras, la rápida expansión del socialismo, el agravamiento de las crisis y el deterioro cada vez mayor del mecanismo del mercado y del sistema de precios como regulador del proceso económico.

En fin, para comprender a fondo el subdesarrollo latinoamericano no basta tomar como rasgo distintivo de su evolución una secuela tan simple como lo que ha dado en llamarse el crecimiento "hacia afuera" y "hacia adentro", como si tal crecimiento se hubiera producido al margen de ciertas transformaciones estructurales y, sobre todo, sin relacionarse directamente con el desarrollo del capitalismo latinoamericano, el que, por cierto, en el esquema de referencia no queda claro cuándo surge, cómo evoluciona y en qué medida sus cambios internos obedecen, reflejan, influyen y/o se vinculan a mutaciones del sistema en su conjunto.

Definir el curso que sigue el subdesarrollo y delimitar sus etapas principales no es, desde luego, una tarea sencilla. La historia es un flujo de relaciones complejas que se des-

envuelven desigual y dialécticamente, no de manera uniforme ni paralela, y que se entrelazan de tal modo que a menudo sólo es posible distinguirlas con fines de ilustración y de análisis. Cuando se habla de ciertas etapas, por consiguiente, debemos comprender que no son tramos precisos cuyos linderos estén nítidamente establecidos sino periodos amplios, sin líneas de demarcación tajantes, y que, como alguna vez decía Marx, podrían compararse a las eras de la historia geológica.

Consciente de tales limitaciones, en otro estudio, elaborado hace tres años, he propuesto un esquema de periodización<sup>18</sup> que si bien se refiere al caso de México, quizá podría, con ciertos ajustes, servir de pauta o marco de referencia para el estudio del subdesarrollo a escala latinoamericana. En él se considera que, desde el siglo XVI hasta nuestros días, la estructura económica mexicana recorre cinco grandes etapas, a saber:

- I. De principios a fines de l siglo XVI, cuando, en el marco de una sociedad precapitalista, la conquista española irrumpe violentamente y sienta las bases de una economía mercantil-colonial;
- II. De fines del XVI a principios del XVII, en que las relaciones mercantiles se generalizan, y la nueva economía se afianza y consolida;
- III. Desde las primeras décadas o acaso mediados del siglo XVIII, hasta mediados del XIX, en que bajo el impacto del desarrollo del capitalismo europeo, la revolución industrial inglesa, la liberalización de la política económica colonial, la revolución francesa y la derrota de España, la independencia de la Nueva España y otras colonias latinoamericanas, las relaciones mercantiles alcanzan su mayor desarrollo y al propio tiempo se entrelazan y

---

<sup>18</sup> *Dialéctica de la economía mexicana*. México, 1968. Véase, además: "Cambios estructurales, etapas históricas y desarrollo económico en México", en *Problemas estructurales del subdesarrollo*. México, 1971, pp. 269-313.

empiezan a ser desplazadas por relaciones propiamente capitalistas que, sin embargo, no son todavía las dominantes. En esta etapa, por consiguiente, se producen el apogeo y también la descomposición y decadencia de la economía colonial;

- IV. De los años cincuenta y tantos a los ochenta o noventa del siglo XIX, etapa decisiva en la que, en el marco de un rápido desarrollo capitalista, de la integración definitiva del mercado mundial y bajo los auspicios de la reforma liberal —que fundamentalmente señala el inicio de una etapa en la que los campesinos son, como nunca antes, despojados masiva y a menudo violentamente de sus tierras y lanzados al mercado de trabajo—, el largo proceso de desarrollo del capital comercial culmina en un nuevo sistema social: en una economía deformada y dependiente, distinta al capitalismo tradicional o clásico, pero indudablemente capitalista. A esta variante peculiar del capitalismo, cuya nueva misión histórica será servir, no ya de motor del desarrollo sino del subdesarrollo”, hemos nosotros llamado el “capitalismo del subdesarrollo”;
- V. Desde fines del siglo XIX hasta hoy, en que agotada la posibilidad de iniciar un desarrollo capitalista autónomo, nuestros países recorren la fase del imperialismo, una fase en la que el subdesarrollo se agudiza y en la que, pese a la Revolución Mexicana y a los movimientos reformistas de los años veinte y los “populistas” de los dos siguientes decenios, a las luchas antimperialistas y al crecimiento apreciable de las fuerzas productivas, el capitalismo latinoamericano afirma su dependencia y su incapacidad, podríamos decir, histórica, para impulsar el desarrollo nacional a la manera en que, en otros tiempos y bajo otras

condiciones, lo hicieron Inglaterra y Francia, los Estados Unidos o incluso Alemania, Suecia y Japón.

En cada una de esas etapas es posible y aun conveniente distinguir dos o más subperiodos. Pero lo que deseamos no es desplegar aquí ni menos aún explicar en detalle el esquema antes mencionado; nos interesa más bien insistir en una cuestión metodológica que, incluso desde el punto de vista de su contenido y alcance es, a nuestro juicio, fundamental; a saber: que sin perjuicio de usar otros criterios, la delimitación de los periodos o fases principales debiera seguir de cerca los cambios estructurales que afectan el proceso que se estudia, es decir, tanto el tránsito de un modo de producción al siguiente como el desarrollo interno de cada formación específica; y la que más importa, en tratándose del subdesarrollo latinoamericano es, sin duda, la del capitalismo.

Es por ello que en la cuarta etapa de nuestro esquema, al menos por lo que a México se refiere, encontramos hechos cuya importancia parece decisiva para la comprensión teórica del subdesarrollo. En esa etapa que, como ya hemos dicho se inicia con la reforma liberal, culmina un largo periodo histórico, una fase que corresponde a lo que llama Marx "acumulación originaria" del capital, en la que no sólo se generalizan y afirman las viejas relaciones mercantiles sino que, dialécticamente, se transforman en relaciones capitalistas de producción.<sup>19</sup> Influyen en este cambio cualitativo múltiples factores: el desarrollo del capitalismo en otros países desde el siglo XVII y, sobre todo, desde fines del XVIII; la obtención de la independencia política de los Estados Unidos y de América Latina, y otros ya mencionados

---

<sup>19</sup> "...Todo el desarrollo del capital comercial tiende a... convertir más los productos en mercancías. Sin embargo, su desarrollo, considerado de por sí, es... insuficiente para llevar a cabo y explicar la transición de un régimen de producción a otro..." C. Marx, *El Capital*, tomo III, vol. I, p. 394.

que, en el curso de un proceso de acumulación mercantil, van creando lentamente las condiciones que más tarde harán surgir una sociedad capitalista deformada en nuestros países. Influyen, además, la reforma liberal, que si en ciertos momentos parece romper o suavizar la dependencia, en otros la agudiza; la integración de Latinoamérica a un verdadero mercado mundial, ahora sí estrictamente capitalista y cuya rápida expansión obedece a la no menos rápida industrialización de varios países y, en fin, el tránsito que entonces se produce de la fase de libre concurrencia a la monopolista en el desarrollo del sistema.

¿Por qué decimos que es entonces cuando se instaura el capitalismo, al menos en México? Porque tras de siglos de despojarse a las masas rurales de la tierra y de los medios para trabajarla, en esos años se consuma la desposesión del campesinado y la concentración de los recursos agrícolas en poder de la burguesía; porque en ellos se acelera la desintegración del artesanado y cobra impulso un modesto aunque no deleznable desarrollo industrial: se modernizan sectores importantes de la agricultura ante la creciente demanda interna y, sobre todo, externa, de materias primas y alimentos; se expande con rapidez la red ferroviaria, la que además de constituir un nuevo medio de comunicación y de transporte entraña una importante fuente de trabajo y, por tanto, de plusvalía, así como un dinamizador de la demanda de capital y del desarrollo en su conjunto. Porque es entonces, además, cuando se inicia una nueva etapa de expansión de la minería; cuando se incrementa el tráfico marítimo y se estrecha, por diversos conductos, la comunicación con otros países y, en general, con las nuevas corrientes comerciales y financieras; se expande el comercio exterior y altera sensiblemente la composición del intercambio y, sobre todo, cuando se integra en definitiva la economía nacional al mercado capitalista mundial, se generaliza la propiedad privada de la tierra y de los principales medios de producción, cobra impulso la explotación del trabajo asalariado en el campo y las ciudades y se configura un mer-

cado laboral y de capitales y una estructura de clases en que el proletariado toma, en la pirámide social, su lugar de clase desposeída y explotada, en tanto la burguesía deviene clase dominante-dominada, característica del capitalismo del subdesarrollo.<sup>20</sup> En otras palabras, si bien se abren paso lentamente desde tiempo atrás las relaciones capitalistas, en el contexto de una economía mercantil en transición, es en la segunda mitad, y especialmente en los últimos lustros del siglo XIX, cuando tales relaciones adquieren una significación que permite afirmar: el capitalismo se ha convertido en el sistema social imperante.<sup>21</sup>

---

<sup>20</sup> Véase: Alonso Aguilar M., *Teoría y política del desarrollo latinoamericano*. México, 1967, así como *Dialéctica de la economía mexicana*. México, 1968.

<sup>21</sup> En el caso de México, en particular, acaso debamos subrayar la importancia de estos hechos: 1) aunque, como antes señalamos, la descampesinización o desposesión de la tierra de que es víctima el campesinado se realiza a lo largo de todo el periodo colonial, todavía en la primera mitad del siglo XIX queda una gran proporción de campesinos con tierra, respecto a los cuales importa más explotar el producto de su trabajo que su fuerza de trabajo. Es fundamentalmente a partir de la Ley Lerdo y la nacionalización de los bienes eclesiásticos, en 1856-59; y de allí a los años ochenta —en que se generaliza la política porfirista de colonización y se despoja violentamente a las principales comunidades indígenas de las tierras que hasta entonces habían logrado retener en su poder—, cuando la naciente burguesía terrateniente, y a la vez capitalista, se apropia de la mayor parte de los recursos agrícolas; 2) es entonces cuando la mano de obra está ya en condiciones de ser masivamente incorporada al nuevo mercado de trabajo, al que no sólo afluyen los campesinos sin tierra y los asalariados incorporados de tiempo atrás a múltiples talleres, sino los artesanos a los que la industria y el comercio moderno obligan también a convertirse en obreros; 3) es entonces cuando, además, a consecuencia de la rápida industrialización capitalista y de la formación del mercado mundial, surge la posibilidad de utilizar la mano de obra recién liberada en múltiples nuevas actividades: exportación de productos agropecuarios; construcción y operación de un nuevo sistema de transportes y comunicaciones; producción industrial local; modernización y expansión de la producción de metales industriales; impulso de la

Como se sabe, es muy difícil y aun riesgoso determinar cuándo se vuelve el capitalismo la formación dominante en cada uno de nuestros países. Mientras algunos autores tienden a asociar tal hecho al momento en que se generaliza o cobra cierta importancia la producción mercantil, otros, desde el extremo opuesto, parecen sugerir que el capitalismo surge en años muy recientes, hace apenas dos o tres décadas, cuando la industrialización adquiere algún relieve y la población asalariada constituye gran parte de la fuerza de trabajo.

En nuestro concepto ambas posiciones son absolutistas e incorrectas. Las relaciones propiamente capitalistas aparecen, desde luego, antes que el capitalismo como sistema, como nuevo modo de producción. Durante una etapa que incluso parece haber sido muy larga, tales relaciones empiezan a abrirse paso en una economía de transición, en un contexto precapitalista que, pese a su profunda —y en un sentido histórico irreversible— descomposición, sigue siendo dominante. Mas a partir de cierto momento los cambios de grado se vuelven de esencia, las nuevas y cada vez mayores canti-

---

infraestructura de servicios públicos y privados; 4) en fin, es entonces cuando se han creado las condiciones para que la relación capital-trabajo, esencial al proceso capitalista, se imponga en definitiva y empiece a cobrar cada vez mayor importancia, aunque como hemos de ver más de cerca en las páginas siguientes, tal relación no se configurará a la manera clásica.

Lo anterior no sólo parece ser así por lo que hace a los elementos fundamentales de la estructura productiva, sino también en tratándose de la superestructura jurídica, política y cultural. En efecto, el nuevo régimen constitucional del país toma cuerpo definitivo en el código de 1857, al que después se incorporan las llamadas "Leyes de Reforma"; la lucha de la naciente burguesía y de la pequeña burguesía liberales contra el clero triunfa en 1860; la intervención extranjera es derrotada y, por tanto, el nuevo estado republicano se consolida en 1867 y, por último, en los años ochenta se realiza, bajo la influencia del positivismo, la reforma educativa nacional que había venido gestándose desde años atrás, y que, como las anteriores, era necesaria para el desarrollo capitalista.

dades en que se expresa el crecimiento de múltiples variables, dan lugar a situaciones cualitativamente nuevas.

A riesgo de subrayar algo que a primera vista podría parecer a algunos enteramente obvio, conviene tener presente que en tanto el dinero se generaliza, incluso a escala internacional, bajo la economía mercantil, ello no ocurre así con el capital:

Las condiciones históricas de existencia de éste no se dan, ni mucho menos, con la circulación de mercancías y de dinero. El capital sólo surge allí donde el poseedor de medios de producción y de vida encuentra en el mercado al *obrero libre* como vendedor de su fuerza de trabajo, y *esta condición...* envuelve toda una historia universal... y marca... una época en el proceso de la producción social.

Lo que caracteriza, por tanto, la época capitalista es que la fuerza de trabajo asume, para el propio obrero, la forma de una mercancía que le pertenece, y su trabajo, por consiguiente, la forma de trabajo asalariado. Con ello se generaliza, al mismo tiempo, la forma mercantil de los productos del trabajo.<sup>22</sup>

---

<sup>22</sup> C. Marx, *El Capital*, México, 1946, tomo I, vol. I, p. 188 (texto y nota de pie), "Para el capitalismo —dice a su vez Dobb— no basta que haya comerciantes, especuladores, financieros, hombres de negocios que acumulen capital... es preciso que ese capital se destine a la producción de plusvalía en diversas ramas de la producción..." O en otras palabras: el capitalismo se impone como modo de producción, cuando "las relaciones propiamente capitalistas... se imponen como las dominantes y ejercen una influencia mayor en el proceso de desarrollo..." Maurice Dobb, *Studies in the development of capitalism*, Londres, 1946, pp. 8 y 11.

Sin intentar detenernos en el examen teórico general de estas cuestiones pues ello nos desviaría del propósito central del presente ensayo, acaso sea útil tratar de aclarar ciertos puntos que, no obstante su importancia, suelen darse por supuestos y aun dejarse de lado e ignorarse en múltiples estudios.

### III

## EL MERCADO INTERNO EN EL CAPITALISMO DEL SUBDESARROLLO

### *Origen histórico del capitalismo latinoamericano*

[...] El capitalismo latinoamericano no surge, como algunos parecen creerlo, inopinada, súbitamente. Con frecuencia se sugiere que al desarrollarse el sistema en otros países los nuestros adoptan de inmediato, en forma mecánica, la nueva estructura socioeconómica, como si el capitalismo del subdesarrollo se configurara, *pari passu*, con la expansión del capitalismo en su conjunto y como mero reflejo o función de éste. Conforme a tal esquema el sistema resulta, por un lado, no un fenómeno que se produzca de manera dialéctica sino derivada, pasiva, funcional, y por el otro, lejos de ser un proceso anárquico y profundamente contradictorio y desigual, aparece como algo que se desenvuelve con singular, extraña uniformidad. Es decir, a partir del hecho cierto de que el capitalismo se expande en varios países y aun en conjunto como un nuevo sistema social, y no como expresión de cambios secundarios de alcance meramente nacional, se cae en una identidad simplista y peligrosa, se menosprecia el estudio del proceso como éste se da en el interior de cada uno de los países subdesarrollados y, sin tomarse siquiera el trabajo de comprobarlo, se sugiere que al generalizarse el nuevo modo de producción en dichos

---

\* El presente texto es parte del ensayo "El capitalismo del subdesarrollo," publicado en el número 8 de la revista *Problemas del Desarrollo*, UNAM, julio-septiembre 1971. Al reproducirla aquí, con autorización de dicho Instituto. Se ha conservado la numeración original de las notas de pie.

países, adopta una fisonomía análoga a la de la metrópoli. Incluso llega a insinuarse, en una posición dualista similar a la que se ofrece en el esquema del "enclave", que lo único capitalista en los países dependientes suele ser el contacto con el exterior, lo que equivale a postular que el capitalismo no es un fenómeno histórico que surja a consecuencia de un complejo desarrollo en el que se entrelazan, se funden y a menudo, confunden, los factores internos y externos, sino una situación externa, artificial y en el fondo extraña e impuesta desde arriba al país que la sufre.<sup>23</sup>

En otros esquemas se procede en cierto modo a la inversa: se desconoce o al menos se subestima la importancia del fenómeno capitalista en ascenso, o bien, arbitrariamente, se tiende a divorciar lo que acontece en los centros metropolitanos y en general en los países económicamente más avanzados, de lo que ocurre en la periferia del sistema, a la que se supone feudal, semifeudal o simplemente rezagada, en un sentido histórico, respecto de aquéllos.

El capitalismo europeo y más tarde el norteamericano ejercen sin duda una influencia decisiva en la configuración del capitalismo latinoamericano; empero éste tiene su propia historia, su manera de ser particular, una calidad específica que, en última instancia, resulta de las condiciones peculiares en que se produjo su desarrollo y en que las relaciones capitalistas llegaron a ser las dominantes. Esto es, así como los países hoy subdesarrollados no podían quedar al margen del fenómeno capitalista en los últimos siglos, sino que serían incorporados y aun convertidos en víctimas

---

<sup>23</sup> Tal sugiere, por ejemplo, la siguiente opinión de Henry Séé: "No hay duda que el capitalismo moderno ha ido invadiendo gradualmente una gran parte del campo de la producción; pero dicha invasión no ha sido completa. En las mismas regiones en que el capitalismo se ha desarrollado más, la pequeña industria no ha desaparecido del todo... ¡Y cuántos son los países donde el contacto con el capitalismo está limitado a las relaciones con el exterior!" *Orígenes del capitalismo moderno*. México, 1961, p. 140.

inocentes de ese desarrollo, no podría aceptarse que Latinoamérica se haya vuelto capitalista como por encanto, de la noche a la mañana y por obra del mero contacto con el capitalismo extranjero. El capitalismo latinoamericano no nació incruentamente ni, menos todavía, mágicamente. Lo hizo en un alumbramiento doloroso en el que culminó un largo proceso de explotación y de violencia; a ello obedece que, para explicarlo teóricamente, sea esencial comprender la forma en que nace y los factores históricos que condicionan su aparición.

Hasta ahora poco se ha estudiado, en tratándose de América Latina, el contexto histórico y los mecanismos a través de los cuales las relaciones mercantiles, imperantes desde la época colonial, devienen relaciones propiamente capitalistas. Los autores no marxistas no prestan, en general, atención a tal fenómeno, y aun los marxistas parecen interesarse, preferentemente, en demostrar cómo y por qué la explotación colonial contribuyó a impulsar el desarrollo de las fuerzas productivas y del capitalismo en los países metropolitanos, a la vez que a frustrarlo en las naciones sometidas. En un reciente artículo sobre el tema, el profesor Ernest Mandel hace notar que:

Los países hoy subdesarrollados contribuyeron sin duda grandemente a la acumulación originaria de capital en los países industrializados... y desde luego, de la de ellos mismos. De unos cuantos países hoy atrasados (la India, Indonesia, América Latina) ...resultan más de 1 000 millones de libras de oro (extraídas por los europeos) o sea, más que el valor de todo el capital invertido en todas las industrias europeas por el año 1800...<sup>24</sup>

---

<sup>24</sup> E. Mandel, "La teoría marxista de la acumulación primitiva y la industrialización del tercer mundo." *Pensamiento Crítico*, no. 36, La Habana, Cuba.

Lo anterior es innegable, y a estas horas bien conocido sobre todo en el llamado "Tercer Mundo". Independientemente de otras fuerzas que, desde antes del siglo XVI, empujaban el desarrollo de varios países de Europa hacia el capitalismo, es indudable que la explotación mercantil de otros pueblos contribuyó a acelerar ese proceso. Pero, ¿qué ocurrió en la economía de éstos? ¿surgió o no allí un mercado interior? ¿cómo funcionó este mercado, o por qué, en su caso, no apareció?<sup>25</sup>

Abundan los datos que comprueban que a lo largo de siglos, Latinoamérica, al igual que Asia y Africa, fue despojada de gran parte del excedente comercial que, pese a todos sus tropiezos y vicisitudes, fue capaz de generar. La succión del potencial de ahorro de los países coloniales contribuyó, pues, en forma no desdeñable, a hacer más ricas a las naciones ricas y a acelerar en ellas el desarrollo capitalista; pero tal fenómeno condicionó también, e incluso deformó profunda y gravemente el desarrollo de aquéllos.<sup>26</sup>

Se reitera, a menudo, que el capitalismo supone un mercado exterior y aun una red de relaciones económicas internacionales en que participe un número de países cada vez mayor; lo que, efectivamente, es así.<sup>27</sup> Pero se olvida

---

<sup>25</sup> "El papel del colonialismo en la supresión de la actividad empresarial nativa, rara vez es objeto de la consideración cuidadosa que merece." Robert I. Rhodes, "The disguised conservatism in evolutionary development theory", *Science and Society*, Nueva York, otoño de 1968, p. 394.

<sup>26</sup> El profesor Baran, en un bien conocido pasaje de su *La Economía Política del crecimiento*, señala que: "La irrupción del capitalismo occidental en los hoy países subdesarrollados, al precipitar con irresistible energía la maduración de algunas de las condiciones básicas para el desarrollo de un sistema capitalista, bloqueó con igual fuerza el crecimiento de las otras..."; su desarrollo —añade— "fue violentamente desviado de su curso normal, fue deformado y mutilado para que se adaptase a los objetivos del imperialismo occidental." pp. 168-69.

<sup>27</sup> "...no es posible imaginarse una nación capitalista sin co-

que lo esencial para que surja y se desenvuelva tal modo de producción en un país determinado es el mercado interior. Sin mercado interior no hay, no puede haber, capitalismo.<sup>28</sup> Cuando más, se daría una u otra forma de vinculación con una economía capitalista puramente exterior, y especialmente con aquellas que operan como economías hegemónicas, cuya influencia podría ser innegable, pero cuyo modo de funcionamiento y cuya estructura misma no podrían adoptarse caprichosamente, y sin que en el país que los hace suyos se realicen ciertos cambios decisivos.

Cierto es que algunos autores parecen pensar que el capitalismo, concretamente en los países hoy subdesarrollados, es un fenómeno meramente externo, algo que viene de fuera, que irrumpe incluso inesperadamente, a la manera en que, a través de la conquista y con la cruz y la espada por delante penetró en Latinoamérica a principios del siglo XVI, el capital comercial. De haber sido ello así parecería que el curso del subdesarrollo ha sido, simplemente, inverso al del desarrollo. En éste es la creación y expansión del mercado interior el centro del proceso y lo que hace posible el advenimiento del nuevo modo de producción capitalista; en aquél, en cambio, resultaría que es la irrupción de una economía capitalista extraña, la que al penetrar al seno del país atrasado crea o si se prefiere, impide, la formación del mercado interior. Mas, sin poner en duda la influencia que el contacto y la penetración de economías capitalistas más avanzadas ejercen sobre el subdesarrollo no creemos

---

mercio exterior, además de que no existe." V. I. Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Moscú, 1950, p. 43.

<sup>28</sup> Es tan íntima y de tal naturaleza la relación entre mercado interno y capitalismo que Lenin, por ejemplo, dice al respecto: "...la cuestión del mercado interior no existe en modo alguno como problema separado e independiente, no supeditado al grado de desarrollo del capitalismo... El «mercado interior» para el capitalismo se crea por el propio capitalismo en desarrollo..." O en otras palabras: "El grado de desarrollo del mercado interior es el grado de desarrollo del capitalismo en el país." V. I. Lenin, *Ibid.*, p. 47.

que, en el caso específico de Latinoamérica, pueda ignorarse o menospreciarse su propia historia, es decir, la forma peculiar en que su economía mercantil se desenvuelve a lo largo de más de 300 años.

Las formaciones sociales no se diseminan como las enfermedades contagiosas: surgen a consecuencia de un desarrollo previo; y así se forma, concretamente, el mercado, que como se sabe es una categoría histórica. De aquí nuestra insistencia en cuanto a que para ahondar en el estudio del subdesarrollo es menester examinar la forma en que se desenvuelve el capitalismo; y para comprender esto último es necesario seguir de cerca el desarrollo del mercado y, específicamente, la fase que va desde el momento en que el producto del trabajo se convierte en objeto de cambio, en mercancía, hasta aquel en que adquiere tal carácter la fuerza misma de trabajo. El estudio de la acumulación originaria del capital no sólo no es, por tanto, una cuestión especulativa o secundaria, sino algo fundamental para entender cómo se origina el subdesarrollo y toman cuerpo las más graves deformaciones de nuestras economías.

El proceso de que hablamos no aparece, desde luego, en el mismo momento ni adopta idénticas modalidades en todas partes, o siquiera en el escenario latinoamericano. Cuando en Inglaterra, por ejemplo, está a punto de concluir, apenas se inicia en otras naciones europeas; y cuando en Holanda, Francia y los Estados Unidos se ha instaurado en definitiva el capitalismo, en México y en general en América Latina, el mercado recorre todavía la fase propiamente mercantil y el capital sigue siendo, en gran medida, un capital fundamentalmente comercial.

¿Y no podría afirmarse, debido a que gran parte del excedente se sustrae y envía año por año a la metrópoli, que el régimen colonial volvió imposible o al menos retrasó grandemente la acumulación primitiva del capital en Latinoamérica? La explotación colonial fue, es innegable, un factor decisivo del accidentado y lento desarrollo de nues-

tros países, sin el cual las cosas habrían, seguramente, marchado mejor. A consecuencia de ella la dirección del proceso económico fue inadecuada, el monto del excedente a disposición de las colonias fue pequeño e insuficiente para impulsar un desarrollo interno vigoroso, y muy grande la proporción del mismo que por diversos canales se hizo llegar a España o que a través de ésta contribuyó a enriquecer a Inglaterra, Holanda y otros países en los que el capitalismo maduró en una época temprana.<sup>29</sup> Pero ello no bastaría para sostener que no haya habido, en América Latina, una etapa de acumulación primitiva. En un sentido estricto, el propio hecho de que buena parte de la modesta riqueza de entonces se fugara al extranjero, el que nuestros países fueran —como lo fueron en realidad— literalmente saqueados, demuestra que no solamente se dio esa etapa de acumulación precapitalista, sino que en su seno y a consecuencia de ella se formó y a la vez deformó el mercado interno que, siglos después, acabaría por convertirse en un mercado capitalista.

Acaso no sea ocioso recordar, pues a menudo se cae en graves confusiones al respecto, qué es lo esencial del proceso de acumulación originaria y cuál es su relación fundamental con el desarrollo del mercado y, por tanto, del capitalismo.

La acumulación originaria del capital no consiste, únicamente, en la concentración paulatina de una cada vez mayor riqueza mercantil, o sea de una masa de mercancías o de dinero derivada del comercio, de la compraventa de los más diversos productos; consiste sobre todo en un desarrollo del mercado que cumple, entre otras funciones, la de convertir el dinero en capital: en una "polarización" que

---

<sup>29</sup> Como dice Baran: "La remoción de una gran parte del excedente corrientemente generado y previamente acumulado por los países afectados, no podía sino causar un serio retroceso de su acumulación primaria de capital." *Ob. cit.*, p. 168.

altera las relaciones productivas básicas, que “crea” a los capitalistas, de un lado, y a los trabajadores asalariados, del otro, dejando en manos de aquéllos los medios de producción y en poder de éstos la energía, la capacidad productiva, la fuerza de trabajo.

“La llamada acumulación originaria no es, pues, más que el proceso histórico de disociación entre el productor y los medios de producción...<sup>30</sup> Y por otro lado, no es “...fruto del régimen capitalista, sino punto de partida de él”.<sup>31</sup> O como dice Dobb: “El «capitalismo mercantil» no es una fase del capitalismo; es más bien un prerrequisito, una fase previa...”<sup>32</sup>

Hay, aquí, varias cuestiones que debieran quedar bien claras: 1) Lo esencial de la acumulación originaria del capital no es, como su nombre pudiera sugerirlo, la acumulación misma de capital; es más bien la separación, la disociación, el divorcio casi siempre violento y aun brutal, del productor y sus medios de producción. 2) En segundo lugar no se trata, como suelen decirlo quienes aún hoy pretenden justificar la existencia de ricos y pobres bajo el capitalismo, de un fenómeno natural, y por ello fatal e inexorable,<sup>33</sup> sino de un proceso social, histórico, que en una fase de su desarrollo acompaña a la producción mercantil. Acumulación originaria y producción mercantil no son, por tanto, sinónimos. Aquélla es una modalidad específica de ésta, un fenómeno particular que se da en el con-

---

<sup>30</sup> “Con esta polarización del mercado de mercancías —señala Marx— se dan las dos condiciones fundamentales de la producción capitalista... El proceso que engendra el capitalismo sólo puede ser uno: el de disociación entre el obrero y la propiedad sobre las condiciones de su trabajo, proceso que de una parte convierte en capital los medios sociales de vida y de producción, mientras de otra parte convierte a los productores directos en obreros asalariados...” C. Marx, *El Capital*, tomo I, vol. I, p. 802.

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 80.

<sup>32</sup> Maurice Dobb. *Ob. cit.*, p. 17.

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 163.

texto de una economía mercantil, por cierto bastante avanzada ya en su desarrollo. Por ello no es casual que Marx señale:

La circulación de mercancías es el punto de donde arranca el capital. La producción de mercancías y su circulación desarrollada, o sea, el comercio, forman *las condiciones históricas previas* bajo las que surge el capital. La biografía moderna del capital se abre en el siglo XVI, con el comercio y el mercado mundiales.<sup>34</sup>

La acumulación originaria no es tampoco, por consiguiente, como algunos parecen creerlo, un invento más o menos ingenioso de Marx, o tan sólo un rasgo característico del desarrollo del capitalismo inglés al que dicho autor tomara como modelo en sus estudios teóricos: es una fase históricamente necesaria del desarrollo del capital y del capitalismo, precisamente aquella en la que, bajo la acción combinada de múltiples fuerzas, las relaciones mercantiles se desenvuelven y empiezan a convertirse en relaciones capitalistas de producción.

La significación histórica de esa etapa, su importancia para el desarrollo del capitalismo es, pues, enorme ya que "la expropiación y el desahucio de una parte de la población rural, no sólo deja a los obreros sus medios de vida y sus materiales de trabajo disponibles para que el capital industrial los utilice, sino que además *crea el mercado interior...*"<sup>35</sup> Es decir: "La acumulación originaria acaba con la propiedad privada basada en el propio trabajo y refuerza la propiedad privada basada en la explotación del trabajo ajeno."<sup>36</sup>

---

<sup>34</sup> C. Marx, *El Capital*, tomo I, vol. II (cursivas nuestras).

<sup>35</sup> *Ibid.*, p. 851.

<sup>36</sup> *Ibid.*

En México, en particular, podría sostenerse que el capitalismo —y por consiguiente el subdesarrollo— se gesta entre la segunda mitad del siglo XVI y fines del XIX. En ese largo periodo no sólo se vincula la economía mexicana —hasta integrarse plenamente— con el mercado internacional, sino que surge el mercado interior, se desenvuelve como un mecanismo que influye cada vez más en el proceso económico, y se convierte, a la postre, en un mercado capitalista en que la explotación del trabajo asalariado, pese a no abarcar todavía ciertos sectores de actividad, tiene ya suficiente amplitud e importancia como expresión del desarrollo de las nuevas relaciones de producción.

En parte, el fenómeno a que nos referimos se desenvuelve en forma análoga a la de otros países. Aquí también el tránsito hacia el capitalismo supone un largo proceso en el que surge y cobra impulso la pequeña producción mercantil, primero, y empieza, después, a separarse al productor de sus medios de trabajo como condición histórica para que éstos se concentren en una clase parasitaria y la mano de obra “libre” afluya al mercado. Pero ahí concluye la semejanza; y a ello obedece que el capitalismo del subdesarrollo no sea una mera repetición del modelo clásico capitalista.

En México y, en general en América Latina, el proceso de desarrollo no es independiente. Por el contrario, bajo el régimen colonial se subordina en su totalidad a los intereses de la metrópoli, y aún después de conquistarse la emancipación política sigue siendo económicamente dependiente. España y Portugal mismas, tras un breve lapso de auge mercantil en que su fuerza económica y su prestigio político llegan a ser innegables, quedan a la zaga de Holanda e Inglaterra como potencias de segundo orden, y su atraso influye, en no pequeña medida, sobre las colonias.

Pero acaso lo más grave, a la vez que lo más característico del régimen colonial, consiste en que si bien la conquista marca el punto de partida de una nueva economía

en que las relaciones mercantiles acabarán por imponerse a través de medios tan variados como la encomienda, los repartimientos, el tributo, la hacienda, las plantaciones tropicales, los ranchos ganaderos, el empleo del dinero, la piratería, el contrabando, la explotación de las minas, los talleres artesanales y los obrajes, el comercio interior y exterior, las comunicaciones, la política del gobierno y de la iglesia coloniales, el robo, el fraude y el despojo masivo y sistemático de las comunidades indígenas. Si bien todo ello, repetimos, contribuye a acelerar el proceso mercantil en la dirección en que otros países habían logrado ya significativos avances, es la propia metrópoli la que, en mayor medida, obstaculiza su desarrollo; la que detiene y desvía el curso natural del proceso y la que, paradójicamente, contribuye a crear y a agudizar las contradicciones que, en última instancia, acabarían por destruir su otrora vasto y poderoso imperio. España y Portugal no se conforman con extraer, retener y aun aislar físicamente del proceso productivo una parte sustancial del excedente generado por sus colonias. Prohíben, además, la creación y ampliación de sus manufacturas, impidiendo así la única forma de utilización del pequeño potencial de crecimiento que queda en ellas, capaz de acelerar su desarrollo y de impulsar, adecuadamente, el mercado interior.

Son bien conocidas las prohibiciones destinadas a impedir el desarrollo de la industria en la Nueva España como condición para asegurar el monopolio metropolitano en la producción y el comercio de ciertos géneros. Y la técnica no es, desde luego, exclusivamente ibérica. Inglaterra la emplea en la India e incluso en Irlanda, y Francia y Holanda la utilizan también en sus dominios afroasiáticos.<sup>37</sup>

---

<sup>37</sup> "Los diversos países se jactaban cínicamente de todas las infamias que podían servir de medios de acumulación de capital". "En los países secundarios sometidos a otros se exterminó violentamente toda industria, como hizo por ejemplo Inglaterra con las manufacturas laneras en Irlanda". C. Marx, *El Capital*, tomo I, vol. II, pp.

Pero veamos más de cerca la forma en que la política colonial española frena el desarrollo en las colonias y condiciona todo el proceso de formación y desarrollo del mercado interno, pues no basta subrayar que tal política fue funesta.

El impulso de las manufacturas en la etapa propiamente mercantil tiene una significación que difícilmente puede exagerarse. De ellas no sólo depende que la producción se diversifique sino que las formas de organización económica se modernicen, la productividad aumente y, sobre todo, se amplíe la división del trabajo y crezca con ella el mercado interior. La técnica de la manufactura es, pues, necesaria para que el capital comercial se desenvuelva.<sup>38</sup>

Las manufacturas, sin embargo, no surgen caprichosamente. Aparecen cuando los pequeños talleres artesanales han cobrado cierta importancia y cuando se han formado capitales mercantiles de alguna consideración y se dispone ya de un número suficiente de trabajadores. Pues bien, España nunca deja concentrar —y por tanto reinvertir y hacer crecer— el capital comercial en sus colonias y, de

---

849 y 847. Y no sólo eso: la propia Inglaterra "...destrozó todo el entramado de la sociedad hindú... Esta pérdida de su viejo mundo, sin conquistar otro nuevo, imprime un sello de particular abatimiento a la miseria del hindú y desvincula al Indostán gobernado por la Gran Bretaña de todas sus viejas tradiciones y de toda su historia pasada". C. Marx, "La Dominación Británica en la India", en Marx y Engels, *Acerca del colonialismo*, Moscú, p. 34. En el mismo sentido, otro autor, dice: "El estudio serio de la historia colonial demuestra la falsedad de la idea optimista de que el contacto entre los sectores tradicionales y los modernos conduce al desarrollo económico". "La penetración de la economía de mercado destruyó viejas civilizaciones, las manufacturas y la agricultura; pero no trajo consigo la modernización". Robert I. Rhodes, *Ob. cit.*, pp. 401 y 402.

<sup>38</sup> "...el volumen mínimo progresivo del capital concentrado en manos de cada capitalista, o sea, la transformación progresiva de los medios de vida y de los medios de producción de la sociedad en capital es una ley que brota del carácter técnico de la manufactura". C. Marx, *El Capital*, tomo I, vol. I, p. 399.

paso, tampoco lo transforma en capital industrial en su propio territorio. El excedente mercantil convertido casi siempre en dinero o metales preciosos, en lugar de ser la base de un naciente capital se fuga al extranjero y en buena parte se dilapida sin provecho siquiera para España, y el exiguo remanente que queda en la colonia y que a pesar de todo crece poco a poco, casi nunca se invierte en la industria y menos en aquellas que otros países reclaman para sí. En realidad no sólo fueron prohibidas las manufacturas sino incluso violentamente destruidas por el gobierno colonial. Y cuando, entrado ya el siglo XVIII la metrópoli empieza a ser incapaz de hacer respetar sus prohibiciones y ciertas industrias logran —así sea clandestinamente— un mínimo desarrollo, el capitalismo británico-irlandés —cuyas variadas y baratas manufacturas saltarían todas las barreras— y el naciente mercado mundial se encargan, por medios más indirectos pero no menos eficaces, de impedir la creación y expansión de la industria.

La ausencia de un desarrollo manufacturero-mercantil cuando ya había condiciones objetivas propicias para lograrlo tuvo gran significación histórica, pues aunque la producción de mercancías llegó a tener bastante importancia, la expansión del mercado fue lenta y nunca pudo autosostenerse. En efecto, la producción siempre fue relativamente pequeña y poco diversificada, costosa, y con frecuencia de baja calidad. La demanda de mano de obra no creció al ritmo a que podía haberlo hecho bajo la influencia de una industria manufacturera doméstica y la propia oferta no se vio engrosada con los nuevos brazos y los nuevos oficios que, de haberse contado con una industria en desarrollo, habrían surgido a consecuencia de una cada vez mayor división del trabajo y del desplazamiento que, seguramente, se habría operado desde el campo a las ciudades al elevarse la productividad rural y comercializarse la agricultura. En cuanto al incipiente mercado de capitales, o más estrictamente de dinero, el éxodo constante del potencial de ahorro

hacia la metrópoli y la dilapidación, el atesoramiento y el gasto improductivo internos de lo que quedaba en el virreinato determinaron una crónica escasez de fondos que, no pocas veces, contribuyó a que ciertas actividades dejaran de crearse o se vieran postergadas por falta de recursos financieros.

*De la acumulación originaria al capitalismo del subdesarrollo*

Al concluir, en lo fundamental, la fase de acumulación primitiva y crearse las condiciones históricas que harían posible el predominio de la producción capitalista, Inglaterra y otros países recorrieron una etapa de rápida industrialización, que a la vez que contribuyó grandemente a expandir el mercado interno —a través de la explotación de la mano de obra expulsada del campo y los talleres artesanales urbanos— robusteció el nuevo sistema y consolidó la independencia de esas naciones que, al industrializarse, se convirtieron en las nuevas potencias dominantes. El desarrollo industrial adoptó modalidades y ritmos diferentes en cada país; pero, con todas sus variantes, pronto pudo advertirse que rebasaba las fronteras nacionales, y aun llegó a asociarse, mecánicamente, al advenimiento del capitalismo como si la sola instauración de tal sistema debiera, per se, significar la liberación del atraso y el rápido, aun inmediato y espectacular crecimiento de las fuerzas productivas.

El error era, en verdad, comprensible; las relaciones económicas se internacionalizaban de prisa, y ante el auge manifiesto de unos cuantos países, fácilmente podía pensarse que su afluencia, más que obedecer a una situación privilegiada, era reflejo y signo general del ascenso capitalista. Como a menudo habría de ocurrir en adelante, se confundía lo característico del sistema como tal con lo que

eran rasgos o elementos privativos del modelo británico u otras economías hegemónicas.<sup>39</sup>

---

<sup>39</sup> Aun Marx y Engels, convencidos de que "...la burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente, las relaciones de producción, y con ello todas las relaciones sociales..."; conscientes de que esa burguesía creó, en solamente un siglo "...las fuerzas productivas más abundantes y más grandiosas que todas las generaciones pasadas juntas...", y de que "merced al rápido perfeccionamiento de los instrumentos de producción y al constante progreso de los medios de comunicación, la burguesía arrastra a la corriente de la civilización a todas las naciones, hasta a las más bárbaras..." conscientes en fin, del innegable potencial renovador del capitalismo y de su clase dominante, en una época pensaron, como lo revelan las afirmaciones anteriores (procedentes de *El Manifiesto comunista*, C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, Moscú, 1951, tomo I, pp. 25 y 26), y muchas otras similares presentes en sus escritos, que al instaurarse el nuevo sistema en cada país, su desarrollo económico se aceleraría de inmediato, agudizándose las contradicciones que le son inherentes y empezándose a crear, a la vez, las condiciones históricas de su derrocamiento. Acaso por no haberse iniciado todavía la fase propiamente imperialista no repararon en que los países dependientes serían explotados como nunca antes y que ello alteraría todo el curso de su desenvolvimiento capitalista y lanzaría a sus pueblos —más que a los obreros de las naciones industriales— a una lucha antiimperialista, verdaderamente revolucionaria.

Su pensamiento, sin embargo, se modificó apreciablemente años más tarde. En varios pasajes de *El Capital*, Marx se refiere, por ejemplo, al problema de Irlanda. "Inglaterra, país capitalista y predominantemente industrial —escribe— habría quedado exangüe si la hubieran sometido a una sangría como la que ha sufrido la población irlandesa..." Y en una carta a Engels, dice: "Cuando más ahondo en el tema, tanto más claro veo que la invasión inglesa ha impedido totalmente a Irlanda desarrollarse y la ha lanzado varios siglos atrás..." "He creído durante mucho tiempo —añade— que la ascendencia de la clase obrera inglesa permitiría derrocar el régimen irlandés... Un estudio más serio me ha convencido de lo contrario... En Irlanda es en donde se debe poner la palanca. Por eso la cuestión irlandesa tiene tanta importancia para el movimiento social en general". C. Marx, *El Capital*, tomo I, vol. I, p. y *Acerca del colonialismo*.

De haber surgido, en el último tercio del siglo XIX, una pujante industria nacional en Latinoamérica, una industria moderna y diversificada como la que se establece en los Estados Unidos después de la Guerra de Secesión, en Alemania desde los años cincuenta, y sobre todo después de 1871, o en Japón, a partir de la llamada "Restauración Meiji", la fase de acumulación primaria del capital se habría eslabonado con la siguiente etapa del proceso, o sea con aquella en que el advenimiento del capitalismo, como nuevo modo de producción, impulsa, y sobre todo, transforma en otros países la acumulación de capital comercial en acumulación de capital industrial. Pero el capitalismo del subdesarrollo funciona, desde su nacimiento, de manera diferente. Y cuando sólo una expansión interna acelerada y un rápido incremento de la producción de bienes de producción habría sido capaz de absorber el grueso de la mano de obra y canalizar la creciente fuerza de trabajo que el propio proceso económico lanzaba al mercado, lo que se dio fue una nueva ruptura: si antes se había frustrado en gran medida el desarrollo propiamente manufacturero, ahora no se produciría el tránsito de las pequeñas y medianas empresas a la gran industria. En lugar de ello se realizaría un ajuste, un reacomodo fundamentalmente pasivo y desfavorable a las nuevas exigencias creadas por el mercado mundial y el naciente imperialismo.

Pero podría objetarse: ¿Y no sería más justo decir que, en tal virtud, la economía mexicana y de otros países latinoamericanos siguió siendo entonces fundamentalmente mercantil, más que capitalista? ¿No acaso la sola ausencia de una industria propia y de una rápida industrialización indica que el proceso capitalista se frustra o al menos retrasa respecto a otras naciones? Ya vimos que, indudablemente, el crecimiento económico se vuelve más lento y accidentado en la fase propiamente mercantil, lo que por fuerza debe haber afectado las condiciones del tránsito hacia la nueva formación capitalista. Pero si algo se frustra no es el capi-

talismo: es más bien la acción de éste y no por casualidad, lo que a partir de entonces impedirá un genuino desarrollo, un progreso independiente análogo al que otros países habían logrado años atrás.

En la economía mexicana del porfiriato, como seguramente en Argentina, Uruguay, Chile, Brasil, Cuba y otros países latinoamericanos abundan los signos que comprueban que, hacia fines del XIX, las relaciones capitalistas de producción han logrado extenderse en los más variados campos. En toda la agricultura moderna, surgida en buena parte de la demanda de alimentos y materias primas de los países que por entonces se industrializan, y aun en muchas de las explotaciones agropecuarias menos avanzadas, la producción descanza ya, en buena medida, en el trabajo de centenares de miles de peones y jornaleros; en las industrias más importantes —como la textil, molinera, cigarrera, azucarera, de cerveza, jabón y muchas otras, y aun en numerosos modestos talleres e industrias artesanales, el trabajo asalariado tiene ya también gran importancia; y lo mismo acontece en la minería, en la construcción ferroviaria, en las empresas navieras, en los servicios de transporte urbano, en el comercio, la banca y el gobierno. ¿Que, no obstante todo ello, quedan supervivencias precapitalistas y que el desarrollo de la economía propiamente moderna es, en general, desarticulado y modesto? Cierto. Pero ello no significa que la nueva economía no sea capitalista. Por lejana, por diferente que se antoje respecto al modelo, digamos británico; cualesquiera que sean sus deformidades y sus obvias limitaciones, eso es también capitalismo; un capitalismo peculiar, carente, desde luego, del *glamour* propio del capitalismo anglo-francés y de la pujanza del alemán o el norteamericano.

El capitalismo es una formación social que tiene, naturalmente, ciertas características que le son privativas. Pero a la vez es un fenómeno histórico, un proceso cambiante que en sus fases iniciales difiere de lo que es en plena ma-

durez. El capitalismo latinoamericano de fines del siglo XIX no es un sistema ortodoxo, maduro y, menos todavía, cabalmente integrado. Junto a las relaciones propiamente capitalistas que por entonces son ya las dominantes, hay todavía relaciones precapitalistas y formas primitivas de acumulación de capital que se entrelazan con las nuevas y que, estrictamente hablando, subsistirán por mucho tiempo. Aún quedan numerosos productos que no se comercializan plenamente, y frente al nuevo y todavía desorganizado ejército de trabajadores asalariados, que a veces más bien parece una chusma informe y miserable, hay muchos pequeños productores que, consciente o inconscientemente, oponen resistencia al nuevo sistema y, lejos de considerarse proletarios se sienten y aspiran a ser propietarios. En fin, la movilidad de la mano de obra y en general de los recursos productivos es insuficiente y nunca comparable a la de los textos de economía clásica o siquiera a la lograda en otros países en la época de la libre concurrencia, tanto porque faltan ciertos mecanismos institucionales como, sobre todo, porque el capitalismo del subdesarrollo nace, podría decirse, con un grado de monopolio más alto de lo que comúnmente se cree.

Mas el que la fisonomía del capitalismo en sus fases iniciales sea todavía relativamente imprecisa porque algunos de sus rasgos empiezan apenas a configurarse, y el que el nuevo sistema no ostente progresos espectaculares, no es sólo característico de lo que ocurre en Latinoamérica. En la propia Europa, años después de que el capitalismo se había impuesto en definitiva, seguían advirtiéndose múltiples hechos que parecían más bien típicos de formaciones históricas previas.<sup>40</sup>

---

<sup>40</sup> "Aunque todas las características del régimen capitalista —escribe Henri Sée— eran evidentes en Inglaterra hacia 1815, prevalecía, sin embargo, la antigua organización del trabajo, por lo menos desde un punto de vista cuantitativo. Como lo observa Hobson, la especialización geográfica no era todavía completa, la exportación

Engels recuerda que a principios del siglo XIX, en Inglaterra, "...el modo capitalista de producción, y con él el antagonismo entre la burguesía y el proletariado, se habían desarrollado todavía muy poco..."<sup>41</sup> Pero aun en aquellos casos en que tal antagonismo no aflora abiertamente, el proceso de disociación de que depende el mercado capitalista y los cambios en la estructura de clases que le son inherentes, no dejan de producirse. Por eso nos desconcierta la afirmación del profesor Baran en la que, al referirse a la separación del productor de sus medios de producción, sostiene que: "es evidente que esta disolución de la economía precapitalista no ha ocurrido en la mayoría de los países subdesarrollados". ¿A qué atribuir tal opinión y cómo conciliarla con lo que parece ser una tesis general en su obra? ¿Querría decir Baran que, en plena mitad del siglo XX, no se había realizado en dichos países ni siquiera la fase de acumulación primaria del capital, o sea que seguían siendo precapitalistas, cuando en otro pasaje del mismo ensayo, al recordar lo que ocurría a fines del siglo XIX, señala nada menos que los pueblos sometidos "...se encontraban en el capitalismo pero no había acumulación de capital..."? ¿O habrá querido decir que llegaron al capitalismo sin que aquella disociación fundamental se produjera de algún modo, lo que equivaldría a postular que en rigor no se dio la fase de acumulación originaria, o sea que el mercado capitalista no fue el corolario, la culminación de un largo proceso previo de desarrollo propiamente mercantil?

Baran sostiene y aun reitera que en las economías subdesarrolladas el sistema tendió a prolongarse y en cierto modo a mantenerse, podríamos decir a congelarse, en su fase mercantil; ello, a causa de la ausencia de una industria

---

era relativamente pobre y el capital y el trabajo no estaban representados por cifras elevadas". *Orígenes del capitalismo moderno*. p. 11. Sin mencionar las numerosas supervivencias precapitalistas.

<sup>41</sup> F. Engels, en Marx y Engels, *Obras escogidas*, tomo II, p. 111.

moderna que volvió imposible el desarrollo de un genuino mercado interior. En sus palabras: los países subdesarrollados "...perdieron sus medios tradicionales de vida, sus artes y sus oficios, pero no había una industria moderna que les proporcionase otros nuevos en su lugar".<sup>42</sup>

Estando en general de acuerdo con las posiciones de Baran en su *Economía Política del crecimiento*, y en particular con el acento puesto en cómo las economías de los pueblos coloniales fueron desgarradas y explotadas, creemos que no obstante la penetración de su análisis se tiende en él a subestimar la descomposición que sin duda se opera en la producción mercantil y el hecho de que, a pesar de todo, el pequeño productor va siendo poco a poco privado de la posibilidad de trabajar por cuenta propia, hasta convertirse en simple trabajador. Inclusive en el campo, donde la presencia de millones de campesinos pobres de aspecto tradicional podría hacer pensar que no llega a realizarse la "descampesinización", se da sin duda el fenómeno, comentado por Lenin, de que muchos de los pequeños productores que legalmente siguen siendo propietarios, de hecho son ya proletarios que no podrían sobrevivir sin vender su fuerza de trabajo.<sup>43</sup>

---

<sup>42</sup> Paul Baran, *La Economía Política del crecimiento*, México, 1964, pp. 200 y 168. El propio autor, al examinar el papel de la industria monopolística hace notar que ésta "...amplía la fase mercantil del capitalismo, al obstaculizar la transición del capital y de la gente de la esfera de la circulación a la de la producción industrial. Por otra parte, al no proporcionar un mercado a la producción agrícola, ni una salida al excedente de mano de obra rural y al no abastecer a la agricultura con bienes de consumo manufacturados y aperos de labranza baratos, obliga a éstos a volver a la autosuficiencia, perpetúa la ociosidad de los desocupados estructurales y favorece una mayor proliferación de pequeños mercaderes, de industrias domésticas, etcétera". (*Ob. cit.*, p. 203).

<sup>43</sup> "Entre el proletariado rural deben incluirse, por lo menos, la mitad de todas las haciendas campesinas..." "Al incluir los campesinos pobres entre el proletariado rural no decimos nada nuevo... sólo los economistas del populismo hablan con tenacidad del

La influencia de la empresa monopolista sobre el subdesarrollo no se expresa, en nuestra opinión, de manera unilateral, y acaso ni siquiera consiste, esencialmente, en la "ampliación" de la fase mercantil señalada por Baran. Si bien ejerce tal efecto —en el sentido de alargar el proceso de acumulación primaria y obstaculizar, como hemos visto, su desarrollo *natural*— su papel es mucho más complejo y contradictorio, pues al mismo tiempo acelera la descomposición de la economía mercantil, propiamente precapitalista, y acorta el tránsito hacia el nuevo modo de producción, naturalmente sin que ello signifique que, a mayor capitalismo, corresponda mayor bienestar general.<sup>44</sup>

*La relación mercado interno-mercado mundial en la fase imperialista*

La clave del problema parece más bien estar en la forma en que en los países subdesarrollados se desenvuelve el mercado interior. Veamos qué es lo que ocurre al respecto y por qué las cosas son así y no de otra manera:

... Aunque es cierto... —comenta el profesor Baran— que la «división del trabajo depende en gran parte de la propia división del trabajo», en las regiones atrasadas de hoy, esta secuela no se desarrolló

---

campesinado en general, como de algo anticapitalista, cerrando los ojos al hecho de que la mayoría de los «campesinos» ha ocupado ya un lugar del todo determinado en el sistema de la producción capitalista, precisamente el lugar de obreros asalariados..." V. I. Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Moscú, 1950, pp. 163 y 164-65.

<sup>44</sup> "Es notorio hasta qué punto el capital monopolista ha agudizado todas las contradicciones del capitalismo... Esta agudización de las contradicciones es la fuerza motriz más potente del período histórico de transición iniciado con la victoria definitiva del capitalismo financiero mundial". V. I. Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo. Obras completas*, tomo XXII, p. 315.

«de acuerdo con el plan». Tomó un curso distinto, es decir, la división del trabajo, tal como surgió, se parecía más a la distribución de funciones entre un jinete y un caballo. Todo mercado que aparecía en los países coloniales y dependientes no se convertía en el «mercado interno» de estos países, sino que, a través de la colonización y los tratados injustos, se transformaba en un apéndice del «mercado interior» del capitalismo occidental.<sup>45</sup>

Parece innegable, como dice Baran, que el mercado interior en los países hoy subdesarrollados toma “un curso distinto” y que no es, en realidad, un mercado genuinamente interno. Pero si con base en la afirmación anterior se sostiene que, dado el nuevo carácter de la división social del trabajo (entendida como una división de funciones entre el jinete y el caballo), el mercado, y sobre todo el de manufacturas, “. . .no se convertía en el «mercado interno» de esos países. . .”, creemos que se incurre en un error.

Bajo el capitalismo del subdesarrollo el mercado interno siempre es, además de interno, un mercado internacional, esto es, abierto al exterior, una parte integrante, podría decirse, del mercado mundial.<sup>46</sup> Ello es así por una razón fundamental: porque careciendo los países económicamente atrasados de las industrias estratégicas que en cada etapa del desarrollo del sistema proveen los medios de producción más modernos, y necesitando, a su vez, esas industrias, de materias primas, alimentos, fuerza de trabajo y mercado de destino para su cada vez mayor producción, el desarrollo económico capitalista sólo podrá darse en adelante —incluso en el modelo de “crecimiento hacia adentro”— a través

---

<sup>45</sup> P. Baran. *Ob. cit.*, pp. 200-201.

<sup>46</sup> “. . .bajo el capitalismo —indica Lenin— el mercado interior está inevitablemente enlazado con el exterior”. V. I. Lenin. *Ob. cit.*, tomo XXII, p. 258.

de un proceso en el que, al mismo tiempo que el naciente capitalismo en dichos países se abre al movimiento internacional de mercancías y capitales, el también naciente capital monopolista penetra, como nunca antes, en su economía. Es decir, mientras el mercado interno se *internacionaliza*, el capital internacional se *interna* o *internaliza* en el corazón de las economías atrasadas.

El problema fundamental, en consecuencia, no parece ser el de que al privarse a las economías subdesarrolladas de una industria moderna haya tenido que congelarse en ellas la fase mercantil. Quizá esto habría ocurrido si al quedar tales naciones sin una industria propia, no hubiera aparecido una ajena, poderosa y en rápido crecimiento, dispuesta a llenar la laguna.

Pero a falta de una industria nacional, que evidentemente no pudieron crear a la manera tradicional, los países atrasados tuvieron que depender de una industria fundamentalmente extranjera —en un principio generalmente lejana y más tarde enquistada en lo más íntimo de su economía— y, además, fundamentalmente monopolista, que no sólo alteraría el viejo mecanismo de la competencia en cada país, sino que crearía un nuevo tipo de dependencia en las relaciones internacionales y en el funcionamiento todo del sistema, es decir, una dependencia propiamente monopolista.

Generalmente no se repara, en los estudios sobre el subdesarrollo, en la relación *competencia-dependencia*, e incluso llega a pensarse en esta última como si se tratara de una constante que, a lo largo de siglos, sólo sufre cambios de forma. Se olvida que lo esencial del imperialismo es el desplazamiento de la libre competencia por el monopolio y, sobre todo, que al concentrarse la producción y el capital no sólo se modifica la dinámica interna del proceso económico sino que se acentúa, a escala nacional e internacional, la falta de uniformidad característica del

desarrollo capitalista; y se agudiza y cambia profundamente el carácter de la dependencia.<sup>47</sup>

Podría inclusive decirse que, en cierto sentido, la competencia engendra la dependencia no sólo porque, en general, supone el enfrentamiento del fuerte con el débil, que usualmente acaba eliminando o al menos subordinando a éste respecto de aquél, sino porque en el proceso capitalista el imperialismo y la creciente explotación de los países subdesarrollados son la resultante dialéctica del desarrollo del sistema y, en particular, del creciente antagonismo que acompaña a la intensificación de esa competencia. La dependencia, por consiguiente, no es algo circunstancial ni, menos aún, ajeno a la forma en que se desenvuelve la producción misma en una economía capitalista: es más bien su resultado, pues en un sistema en que la profunda desigualdad de las fuerzas contendientes es uno de sus rasgos más característicos, la competencia entre ellas es al propio tiempo una compleja interdependencia que, en el momento mismo en que una de las fuerzas en pugna se muestra inferior a la otra, se convierte inevitablemente en dependencia. Esto no es una especulación. El examen objetivo del proceso capitalista deja ver una secuela en la que claramente se observa que la libre competencia, o sea una de las libertades burguesas que se gesta desde mucho tiempo atrás y que en su versión clásica supone la igualdad de los competidores, lleva a la concentración de la producción y el capital, ésta al monopolio, el monopolio al imperialismo, la fase imperialista a la agudización de las crisis y a la acentuación de toda clase de desequilibrios, tensiones y rivalidades, y, finalmente, a una dependencia cada vez más estricta y severa. Pero al intensificarse la dependencia adquiere también un impulso nunca antes alcanzado la lu-

---

<sup>47</sup> "El capital financiero y los trusts no atenúan, sino que acentúan la diferencia entre el ritmo de crecimiento de los distintos elementos de la economía mundial". V. I. Lenin, *Ibid.*, p. 288.

cha por la independencia de los pueblos sometidos. Tal es la dialéctica del proceso.

Como veremos en la segunda parte de este ensayo, la dependencia, por otra parte, no se hereda del pasado como algo inerte. Ella misma es una categoría histórica que influye y, sobre todo, en la que se expresan los cambios estructurales del proceso económico. La dependencia colonial anterior a la expansión mundial del capitalismo difiere, en muchos aspectos, de la que corresponde a una fase posterior, propiamente capitalista; el tipo de dependencia que se configura en la etapa premonopolista no es igual, ni en su alcance ni en su contenido ni, desde luego, en sus formas de manifestación, a la que surge y se desenvuelve en la época del imperialismo.<sup>48</sup>

Por todo ello, volviendo al problema de cómo se desarrolla el mercado interno en las economías subdesarrolladas, el que la división del trabajo adopte la forma de una relación del tipo de la existente entre el jinete y su caballo no demuestra que el mercado interno deje de desarrollarse. Antes al contrario, cualesquiera que sean su ritmo de expansión y los obstáculos a que se enfrente, crece el mercado, crece incluso más de prisa que antes, pero, como dice el propio Baran, a través de una carrera "particularmente torcida". Aun podría afirmarse que al menos por lo que hace a las ventajas en favor del primero, la relación entre el capitalista y el trabajador siempre es similar a la del jinete y su caballo, y en el fondo así tiene que ser en una sociedad en la que las clases propietarias, por el solo

---

<sup>48</sup> "...los razonamientos «generales» sobre el imperialismo, que olvidan o relegan a segundo término la diferencia radical de las formaciones económico-sociales, se convierten inevitablemente en trivialidades vacuas o en jactancias, tales como la de comparar la «Gran Roma» con la «Gran Bretaña». Incluso la política colonial capitalista de las fases anteriores del capitalismo se diferencia esencialmente de la política colonial del capital financiero". V. I. Lenin, *Ibid.*, p. 274.

hecho de serlo, sustraen y se reservan el control y el destino de la mayor parte del excedente producido por los trabajadores. Pero al margen de ello, lo que parece innegable es que, cuando el mercado y el capitalismo son ya entidades mundiales, el mercado interno y el mercado internacional se vuelven un mismo gran escenario en el que, con velocidades y modalidades diferentes, la explotación capitalista se desenvuelve en un nuevo marco histórico y en una nueva dimensión geográfica en que la división del trabajo y por tanto la expansión del mercado siguen adelante, aunque ahora en un plano rebasante de las viejas fronteras nacionales. La relación básica en el proceso económico sigue siendo la existente entre el trabajador y el capitalista, pero ya no dentro de un mercado nacional determinado, sino en él, y simultáneamente, en el resto del sistema. En otras palabras: la disociación del productor y sus medios de producción, que desde los albores del capitalismo, como ya vimos, es un proceso *histórico* que se da de manera distinta en cada país, al imponerse el nuevo sistema se ve acompañado de un desgarramiento *geográfico*: ahora ya no sólo se trata de separar, económica y socialmente, en un país determinado, al productor de sus condiciones de trabajo, para que el capitalista pueda explotarlo a sus anchas a través del régimen de trabajo asalariado; el nuevo elemento consiste en que el grueso de la mano de obra disponible, de la fuerza de trabajo, tenderá a concentrarse en los países pobres mientras los más poderosos acaparan el capital y la riqueza.

En resumen, bajo el capitalismo del subdesarrollo nada hay genuinamente nacional; acaso lo único propio, realmente exclusivo de tal régimen sea la subordinación a lo ajeno, la alienación creciente de las clases dominantes y la lenta, pero firme decisión de los sectores más conscientes del pueblo, de abrir al desarrollo nacional un cauce independiente.

Bajo tal sistema el mecanismo del mercado en su conjunto y cada uno de sus principales elementos, el mercado

—valga la expresión— de mercancías, el de trabajo y el de capital, no operarán ya en la forma en que lo hicieron en otros países. El ritmo a que se extienda la producción de mercancías será más lento; la ausencia de una industria propia, medianamente articulada, de bienes de producción, restará siempre dinamismo al proceso económico; el traslado del excedente de mano de obra rural y, sobre todo, la absorción de la fuerza laboral se llevarán al cabo en condiciones más difíciles e irregulares. Y si bien la libertad de contratación será consagrada y aun convertida en las leyes en garantía individual inviolable, en la práctica, que en última instancia es la que realmente importa, persistirán viejas trabas e interferencias y formas de trabajo en apariencia feudales, residuo en parte del largo pasado precapitalista y en parte derivadas de la escasez de mano de obra en ciertas actividades y lugares, o que aparecerán como expresión de la influencia restrictiva de los monopolios.

Incluso podría decirse que bajo el capitalismo del subdesarrollo no existe o deja de operar el “mercado libre”, o sea el mecanismo autorregulador característico de los buenos, viejos tiempos de la libre concurrencia. Y ello, tanto porque ésta nunca se da plenamente en la fase de tránsito hacia el capitalismo como porque, en general, éste aparece en Latinoamérica, como nueva formación social, cuando en los países más avanzados y en el sistema de conjunto está por concluir o se ha liquidado ya la etapa propiamente competitiva. En consecuencia, aun en aquellos casos en que la forma externa de las relaciones contractuales muestra una apariencia, digamos, clásicamente liberal —como si la libre voluntad de las partes fuera en cada caso lo decisivo—, se restringe, de hecho, la libertad del obrero, la libertad de quien, en la relación esencial del proceso capitalista está llamado a jugar —como diría Marx— “el papel del otro hombre obligado a venderse voluntariamente”.<sup>49</sup>

---

<sup>49</sup> “...en nuestras obras se comprende a menudo con excesiva rigidez la tesis teórica de que el capitalismo requiere un obrero

Por otra parte, si bien en su aspecto puramente alimentador de mano de obra asalariada susceptible de explotarse en forma masiva, el naciente mercado capitalista demuestra, en la economía del subdesarrollo, ser un mecanismo bastante eficaz para asegurar a los empresarios una oferta de brazos cada vez mayor, en lo que atañe a la posibilidad de lograr un oportuno y —conforme a patrones capitalistas— más o menos alto nivel de empleo de esa mano de obra, resulta del todo ineficaz; en parte porque la dependencia colonial y el agotante drenaje de siglos impidieron una gran acumulación de dinero que, ahora sí, en un nuevo marco estructural, podía haberse convertido en capital en Latinoamérica; y en parte, ante todo, porque en el momento mismo en que el desarrollo del mercado interno culmina en el nacimiento del nuevo sistema, éste evoluciona, a escala mundial, de la fase competitiva a la monopolística. O sea que en ese momento nace también el imperialismo y se configura un patrón de relaciones económicas internacionales que no sólo frustra en definitiva el desarrollo capitalista autónomo, sino que refuerza la dependencia de los países coloniales y ex coloniales, los que ahora quedarán aún más estrechamente subordinados a través de un sistema que, a partir de entonces, operará por primera vez a escala realmente mundial.

El imperialismo ejerce una influencia aún mayor: altera las bases mismas del sistema y condiciona el propio desarrollo del mercado interior y, por ende, del proceso económico en cada país. Con el advenimiento y la rápida expansión de los monopolios cambian el módulo y el papel de la competencia, la que, en materia de precios, prácticamente desaparece, y éstos, al divorciarse crecientemente de sus

---

libre, sin tierra. Eso es del todo justo como tendencia fundamental, pero en la agricultura el capitalismo penetra con especial lentitud y a través de formas extraordinariamente diversas". V. I. Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, p. 164.

valores dejan de ser una guía para la asignación de los recursos, lo que hace que la vieja racionalidad capitalista, que en la etapa competitiva pareció expresar incluso una ley natural, devenga ahora una cada vez mayor irracionalidad imperialista. El desarrollo del sistema reclama, de las semicolonias latinoamericanas, una ininterrumpida afluencia de mano de obra. Y si bien el mercado interno se encarga, como antes dijimos, de proveerla, lo que no hace es generar, en la forma en que el capitalismo lo había hecho hasta entonces, una demanda capaz de absorberla. El capitalismo del subdesarrollo es, por tanto, desde su nacimiento, un capitalismo cojo, sin motor propio, sin capacidad orgánica para utilizar en forma medianamente aceptable el potencial productivo creado por él mismo; es un capitalismo contrahecho y subordinado, que a partir de entonces se desenvolverá en el marco, como parte integrante y a la vez a la zaga de un mercado mundial inestable, anárquico, sometido permanentemente a la rivalidad y el insaciable afán de lucro de las grandes potencias, y que descansa en una división internacional del trabajo que —al amparo de la teoría clásica del comercio y de una falsa apariencia de objetividad y rigor científico— sospechosamente siempre deja lo mejor de cada actividad a los países dominantes y lo peor a las naciones dependientes.

Esto no significa, empero, que al frustrarse la posibilidad de un desarrollo autónomo en donde el capitalismo se instaure en el momento en que el sistema está a punto de iniciar su fase imperialista, la mano de obra asalariada que afluye al mercado de trabajo permanezca ociosa y sin posibilidad de explotarse. Como en el modelo clásico, en la versión neoclásica de las postrimerías del siglo XIX se da también una aceleración del desarrollo económico e incluso una segunda revolución industrial que requiere una vasta red de comunicaciones y transportes, instalaciones mineras modernas, una oferta adecuada de alimentos, y por encima de todo una abundante y fluida provisión de mano de obra

barata. Pero en el modelo que se configura a partir del capitalismo del subdesarrollo, el patrón conforme al cual se desenvuelve el mercado interior cambia, como hemos visto, sustancialmente. Ahora no es la industrialización interna, propiamente nacional, el principal agente dinamizador del proceso económico. En vez de una rápida diversificación de la economía latinoamericana lo que se realiza es una innecesaria, excesiva, perjudicial y sumamente onerosa especialización en uno o dos productos primarios. Las manufacturas, pese a todo, logran cierto desarrollo, y el *capital industrial*, tomado en la amplia acepción en que, por ejemplo, lo hace Marx —o sea como producción capitalista—, desplaza y en gran medida suplanta al viejo capital mercantil.<sup>50</sup>

La proyección del sistema económico en su conjunto y de casi cada actividad, en particular, no es una sin embargo en la que, a la manera de una matriz algebraica de múltiples entradas se entrelacen, combinen, integren y apoyen recíprocamente, como en una estrecha y vasta red, desde la agricultura y la ganadería hasta la industria, el comercio y los servicios. Es más bien una proyección hacia afuera, hacia el exterior, hacia el mercado mundial. Y de ello resulta, por un lado, que el tránsito —digamos *natural*— de la manufactura a la gran industria decisivo para que el capitalismo impulse eficazmente el crecimiento de las fuerzas productivas y la expansión del mercado interior, se frustre en gran medida;<sup>51</sup> y por otro, que en vez

---

<sup>50</sup> "...la minería, la agricultura, la ganadería, la manufactura, la industria del transporte, etcétera, constituyen ramificaciones impuestas por la división social del trabajo y, por tanto, esferas especiales de inversión del capital industrial..." C. Marx, *El Capital*, tomo III, vol. I, p. 390.

<sup>51</sup> "...sólo la gran industria aporta con la maquinaria, la base constante de la agricultura capitalista, expropia radicalmente a la inmensa mayoría de la población del campo y remata el divorcio entre la agricultura y la industria... Sólo ella conquista por tanto el capital industrial que necesita el mercado interior íntegro". C. Marx, *El Capital*, tomo I, vol. I, p. 839. Y en otro pasaje sobre

de que el nuevo sistema se desenvuelva esencialmente dentro de ese mercado y en torno a una industria nacional en rápido desarrollo, lo haga en el seno del mercado mundial, en condiciones obviamente desfavorables, y alrededor de una industria ajena y casi siempre distante, o sea de un mecanismo inestable, anárquico, y para colmo incontrolable, que a partir de entonces será, a la vez que el principal factor dinámico del sistema, el más grave y persistente obstáculo a un genuino desarrollo.

Si bien en México, Chile, Brasil, Argentina y otros países latinoamericanos la economía se diversifica y crece con mayor celeridad que en etapas anteriores, los nuevos grandes centros industriales, los mayores polos de crecimiento o focos de atracción del sistema no se hallan en cada uno de ellos: México, Santiago, Río o Buenos Aires. Están en Alemania, en Estados Unidos, en Japón, en Inglaterra y Francia, y en menor escala en Rusia, Bélgica, Suiza, Suecia y otros países. El capitalismo ha madurado; se ha extendido grandemente y está a punto de convertirse en un sistema verdaderamente universal. En adelante ya no podrá Inglaterra, al amparo de su engañoso y hábil librecambismo, imponer unilateralmente sus condiciones en los mares, en el comercio internacional y aun en los debates parlamentarios, la ciencia económica y los salones de moda. La economía mundial, cada vez en mayor medida, operará conforme a nuevas condiciones, así como con nuevas y más profundas contradicciones que a su vez responden a una distinta constelación de fuerzas. Y si el carácter anárquico de la producción capitalista genera siempre desproporciones y desajustes que vuelven muy difícil mantener cierta

---

el mismo tema, escribe el autor: "Tan pronto como la manufactura se fortalece en cierto modo, y más aún la gran industria, se crea a su vez el mercado, y lo conquista con sus mercancías. Ahora el comercio se convierte en servidor de la producción industrial para la cual es condición de vida la expansión constante del mercado..." *Ibid.*, tomo III, vol. 1, p. 405.

complementariedad en el sistema, en la economía del subdesarrollo será todavía más difícil lograr la menor armonía, pues al convertirse la gran industria monopolista extranjera, a veces directamente y a veces a través del complejo mecanismo del mercado mundial, en uno de los factores condicionantes de la marcha del mercado interior y, por ende, del desarrollo en esos países, las relaciones e interrelaciones básicas de su economía serán profundamente alteradas por decisiones ajenas, extrañas y a menudo contrarias a su política económica interna, que incluso se adoptan fuera de su territorio y aun llegan a imponerse, cuando ello se estima necesario, por la fuerza.

Mas, ¿no estaremos atribuyendo demasiada importancia al mercado mundial y a la influencia que sobre el fenómeno del subdesarrollo ejerce el desenvolvimiento de la gran industria capitalista? ¿No estaremos, inclusive, confundiendo la época en que aparece el mercado mundial e incurriendo en el error de situar en la segunda mitad del siglo XIX un hecho que, en rigor, se registra a principios del XVI? El capitalismo, ciertamente, tiende a internacionalizarse desde siglos atrás. Aún en sus albores, cuando apenas empieza a gestarse en el seno de un feudalismo en plena descomposición, se proyecta hacia afuera, hacia el mercado exterior. Pero entonces está muy lejos todavía de ser un sistema y, sobre todo, un sistema mundial. Durante una larga fase sólo uno, y después dos, tres países serán, estrictamente hablando, capitalistas. Y aunque sus relaciones se desenvuelvan en el marco de una nueva comunidad internacional y la influencia que ejerzan sobre el resto del mundo sea cada vez mayor, ello no significa que el sistema, como nuevo modo de producción, se haya vuelto en todas partes la estructura socioeconómica dominante. El capitalismo no es posible en ningún país, hemos dicho líneas arriba, si el mercado interior no se desarrolla apreciablemente, a menos que lo supongamos como un "enclave", o sea como un fenómeno aislado, restringido y artificial que, al modo de un quiste

extraño —como puede ser una gran empresa extranjera— surja y se desenvuelva al margen del contexto social que lo rodea. Y ni siquiera una economía de enclave podría desenvolverse sin un mercado interior en desarrollo. Pues bien, el capitalismo mundial, o sea el sistema capitalista, tampoco es posible sin un mercado verdaderamente mundial, el que a su vez es un hecho histórico que se produce no en el siglo XVII o el XVIII, sino en la segunda mitad, y particularmente, en el último cuarto del siglo XIX.<sup>52</sup>

La aparición del mercado, como se sabe, es muy anterior al capitalismo, pero el mercado mundial es un fenómeno netamente capitalista, un fenómeno que habría sido imposible en una etapa histórica anterior, y que, como tal, supone que las nuevas relaciones de producción hayan llegado a ser las dominantes en un gran número de los países que lo integran. O sea que si bien en él se expresa y culmina un largo proceso de desarrollo y generalización de las relaciones mercantiles, su dimensión propiamente mundial —el pleno dominio del mercado como mecanismo en el que fundamentalmente se produce a partir de la explotación de trabajo asalariado—, supone cambios cualitativos profundos como son los que acompañan a la instauración y el desarrollo inicial del capitalismo, de un lado, y del otro, a la consolidación definitiva y al tránsito del sistema a su fase propiamente monopolística.

Lo que quiere decir que así como en el plano interno las relaciones mercantiles no devienen relaciones capitalistas a consecuencia de un mero proceso evolutivo, simplemente gradual, sino de una transformación dialéctica, en buena medida revolucionaria y que a su vez resulta de con-

---

<sup>52</sup> “La verdadera misión de la sociedad burguesa —escribe Marx en una carta a Engels— es la de crear el mercado mundial, al menos a grandes rasgos, así como una producción basada en éste. Como el mundo es redondo —agrega— esta misión parece acabada después de la colonización de California y Australia y de la apertura del Japón y China”. *Acerca del colonialismo*, p. 309.

tradiciones cada vez más profundas, en el orden internacional el mercado no se convierte en mercado mundial mediante el solo incremento y la extensión geográfica de las relaciones comerciales, sino a virtud de cambios de gran envergadura histórica,<sup>53</sup> de cambios que se gestan desde siglos atrás pero a los que el capitalismo imprime gran celeridad y asigna una importancia cada vez mayor. O sea que, aun hechos que en la fase precapitalista están ya presentes y apuntan claramente en cierta dirección, al instaurarse el capitalismo sufren profundas modificaciones. Tan ello es así que, en las tres o cuatro décadas posteriores a 1870 la economía mundial registra, probablemente, cambios de mayor envergadura que los realizados en varios siglos previos. En efecto, si hacia 1800 ó 1850 es ya manifiesta la delantera que varios países han tomado a otros, para 1900 ó 1910, la desigualdad en el desarrollo se ha acentuado hasta volverse realmente abismal e inzanjable bajo el régimen capitalista.

Desbordaría el marco de este trabajo examinar los múltiples hechos que condicionan o acompañan la aparición de ese mercado mundial; pero al menos conviene mencionar en un párrafo, algunos de ellos: las revoluciones europeas de 1848, la integración de Alemania e Italia como estados nacionales modernos, la rápida industrialización de los Estados Unidos, Alemania y Japón, la creciente penetración y el reparto de África y buena parte de Asia, el trazo de una red ferroviaria que no sólo cubriría regiones antes incomunicadas de Europa y los Estados Unidos sino que se extendería por las principales rutas comerciales del mundo en-

---

<sup>53</sup> Los descubrimientos, los viajes, las aventuras coloniales, la importación de ciertos productos —señala el propio Marx, en *La ideología alemana*— “. . . y ante todo la ampliación de los mercados, que se convierten en un mercado mundial, cosa *ahora posible* [cursivas nuestras] y que se está operando en mayor volumen cada día, todo ello dio comienzo a una nueva etapa del desarrollo histórico. . .”

tero, la apertura del Canal de Suez, el desarrollo de las comunicaciones por cable submarino, telégrafo y teléfono, la guerra de Crimea, las guerras contra China, que acaban por incorporarla a la economía de Occidente; el auge del liberalismo y de los tratados comerciales y el rápido incremento del comercio internacional, la internacionalización de la banca moderna, la expansión territorial de Norteamérica y el desarrollo espectacular de la agricultura en California, y, más o menos al mismo tiempo, en Australia, Nueva Zelandia, Argentina, etcétera. Sin estos hechos y, concretamente, sin la industrialización de una decena de los principales países de entonces —lo que equivale a decir sin la previa o simultánea instauración en ellos del capitalismo como nuevo sistema—, sin la creciente competencia interna e internacional entre ellos, sin la concentración y centralización de la producción y el capital, y sin la iniciación de la etapa imperialista —que fundamentalmente implica una cada vez mayor socialización de la producción y el establecimiento de un nuevo patrón en la división internacional del trabajo—, habría sido imposible un mercado verdaderamente mundial.

Lo que —añadiremos con fines de ilustración y de síntesis—, significa en otras palabras que, habida cuenta del carácter dialéctico y por tanto de la constante interacción de los factores que condicionan el proceso social, el mercado mundial se desenvuelve conforme a una secuela que en el fondo es la misma del capitalismo —y por tanto en general, del subdesarrollo— en la que se entrelazan y suceden hechos como los siguientes:

Descomposición de las formaciones precapitalistas → mayor división social del trabajo y generalización de las relaciones mercantiles → creciente disociación, generalmente por medios violentos, del productor y sus medios de producción → ramificación de las comunicaciones y expansión del comercio internacional a par-

tir de los grandes descubrimientos de fines del siglo XV y principios del XVI → conquista de numerosos pueblos antes independientes y desarrollo del colonialismo → debilitamiento de los gremios artesanales y auge de las manufacturas en los países más avanzados → revoluciones económicas y políticas burguesas → instauración, en varios países, del capitalismo como nuevo modo de producción (de fines del XVII a principios del XIX) → tránsito de la industria manufacturera a la gran industria moderna → generalización del trabajo asalariado y extensión del mercado propiamente capitalista → industrialización, a diversos niveles, de los países capitalistas independientes → modernización y ampliación de las comunicaciones y transportes → conformación de un nuevo patrón de relaciones económicas y políticas internacionales, agudización de la dependencia e incorporación de numerosos países al sistema capitalista → conversión del mercado internacional en un verdadero mercado mundial → internacionalización del mercado de trabajo y de dinero y capitales → concentración de la creciente producción y el capital → agudización de las crisis de sobreproducción → aparición de los monopolios y advenimiento del imperialismo → modificación profunda del régimen de competencia y del régimen de dependencia tradicionales → intensificación de la lucha revolucionaria y de liberación nacional → crisis general del capitalismo, y advenimiento del socialismo como nuevo modo de producción.

Ahora, estamos seguros, podrá comprenderse mejor nuestra insistencia en torno a la necesidad de advertir el cambio cualitativo que implica la aparición del mercado mundial, el que, específicamente, supone el desarrollo de una gran industria en por lo menos varios países y la rápi-

da incorporación al capitalismo, o sea al régimen de esa gran industria y a la nueva división internacional del trabajo que habrá de acompañarla, de muchas otras naciones hasta entonces relativamente autosuficientes y en buena medida desvinculadas o sólo parcialmente integradas al mercado internacional.<sup>54</sup>

Es tal la importancia de la gran industria al respecto, que Marx y Engels llegan a decir:

La gran industria ha creado el mercado mundial, ya preparado por el descubrimiento de América. El mercado mundial —añaden— aceleró prodigiosamente el desarrollo del comercio, de la navegación y de todos los medios de transporte por tierra. Este desarrollo influyó a su vez en el auge de la industria, y a medida que se iban extendiendo la industria, el comercio, la navegación y los ferrocarriles, desarrollábase la burguesía. . . .

Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía dio un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. Con gran sentimiento de los reaccionarios, ha quitado a la industria su base nacional. Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas y están destruyéndose continuamente. Son suplantadas por nuevas industrias, cuya introducción se convierte en cuestión vital para todas las naciones civilizadas, por industrias que ya no emplean materias primas indígenas, sino. . . venidas de las más lejanas regiones del mundo, y cuyos productos no sólo se con-

---

<sup>54</sup> A propósito del papel del mercado mundial, Marx y Engels escriben: "En lugar del antiguo aislamiento de las regiones y naciones que se bastaban a sí mismas, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones. Y esto se refiere tanto a la producción material, como a la producción intelectual". *El manifiesto comunista*, p. 26.

sumen en el propio país, sino en todas partes del globo.<sup>55</sup>

Varios hechos fundamentales dignos de subrayarse afloran, a nuestro juicio, en la tesis anterior. En primer lugar que la industria, y en particular la gran industria capitalista, fue decisiva en la creación del mercado mundial; en segundo, que el desarrollo de ese mercado y del capitalismo como sistema desnacionalizó a la industria, o en las palabras de Marx: le "quitó" "su base nacional". Y se la quitó, en nuestra opinión, en un doble sentido y de manera irreversible: internacionalizando, por un lado, a la industria, hasta entonces todavía fundamentalmente nacional, y volviendo, por el otro, históricamente imposible, en aquellos países que a partir de ahí iniciaran su desarrollo capitalista, el nacimiento y sobre todo la expansión de una industria genuinamente nacional.

De hecho en ese momento se cerrará, en nuestro concepto, el ciclo histórico del capitalismo nacional inpediente.<sup>56</sup> Y ello fue así porque, precisamente entonces:

---

<sup>55</sup> *Ibid.*, pp. 24 y 26. "...la gran industria... destruye el reducto de la sociedad antigua, el «campesino», sustituyéndose por el *obrero asalariado*..." "...la ruptura del primitivo vínculo familiar entre la agricultura y la manufactura, que rodeaba las manifestaciones incipientes de ambas, se consume con el régimen capitalista de producción". C. Marx, *El Capital*, tomo I, vol. I, p. 553.

<sup>56</sup> En otro pasaje, especialmente interesante para comprender el funcionamiento del régimen técnico-económico de la gran industria, así como la problemática que, a partir de él, deberán encarar los países económicamente más débiles, escribe Marx:

"...tan pronto como el régimen fabril adquiere cierta extensión y un cierto grado de madurez, sobre todo tan pronto como su base técnica, la maquinaria, es producida a su vez por máquinas; tan pronto como se revolucionan la extracción de carbón y de hierro, la elaboración de los metales y el transporte, y se crean todas las condiciones generales de producción que corresponden a la gran industria, este tipo de explotación cobra una *elasticidad*, una *capacidad súbita e intensiva de expansión* que sólo se detiene ante las tra-

Se implanta una nueva división internacional del trabajo ajustada a los centros principales de la industria maquinista, división del trabajo que convierte a una parte del planeta en campo preferente de producción agrícola para las necesidades de otra parte organizada preferentemente como campo de producción industrial. . .<sup>57</sup>

El que unos países hagan de la agricultura y otras actividades primarias el centro de su nueva economía mientras otras giran alrededor de la industria no significa, necesariamente, que aquéllos sean precapitalistas y éstos capitalistas. Sin perjuicio de que en ciertos casos ello sea así, en tratándose de México y otras naciones latinoamericanas, y seguramente también de no pocas de Asia y África, lo que se da es más bien un nuevo patrón de relaciones entre países más y menos capitalistas, entre países capitalistas viejos y nuevos, poderosos y débiles, independientes y dependientes.<sup>58</sup>

---

bas que le oponen las primeras materias y el mercado. La maquinaria determina, de una parte, un incremento directo de las primeras materias; así por ejemplo, el *cotton gin* (la despepitadora) hace que aumente la producción algodonera. De otra parte, el abaratamiento de los artículos producidos a máquina y la transformación operada en los medios de comunicación y de transporte, son otras tantas armas para la conquista de los mercados extranjeros. Arruinando sus productos manuales, la industria maquinizada los convierte, quieran o no, en campos de producción de sus materias primas. . .”

“La constante «eliminación» de obreros en los países de gran industria, fomenta como planta de estufa la emigración y la colonización de países extranjeros, convirtiéndolos en viveros de materias primas para la metrópoli, como se convirtió, por ejemplo Australia, en un vivero de lana para Inglaterra. . .” C. Marx, *El Capital*, tomo I, vol. I, pp. 496-97.

<sup>57</sup> *Ibid.*, p. 497.

<sup>58</sup> El determinar el carácter de la estructura dominante y de las relaciones entre los países que forman la comunidad internacional es, en verdad, una cuestión tan compleja que, aun una autora tan penetrante como Rosa Luxemburgo, todavía en 1913 considera que sigue

Los rápidos avances industriales de los principales países cambiarán el panorama; acentuarán viejas rivalidades e impulsarán, como nunca antes, la concentración de la riqueza y la formación de grandes monopolios en continua lucha por obtener las mayores ventajas económicas y políticas. Ante las exigencias de ese nuevo gran mercado caerán una a una las viejas barreras defensivas; se saltarán las fronteras nacionales; se comunicarán sitios antes apartados y se enlazarán las redes ferroviarias y marítimas de un país a otro; se incrementará el tráfico de mercancías, el movimiento internacional de capitales e incluso el mercado de trabajo, y empezará a desplazarse en migraciones sin precedente, a menudo realmente dramáticas, la mano de obra de los países económicamente atrasados —convertida en un segundo gran ejército de reserva— hacia aquellos en que el auge y la creciente demanda de trabajo amenacen con llevar los salarios a niveles peligrosos para las ganancias de los capitalistas y, por ende, para todo el proceso de desarrollo.<sup>59</sup>

---

habiendo vastas zonas precapitalistas que, por cierto, son las que —según ella— sirven de mecanismo para la absorción de la plusvalía que no es posible realizar bajo el capitalismo. Dada esa función, la autora sostiene que el imperialismo no es sino "...la expresión política de la acumulación de capital en su lucha por apoderarse de lo que todavía queda abierto del medio no capitalista". R. Luxemburgo, *The accumulation of capital*, p. 446. En otro estudio hemos señalado que, en nuestra opinión, R. Luxemburgo "considera precapitalistas numerosas situaciones y relaciones de producción que sin duda eran ya fundamentalmente capitalistas...: confundió el precapitalismo con el atraso y la explotación de que eran víctimas los países coloniales y semicoloniales, y limitó el alcance histórico del imperialismo a una mera «expresión política» del proceso de acumulación de capital, sin reparar, como lo haría Lenin en esos propios años, en que era un fenómeno mucho más profundo y complejo, que afectaba la estructura misma del sistema". *Economía Política y lucha social*, pp. 90-91.

<sup>59</sup> Con frecuencia se subraya el importante papel que la extensión y modernización de los transportes y las comunicaciones juegan, en la segunda mitad del siglo XIX, en la integración del mercado mundial. A menudo, sin embargo, no se repara en que tal proceso

Los cambios a que nos referimos no son simples modificaciones de grado: son transformaciones profundas que al-

---

habría sido imposible sin un gran desarrollo industrial, y sobre todo en que éste, a su vez, no se habría realizado sin un cambio estructural profundo consistente en que el modo de producción capitalista, confinado hasta poco antes a unos pocos países y a un intercambio internacional de mercancías todavía de escaso volumen y valor, se convirtiera, a partir de entonces, en un sistema verdaderamente mundial en rápido tránsito hacia el imperialismo.

Al reiterar la significación de estos hechos no olvidamos, naturalmente, que están precedidos de otros y que el proceso histórico tiene una continuidad que no puede romperse arbitrariamente; pero si tratamos de poner énfasis en que tales cambios no se producen en forma gradual sino propiamente dialéctica y en que, precisamente por ello, la magnitud de los mismos rebasa con mucho el ritmo del desarrollo de las fuerzas productivas logrado hasta entonces. Algunos datos y ciertas opiniones al respecto, nos ayudarán a comprender mejor lo que esas magnitudes significan.

“La nueva forma de explotación colonial se hizo posible y se vio favorecida por las formas mecánicas de producción, ...lo que contribuyó a que la demanda de materias primas baratas y de mercados de venta se elevara bruscamente. Al mismo tiempo se ampliaron las posibilidades de comercio exterior mediante la mejora de los medios de transporte..., de modo que pudo formarse un «mercado mundial».” Peter Gäng y Reimut Reiche, *Modelos de la revolución colonial*, México, 1970, p. 16.

“A mediados del siglo pasado —recuerda N. Bujarin— la longitud de las redes ferroviarias era de 38 600 kilómetros; en 1880 esta cifra había alcanzado 372 000 kilómetros...” En 1890 subió a 617 285 y en 1911 a 1 057 809 kilómetros. *La economía mundial y el imperialismo*. París, 1969, pp. 25 y 26.

“También los transportes marítimos se desarrollaron rápidamente, sobre todo desde que los cascos de los buques se construyeron de hierro y acero... y que la hélice de espiral comenzó a sustituir a la rueda de paletas lateral... (a partir de 1860)”. Shepard B. Clough, *La evolución económica de la civilización occidental*, Barcelona, 1962, pp. 430-432. Entre 1830 y 1913, la producción industrial mundial aumentó más de 9 veces y el tráfico de ultramar más de 18 (p. 51).

En lo que hace a la inmigración, de 1851 a 1930 se desplazaron, principalmente hacia América, cerca de 50 millones de hombres y mujeres, sin contar a quienes, en calidad de esclavos, se engan-

teran el funcionamiento del proceso y del sistema económico en su conjunto. El que la instauración del capitalismo como nuevo modo de producción en los hoy países subdesarrollados, coincida con, o se produzca después del momento histórico en que surge el mercado mundial y en que se abre la fase monopolista del sistema no es un mero accidente o una curiosa coincidencia sin importancia. Es una confluencia histórica singular, y singularmente compleja, una encrucijada o coyuntura que condiciona todo el proceso del subdesarrollo capitalista en Latinoamérica.

A ella obedece, en última instancia, que "nuestro" capitalismo no sea ya lo que en otras naciones y otras épocas. Aquí ya no será un agente capaz de imprimir gran celeridad al proceso económico ni, menos aún, de colocar a los países en que se vuelva el sistema dominante, a la vanguardia del progreso; ni siquiera será un capitalismo de segunda clase, más o menos dependiente, como puede serlo hoy el de muchos —acaso la mayoría— de los países europeos, en los que no obstante su creciente dependencia se opera un sensible crecimiento y se logran niveles de ingreso y de vida más o menos satisfactorios. En vez de alentar la competencia de precios estimulará la concentración y el monopolio; en vez de contribuir al logro de la plena independencia de los países del subcontinente ya entonces atrasados, agudizará su dependencia; en vez de liberar las fuerzas productivas y generar el desarrollo acentuará el subdesarrollo, mas no el estancamiento sino el crecimiento desigual, inestable, deforme y siempre insuficiente, anárquico

eran principalmente en África. (Véase W. S. Voitinsky y E. S. Voitinsky, *World population and production*, Nueva York, 1953, pp. 72 y ss. Con razón comenta Bujarin: "El inmenso depósito de reserva del nuevo mundo capitalista aspira al excedente de población de Europa y Asia, desde los campesinos empobrecidos y arrojados de la economía rural hasta el ejército de reserva de los parados de la industria urbana. Es así como en el mundo entero se establece una concordancia entre la oferta y la demanda de la «mano de obra», en la proporción deseada por el capital". *Ob. cit.*, p. 31.

y subordinado. Por eso podríamos denominarlo, con toda propiedad, "capitalismo del subdesarrollo", tanto más cuanto que el subdesarrollo latinoamericano, si bien empieza a gestarse desde los albores del capitalismo, no es, como ciertos autores parecen creerlo, una situación dada, un estado de cosas inmóvil que se herede del pasado y que, una vez que toma cuerpo, no cambie o sólo sufra modificaciones sin importancia.

Si la iniciación, en el siglo XVI, de la época en que apenas se anuncia el nacimiento del capitalismo, altera el carácter de las relaciones productivas internas y el patrón de las relaciones económicas internacionales, la instauración del nuevo sistema, su desarrollo y diseminación, impulsan a un ritmo sin precedente la expansión de las fuerzas productivas y modifican, cualitativamente, el marco estructural en que se desenvuelve el proceso económico y la forma en que operan ciertas leyes. De ahí que si aun en un contexto histórico esencialmente precapitalista la generalización de las relaciones mercantiles empieza —al amparo del pillaje, la explotación de los pueblos conquistados y la dinámica propia de una sociedad de clases— a generar el subdesarrollo y a crear un mundo desigual, dividido en países de primera, de segunda y de tercera, la expansión del capitalismo como fenómeno interno y a la vez internacional, lo afirma y agudiza como nunca antes, le imprime una nueva fisonomía y aun una nueva y más irracional dinámica, y lo vuelve, en rigor, un elemento orgánico, una parte esencial y permanente, una especie de lado oscuro y pobre del sistema. El subdesarrollo no es, en consecuencia, un fenómeno precapitalista. Tanto en un sentido interno como internacional es fundamentalmente capitalista; y aun podría decirse que no sólo supone la existencia del capitalismo, sino que éste sea ya un sistema realmente mundial, que empiece a recorrer su fase imperialista.

## DESCOMPOSICIÓN DEL CAMPESINADO MERCADO INTERNO Y SUBDESARROLLO\*

### *Planteo del problema y encuadramiento teórico*

En la literatura económica, sociológica y política de México y en general de —y sobre— América Latina, se advierte a menudo la tendencia a considerar que el campesinado y especialmente el sector más pobre de la población rural juegan un papel secundario, pasivo, incluso entrañan un obstáculo a la formación del mercado interno y, por ende, al desarrollo económico. La tesis, aunque se expresa a través de posiciones que exhiben rasgos y modalidades diferentes, parece caracterizarse por ciertos planteamientos en torno al mercado interior y a su relación con el comportamiento del sector rural, en los que con frecuencia se plantean cuestiones como éstas:

- 1) La insuficiencia del mercado interno ha sido y es uno de los más serios obstáculos al desarrollo latinoamericano;
- 2) El atraso, el aislamiento y la persistencia de relaciones precapitalistas en el campo contribuyen decisivamente a agravar el problema del mercado;
- 3) El bajo nivel de productividad y concretamente el

---

\* El presente texto se elaboró a partir de una conferencia dictada por su autor en el Seminario sobre Problemas del Desarrollo de América Latina, organizado por el *Institute for Development Research*, en Copenhague, Dinamarca, en mayo de 1973.

bajo ingreso rural, así como el exiguo poder de compra en poder del campesinado incluso en la economía agrícola moderna, influyen poderosamente en la misma dirección;

- 4) Los altos niveles de subempleo y desempleo en las zonas rurales y la población expulsada del campo que no encuentra ocupación productiva en las ciudades, determinan que una masa creciente de población se vuelva, en rigor, "marginal", tanto por la irregularidad del empleo y su casi nula productividad como por lo raquítico de su ingreso y de su capacidad de consumo;
- 5) Complementariamente, y a veces apoyándose en tales opiniones, algunos sugieren que el campesinado en nuestros países es por naturaleza tradicionalista y aun refractario al progreso, que prefiere vivir aislado y que, en buena parte gracias a ello, ha podido preservar su identidad cultural, sus costumbres y formas de vida.

A cada momento se señala que la pobreza del sector rural frena el desarrollo del mercado latinoamericano. Se insiste en ello cuando se habla de la reforma agraria, de la industrialización, de la integración regional y de la necesidad de fomentar las exportaciones a fin de compensar las limitaciones de mercado interior; y, desde los diarios y revistas de mayor circulación hasta la cátedra universitaria, aun suele sostenerse que una parte sustancial de la población rural se halla *fuera* del mercado.

Considerando que el subdesarrollo no puede explicarse adecuadamente si no se comprende la dinámica interna del capitalismo y que esto, a su vez, supone entender las condiciones en que surge y se desenvuelve el mercado interior en los países atrasados, así como el papel que en tal proceso juega la población rural, en el presente texto se intenta, a partir principalmente de un examen de la experiencia me-

xicana, evaluar las posiciones anteriores y ofrecer una explicación diferente con la ayuda de ciertas tesis e hipótesis que, en la mayor parte de los casos requerirían, desde luego, de una presentación más amplia y una fundamentación más rigurosa.

Las tesis —algunas propiamente hipótesis— que proponemos son las siguientes:

- 1) La estrechez del mercado interno no ha sido históricamente ni es en la actualidad uno de los principales obstáculos al desarrollo latinoamericano;
- 2) La persistencia de relaciones precapitalistas en el campo, si bien limita el desarrollo del mercado, no tiene, en general, desde hace mucho tiempo, la significación que algunos le atribuyen;
- 3) La productividad de los campesinos y sobre todo de los trabajadores rurales es, por un lado, mayor de lo que se supone habitualmente y, por el otro, el bajo ingreso y la pequeña capacidad de consumo de la población rural, si bien restringen su poder de compra, estimulan el de otros y contribuyen, directa e indirectamente, al desarrollo del mercado;
- 4) Lo mismo acontece, en particular, con la masa creciente de desocupados y subocupados que lejos de ser una población “marginal” o simplemente una traba, constituyen una condición y a la vez una consecuencia del desarrollo capitalista y en tal virtud no un fenómeno “marginal” al proceso económico sino un hecho indisolublemente ligado a la dinámica central del sistema, o sea a la acumulación de capital;
- 5) Aunque el campesinado ha sido en ciertas épocas y en algunas regiones todavía sigue siendo víctima del aislamiento, su atraso y su actitud hacia ciertas formas del “progreso” occidental, más que

expresar su peculiar idiosincrasia, constituyen mecanismos de defensa y de rechazo de un sistema que los ha despojado de todo y con frecuencia reducido a una miseria deplorable.

Aun a riesgo de repetir lo que para muchos debe ser, seguramente, bien claro, conviene plantear ciertas cuestiones sin las cuales sería imposible evaluar con objetividad el desarrollo del mercado interno, concretamente en el caso de México.

El mercado no es una entidad o mecanismo propio de las economías modernas y menos, todavía, un atributo privativo de lo que algunos gustan llamar la "sociedad de consumo". Tampoco es un mero concepto formal del tipo de los que se proponen y manejan en ciertos esquemas teóricos, ni un aparato institucional en el que sólo se expresen relaciones de cambio y no, propiamente, de producción. El mercado es una categoría histórica compleja, un fenómeno que surge con la economía mercantil y la acompaña a lo largo de su desarrollo; que bajo el capitalismo se extiende, ramifica y desenvuelve con mayor celeridad que nunca antes, y que incluso subsiste en la fase de transición al socialismo y aun en las etapas iniciales de esta formación, aunque a partir de entonces sin tener ya el carácter de regulador central del proceso económico.

Al hablar de una economía mercantil nos referimos a aquella que, aun en su fase precapitalista produce crecientemente para el mercado y descansa en un régimen de pequeña producción, individual o familiar, que ya en sus inicios supone cierta especialización o división social del trabajo.<sup>1</sup> En un sentido amplio el capitalismo es también,

---

<sup>1</sup> En palabras de Marx, la división social del trabajo es la "base general de toda producción mercantil". El mercado, por tanto "...aparece en el momento y lugar en que surgen la división social del trabajo y la producción mercantil. La magnitud del mercado está estrechamente ligada al grado de especialización

desde luego, un sistema o modo de producción mercantil; pero apareciendo en una fase muy avanzada de este régimen de producción, lo que lo caracteriza no es solamente que los productos del trabajo humano se vuelvan mercancías sino que la propia fuerza de trabajo se convierta en mercancía y tenga que ser vendida en el mercado a cambio de un salario, ello a consecuencia de un largo y penoso proceso en que el pequeño productor rural y urbano es despojado de sus medios de producción, los que a su vez se van concentrando en un número cada vez menor de grandes empresarios capitalistas.

El mercado y el desarrollo no son dos cuestiones diferentes; son en rigor un mismo fenómeno visto desde dos ángulos distintos. Así como no puede haber desarrollo capitalista sin mercado, éste no podría expandirse sin la influencia decisiva del proceso de acumulación de capital. Con frecuencia se ha dicho que tal es la razón por la cual, a lo largo de *El Capital*, Marx nunca trata por separado el problema del mercado.<sup>2</sup>

El mercado, entendido como un régimen en que la producción de mercancías tiende a cobrar cada vez mayor importancia, se desenvuelve en un proceso histórico que se remonta a un pasado muy lejano; el "mercado interior para el capitalismo", sin embargo, aparece en Europa a partir del siglo XVI, precisamente al ser gran parte de los campesinos expropiados de su tierra y de sus medios de producción. Esta situación que sin duda conduce a grandes masas campesinas a la ruina, lejos de ser un obstáculo in-

---

del trabajo social". V. I. Lenin, "El llamado problema de los mercados", *Obras completas*, T. I., p. 110.

<sup>2</sup> "El 'mercado interior' para el capitalismo --escribe Lenin-- se crea por el propio capitalismo en desarrollo, que profundiza la división social del trabajo y descompone a los productores directos en capitalistas y obreros. El grado de desarrollo del mercado interior es el grado de desarrollo del capitalismo en el país..." V. I. Lenin, *El Desarrollo del Capitalismo en Rusia*. México, 1971, p. 47.

superable para la producción capitalista es una condición histórica de la misma.<sup>3</sup>

¿A qué obedece que el empobrecimiento del campesinado juegue ese papel y no, como parecería más lógico, el inverso? Esencialmente a que los medios de producción de que es despojado no se destruyen o desaparecen: quedan en manos de una burguesía rural en formación que los empleará como capital, que los incrementará considerablemente, ampliando su capacidad de consumo, y que al concentrarlos podrá incluso enriquecerse como nunca antes. Incapacitado para producir con sus viejos instrumentos, el campesinado, por su parte, tendrá que *vender* como mercancía no ya el producto de su actividad sino su propia fuerza de trabajo; y, no siendo ya un productor independiente sus necesidades tendrán que satisfacerse, cada vez más, mediante la compra de bienes y servicios en el mercado, todo lo cual traerá consigo una creciente división del trabajo y una mayor diferenciación de la industria y la agricultura.<sup>4</sup>

O sea que el despojo de los campesinos no es un hecho simple que se registre aisladamente; es más bien un aspecto, uno de los polos de un complejo y contradictorio proceso histórico de descomposición del campesinado, que el desarrollo capitalista acelera y del que, además de una masa de productores empobrecidos, resultan cambios profundos

---

<sup>3</sup> “La expropiación y el desahucio de una parte de la población rural, no sólo deja a los obreros sus medios de vida y sus materiales de trabajo disponibles para que el capital industrial los utilice, sino que además, crea el mercado interior.” C. Marx. *El Capital*. México, 1946, T. I. Vol. II, p. 837. En términos muy similares, Lenin señala: “El apartamiento del productor directo de los medios de producción, es decir, su expropiación, que marca el paso de la producción mercantil simple a la capitalista (y que es condición necesaria de ese paso) crea el mercado interior”. *Ob. cit.*, pp. 45-46.

<sup>4</sup> “Comparado con el campesino medio, el proletariado rural consume menos —y además emplea artículos de peor calidad, patatas en vez de pan, etc.— pero compra más.” V. I. Lenin, *El Desarrollo del Capitalismo en Rusia...*, p. 167.

en la estructura de la población, y a la postre dos clases bien diferenciadas y antagónicas: un proletariado agrícola y una burguesía rural.<sup>5</sup> Y aunque ésta suele ser pequeña, tanto por su creciente capacidad de producción como por su cada vez mayor poder de compra estimula el desarrollo del mercado como jamás habrían podido hacerlo los viejos mercaderes y terratenientes.

El proceso de que hablamos no sólo impone un nuevo modo de producción y una diferente estructura de clases: también provoca y a la vez resulta de crecientes movimientos migratorios que multiplican el bracerismo y dan a la mano de obra rural, antes relativamente sedentaria, una movilidad cada vez mayor, condición que asegura la disponibilidad de la fuerza de trabajo donde los capitalistas requieren de ella.<sup>6</sup>

El hecho de que una parte a veces sustancial de la mano de obra permanezca desocupada o sólo se utilice a medias y sea, propiamente, subempleada, tampoco entraña una "reducción" del mercado interior. Con independencia de la irracionalidad que indudablemente exhiben tales fenómenos, los altibajos en el nivel de empleo y la sobreoferta de mano de obra resultan de la anarquía con que se desenvuelve el proceso de acumulación capitalista, y, en lo que

---

<sup>5</sup> "El conjunto de todas las contradicciones económicas existentes en el seno de los campesinos constituye lo que nosotros llamamos descomposición de éstos. Los mismos campesinos definen este proceso con un término extraordinariamente certero y expresivo: 'descampesinización'." "Se opera, pues, una limpia de los miembros medios y un reforzamiento de los extremos: La 'Descampesinización', fenómeno específico de la economía capitalista." *Ibid.*, pp. 158-59 y 167.

<sup>6</sup> "La 'migración' representa la formación de una población móvil. Constituye uno de los más importantes factores que impiden a los campesinos 'cubrirse de musgo', que la historia ha acumulado ya con exceso sobre ellos. Sin llegar a la movilidad de la población no puede existir su desarrollo..." Y en otro pasaje: "...el desarrollo del movimiento migratorio da un enorme impulso a la descomposición de los campesinos..." *Ibid.*, pp. 235 y 168.

toca especialmente al subempleo crónico y la desocupación estacional, de la incapacidad del propio sistema, sobre todo en fases incipientes de su desarrollo y en lo que es la economía del subdesarrollo, para absorber en mayor medida la fuerza de trabajo disponible, a partir de una demanda de mano de obra creciente, que a su vez sólo puede resultar de un proceso de desarrollo acelerado y de un alto grado de expansión de las fuerzas productivas.<sup>7</sup>

Lo anterior no significa que el desarrollo del mercado no tropiece con obstáculos y trabas de diversa naturaleza ni tampoco que se desenvuelva armoniosa y suavemente, sin sufrir desajustes y aun fuertes desequilibrios y profundas contradicciones. Los restos de precapitalismo —la usura, ciertas formas de servidumbre, la comunidad indígena tradicional, la tienda de raya, los sistemas de pago en trabajo o en especie, la pequeña producción de tipo individual y familiar, el monopolio comercial e industrial como expresión de privilegio y no de desarrollo del proceso de acumulación de capital, y aun la ilusión de querer preservar formas de producción anacrónicas que el propio capitalismo tiende a relegar y a destruir, constituyen obstáculos que frenan el desarrollo del mercado capitalista, sobre todo en los países subdesarrollados. En efecto, la forma en que éstos se insertan —como proveedores de productos primarios—, en el mercado mundial en la etapa imperialista, el carácter que adopta el proceso de acumulación en el marco de la

---

<sup>7</sup> "El paro forzoso de nuestros campesinos en invierno —decía Lenin— no depende tanto del capitalismo como del insuficiente desarrollo del capitalismo." *Ibid.*, p. 311. El desempleo estacional y el subempleo crónico, sobre todo en el campo, se advierte en la Inglaterra anterior a la revolución industrial. (Véase: Christopher Hill, *Reformation to Industrial Revolution*. Londres, 1969, p. 216.) Está presente, además, con diferentes modalidades y grados de intensidad en la economía latinoamericana. En Cuba, en particular, dada la falta de diversificación agrícola y el carácter marcadamente estacional del cultivo de la caña y la producción azucarera, fue un grave problema hasta antes de la revolución.

dependencia y la imposibilidad de desarrollar con rapidez una industria propia, rompen el paralelismo histórico en el crecimiento de la agricultura y la industria e impiden el apoyo mutuo que, incluso en medio de la anarquía y la desigualdad, contribuyó grandemente al desarrollo del mercado en las diversas variantes del capitalismo independiente. Aun en el contexto del subdesarrollo, sin embargo, las fuerzas productivas se expanden y las relaciones capitalistas se propagan de múltiples maneras, hasta llegar a prevalecer sobre las viejas relaciones mercantiles. Incluso en aquellos casos en que dominan el latifundio y otras formas tradicionales de tenencia de la tierra, la renta mercantil cede ante la influencia cada vez mayor de la propiamente capitalista y las nuevas relaciones se introducen aun en los tipos de explotación aparentemente más cerrados y refractarios al progreso.<sup>8</sup>

Al subrayar la significación histórica del papel que juega en el desarrollo del mercado interior la descomposición, y en particular la proletarización del campesinado y de muchos pequeños productores antes independientes —porque la mercancía más importante en el mercado capitalista no es el maíz ni el trigo ni el carbón o el acero, sino la fuerza de trabajo— no debiera, naturalmente, pensarse que en la economía mexicana de nuestros días todo el campesinado se ha convertido en una masa homogénea y organizada de trabajadores asalariados, en cuyo creciente poder de compra descansa el crecimiento del mercado. El capitalismo del subdesarrollo nunca se desenvuelve gradual ni armoniosamente: lo hace siempre con fuertes altibajos, tomando

---

<sup>8</sup> “En general, es equivocado pensar que se requiere una forma especial de posesión de la tierra para que aparezca el capitalismo agrícola... ninguna particularidad de la posesión de la tierra puede, atendida la esencia misma de la cuestión, representar un obstáculo insuperable para el capitalismo, que adopta formas diversas de acuerdo con las distintas condiciones agrícolas, jurídicas y los usos particulares.” V. I. Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia...*, pp. 311-312.

caminos realmente sinuosos y saliendo penosamente de una crisis para caer poco después en otra más grave. El hecho de que bajo esta forma de capitalismo no exista una genuina burguesía nacional, o sea una clase dominante capaz de dirigir un desarrollo independiente, entraña obstáculos insuperables que, en un sentido histórico, condicionan desfavorablemente la expansión de las fuerzas productivas y la posibilidad de absorber en empleos más o menos estables y remunerativos el excedente de mano de obra que el campo lanza hacia las ciudades. Y en parte a consecuencia de ello la fuerza laboral, tanto en el medio rural como en el urbano, es heterogénea, vende su fuerza de trabajo en formas muy diversas y ni en las coyunturas más propicias puede librarse de la desocupación y, sobre todo, del subempleo.

La acumulación capitalista, como se sabe, no sólo permite sino que requiere de una sobrepoblación relativa, de una sobreoferta de mano de obra para poder desenvolverse. De ella y de sus oscilaciones en relación a la fuerza de trabajo ocupada depende en buena medida el nivel de los salarios, la tasa de explotación y de ganancia y por lo tanto la distribución social del ingreso.<sup>9</sup> Pero cualquiera que sea la magnitud de esas oscilaciones, y —podría añadirse, aun la influencia que el optar por unos u otros métodos de producción ejerza sobre el nivel de empleo— “. . .la población obrera crece siempre más rápidamente que la necesidad de explotación del capital.”<sup>10</sup>

Del otro lado, el hecho de que bajo el capitalismo del subdesarrollo el trabajo asalariado no se universalice, el que no se extienda con la celeridad lograda, en general, en los países capitalistas hoy industrializados, vuelve el proceso

---

<sup>9</sup> “. . .si la existencia de una superpoblación obrera es producto necesario de la acumulación o del incremento de la riqueza dentro del régimen capitalista, esta superpoblación se convierte a su vez en palanca de la acumulación de capital, más aún, *en una de las condiciones de vida del régimen capitalista de producción.* . . .” C. Marx, *El Capital*, T. I, Vol. II, pp. 713-14.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 728.

de desarrollo y por tanto de expansión del mercado mucho más lento, inestable y difícil, pero no menos capitalista.

A menudo se tiende a no reparar en que el capitalismo no es un sistema que se imponga súbitamente; que nazca perfecta, plena, definitivamente configurado, sino un proceso histórico que empieza a desenvolverse en el seno de una sociedad precapitalista, y que expresa y a la vez agudiza sus más graves contradicciones. Ello explica que, cuando las relaciones capitalistas empiezan a ser las dominantes, el trabajo asalariado —y con mayor razón el trabajo obrero calificado en las fábricas modernas— no abarque, naturalmente, todo el sistema. Pero lo que más importa en esa fase inicial del desarrollo capitalista no es el número o siquiera la importancia relativa de la población asalariada respecto a la total: es más bien el hecho de que la vieja estructura productiva está siendo minada, cualitativamente transformada y aun parcialmente destruida por el nuevo sistema de producción, el que en adelante será, sin duda, el centro del proceso, aunque por mucho tiempo queden en pie supervivencias precapitalistas. Y cuando en una fase subsecuente el capitalismo se impone como el nuevo modo de producción y empieza a desarrollarse como tal, lo esencial no es tampoco el número o la proporción en que participen, ahora específicamente los obreros de las grandes industrias —aunque desde otros ángulos el desarrollo de la industria moderna es importantísimo—, sino la medida en que se extienda y profundice el régimen de trabajo asalariado, cualquiera que sea la forma, el nivel o las condiciones en que se venda la fuerza de trabajo.<sup>11</sup> Vale la pena subrayar especial-

---

<sup>11</sup> “...las formas del trabajo asalariado, son diversas en el más alto grado en la sociedad capitalista, envuelta por todos lados por los restos y las instituciones del régimen precapitalista. Sería un error profundo pasar por alto esta diversidad; sin embargo, en este error caen quienes razonan... que el capitalismo ‘se ha encerrado en un rincón de un millón o un millón y medio de obreros y no sale de él’. En lugar del capitalismo, aquí se presenta sólo la gran industria maquinizada... ¡qué arbitraria y artificialmente se deli-

mente esta última cuestión porque en Latinoamérica se tiende, con frecuencia —y sobre todo se tendía erróneamente hasta hace unos años— a identificar el capitalismo con ciertas formas supuestamente aisladas de producción moderna, en vez de comprender que la base de tal régimen de producción es la compraventa de fuerza de trabajo, en las múltiples formas que ésta adopta, particularmente bajo el capitalismo del subdesarrollo.

*Formación del mercado interno en México:  
de la economía mercantil colonial  
al capitalismo en la agricultura*

El mercado interior de México empieza a formarse incipientemente desde los años de la conquista española, a principios del siglo XVI. Empero, es en el curso de este siglo y sobre todo en su segunda mitad cuando, a partir de la iniciación del régimen colonial, comienza a cobrar impulso el desarrollo de una economía mercantil.

No cabe aquí discutir si la encomienda y más tarde los repartimientos fueron o no mecanismos en los que estuviesen presentes rasgos feudales más o menos definidos. Pero dos hechos parecen bien claros: 1) que la economía precortesiana fue rota y destruida en sus bases mismas por el colonaje y, 2) que el desarrollo de la producción mercantil, por precario que fuese, descansó desde el primer momento en un mercado en expansión y en la explotación masiva del trabajo indígena.

El proceso a través del cual los campesinos perdieron sus tierras y su capacidad para trabajar independientemente en diversos oficios fue lento, accidentado y siempre contradictorio; pero tanto la minería, en la rama industrial,

---

mita aquí a este millón y medio de obreros en un 'rincón' especial, que supuestamente no está ligado por nada a los demás dominios del trabajo asalariado!" V. I. Lenin, *Ibid.*, p. 576.

como la hacienda en la agricultura y ganadería llegaron a menudo a convertirse, sobre todo en el siglo XVIII, en prósperos centros de actividad basados en la propiedad privada de los medios de producción, que dependían en la obtención de sus insumos y producían, fundamentalmente, para el mercado.

El proceso de acumulación originaria fue largo y una de sus principales contradicciones consistió en que, en el contexto de un régimen de dependencia y explotación coloniales la acumulación de capital comercial se vio siempre frenada, incluso podría decirse cancelada por un drenaje del potencial de crecimiento, que llegó a ser todo un proceso paralelo de *desacumulación* originaria que habitualmente tomaba la forma de un oneroso tributo a la metrópoli, constantes envíos de fondos de los ricos españoles, sustracciones de dinero y metales preciosos por parte de diversos tipos de mercaderes y rígidas prohibiciones para promover nuevas actividades, y, sobre todo, para impulsar la industria en la Nueva España. Con todo, en el seno mismo de la economía colonial fueron surgiendo poco a poco y no sin tropezar con grandes obstáculos relaciones propiamente capitalistas. Los campesinos y en menor medida los pequeños artesanos despojados de sus medios de producción por la clase dominante se fueron convirtiendo en jornaleros y peones dentro de un sistema en el que, a pesar de todo, el capital comercial empezaba a acumularse; y lo que primero fueron relaciones esporádicas y necesariamente subordinadas a un orden social precapitalista, a partir de la segunda mitad del siglo XVIII empezaron a multiplicarse y a entrelazarse en una red que anunciaba el advenimiento de un nuevo y más complejo modo de producción.

Hacia fines del siglo XVIII y durante toda la primera mitad del XIX la Iglesia se apoderó, por diversos caminos, de buena parte de los predios rurales y aun de muchos urbanos, inmovilizándose así la riqueza territorial y obstruyéndose el desarrollo del mercado. Pero tanto antes como después

de la guerra de independencia (1810-1821) aumentó la producción agrícola, se expandieron el comercio y la industria y rápidamente fueron agudizándose las contradicciones que habrían de provocar el movimiento y la guerra de Reforma, pues si bien la Independencia no logró emancipar económicamente al país, al romper los lazos coloniales abrió la posibilidad de una relación más estrecha y directa con naciones que, como Inglaterra, habían tomado la delantera en el proceso capitalista y que naturalmente tratarían de incorporar, al nuevo sistema, a otros países.

La Constitución Política de 1857 consagró definitivamente los principios liberales en boga, estableció la separación del Estado y la Iglesia, desamortizó los bienes en poder del clero, y, tanto a través de ésta y otras medidas como, sobre todo, del despojo de las comunidades indígenas que después de tres siglos de luchas seguían en muchos casos en poder de sus tierras, México creó las condiciones históricas para el advenimiento del capitalismo.

En efecto, las mejores tierras del país se reintegraron plenamente al mercado, y tras una cruenta guerra de tres años empezó a configurarse una nueva situación en la que en forma cada vez más clara los propietarios de la tierra se convertirían en una burguesía latifundista y quienes trabajaban en ella en peones, jornaleros, campesinos miserables y, en general, proletarios a disposición del naciente mercado capitalista. Poco tiempo después (1875-1890) la economía nacional empezaría, además, a insertarse en un mercado mundial ya fundamentalmente capitalista, que demandaba crecientes volúmenes de alimentos y materias primas que el capital extranjero ayudaría a producir en México y otros países dependientes de América Latina.

Todo ello hizo posible que en los veinte a treinta años anteriores a 1910 se produjera una rápida expansión del mercado capitalista, que sin el aporte de las masas campesinas habría sido imposible pues ellas proporcionaron mano de obra barata para la agricultura, la minería, la construc-

ción ferroviaria y la incipiente industria, y contribuyeron con una creciente producción y aun una cada vez mayor demanda de artículos de consumo de los que antes carecían o que producían directamente para satisfacer sus necesidades. Indirectamente, además, los campesinos y jornaleros pobres del campo, y en menor medida los artesanos arruinados en las ciudades coadyuvaron a formar una burguesía que a su vez reclamó e hizo posible el desarrollo del comercio, la banca, los seguros, las finanzas públicas y otros servicios.

Lo que no pudo hacer esa burguesía al fin y al cabo incipiente y débil fue liquidar de golpe, a la manera como lo había hecho la de otros países, los numerosos residuos precapitalistas que, desde la base misma del sistema, o sea desde planos propiamente estructurales y en ocasiones a un nivel más bien institucional o superestructural —prejuicios religiosos y gran influencia del clero en la educación y en la vida familiar, prácticas profundamente antidemocráticas en la conducción de la vida pública, represión militar, mantenimiento de las tiendas de raya en muchas haciendas, alcabalas, trabas a la libre movilidad y a la organización sindical de los trabajadores, etc.—, estorbarían el desarrollo capitalista.

En cuanto a la burguesía extranjera, que al iniciarse la fase monopolista afluiría al país en busca de materias primas, alimentos y mercados para su creciente producción, si bien en parte y a corto plazo contribuyó a impulsar el crecimiento del mercado capitalista, con frecuencia, también, utilizó en su beneficio y aun trató de fortalecer instituciones y prácticas tradicionales, frenando así y volviendo más deforme el desarrollo económico nacional. Y lo que tampoco pudo hacer la burguesía nacional ni la extranjera fue evitar que las contradicciones de un desarrollo anárquico, desigual, dependiente, del todo antidemocrático e incapaz de satisfacer incluso las necesidades más ingentes que creaba el proceso capitalista, desembocaran en una

inconformidad popular creciente y en un estallido revolucionario como el de noviembre de 1910.

La Revolución Mexicana dio un innegable impulso al capitalismo, aunque tampoco fue capaz —como en rigor no lo fueron, en su turno, la Independencia y la Reforma— de abrir el cauce de un desarrollo económico independiente. De nuevo el campesinado volvió a jugar un papel de primer orden en la expansión del mercado interior y aun en la consolidación institucional que habría de lograrse en el marco de la Constitución Política de 1917; y si ya los ferrocarriles, las obras portuarias, la minería y el desarrollo de la agricultura habían arrancado centenares de miles de campesinos pobres de sus lugares de origen, la Revolución fue otra etapa del mismo proceso histórico, que contribuyó a desarraigar aún más a las masas campesinas y a movilizar crecientemente la mano de obra disponible. Una vez más los campesinos tomaron las armas y se desplazaron de norte a sur, de sur a oriente y a menudo de un extremo al otro del vasto territorio nacional. Empleados y pequeños productores de provincia se trasladaron a la capital de la República, y aun antes de que la reforma agraria cobrara su mayor ímpetu no pocas viejas haciendas empezaron a cambiar de dueño, a modernizarse y a ocupar trabajadores agrícolas precisamente en las zonas rurales en que la revolución había derrotado, en toda la línea, a los viejos terratenientes.

Durante el gobierno de Lázaro Cárdenas, en los años treinta (1934-40), el proceso cobró un vigor inusitado, y bajo el impulso de la reforma agraria —ahora sí realizada con celeridad—, el rescate nacional de ciertos recursos naturales y otras medidas renovadoras, la expansión del mercado y el aporte de la población rural se intensificaron grandemente. En unos cuantos años —principalmente entre 1936-38— la vieja estructura agraria que hasta entonces sólo había sido parcialmente afectada por la Revolución sufrió profundos cambios. Los latifundios porfiristas y aun

los que a la sombra del movimiento revolucionario se habían rehecho en los años veinte fueron en parte liquidados, surgiendo en su lugar millares de nuevas propiedades privadas y ejidales. Y aunque el ejido quedó como una forma *sui generis* de tenencia o afectación que no permitía la compraventa ni el arriendo de la tierra, y los minifundios particulares parecían ser la base de una agricultura de pequeños productores individuales, en que éstos trabajaran directamente —si acaso ayudados por los miembros más cercanos de su familia—, la comercialización de la agricultura fue acentuándose cada vez más y el proceso capitalista se abrió paso, a menudo sin respetar las prohibiciones que las leyes escritas establecían.

Tras un breve período en que la reforma pareció realizarse en respuesta a las consignas de ¡La tierra para quien la trabaja! y ¡Tierra y Libertad!, las cosas empezaron a tomar otro rumbo, y aun los campesinos que apenas la víspera habían adquirido o recuperado la titularidad legal de sus tierras comenzaron de nuevo a ser despojados de ellas, a veces abierta y aun violentamente, y más a menudo a través de sutiles e ingeniosos mecanismos para violar la ley. Como contrapartida de tal situación, la burguesía rural, que hasta entonces había venido expandiéndose a consecuencia de la Revolución y la reforma agraria, comenzó de nuevo a concentrar rápidamente los mejores predios y, en general, los medios de producción.

Desde los años de la segunda guerra mundial y sobre todo a partir de la terminación de la misma, la necesidad de impulsar el desarrollo industrial planteó nuevas exigencias a la agricultura y nuevas formas de integración al mercado. Lo que el proceso industrial requería esencialmente era una elástica y cada vez mayor oferta de mano de obra, y el mercado de trabajo encargado de proveerla entraría en acción gracias a los cambios estructurales que habían acompañado y hecho posible el advenimiento del capitalismo desde los últimos decenios del siglo XIX. El

campo debía cumplir varias tareas esenciales. Entre otras: proveer a la propia agricultura y en especial al sector no agrícola de mano de obra abundante y barata; alimentar a una población que en adelante crecería con mayor rapidez que en cualquier etapa previa, y que merced al desarrollo del mercado demandaría más y más bienes y servicios; abastecer de materias primas a la industria de algodón, aceites y grasas, tabaco, frutas y legumbres, etc., y contribuir al necesario aumento de las exportaciones, que deberían ayudar a financiar la compra de bienes de consumo y especialmente de bienes de capital y productos intermedios reclamados por una industrialización sustitutiva de importaciones, e incluso trasladar una parte del excedente agrícola al resto de la economía, a fin de facilitar el desarrollo de la industria, el comercio y los servicios.

Para alcanzar tales metas se optó por una política de fomento que promovió el rápido crecimiento de la población, el control y aun el rechazo a la organización de los trabajadores del campo y las ciudades, a fin de asegurar un movimiento de masas dócil y fácilmente manejable; la mecanización y la modernización técnica de las principales zonas agrícolas, la construcción de obras y la prestación de servicios públicos y privados tendientes a aprovechar mejor los recursos naturales disponibles y a elevar los rendimientos de la agricultura, el estímulo a los productores y en particular a los grandes neolatifundistas e intermediarios mediante el otorgamiento de créditos, ayuda técnica, precios y fondos de garantía, seguros, transportes baratos, subsidios y otras formas de protección fiscal; la complacencia ante las violaciones a las leyes agrarias, y, sobre todo, el mantenimiento de una política de bajos salarios y miserables condiciones de vida para las grandes masas de la población rural —que sin embargo no extremaron el descontento social—, como condición para asegurar altas tasas de explotación y de ganancia que permitieran acele-

rar la concentración y centralización de capital tanto en el campo como en las ciudades.

Podría decirse que, en términos generales, tal política cumplió su cometido, contribuyendo a hacer posible un crecimiento agrícola que, sin ser especialmente dinámico, mantuvo a lo largo de dos decenios (1940-1960) un ritmo satisfactorio y no fue una traba a la expansión del resto del sistema. Es en la última década cuando el desarrollo agrícola empieza a tropezar con escollos más serios, que en parte son el fruto de las condiciones en que tal desarrollo se produjo y de los problemas y contradicciones que contribuyó a agudizar.

En un bosquejo que sólo tiende a ofrecer al lector una burda imagen de lo que es hoy la agricultura mexicana, que nos ayude a apreciar en conjunto su papel y el de la población rural en el proceso de desarrollo del mercado, podría afirmarse que, entre sus rasgos más salientes, destacan los que siguen:

- Las actividades agropecuarias absorben alrededor del 40% de la población económicamente activa, c sea unos 5.1 millones de hombres y mujeres, y concurren con el 11.6% del producto interno bruto;
- En términos generales la tasa de crecimiento del producto agrícola ha sido en las últimas décadas del orden del 3% al 4%, aunque, como ya se dijo, en años recientes declina a menos del 2.5%, o sea a un ritmo inferior a aquel con que crece la población, y en 1971-72, incluso hay faltantes de trigo, maíz y otros productos básicos que se creían definitivamente superados;
- La agricultura mexicana no se sustenta en altas, y menos aún crecientes tasas de acumulación de capital, manteniéndose éstas, en general, a niveles inferiores a los de la inversión nacional en su con-

- junto; burdamente: entre el 12% y el 15 del producto agrícola bruto;
- No obstante, debido al crecimiento agrícola y a la proyección de la política de fomento así como al inequitativo reparto de la riqueza y el ingreso que deriva de ambos, el capital no sólo ha tendido a aumentar sino que se ha concentrado y centralizado en unos cuantos centenares de grandes propietarios, que probablemente representan no más del 2% de la población activa total en el campo;
  - La tierra, en particular, y con ella otros recursos naturales indispensables para la agricultura se han concentrado en manos de un poderoso sector neolatifundista, que, más que constituir una burguesía rural aislada, acusa estrechas relaciones con otros sectores de la clase dominante, con los que a menudo se ha fundido indisolublemente, y dispone de una fuerza social y política no menor a la que en el pasado tuvieron los viejos terratenientes;
  - La influencia del capital extranjero en la agricultura mexicana es, a primera vista, pequeña y en ciertos sectores hasta insignificante. Si bien en la ganadería fronteriza del norte quedan aún algunas grandes fincas en poder de norteamericanos, desde la reforma agraria realizada en la segunda mitad de los años treinta no ha sido la explotación directa de la tierra lo que interesa a los extranjeros. Su influencia se expresa a través de la tecnología, el manejo comercial de los productos de exportación, la fabricación y venta de maquinaria e implementos, el financiamiento público y privado y, acaso sobre todo, el control de parte de la producción que algunas grandes empresas extranjeras han beneficiado y vendido al mercado exterior (como ha ocurrido, por ejemplo, con el algodón) o que destinan al mercado interno, co-

mo es el caso de múltiples productos manejados por la industria alimenticia extranjera;

Aunque en condiciones que siguen siendo inestables y que exhiben el carácter aleatorio que todavía tiene la agricultura, la producción se ha diversificado y se han logrado además sensibles avances en la integración interna de la actividad agropecuaria y de ésta con la industria y otras ramas;

En los períodos en que se construyeron las principales presas y sistemas de riego se ampliaron rápidamente las extensiones bajo cultivo, aumentando la población asalariada y la productividad del trabajo bajo el estímulo de la mecanización y en general del logro de más altos niveles de eficiencia en el proceso productivo y de la organización del crédito y otros servicios;

Dado el carácter, sin embargo, profundamente desigual del desarrollo agrícola, de unas ramas y regiones a otras han seguido presentes y aun se han agudizado graves disparidades, rearticulándose las viejas zonas agrícolas a la zaga de los nuevos centros que, impulsados por la demanda interna o externa, actúan como factores dinámicos; aunque estos mismos casi siempre subordinados a otros;

Pese al gran crecimiento de la población en la agricultura y a la creciente movilidad y calificación de la mano de obra, la que en las últimas décadas ha emigrado continuamente de las zonas más pobladas a las nuevas de agricultura moderna y a los grandes centros urbanos, y desde diversas entidades del país hacia Estados Unidos, la organización de los trabajadores del campo es casi inexistente, cuando no consiste en mecanismos —controlados por el gobierno o los propios gran-

des agricultores—, que en general son inadecuados para defender los intereses de aquéllos.

Las fallas de organización se extienden prácticamente a todo el campo y afectan a los sectores populares de la población rural: pequeños y aun medianos productores, ejidatarios, colonos y comuneros, consistiendo en organizaciones políticas y de servicios que, más que contribuir a mejorar la producción y las condiciones de sus agremiados son instrumentos que, a diversos niveles, forman parte de la estructura de poder y se utilizan por la burguesía para mantener a las masas campesinas bajo su dominio ideológico y material.

En fin, en lo que hace a la estructura social resultante del desarrollo antes descrito, el panorama agrícola no sólo exhibe una clara y creciente diferenciación entre los diversos estratos que componen la población rural, sino una profunda descomposición, que no menos nítidamente deja ver que el proceso de transformación iniciado hace alrededor de un siglo e impulsado fuertemente, primero por la reforma agraria y después por lo que de hecho ha sido una verdadera contrarreforma, configura una estructura de clases en la que destacan los siguientes elementos:

- a) Una gran burguesía propiamente oligárquica, que en general mantiene estrechas relaciones con otros sectores de la burguesía, con el Estado y el capital extranjero, y cuya esfera de actividad y de influencia rebasa el sector agrícola y se entrelaza con el comercio, la industria, la banca, el gobierno y otros servicios;
- b) Una alta burguesía, propia o principalmente agrícola, que aun cuando tiene también intereses y relaciones en otros campos de actividad,

deriva su principal fuerza de la agricultura y de la explotación directa de grandes neolatifundios;

- c) Una burguesía media y aun baja, formada por millares de agricultores y ganaderos, que sin ser grandes terratenientes explotan directamente decenas de miles de trabajadores asalariados;
- d) Un sector intermedio, realmente pequeño-burgués, de productores más o menos independientes, propietarios o arrendatarios privados y ejidales, que a manera de un puente o zona de transición entre las dos clases antagónicas trabajan en forma directa y a la vez contratan mano de obra asalariada, y que en parte tienden a convertirse en propietarios burgueses y más a menudo y en mayor proporción, en proletarios rurales o urbanos.
- e) Una gran masa proletaria que en la actualidad se estima en alrededor de cuatro y medio millones de trabajadores, de la que forman parte jornaleros y peones, obreros agrícolas de mediana y aun relativamente alto grado de calificación, ejidatarios y comuneros pobres, que, independientemente de su condición legal y aun de su aparente carácter de propietarios, en realidad sólo cuentan con un patrimonio: sus brazos, o sea la fuerza de trabajo que como asalariados eventuales o permanentes, fijos o migratorios, ofrecen en venta dentro y fuera del país.

*Descomposición del campesinado mexicano  
y expansión del mercado interior  
en los últimos decenios.*

Sería un error suponer al campesinado una masa de población homogénea, indiferenciada e incapaz, por su bajo nivel de ingresos y de vida, de impulsar el desarrollo del mercado interior. Pero de lo dicho en líneas precedentes tampoco podría deducirse, simplista y mecánicamente, que en el campo mexicano sólo haya en la actualidad una burguesía rural perfectamente configurada y un proletariado moderno, no menos bien definido. Aunque es innegable que el proceso capitalista se desenvuelve en esa dirección y que el trabajo asalariado es, desde hace mucho tiempo, el tipo de relación *dominante* en la estructura productiva, ello no significa que no estén presentes —e incluso que no hayan de seguirlo estando—, ciertos rasgos precapitalistas que bajo el capitalismo del subdesarrollo son especialmente difíciles de eliminar. Mas aun admitiendo la supervivencia de tales rasgos —algunos de los cuales son más o menos obvios— y con mayor razón la presencia de *muy diversos* grados de desarrollo del capitalismo en la agricultura, en el México de nuestros días difícilmente podría hablarse, a la manera en que suele hacerse en ciertos modelos bisectoriales, de que la actividad rural se descomponga en un sector precapitalista y uno capitalista.<sup>12</sup>

Hasta hace, probablemente, tres cuartos de siglo o incluso hasta los años veinte podría haberse aceptado tal tipo de análisis, aunque no el diagnóstico a que conduce y que,

---

<sup>12</sup> Véase, por ejemplo, el conocido ensayo de W. A. Lewis (“Desarrollo económico con oferta ilimitada de mano de obra”), que relaciona al sector capitalista con uno tradicional de “subsistencia”, así como el esquema análogo que, a partir de una base teórica diferente y desde otra perspectiva analítica, propone Ignacy Sachs, en *Obstáculos al desarrollo y planificación*. México, 1967, pp. 104 y ss.

en cierto modo, sirve a la vez de punto de partida a posiciones teóricas erróneas. El desarrollo agrícola de México se realiza, ciertamente, como ya hemos señalado, con lentitud y en el marco de una profunda y aun dramática desigualdad, que por lo demás no es privativa de América Latina.<sup>13</sup> Y si parece inaceptable distinguir y enfrentar dos grandes sectores asociados a dos modos de producción diferentes, con mayor razón lo es en nuestro concepto, postular, como suele hacerse en las versiones dualistas más superficiales, que lo que caracteriza a nuestra agricultura es la coexistencia de un sector “moderno” y uno “tradicional”, o, si se prefiere, uno “desarrollado” y otro “subdesarrollado”. Esta explicación repara más en las apariencias que en el fondo del problema; disocia y vuelve dos fenómenos distintos lo que en rigor son dos manifestaciones contradictorias pero indisolublemente ligadas entre sí, de un mismo proceso histórico; y aun si fuere en principio aceptable para otros países, creemos que no expresaría la realidad agrícola de México, pues salvo fracciones aisladas y en general pequeñas y de escasa importancia, de agricultura propiamente precapitalista (en la que el grueso de la producción se destina al autoconsumo, no hay trabajo asalariado y, por tanto, no hay plusvalía ni acumulación de capital), la producción se obtiene y realiza en un mercado capitalista cuyo desarrollo ha dependido, en buena medida, de la descomposición del campesinado, entendiéndose por ésta —conviene subrayarlo— una creciente división del trabajo que entraña una diferenciación o estratificación más compleja, y sobre todo un cambio profundo y una cada vez mayor polarización en la estructura social y las relaciones de clase.

Veamos cómo se expresa en lo fundamental ese fenó-

---

<sup>13</sup> “El régimen capitalista de producción sólo se hace extensivo en la agricultura de un modo lento y desigual, como puede verse en Inglaterra, que es el país clásico del régimen capitalista de producción en la agricultura...” C. Marx, *El Capital*, tomo III, p. 927.

meno en el caso de México, y qué influencia ejerce en la formación del mercado.

Lo primero que debe quedarnos claro es que, cualesquiera que sean los indicadores que se empleen, en el agro mexicano hay una masa de campesinos miserables, de comuneros, ejidatarios y pequeños propietarios que literalmente viven en condiciones de subsistencia y aun de infra-subsistencia, y cuyas explotaciones, jurídicamente distintas, tienen en común lo siguiente: son predios generalmente minúsculos, dispersos en grandes extensiones y mal comunicados entre sí y con otros centros, topográficamente irregulares y aun sujetos a fuertes pendientes que vuelven imposible el cultivo, y que cuentan con suelos pobres y erosionados que casi nunca se fertilizan, que carecen de riego y se trabajan con implementos rudimentarios y muy deficientes formas de organización, que no disponen de recursos financieros propios ni ajenos —salvo los que proceden de préstamos onerosos y aun usurarios— y cuyos rendimientos físicos y económicos son, en consecuencia, muy bajos.<sup>14</sup>

Según el Centro de Investigaciones Agrarias, en 1960 había alrededor de un millón de pequeñísimos agricultores

---

<sup>14</sup> Otras características que a menudo se atribuyen a la llamada agricultura de subsistencia son: ausencia de tierras de labor, predominio de las explotaciones comunales, incapacidad de producir un excedente, extrema ignorancia del campesino, aislamiento y abandono de las comunidades, carácter familiar del trabajo, alta densidad demográfica, importancia decisiva de la economía natural y mínima diversificación de la producción, la que de hecho se limita a lo que el campesino consume.

Numerosos autores se han ocupado de estudiar diferentes aspectos de la agricultura "tradicional". Entre los nacionales podría mencionarse a González Roa, Molina Enríquez, Robles, Mesa, Moisés T. de la Peña, Fabila, Caso, Aguirre Beltrán, Stavenhagen, Palerm, Fernández y Fernández, Durán, Fernando Paz, Reyes Osorio y Aguilera. Entre los extranjeros podríamos recordar a Whetten, Sympson, Wolf, Oscar Lewis, Feder, Schultz, Redfield, Fromm, Darcy Ribeiro, Gunder Frank y Caio Prado, Jr.

de ese tipo que concurrían con cerca de la mitad del número de predios, el 13% de la superficie de labor y alrededor del 4% de la producción agropecuaria total, y el 2.8% de la propiamente agrícola.<sup>15</sup>

Dadas la extrema fragmentación y evidente pobreza de esas explotaciones podría pensarse que se trata, en efecto, de una agricultura "tradicional", estrictamente hablando de autoconsumo, o sea que permanece al margen del mercado como herencia inerte de viejos modos precapitalistas de producción o que al menos es un tipo de actividad realmente marginal, de la que el sistema podría prescindir sin mayores tropiezos.<sup>16</sup> Pero cuando se le atribuye este último carácter no se repara en que la aparente "no participación" y el rol supuestamente pasivo e irrelevante que se asigna a los productores más pobres no son, por una parte, reales, ni están, por la otra, desconectados o al margen del proceso de acumulación de capital; tales productores son necesarios, aun indispensables al sistema y especialmente al mercado de trabajo, y no constituyen una estructura económica aparte que se desenvuelva con su propia inercia. El solo hecho de que se le suponga un "polo", así sea "marginal", frente a un "núcleo central o hegemónico"

---

<sup>15</sup> *Estructura agraria y desarrollo agrícola en México*, autores varios. México, 1970, Tomo I, pp. 282 y ss.

<sup>16</sup> Véase, Jorge Martínez Ríos, "Los Campesinos Mexicanos: perspectivas en el proceso de marginalización", en *El perfil de México en 1980*. México, 1972, tomo 3, pp. 18 y ss. "En nuestro esquema de trabajo —señala este autor— la marginalidad... se caracteriza por la participación de un sector importante de la población económicamente activa en ocupaciones económicas no relevantes al funcionamiento del sistema económico y generadoras de una franja de actividad a la que se ha dado el nombre de 'polo marginal' de la estructura respecto de un 'núcleo central o hegemónico'..." Unas líneas más adelante, el autor añade: "...la población marginal agrícola mexicana lo es tanto porque está impedida de ocupar las funciones de mayor productividad del sistema como porque está forzada a refugiarse en una estructura económica que, como tal, está marginalizada."

descubre ya una relación, incluso un vínculo permanente que en el fondo excluye la idea de marginalidad.

Todavía más. Contra lo que a menudo se sostiene, aun la agricultura más pobre en los ejidos y las más pequeñas propiedades privadas produce en lo fundamental para el mercado y no para el autoconsumo o la subsistencia de los campesinos.<sup>17</sup> Incluso en tratándose de las fincas de "infrasubsistencia", según una encuesta del Centro de Investigaciones Agrarias, "...por lo menos el 61%... son 'comerciales' en un sentido técnico, es decir, venden parte de su producción, y sólo 39% o menos son de 'subsistencia' pura."<sup>18</sup> Lo que da base para pensar —si se tiene en cuenta que las explotaciones más importantes son las "comerciales" y se recuerda que en conjunto aportan el 2.8% de la producción agrícola—, que el autoconsumo de dichas fincas seguramente representa menos del 1%, y una proporción acaso no mayor del 0.05% del producto agrícola nacional.

Ni siquiera los predios comunales están al margen del mercado. Si bien la descomposición del campesinado es más lenta en estas comunidades, la producción mercantil las ha desgarrado desde hace mucho tiempo y el capitalismo no sólo las domina sino que penetra en ellas cada vez más.<sup>19</sup>

<sup>17</sup> "...los ejidos son mucho más 'comerciales' de lo que generalmente se cree: 96% en 1960 (en 1973 la proporción debe ser, seguramente, más alta)... son comerciales en el sentido que venden por lo menos parte de sus productos, frente al 92% de los predios mayores y el 45% de los menores." CDIA, *Ob. cit.*, Tomo I, p. 281|

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 283.

<sup>19</sup> "Contrariamente a las teorías reinantes en nuestro país durante el último medio siglo —escribe Lenin en un pasaje con el que podría responderse a los prejuicios e idealizaciones neopopulistas de ciertos autores latinoamericanos— el campesino comunal ruso no es antagónico con respecto al capitalismo: es, al contrario, su base más profunda y más sólida... porque precisamente aquí, lejos de toda clase de influjos 'artificiales' y pese a las instituciones que traban el desarrollo del capitalismo, vemos una constante formación de elementos del capitalismo dentro de la 'comunidad misma'. V. I. Lenin. *El Desarrollo del Capitalismo...*, p. 158.

El Centro de Investigaciones Agrarias aporta datos interesantes al respecto.<sup>20</sup> Pero quizá lo más significativo es que, obteniendo los campesinos de que hablamos ingresos medios que no alcanzan siquiera a mil pesos anuales, y no pudiendo ofrecer tal tipo de agricultura sino un empleo eventual y transitorio, que generalmente no se extiende más allá de dos a tres meses al año, la mayor parte de los productores se ven obligados a combinar el cultivo de la tierra con un salario, que, pese a su bajo nivel y a las condiciones precarias e inestables en que suele obtenerse, convierte de hecho a numerosos campesinos pobres en trabajadores asalariados, lo que sin duda modifica las relaciones de producción e impulsa grandemente el desarrollo del mercado interior.<sup>21</sup>

---

<sup>20</sup> "Refiriéndose a una comunidad indígena de Guerrero, señala: "En el mercado de Tlacotepec hay un total de 30 establecimientos. Con la construcción del camino de terracería, el comercio ha recibido un fuerte impulso, sobre todo por la llegada de comerciantes fuereños que han introducido nuevos elementos tales como estufas de gas, camas de resortes, productos farmacéuticos y más variedades de cervezas y refrescos. A Tlacotepec, además, acuden los compradores, intermediarios de la principal producción de semillas y frutas, así como de ganado, que colocan estos productos en el mercado." Y más adelante, en otro pasaje que exhibe la estrecha relación de las comunidades "primitivas" con el mercado, se comenta: "No hay razón alguna para que la mayor parte de los beneficios derivados de la explotación forestal... sea retenida por grandes empresas privadas, a veces extranjeras, mientras que los legítimos dueños del bosque siguen manteniéndose casi a niveles de subsistencia." *Ibid.*, pp. 334-35 y 343-44.

<sup>21</sup> "...en nuestras obras —escribe Lenin— se comprende a menudo con excesiva rigidez la tesis teórica de que el capitalismo requiere un obrero libre, sin tierra. Eso es del todo justo como tendencia fundamental, pero en la agricultura el capitalismo penetra con especial lentitud y a través de formas extraordinariamente diversas..." "Al incluir los campesinos pobres entre el proletariado rural no decimos nada nuevo... sólo los economistas del populismo hablan con tenacidad del campesinado en general, como de algo anticapitalista, cerrando los ojos al hecho de que la mayoría de los 'campesinos' ha ocupado ya un lugar del todo determinado en el sistema general de la producción capitalista, precisamente el

Y así es como las comunidades rurales más atrasadas se convierten en fuentes de mano de obra barata, en centros de los cuales proceden muchos de los trabajadores que emigran como braceros a Estados Unidos, que afluyen masiva y anárquicamente a las concentraciones aluvionales y los cordones periféricos de la ciudad de México y otros grandes centros, que alimentan el mercado de trabajo rural y urbano con una sobre oferta permanente de brazos, en buena parte desocupados o subempleados, pero no por ello menos necesarios para que el proceso de acumulación de capital se desenvuelva con fluidez y en las condiciones más propicias para los capitalistas.

La imagen que ofrecen las explotaciones hasta aquí consideradas sería más precisa y justa si a ellas añadiéramos la agricultura a la que frecuentemente se asigna el carácter de "subfamiliar", (ver el estudio ya citado del CDIA), que en la mayor parte de los casos se realiza también en predios pequeños —en muy alta proporción inferiores a cuatro hectáreas—, en tierras de temporal prácticamente carentes de maquinaria e implementos modernos, y que en general sufren también de una organización deficiente, empleo estacional, escasez de recursos productivos de todo orden y, en última instancia, bajos rendimientos. Entre las variantes más significativas de uno y otro tipo de explotación cabría sin embargo, recordar que el aporte a la producción de las fincas "subfamiliares" supera con mucho al correspondiente a las de "infraestructura"; que su capacidad de consumo es, por consiguiente, también mayor, y que si bien sus estratos inferiores son fuentes de mano de obra barata para la agricultura y otras actividades, los predios "subfamiliares" de más alto ingreso requieren, por el contrario, trabajadores asalariados.

Las explotaciones "familiares", que en 1960 producían entre 5.000 y 25.000 pesos (a precios de ese año), consti-

---

lugar de obreros asalariados agrícolas e industriales." V. I. Lenin, *Ibid.*, pp. 163-64 y 164-65.

tuyen socioeconómicamente y desde el punto de vista de su influencia sobre el mercado un segmento intermedio en el que la descomposición del campesinado y el desarrollo capitalista de la agricultura se aprecian con mayor claridad. Con el 16.6% de los predios dichas explotaciones ocupan el 20% de las superficies de labor (cultivables) y aportan el 24.6% del valor de la producción propiamente agrícola, lo que en parte obedece a que disponen del 17% de la maquinaria y equipo y de la cuarta parte de la tierra de riego.

Contra lo que pudiera pensarse, casi dos tercios de los predios "familiares" no son pequeñas propiedades tradicionales sino ejidos que, fundamentalmente, producen para el mercado. Pese al régimen legal que prohíbe comprar, vender, arrendar e hipotecar las tierras ejidales (aunque en la última ley agraria expedida bajo el actual gobierno se permite ya el arrendamiento en diversos casos); a que dicho régimen restringe las posibilidades de comerciar y especular con esas tierras, a la manera y con la intensidad con que ello se hace en las de propiedad privada, lo cierto es que la prohibición se supera y aun burla a través de mecanismos como las permutas, expropiaciones, trasposos ilegales, operaciones de crédito simuladas y, especialmente, la renta capitalista de la tierra, que adopta formas peculiares que hacen posible violar la ley. Es tal la importancia de estos arrendamientos que en algunas de las regiones agrícolas más ricas, como son las de Sonora y Sinaloa, ha llegado a estimarse que entre el 50% y el 80% de los ejidos se rentan, sobre todo, a grandes terratenientes. En realidad los predios "familiares" son quizá, en mayor medida que otros, una zona de transición en la que claramente se advierte la forma en que se escinde el campesinado, pues mientras muchos ejidatarios abandonan sus predios o sólo trabajan en ellos temporalmente, y en rigor se convierten cada vez más en proletarios rurales y aun urbanos, los más afortunados se vuelven, por su parte —sin dejar formal-

mente de ser ejidatarios—, propietarios de tierras trabajadas por asalariados que se contratan entre los miembros del ejido o en los centros de trabajo de la región.

Naturalmente, el consumo de las explotaciones “familiares” es mayor y más diversificado que el de los estratos inferiores, pues además de los alimentos más socorridos (maíz, frijol, arroz, azúcar, café y otros), de ciertas prendas de ropa y de artículos tales como cigarrillos, cervezas y refrescos, aguardientes, velas, etc., en las zonas más prósperas es fácil advertir la significación que va adquiriendo la compra de otros bienes: muebles corrientes, estufas de diferentes tipos, máquinas de coser, planchas eléctricas, bicicletas, radios y aun refrigeradores, televisores, automóviles usados, camiones, tractores e implementos agrícolas, así como la demanda de servicios de diversa naturaleza (electricidad, agua potable, escuelas, centros de salud, etc.)

A partir de lo que el Centro de Investigaciones Agrarias llama predios “multifamiliares” medianos y grandes, las relaciones capitalistas en la agricultura son aún más evidentes y su interconexión con el mercado, más compleja.

Lo primero que respecto a tales predios conviene destacar es su significación económica decisiva. Con una producción media de 48,000 pesos anuales, en tratándose de los “medianos” y de 385,000 por lo que hace a los “grandes”, pese a que sólo representan el 3.5% del total de los predios existentes, absorben el 45% de la superficie laborable y el 57% del valor de la producción y utilizan el 62% de la tierra de riego y el 85% de la maquinaria y equipo empleados en la agricultura mexicana. Todavía más: según estimaciones del CDIA, entre 1950 y 1960 contribuyeron con el 80% del incremento global de la producción,<sup>22</sup> lo que por sí solo revela su dinamismo e importancia.

¿Qué es lo más característico de las relaciones de producción dominantes en estas explotaciones y a qué obedece

---

<sup>22</sup> *Op. cit.*, Tomo I, p. 287.

que un tan pequeño número de agricultores “genere” —como suele decirse convencionalmente a menudo— una producción tan alta en volumen y valor? Al tratar de responder a esta cuestión debemos tener presente que entre las fincas medianas de menor importancia y los extensos y bien equipados neolatifundios en que de hecho consisten las explotaciones que eufemísticamente llama el CDIA “multifamiliares grandes”, hay sensibles diferencias en cuanto a la magnitud y aun calidad de los recursos a su disposición, que sería erróneo ignorar o menospreciar. Pero también hay ciertos rasgos comunes, de los que podemos partir para comprender mejor su relación con el mercado. Veamos:

- 1) Generalmente son propiedades privadas, aunque no pocas de las grandes explotaciones suelen incluir centenares de hectáreas ejidales rentadas u obtenidas, como ya dijimos en otro apartado, a través de diversos mecanismos que se utilizan para burlar la ley;
- 2) Producen casi totalmente para el mercado, reteniendo sólo pequeñas partes de la producción por razones de conveniencia y no, desde luego, porque se trate de una agricultura de autoconsumo;
- 3) Operan a base de la explotación de trabajadores asalariados —en las fincas más pequeñas con frecuencia son miembros de la familia— que contratan directa o indirectamente a través de empresas de servicios: jornaleros de campo no calificados, regadores, tractoristas, choferes, mecánicos, cargadores; hombres, mujeres y a menudo niños en las faenas de recolección, mayordomos y empleados administrativos, etc. Los dueños y sus familiares suelen hacer ciertos trabajos productivos en los predios de menor importancia; pero en los neolatifundios más prósperos se limitan a actuar como patrones y se ocupan solamente de la dirección, cuando no la delegan o comparten con administra-

dores o empleados cuyos sueldos superan con mucho a los salarios de los trabajadores más calificados.

- 4) .Las tierras de que disponen son de buena calidad, se fertilizan regularmente y, en una alta proporción, son de riego;
- 5) Se dedican en buena parte a cultivos y plantaciones de trigo, algodón, cártamo, frijol soya, sorgo, tomate y otras verduras y frutas de exportación, café y caña de azúcar;
- 6) Disponen habitualmente de recursos financieros propios y de crédito bancario y otros financiamientos a corto plazo, siendo todavía insuficiente e inadecuado el financiamiento a medio y largo plazo;
- 7) Se trata de explotaciones mecanizadas en que las labores de preparación de tierras, siembras, cultivos, fertilización y aplicación de insecticidas, recolección, transporte y almacenamiento se realizan fundamentalmente a base del empleo de maquinaria y equipos modernos, todo lo cual facilita la obtención de altos rendimientos;
- 8) Sus formas y niveles de organización y cooperación, aunque todavía en muchos aspectos deficientes en comparación con los de otros países, superan sensiblemente a las características de la agricultura más pobre, ejidal y privada.

Para entender el papel de las explotaciones medianas y grandes en el proceso de expansión del mercado, lo fundamental es tener presente que, salvo casos excepcionales o al menos muy secundarios, dichas explotaciones descansan en el empleo de trabajo asalariado, en el uso de maquinaria y técnicas modernas que elevan la productividad del trabajo, y por tanto en la producción, retención y concentración de un excedente que en parte queda en

manos de la burguesía propiamente agrícola y en parte es transferido al resto del sistema, en donde lo retienen otras fracciones o sectores de la burguesía nacional y extranjera. En otras palabras, si las explotaciones de que hablamos se toman global, unitariamente, tan sólo como el símbolo institucional de una agricultura "moderna", o sea sin reparar en su estructura, en su contenido de clase y en el carácter de las relaciones y contradicciones que les son propias, inevitablemente se corre el riesgo de no advertir los aspectos principales y aun de *invertir* los términos del problema, cayendo en un tecnocratismo superficial —aparte de profundamente desorientador—, que, con extraña "objetividad" atribuye el mayor impulso productivo a los grandes agricultores, en tanto que los trabajadores son relegados a un segundo plano y vistos esencialmente como consumidores pobres, cuyo escaso, casi nulo poder de compra "impide" una rápida expansión del mercado.

Empecemos, tratando de no caer en el fetichismo de quienes suelen ver en las máquinas, en la técnica, el dinero, la capacidad de sacrificio de los capitalistas o en inmanentes leyes del desarrollo las fuentes de la riqueza social, por ubicar a los grandes terratenientes en sus múltiples relaciones con el mercado.

Se estima que, en 1960, las fincas "multifamiliares" medianas y grandes se repartían en cerca de 80,000 predios, de los que 12,000 correspondían a estas últimas. Es probable que el número de las mismas se haya reducido en 1970, pero aún así, seguramente excedería con mucho lo que debe ser el grueso de las principales explotaciones. Si sólo se consideran las más grandes e importantes acaso no pasarían de uno o dos millares, controladas por unas 500 familias.<sup>23</sup> Y aun si se incluyeran muchas otras que, pese a su menor significación podrían tomarse como representativas de lo

---

<sup>23</sup> Véase, del autor de este ensayo: "El Proceso de Acumulación de capital", en *México: Riqueza y Miseria*. México, 1973, 6a. edición.

que es la burguesía agrícola alta y media del país, quizás sólo llegarían a quince o veinte mil.

Pues bien, ¿cómo influye ese segmento de la clase dominante sobre el mercado? De muy diversas maneras: vía oferta, demanda de bienes de consumo, inversión y exportaciones, ahorro y transferencias de excedente, creciente peso en la política económica, etc.

Del lado de la oferta, de los predios en poder de lo que *grosso modo* podríamos considerar la burguesía agrícola, procede, como ya hemos visto, la mayor parte de la producción en 1972, probablemente no menos de 22 mil millones de pesos de 1960, de los que cerca de 13 mil corresponderían, burdamente, a la agricultura propiamente dicha. Pero como el concurso directo de la burguesía al trabajo productivo es insignificante o nulo, acaso sea preferible reservar el examen de este tema para la parte final del presente ensayo, en que haremos referencia a la contribución de los trabajadores e intentaremos evaluar en conjunto el aporte de la agricultura y de la población rural, centran-do por ahora nuestra atención en torno a la influencia que la burguesía ejerce en el mercado a través de la demanda de bienes de consumo y de producción, así como de múltiples servicios.

Abundan en México los agricultores que explotan grandes extensiones de tierra, digamos más de 100 ó 200 hectáreas de riego, y aun predios mayores de 300 e incluso 500 hectáreas. En las regiones más importantes, concretamente de Sonora y Sinaloa en el Noroeste, pero también en otras entidades, no es infrecuente encontrar explotaciones de 1,000 y más hectáreas de riego, o sea verdaderos neolatifundios en los que unos cuantos centenares de familias obtienen ingresos anuales muy cuantiosos. Considerando que 300 hectáreas de riego que se utilicen en diversos cultivos de los más comunes, pueden proporcionar una utilidad media por hectárea de 1,500 a 1,800 pesos, conservadoramente resultaría una *ganancia* (no un ingreso bruto,

que desde luego es mucho mayor) de alrededor de medio millón de pesos, de ahí que para una explotación de 600 hectáreas podría estimarse una utilidad aproximada de un millón de pesos al año, cifra que superaría, aunque parezca increíble, en unas *mil veces* o más al ingreso total de muchos de los campesinos llamados de infrasubsistencia, lo que exhibe la dramática desigualdad que se observa en el campo mexicano.

Aun considerando, en conjunto, a la burguesía agropecuaria y no sólo a sus estratos más altos, de manera muy tosca y meramente enunciativa podría decirse que el monto de su ingreso y la composición de sus gastos exhiben modalidades como las siguientes:

- 1) El ingreso es en general elevado, debido entre otras causas a la productividad del trabajo en las fincas, la extensión de éstas, las altas tasas de plusvalía y de ganancia, los bajos impuestos y, en general, la protección que el Estado otorga especialmente a los grandes agricultores, que a su vez son los que sufren en menor medida y aun suelen estar en condiciones de contrarrestar parcialmente los efectos de un intercambio desigual.
- 2) Aunque los coeficientes de ahorro e inversión de la burguesía agrícola superan, naturalmente, a los de la actividad en su conjunto, fundamentalmente puede afirmarse que son bajos y que dejan, por ende, una alta proporción del ingreso susceptible de destinarse al consumo.
- 3) El nivel y los patrones de consumo de un estrato a otro muestran, como es obvio, diferencias significativas, a la vez que ciertos rasgos más o menos comunes. Por ejemplo:
  - a) La demanda de alimentos excede con mucho a la de niveles inferiores e incluye, en general, productos tales como carne, pescado, huevos, conservas, leche y frutas;

- b) Las bebidas de mayor consumo no se limitan a los refrescos embotellados o al tequila y mezcales corrientes, sino que aparte de un mayor consumo de cerveza incluyen a menudo vinos y licores procedentes del extranjero; lo que también ocurre en tratándose de los cigarrillos;
- c) El consumo de ropa, en vez de reducirse a las prendas más indispensables consiste en una mayor cantidad de las mismas y, desde luego, de calidades y precios más altos; que muchos de los agricultores del norte importan desde Estados Unidos e introducen al país de contrabando, o sea ilegalmente;
- d) Aun en los casos de familias que viven en el campo —pero sobre todo de la burguesía agrícola radicada en ciudades cercanas a las principales fincas—, la demanda de materiales de construcción se ha multiplicado a medida que mejoran los tipos de habitación.<sup>24</sup>
- e) Algo similar podría decirse respecto a ciertos bienes duraderos de consumo, entre los que probablemente destaquen los automóviles, refrigeradores, radio-consolas y televisores, abanicos eléctricos y aparatos de acondicionamiento de aire, estufas de gas y mobiliario doméstico

<sup>24</sup> Tan sólo por lo que se refiere a unos cuantos millares de grandes agricultores y ganaderos radicados en Mexicali, y en menor medida en Tijuana, Baja California; en los principales centros agrícolas de Sonora (Hermosillo, Guaymas, Ciudad Obregón, Navojoa y Huatabampo), Los Mochis, Culiacán y Mazatlán, en Sinaloa; Ciudad Juárez, Delicias y Chihuahua, en el estado de este nombre; Torreón, en La Laguna; Matamoros, Reynosa y Tampico, en Tamaulipas; Celaya e Irapuato, en el Centro, y varias ciudades de Veracruz, Tabasco y Chiapas, la construcción residencial ha creado en años recientes una gran demanda de cemento, tabique, varilla, mosaicos y azulejos, madera, vidrio, muebles de baño, etc.

- (juegos de sala, comedor, recámara y otros).
- f) En fin, la demanda de servicios proveniente de la burguesía agrícola se ha incrementado notablemente, quizá sobre todo en lo que hace a electricidad y gas, agua potable, escuelas primarias e intermedias, restaurantes, actividades profesionales, comunicaciones y transportes, servicios de hospedaje, hospitales y clínicas, salas de cine, espectáculos deportivos y otras diversiones, seguros de diversas clases, facilidades bancarias y prestación de múltiples servicios públicos.

Por lo que hace, en particular, a los agricultores ricos, o sea lo que podríamos considerar la alta burguesía, parece indudable que su capacidad de consumo de bienes y servicios es grande y que si bien se trata de un número relativamente pequeño de familias privilegiadas, no por ello puede menospreciarse su poder de dilapidación, como lo demuestran las lujosas residencias y los millares de automóviles que dichos agricultores poseen, así como los desmedidos gastos y frecuentes viajes, casi siempre de placer, que realizan dentro y fuera del país.

Carecemos de datos y de elementos para estimar la inversión de la burguesía agrícola —o sea su influencia sobre el componente más dinámico de la demanda global— tanto en la actividad agropecuaria como en otras ramas a las que, sobre todo los grandes agricultores, tienden a vincularse estrechamente. Se sabe, sin embargo, que el grueso de la demanda de maquinaria e implementos modernos —tractores, camiones, arados de fierro, rastras, niveladoras, sembradoras, equipo de fertilización, trilladoras y desgranadoras mecánicas, motores y bombas, así como ciertos materiales de construcción para almacenes y bodegas y otros usos pro-

piamente agrícolas, procede de los terratenientes medianos y grandes. Y en cuanto a la contribución de éstos al desarrollo de otras actividades —en su carácter de empresarios o inversionistas—, acaso podría mencionarse como la principal, sus intereses en ciertas industrias agrícolas (despites de algodón, fábricas de aceites y grasas, molinos de trigo y arroz, empacadoras y enlatadoras de frutas y legumbres, empacadoras de carne, frigoríficos, plantas pesqueras, industrias madereras, etc.), así como sus inversiones en diversos ramos del comercio y servicios tales como la distribución y representación de maquinaria e implementos agrícolas, automóviles y camiones, fertilizantes e insecticidas y equipos varios de fabricantes nacionales y extranjeros.

Al llegar a esta parte de nuestro ensayo podría aducirse, incluso aparentemente con razón, que es obvio que los empresarios agrícolas contribuyen de múltiples maneras a la expansión del mercado y que ello no tiene siquiera por qué recordarse cuando se postula que son los campesinos pobres y los trabajadores del campo quienes, por el contrario, inhiben y frenan ese proceso debido a que carecen de poder de compra.<sup>25</sup> No repetiremos aquí las explicaciones teóricas

---

<sup>25</sup> A propósito de la forma en que a partir de un enfoque parcial, teóricamente inaceptable y en el fondo apologético se tiende a ver en la demanda y aun en la capacidad de consumo de ciertos estratos medios y altos de la burguesía el centro del mercado y del proceso de desarrollo, en el estudio del CDIA a que hemos hecho frecuente referencia, abundan expresiones tan reveladoras como éstas: "...gran parte de la demanda efectiva total, y por ende del desarrollo económico general, descansa sobre una parte relativamente pequeña de la población; "...el desarrollo descansa sobre aquella mitad de la población que, con un consumo medio familiar de \$2,100 mensuales, realmente 'alimenta' el desarrollo." (*Ob. cit.*, Tomo I, p. 441. "...prácticamente, como ya señalamos arriba... el desarrollo económico de todo el país descansa sobre la mitad restante de la población, mientras la contribución de la primera mitad al mismo es mínima." (*Ibid.*, p. 454. Lo que claramente demuestra que, para ciertos investigadores, lo esencial en el

generales hechas en la primera parte de este texto. Nos limitaremos a hacer esta breve reflexión: si los prósperos empresarios agrícolas nada tuvieran, en efecto, que ver con los campesinos pobres y los trabajadores del campo; si su envidiable bienestar fuera el fruto de su esfuerzo, de su iniciativa, de su talento o al menos de su buena estrella, parecería cierto que son los pobres, es decir quienes no pueden gastar ni comprar más de lo que compran, y no los ricos, que pese a tener de todo no dejan de adquirir más y más, los que realmente frenan y aun vuelven imposible la expansión del mercado. Pero el papel principal de los trabajadores en el mercado capitalista —debemos subrayarlo— no es comprar lo que producen —que por otra parte compran cada vez más— sino vender su fuerza de trabajo y producir para quien la contrata; y además, la burguesía rural mexicana, concretamente, no se distingue por su laboriosidad o espíritu de empresa, sino por ser un sector de la clase dominante capaz de hacer trabajar en su beneficio a millones de hombres y mujeres que, en última instancia, son los que generan la plusvalía de que los ricos se apropian.

Ya hemos señalado —y el hecho es, por lo demás, bien conocido— que generalmente se explota de múltiples maneras a los pequeños productores que trabajan por su cuenta y aportan, directamente, parte del producto agropecuario. Si tales productores viven casi siempre en la miseria, ello obedece a que sus predios son pequeñas unidades con muy escasa capacidad de producción, y a que alrededor de cada pequeño agricultor o humilde ejidatario hay una cauda de intermediarios que los extorsionan, de funcionarios deshonestos, de comerciantes y especuladores que les compran a menos de lo que debieran y venden a precios prohibitivos,

---

proceso de desarrollo no es quien trabaja y crea la riqueza que circula en el mercado, sino quién la consume en mayor proporción, sin siquiera reparar en el origen de la capacidad de consumo de los ricos.

de agiotistas y usureros que, a veces por unos cuantos pesos, se quedan en poder de buena parte de las cosechas, y aun de falsos dirigentes que utilizan su autoridad y su influencia sobre los campesinos, para enriquecerse. Pero la explotación de los pequeños productores más o menos independientes, con todo y ser social y económicamente grave, no tiene las proporciones, al menos por lo que hace a la dinámica del mercado capitalista, de lo que acontece a los trabajadores asalariados.

No se sabe, con precisión, cuántos jornaleros y trabajadores asalariados hay en el campo mexicano. El Centro de Investigaciones Agrarias, a partir de cifras censales, los estimaba entre 3.2 y 3.6 millones, en 1960.<sup>26</sup> Algunos investigadores los hacen llegar, diez años después, a más de cuatro millones,<sup>27</sup> y no sería exagerado pensar que a la fecha asciendan a 4 y medio, aunque los datos del último censo agropecuario son inferiores. Con base en tales cifras podría afirmarse que, en 1960, los trabajadores asalariados constituían alrededor del 55% de la población económicamente activa en la agricultura, proporción que, aun sin tomar en cuenta a un buen número de desocupados y subempleados, debe ser bastante mayor —quizás no inferior a tres cuartas partes— en la actualidad.

Pues bien, ¿cómo y por qué los asalariados rurales ejercen una influencia decisiva sobre el mercado interior, en la presente etapa del desarrollo capitalista mexicano? Veamos:

- 1) En primer lugar no sólo generan el 57% de la producción agrícola que corresponde a las explotaciones “multifamiliares” medianas y grandes sino, casi seguramente, la mayor parte de la que proviene de los predios “familiares”, lo que permite estimar que no menos del 70% y aun quizás

---

<sup>26</sup> CDIA, *Ob. cit.*, Tomo I, p. 589.

<sup>27</sup> Jorge Martínez Ríos, *Ob. cit.*, p. 12.

tres cuartas partes del producto total, descansa en el empleo de trabajo asalariado, o sea que los jornaleros del campo son quienes realmente proveen al país de alimentos y sobre todo de materias primas fundamentales para la industria. De ellos procede, en efecto, el grueso de la producción de trigo, arroz, caña de azúcar, legumbres y frutas, café, carne, leche y productos lácteos, así como de algodón y otras fibras, aceites y grasas, tabaco, maderas, etc.

- 2) A ellos se debe, asimismo, la mayor parte de las exportaciones agropecuarias e indirectamente, por tanto, una buena porción de las importaciones de múltiples bienes de consumo y de producción que el país adquiere en el exterior.
- 3) Con todo y ser muy bajo el nivel de vida de los trabajadores agrícolas es indudable que, aun su contribución directa a la demanda de bienes y servicios no debiera subestimarse, y que si bien es cierto que en otras condiciones podría ser considerablemente mayor, lo importante es que supera con mucho a la de etapas anteriores y que a la vez tiene como contrapartida un poder de compra creciente en manos de otros sectores, y especialmente, de la burguesía rural y urbana;
- 4) Para apreciar mejor lo que esto último significa conviene recordar, así sea muy brevemente, las condiciones en que la descomposición del campesinado lanza al proceso capitalista la fuerza de trabajo. Hemos dicho, líneas arriba, que en la agricultura mexicana hay actualmente unos 4.5 millones de asalariados; ahora conviene conocer sus principales características:
  - a) La mayor parte de los trabajadores son jornaleros no calificados que realizan tareas relativamente sencillas: cultivos, limpias, riegos y

diversos tipos de recolección durante lapsos cortos y, a menudo, eventuales. En las fincas medianas y particularmente en las grandes, sin embargo, se utilizan también trabajadores más calificados: tractoristas, operadores de trilladoras y combinadas, mecánicos, choferes, capataces, etc., cuya ocupación es más estable y, en algunos casos, incluso permanente.<sup>28</sup>

- b) En términos generales, los jornaleros rurales son más jóvenes y probablemente más productivos que quienes trabajan por su cuenta,<sup>29</sup> y aunque en su mayor parte radican en las regiones en que prestan sus servicios, en las épocas de recolección, sobre todo de productos

---

<sup>28</sup> Según estimaciones para 1960, la proporción de trabajo asalariado en los ejidos, medida en días-hombre, sólo representaba el 13% del total, contra el 41% en los predios privados menores de 5 hectáreas y el 66% de los mayores de esa superficie. (CDIA, *Ob. cit.*, Tomo I, p. 585.) Aunque no disponemos de datos precisos al respecto, con base en informes recientes (1971-72) obtenidos directamente en los valles del Yaqui y Mayo en Sonora, y en menor escala en la región del Fuerte, Sinaloa, podría pensarse que la participación del trabajo asalariado es quizá muy superior a la antes señalada, probablemente no inferior a un 25% a 30%, y el porcentaje de ejidatarios que trabajan como asalariados quizás también mucho más alto que el 25.4% estimado en el estudio antes mencionado. (P. 587).

“El salario real de los jornaleros es más bajo que el de hace 20 años... Constituyen el estrato más desvalido de la sociedad rural, se encuentran desorganizados y no sólo carecen de tierra sino de instrumentos de lucha.” Juan Ballesteros Porta, *El Perfil de México en 1980*, Tomo 3, p. 40. Al respecto, el CDIA estima que si bien los salarios mínimos rurales subieron entre 1948-49 y 1958-59, no llegaron al nivel que tenían veinte años atrás, lo que en nuestro concepto, erróneamente, se atribuye “a la paulatina sustitución de la mano de obra por la maquinaria agrícola...” (*Ob. cit.*, Tomo I, pp. 605 y 606) cuando en realidad es fruto de la creciente explotación del trabajo asalariado.

<sup>29</sup> Véase: CDIA, *Ob. cit.*, Tomo I, p. 559.

que absorben gran cantidad de mano de obra, proceden en una alta proporción de otras entidades.

- c) Las corrientes migratorias se inician, con frecuencia, en varios estados del centro y centro-norte del país (Hidalgo, Guanajuato, Michoacán, San Luis Potosí, Aguascalientes, Zacatecas, etc.), en donde las posibilidades de trabajo son escasas y se dirigen hacia las principales regiones del norte y, especialmente, del Noroeste (Chihuahua, Sinaloa, Sonora y Baja California). Cuando terminan las cosechas en estas zonas o no se encuentra en ellas trabajo suficiente, millares de trabajadores prosiguen hacia el sur de Estados Unidos.<sup>30</sup>
- d) El campesinado, sin embargo, no sólo estimula el desarrollo del mercado interno al desplazarse de unas zonas rurales a otras. La mayor parte del excedente demográfico se transfiere del campo hacia las ciudades, creando en éstas una sobreoferta de mano de obra barata. Entre 1940 y 1960, las actividades agropecuarias abastecieron al resto del sistema con 1,068.000, trabajadores asalariados, que para 1970 deben haber sobrepasado en conjunto la cifra acumulada de 1,600.000, de los que más de una mitad son absorbidos por la capital de la República, Guadalajara, Monterrey, Puebla, León y Ciudad Juárez.

---

<sup>30</sup> En decenios pasados llegaron a emigrar hacia Norteamérica, legal e ilegalmente, hasta un millón de personas en un solo año. A fines de los años cincuenta la contratación anual fue de alrededor de 400 000, y después de 1963, en que el convenio sobre braceros dejó de tener vigencia, un número cada vez mayor de mexicanos se ha internado en el país vecino con miras a radicar permanentemente en él, y 200 000 braceros y aun más han seguido entrando ilegalmente cada año.

- c) Aunque recientemente ha empezado el gobierno a reconocer el derecho de los trabajadores del campo a organizarse sindicalmente, los intentos de organización han tropezado hasta ahora con obstáculos insuperables, y los trabajadores rurales nunca han gozado de la protección que les otorgan la Constitución y las leyes laborales. Incluso se persigue y aun reprime a quienes se interesan en organizar a pequeños grupos de jornaleros.
- f) El alto ritmo de crecimiento económico y demográfico en el sector no agrícola y la creciente demanda de productos agropecuarios procedentes del mismo, parecería haber traído consigo una cada vez mayor demanda de mano de obra en el campo y un sustancial aumento de los salarios rurales. Empero, la disponibilidad casi ilimitada de mano de obra, el bajo nivel de preparación de los jornaleros, la ausencia de organización gremial y, desde luego, de organización política —pues los trabajadores y campesinos pobres siempre se ven obligados a apoyar al partido oficial—, determinan condiciones de vida muy precarias. No es difícil comprobar que los salarios son inferiores a los mínimos legales, en muchas zonas en 20% y 25% y a veces hasta 40% y 50%. Las jornadas diarias, que debieran no exceder de ocho horas suelen extenderse hasta doce y catorce, incluyendo el tiempo destinado a trasladar a los trabajadores de los puntos de concentración (ya en el campo) a los sitios en que deben laborar, y, viceversa. En fin, la mayor parte de los jornaleros no cuentan con seguro social ni disponen de otras prestaciones y servicios esenciales, y el problema de la ha-

- bitación en el campo es realmente grave.<sup>31</sup>
- g) El que la oferta exceda generalmente a la demanda en el mercado de trabajo no es un hecho casual ni tan sólo un aspecto de la política económica. Lo que a él subyace es un rápido crecimiento demográfico, que en rigor constituye una ley del desarrollo propia de ciertas etapas del proceso capitalista. A ella obedece en el fondo que por un lado la oferta de brazos exceda a la demanda, y por el otro que la relación entre trabajadores ocupados y subocupados y aquellos en activo, tienda inclusive a aumentar, garantizando así que el mercado y, en un sentido más específico, el proceso de acumulación de capital se desarrolle con base en un bajo nivel de salarios, y por tanto en las condiciones más favorables para los capitalistas.

Desde el punto de vista del desarrollo del mercado y de la economía capitalista en general, por consiguiente, el papel del campesinado y de los trabajadores rurales es *producir lo más posible* dentro de ciertas condiciones técnicas y sociales, y *consumir lo menos posible* tanto en el campo como al emigrar a los barrios bajos de la ciudad o sea

---

<sup>31</sup> Según datos censales, entre 1940 y 1960 la proporción del producto total que absorben los salarios en los predios mayores de cinco hectáreas desciende del 22.3% al 7.2%, aumentando, en cambio, la parte correspondiente a la depreciación y mantenimiento de maquinaria y equipo, del 6.3% al 10.5%. Véase CDIA, *Ob. cit.*, Tomo I, p. 606. Con base en otros estudios realizados por el autor de este ensayo, podría estimarse que el coeficiente medio de costos, o sea la relación costos-ingresos rurales, a mediados de los años cincuenta, era en México de 73%, lo que parecía indicar que los salarios apenas alcanzaban poco menos del 10% del costo total, o sea una proporción muy inferior a la utilidad del agricultor y, sobre todo, del gran terrateniente, lo que sugiere una tasa de plusvalía sumamente alta.

generar un excedente que permita acelerar la formación de capital en la agricultura y en el resto del sistema, y sobre todo la concentración del mismo y en un sentido más amplio del ingreso, en poder de las fracciones más poderosas de la burguesía nacional y extranjera. Y como el sistema de precios —y cuando este mecanismo falla, la acción del Estado— se encarga de que tal función se cumpla, la clase en el poder se asegura así de que a través de mecanismos crediticios, fiscales, laborales, tecnológicos, etc., se combinen las más diversas formas de extracción de plusvalía absoluta y relativa, y de que ésta sea puesto a disposición del pequeño sector que, por uno u otro camino, se apropia del fruto del esfuerzo de los trabajadores.<sup>32</sup>

Lo que claramente comprueba que el bajo nivel de consumo de las masas y en particular de los trabajadores rurales y de los campesinos recién llegados a las ciudades, *crea* la creciente capacidad de compra de la burguesía, o sea contribuye decisivamente a aumentar la demanda global tanto a través de la inversión pública y privada, como de la exportación y el consumo de los estratos privilegiados. Gracias a ello, en efecto, el Estado mexicano ha podido en los últimos años mantener un coeficiente de inversión relativamente alto (de alrededor de un tercio de la inversión total), pese a que la carga fiscal sólo absorbe entre el 8% y el

---

<sup>32</sup> Dos hechos que sin duda favorecen grandemente a la burguesía rural mexicana son, además, los siguientes: el control que por vías legales e ilegales ejerce de la tierra le asegura una alta renta absoluta y diferencial. La primera permite que la tasa de ganancia de los grandes capitalistas supere al promedio, ya que la concentración de la tierra opera como una prima en su favor y como un obstáculo monopolista a la tendencia a la igualación de la tasa de ganancia. La segunda, o sea la renta diferencial, resulta de que los grandes agricultores explotan las mejores tierras en un sentido natural o económico— por lo que obtienen una mayor productividad y una ganancia extraordinaria respecto a quienes operan en condiciones medias y, naturalmente, en comparación con los más pequeños productores que a menudo tienen que vender sus productos por abajo de su valor.

9% del producto interno bruto; la empresa privada ha invertido, por su parte, los otros dos tercios, y además ha mantenido un nivel de gasto improductivo enorme, como lo revela el hecho de que mientras en algunos años la proporción del ingreso nacional que se distribuye a través de utilidades ha llegado a ser superior al 40%, la inversión privada bruta sólo ha alcanzado entre el 10% y el 13% de dicho ingreso.

La situación de que hablamos ha permitido, además, aumentar las exportaciones, o sea un sector de la demanda que en ciertos momentos ha jugado incluso un papel más dinámico que el de la inversión doméstica, y coadyuvado, en consecuencia, a elevar la capacidad de importación.<sup>33</sup>

La agricultura ha contribuido, asimismo, a acelerar el proceso de sustitución de importaciones e incluso a abastecer directamente a decenas de industrias agrícolas y variadas manufacturas en las que operan millares de establecimientos, que ocupan a aproximadamente 250,000 trabajadores y producen cerca de 25,000 millones de pesos al año, (cifras censales de 1970).

Es tan importante el concurso de los trabajadores rurales, y en general de la agricultura al desarrollo del mercado, que, contra lo que pudiera suponerse, o sea que el sector rural entrañe una carga para el resto de la economía, se estima que entre 1942 y 1960, tan sólo a través del sistema fiscal, el sistema bancario y la relación interna de precios, dicho sector contribuyó con una transferencia neta de alre-

---

Pero lo que debe quedar bien claro es que "toda renta del suelo es plusvalía, producto del trabajo sobrante." Véase: V. I. Lenin, *El programa agrario de la socialdemocracia en la primera revolución Rusa de 1905-07*. Moscú, 1949, p. 100 y "El problema agrario y los 'críticos de Marx'", *Obras completas*, tomo IV, así como C. Marx, *El Capital*, tomo III, Vol. II, p. 747 y las cartas de Marx a Engels incluidas en el apéndice, pp. 1025 a 1034.

<sup>33</sup> Aunque en años recientes ha descendido la importancia relativa de las exportaciones agropecuarias respecto a las ventas totales, en 1970 todavía representaron poco más del 54%, destacando prin-

dedor de 3,100 millones de pesos;<sup>34</sup> pero como no se consideraron otros canales (impacto favorable sobre la balanza comercial y de pagos, créditos no bancarios, diferencias salariales entre el campo y la ciudad, éxodo de trabajadores rurales, etc., a través de los que también se transfieren recursos reales hacia los sectores no agrícolas, seguramente el aporte conjunto debe haber excedido con mucho a la cifra antes mencionada.

En resumen podría decirse que la población rural y el desarrollo agrícola que fundamentalmente ella promueve, directa e indirectamente estimulan la expansión del mercado capitalista, sobre todo a través de los mecanismos siguientes:

- 1) Destrucción cada vez mayor de las viejas comunidades y de las supervivencias económicas y culturales de tipo precapitalista que, en mayor o menor medida, siguen presentes en ellas;
- 2) Abastecimiento de mano de obra barata a las actividades agropecuarias y, aun en mayor escala, al resto del sistema económico;
- 3) Creciente movilidad de esa mano de obra, a fin de que pueda disponerse de ella en las condiciones más oportunas y favorables, en los sitios en que se requiera;
- 4) Mantenimiento de una sobreoferta de trabajo tanto en el campo como en las ciudades, que inevitablemente se traduce en un alto volumen de desempleo y subempleo, que vuelve sumamente difícil elevar los salarios rurales, sobre todo en la agricultura, y que permite altas tasas de explotación;

---

principalmente las de algodón, legumbres, café, ganado vacuno, azúcar, diversas frutas y productos pesqueros.

<sup>34</sup> Véase: CDIA, *Ob. cit.* Tomo I, p. 227.

- 5) Sostenimiento de una tasa de crecimiento de la producción agrícola que permita alimentar a una población que crece de prisa (en los sectores de más bajo ingreso en forma realmente explosiva), así como aprovisionar a la industria de múltiples materias primas y estimular el proceso de industrialización sustitutivo de importaciones;
- 6) Fomento de la exportación para satisfacer la demanda externa de ciertos productos y para contribuir a generar una parte sustancial de las divisas en que a su vez descansa la capacidad de importación de bienes de capital y productos intermedios;
- 7) Aumento general del poder de compra y aun de la necesidad de la población rural de bienes de consumo y producción de parte de los agricultores propiamente capitalistas y, especialmente, de los grandes terratenientes;
- 8) Demanda cada vez mayor de múltiples servicios públicos y privados;
- 9) Traslado de una parte considerable del excedente agropecuario hacia la industria, el comercio y los servicios, que en parte se convierte en ahorro e inversiones públicas y privadas, y en parte incrementa el consumo de los sectores no agrícolas.

El énfasis con que hemos tratado de demostrar que los productores y asalariados rurales, en particular los más pobres, contribuyen decisivamente a la expansión del mercado interior, no debiera confundirnos y hacernos pensar que dicho mercado se desenvuelve sin tropiezos, y guiado por una sabia "mano invisible" al impulso de una creciente división del trabajo, que en el mundo moderno parece no encontrar obstáculos insalvables. Nada de eso. Si bajo el capitalismo avanzado el proceso económico es anárquico, inestable y sujeto a fuertes altibajos y profundas contradicciones, bajo el capitalismo del subdesarrollo el mercado

interno nunca se desenvuelve en condiciones siquiera medianamente racionales, nunca lo hace en forma que pudiera comprobar la armonía y los mecanismos de ajuste automáticos previstos en la famosa Ley de los mercados de Say o en el modelo de crecimiento equilibrado sugerido por el profesor Nurkse.

La economía del subdesarrollo es una economía coja, dependiente, orgánicamente desarticulada y cuya estructura global nunca opera como un todo cuyas partes funcionen armónicamente como tales. A causa de la dependencia y de los factores históricos que condicionan la acumulación de capital, en las economías atrasadas el mercado descansa en un sistema deforme y siempre incompleto, en el que se pierden o reducen al mínimo los efectos favorables (*linkage effects*) de la interconexión e interdependencia de un proceso económico independiente y que responda, en lo fundamental, a intereses y necesidades propios. La tenaz persistencia de ciertas formas y relaciones de producción anacrónicas, el enorme peso de la producción primaria en la estructura ocupacional, el ingreso y el comercio exterior; la ausencia de una industria pesada nacional cuyo desarrollo histórico se hubiese articulado desde un principio al del resto de la economía; la hipertrofia del sector terciario y la forma ilógica en que la inserción en el mercado exterior (o sea el carácter tributario de las economías de que hablamos) impide integrar y complementar, en el ámbito del mercado interno y aun a nivel regional latinoamericano, las actividades que constituyen el centro de la estructura productiva, todo ello afecta desde luego la división del trabajo, el crecimiento económico y la expansión del mercado.

Incluso podría decirse que aun los factores que a primera vista más influyen en el proceso de desarrollo lo hacen de manera contradictoria, o sea, actuando a la vez como palancas y frenos. El bajo nivel de los salarios rurales, por ejemplo, si bien abarata la mano de obra y permite obte-

ner altas tasas de explotación, limita sin embargo el poder de compra de las masas rurales y en buena parte deprime el nivel de salarios en los sectores no agrícolas y, de nuevo, la capacidad de consumo de los mismos. El capital extranjero, por su parte, si bien suele introducir nuevas técnicas y mejores métodos que elevan la productividad y la producción, concretamente en el sector agropecuario, sustrae y drena, al propio tiempo, una parte sustancial del excedente, con lo que resta impulso y vuelve más difícil la acumulación de capital. En fin, el hecho de que las altas tasas de plusvalía en el sector agropecuario no se traduzcan, como en el modelo clásico, en una rápida acumulación de capital sino más bien en la combinación de consumo suntuario y capacidad productiva ociosa, aunque por un lado eleva y diversifica la demanda, alentando a corto plazo el crecimiento de múltiples actividades, simultáneamente distorsiona los patrones de consumo, distrae y malutiliza recursos productivos escasos y, a largo plazo, implica una dilapidación del potencial productivo que obstaculiza gravemente el proceso de desarrollo. Pero el que la expansión del mercado se vuelva más inestable y contradictoria y el subdesarrollo se agudice fundamentalmente a consecuencia de la explotación desmedida de los trabajadores rurales y urbanos, de la extrema concentración de la riqueza y de la dependencia y la incapacidad de la clase dominante para conducir un desarrollo nacional realmente autónomo, es algo muy distinto a la ausencia de mercado interno y a la supuesta incapacidad de los asalariados para contribuir a su crecimiento, y, en general, al desarrollo capitalista.

## DESEMPLEO, ACUMULACIÓN DE CAPITAL Y MERCADO INTERNO

### *Magnitud y naturaleza del desempleo*

El desempleo es objeto de creciente inquietud en América Latina. Hasta los años cuarenta y aun cincuenta, pese a que en los países capitalistas industrializados empezaba a trazarse una estrategia de "ocupación plena", ésta no fue motivo de especial interés y menos aún el objetivo más importante de la política de desarrollo latinoamericano. Inclusive en la década anterior, cuando a consecuencia de la crisis y la depresión subsiguiente se extendió como nunca antes el desempleo, los gobiernos latinoamericanos parecían más interesados en restablecer el precario equilibrio de lo que eufemísticamente suele llamarse la etapa de "crecimiento hacia afuera" y en promover una industrialización sustitutiva de importaciones, que en afrontar, directa y resueltamente, el problema del desempleo. A últimas fechas, en cambio, se ha vuelto un lugar común reiterar en círculos académicos, en la prensa, en el movimiento obrero y en las más diversas organizaciones políticas, que es impostergable eliminar la desocupación o al menor reducirla sustancialmente si se han de evitar situaciones críticas que, incluso en los países institucionalmente más estables, estallen en cualquier momento.

Podría pensarse que si bien el problema de que hablamos es obviamente grave, la industrialización de los últimos decenios contribuyó a mitigarlo y aun a contrarrestar la acción de ciertos factores desfavorables al absorber cada vez más

trabajadores en las nuevas empresas creadas, principalmente, por el capital privado. Hasta hace unos cuantos años tal fue la opinión dominante entre muchos empresarios, técnicos y funcionarios públicos, quienes de manera simplista tendieron a creer que el solo fomento de la industria traería consigo rápidos aumentos en el nivel de empleo, así como una creciente y cada vez más fluida transferencia de ocupaciones del sector primario al secundario. Como en otros aspectos del análisis económico y del trazo de una política de desarrollo, el peso de ciertos esquemas teóricos neoclásicos se dejó sentir decisivamente y el desempleo no fue visto como un complejo fenómeno social o siquiera como una cuestión económica difícil de resolverse, sino más bien como un asunto técnico cuya solución dependería de un sencillo, casi automático y armonioso juego de relaciones cuantitativas entre unas cuantas variables: el ahorro, la inversión, la relación capital-producto y capital-trabajo y la tasa global de crecimiento del producto nacional. Más lo ocurrido en los últimos decenios, como comprobaremos enseguida, fue bien diferente.

No es fácil determinar la magnitud ni comparar los rasgos más característicos del desempleo.<sup>1</sup> Para tener un marco inicial de referencia, sin embargo, podríamos recordar que, en 1960, organismos de las Naciones Unidas estimaron que alrededor del 40% de la fuerza de trabajo latinoamericana estaba desocupada y subocupada, lo que en términos de desempleo total correspondería al 23% de la

---

<sup>1</sup> Como es bien sabido la información estadística y en particular la censal, en América Latina, es muy deficiente y suele apartarse grandemente de la realidad. Con frecuencia es objeto de censura y de ajustes más o menos arbitrarios que entrañan una "evidente manipulación". Incluso ciertas "informaciones importantes se ocultan al público o los datos se modifican para satisfacer fines políticos..." Ernest Feder, *Recent trends affecting unemployment and poverty*, ponencia presentada a la Segunda Conferencia Escandinava de Investigación sobre América Latina, Copenhague, mayo de 1973, pp. 5-6.

fuerza laboral. En números absolutos y hechos ciertos ajustes para estimar el equivalente de desempleo que implica el subempleo, la propia ONU calculó que entre aquel año y 1970 el número de desocupados aumentó de 18 a 25.4 millones, proporción que a su vez representa el 30% de la población económicamente activa.

Entre 1925 y 1960, las actividades industriales en su conjunto sólo pudieron emplear a 5 de los 23 millones de personas en que se incrementó la fuerza de trabajo urbana, lo que significó que el sector secundario, que ya en 1925 absorbía el 35.4% de dicha fuerza de trabajo, en 1950 sólo ocupara al 30%, y diez años después al 27.1%.<sup>2</sup> Esta situación hace temer que, en la actualidad, menos de una cuarta parte de la fuerza laboral sea absorbida por la industria, incluyendo en ella tanto las instalaciones modernas como los numerosos talleres, propiamente artesanales, en que todavía trabajan alrededor de cinco millones de personas. Según cifras recientes las manufacturas, en particular, solamente emplean al 14% de la fuerza de trabajo.

El hecho de que la capacidad de la industria para absorber el excedente de mano de obra sea relativamente cada vez menor plantea graves problemas en una etapa como la presente, en que la población y la fuerza de trabajo crecen con especial celeridad —aproximadamente a razón de 3% al año— e imprime caracteres muy singulares a la estructura ocupacional. Aun en aquellos países en que la población ocupada en actividades primarias continúa creciendo en números absolutos —aunque descienda en términos relativos—, hay un sobrante demográfico que se vuelca sobre las ciudades. Y ante la imposibilidad de que lo absorba la industria se multiplican los oficios y actividades más o menos improductivos y poco calificados en el comercio y los servicios, aumenta el desempleo y, sobre todo, el sub-

---

<sup>2</sup> "El proceso de industrialización en América Latina", cit. por la CEPAL, en *El cambio social y la política de desarrollo social en América Latina*. Nueva York, 1969, p. 118.

empleo urbano y crecen las ocupaciones "marginales" y los cordones de miseria que hoy rodean a las grandes ciudades latinoamericanas.<sup>3</sup>

### CAMBIOS EN LA ESTRUCTURA OCUPACIONAL EN AMÉRICA LATINA

	<i>Distribución porcentual</i>				<i>Tasas de crecim.</i>	
	1950	1960	1965	1969*	1950-60	1960-69
Agricultura	53.4	47.2	44.5	42.2	1.3	1.5
Bienes y servicios no agrícolas	23.5	24.6	24.2	24.8	3.1	2.8
a) Minería	1.1	1.0	1.0	1.0	2.0	2.2
b) Manufacturas	14.4	14.0	14.0	13.8	2.6	2.3
Fabriles	6.9	7.6	7.6	7.7	3.7	2.9
Artesanales	7.5	6.8	6.4	6.1	1.5	1.6
c) Construcción	3.8	4.1	3.9	4.5	3.2	4.0
Servicios						
a) Comercio y fi- nanzas	7.8	9.0	9.5	10.1	4.1	4.1
b) Otros servicios	13.0	15.6	16.6	17.3	4.5	4.0
c) Actividades no especificadas	2.3	3.6	5.2	5.6	7.3	8.2
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

\* Estimaciones preliminares.

FUENTE: Comisión Económica para América Latina: *Estudio Económico de América Latina*, 1958. Nueva York, 1969, pp. 27 y 28.

<sup>3</sup> Como dice el profesor Sergio Bagú, "...ya no hay en el continente ciudad de mediano dinamismo económico que no tenga su propio cinturón de miseria. La variedad de la nomenclatura traduce su omnipresencia: villas miseria, pueblos de ratas, cantegriles, callampas, favelas, rancheríos, cerros, etcétera, etcétera." "Las clases sociales del subdesarrollo", *Problemas del subdesarrollo latinoamericano*. México, 1973, p. 47.

El cuadro anterior muestra varios hechos dignos de subrayarse: 1) las actividades agropecuarias, debido en buena parte a su baja productividad media y marginal, ocupan todavía una alta proporción de la fuerza de trabajo; 2) la industria y, concretamente, las manufacturas apenas crecen al ritmo del empleo global, y el artesanado sigue siendo muy importante como fuente de ocupación, 3) los servicios básicos, entre los que destacan los transportes y la producción de energéticos, aunque en lo que hace a absorción de empleo exhiben tasas de crecimiento considerablemente superiores a la media, dejan ver una tendencia declinante en el último decenio y no parecen, por sí solos, capaces de modificar sensiblemente la estructura ocupacional, pues en casi veinte años sólo aumentaron su participación relativa en 1.3% del empleo total; y lo mismo podría decirse de la construcción, cuya participación en la estructura ocupacional aumentó del 3.8% al 4.5%, o sea solamente 0.7% en el lapso indicado. 4) En fin, el mayor incremento sectorial corresponde en conjunto al comercio y los servicios, pero lo más significativo es que no son el comercio moderno, la banca, los seguros y otros servicios análogos los que aumentan más rápidamente su participación en el empleo, sino las actividades “misceláneas” o “no especificadas”, que junto a haber logrado las tasas anuales de crecimiento más altas elevan su capacidad de empleo del 15.3% al 22.9%, lo que en otro sentido da cuenta de la claridad con que en el lapso considerado creció, más que el empleo urbano, el subempleo.

Es esta una cuestión tan importante para comprender los cambios recientes en la estructura ocupacional y las perspectivas de absorción de la fuerza de trabajo en los próximos años, que vale la pena recordar brevemente lo ocurrido al respecto en los principales países latinoamericanos.

Aunque con velocidades diferentes —más de prisa, por ejemplo, en Venezuela, México y Perú que en Argentina o

Uruguay— en todos se aprecia que en la última década (1960-69) la agricultura perdió importancia relativa como fuente de ocupación. Pero, lejos de que la industria y los “servicios básicos” pudieran absorber el excedente de mano de obra rural, de ocho países considerados solamente en cuatro de ellos fue posible expandir el nivel de empleo tanto en términos absolutos como relativos, reduciéndose, inclusive, en los restantes. En Brasil el incremento en tales actividades fue de 0.3%, en Perú de 1%, en México de 1.8% y en Venezuela de 3.2% al año. En Brasil y México, sin embargo, la ocupación en la industria y los “servicios básicos” sólo absorbía, en 1969, al 23.3% de la población económicamente activa, o sea poco menos de la mitad de la empleada en la agricultura, y en Venezuela, donde como hemos visto el ritmo de absorción de empleo fue bastante más rápido, el sector a que nos referimos sólo empleaba en 1970 al 27.2% de la población activa total y apenas pudo dar ocupación al 42% del incremento en la fuerza de trabajo. Lo que confirma que, aun en los países económicamente más importantes, el crecimiento hipertrófico y fundamentalmente improductivo del sector terciario fue lo que hizo posible dar trabajo —en rigor sería más correcto decir: subemplear— al grueso de la fuerza laboral, pues en el comercio y los servicios (excluidos los básicos) el empleo creció, en el mismo lapso, en 7.4% en Venezuela, 5.8% en Chile, 5.5% en Uruguay, 5.3% en Brasil y México, 5% en Perú, 4.6% en Argentina y 4.4% en Colombia.<sup>4</sup>

Lo que en otras palabras permite comprobar que, como a menudo se ha señalado, el rápido proceso de urbanización no ha correspondido a un desarrollo industrial que reclame crecientes volúmenes de mano de obra, sino más bien al traslado masivo de una población rural depauperada que, pese a la miseria que comúnmente le espera en

---

<sup>4</sup> Las cifras proceden de la CEPAL, *Tendencias y estructuras de la economía latinoamericana*. Santiago de Chile, 1971.

las ciudades prefiere radicar en ellas a seguir vegetando en el campo, sin ninguna perspectiva de mejoramiento.

El desempleo y el subempleo no sólo afectan a los países más atrasados o siquiera, únicamente, a los más avanzados. Por encima de matices y aun de diferencias significativas observables de una nación a otra está presente en todo Latinoamérica y aun parece agravarse cada vez más. Se le advierte en los países menos industrializados cuyas economías dependen esencialmente de la producción y exportación de dos o tres productos primarios; se observa en donde la sustitución de importaciones de bienes de consumo ha hecho ya avances considerables e incluso en los países que como Brasil, México, Perú, Puerto Rico, Venezuela y otros registran tasas de crecimiento económico más altas en años recientes o que ganan terreno en la sustitución de bienes de producción y en donde la industria es, desde hace tiempo, la actividad económica de mayor dinamismo.<sup>5</sup>

En México, en particular, se estima que el desempleo total y parcial alcanza al 30-40% y aun hay quien lo haga llegar al 40-45% de la fuerza de trabajo. Según cálculos oficiales el desempleo afecta al 3.8% 4% de ella, o sea alrededor de 500 000 personas, en tanto que el subempleo

---

<sup>5</sup> Véase, al respecto: Carlos Lessa y Tomás Vasconi, *Hacia una crítica de las interpretaciones del desarrollo latinoamericano*, edición en mimeógrafo del CENDES, Universidad Central de Venezuela. Caracas, 1969; Aníbal Quijano, *Redefinición de la dependencia y marginalización en América Latina*, edición en mimeógrafo del CESO, Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Chile, Santiago, 1970; Raúl Prebisch, *Transformación y desarrollo*, México, 1970; Paul I. Singer, *Fuerza de trabajo y empleo en Brasil: 1920-1969*, editado por el Centro Brasileiro de Analise e Planejamento. Sao Paulo, 1971; Gloria González Salazar, *Problemas de la mano de obra en México*. UNAM. México, 1971; David Turnham y I. Jaeger, *The Employment Problem in the Less Developed Countries: A Review of Evidence*. OECD, Development Centre. París, 1971 y D. F. Masa Zavala, "Consideraciones sobre la economía venezolana", artículo publicado en *Problemas del Desarrollo* (Núm. 6), México, enero-marzo de 1971.

involucra a 5.8- 6 millones de trabajadores —2.8 a 3 millones en términos de desempleo total— o sea algo así como el 23% al 25% de la población económicamente activa. El subempleo en el Distrito Federal es aún más alto que el promedio: se calcula en 33%-35% de la fuerza laboral, correspondiendo al desempleo abierto el 4.9%, o sea una tasa superior a la media nacional, y que, en la realidad, casi seguramente debe exceder de ese nivel.<sup>6</sup>

El examen de la distribución sectorial y regional del subempleo y el desempleo revela que del total de aquél, el 60%, o sea aproximadamente 3.5 millones de personas pertenecen al sector agropecuario, el 21% al comercio y los servicios, cerca del 14.5% a la industria manufacturera y el resto a otras actividades. Por regiones, en tanto que las cifras absolutas más altas de subocupación corresponden claramente a varias entidades del Centro, Centro Sur y Sureste, las tasas más elevadas pertenecen a esta última así como al Golfo y Centro Norte, fluctuando entre el 61.5% y el 56.4%, en comparación con una tasa media nacional de 44.8%. Por lo que atañe, específicamente, al desempleo, mientras el mayor número de desocupados se encuentra en el Centro y en el Centro Sur, las tasas más altas tocan a la primera de estas regiones y al Noroeste.

De la cifra muy cercana a 1.2 millones en que se estiman los subocupados urbanos, cerca de 787 mil corresponden al Distrito Federal, o sea propiamente a la ciudad de México. Le siguen Guadalajara, con poco más de 81 mil, Mexicali con casi 40, Monterrey con 39 y Ciudad Juárez con cerca de 28 mil. En cuanto al desempleo urbano, que según el último censo de población asciende a unas 174 mil personas la ciudad más afectada es también la capital

---

<sup>6</sup> Las datos proceden, principalmente, del IX Censo de Población de 1970, y se recogen, entre otros estudios oficiales en "El Problema Ocupacional de México", (versión preliminar para discusión), edición en Mimeógrafo, México, 1973, y en dos recientes seminarios del PRI (IEPES), sobre el problema del empleo.

de la República, tras de la cual vienen, en orden decreciente: Guadalajara, Monterrey, Ciudad Netzahualcóyotl y Ciudad Juárez, aunque las tasas más altas de desempleo son las de estas dos últimas y Mexicali.

A diferencia de lo que era común oír hasta hace pocos años, abundan hoy las opiniones según las cuales la perspectiva latinoamericana en materia de empleo no es, ni con mucho, prometedora. A nivel de toda la región la CEPAL estima que la fuerza de trabajo crecerá en el decenio de los setenta a razón de 3% al año —frente a 1% en los países industriales—, o sea ligeramente más de prisa que la población en su conjunto. Pero mientras las ciudades se expanden al rápido ritmo de 5%, los cinturones de miseria lo hacen conforme a la increíble tasa de 15% anual.<sup>7</sup> En México, concretamente, se calcula que la población y la fuerza de trabajo continuarán creciendo con rapidez y que en 1970-80 la ocupación pasará de poco más de 12 a unos 17 millones de personas (500 mil nuevos empleos cada año), lo que podrá lograrse si la oferta se incrementa al ritmo anual de 3.5%, contra 2.3% en la década previa. Mientras la ocupación en el sector agropecuario sólo se espera aumentar 1.5% al año, se proyectan incrementos de 5% en la industria, excluida la construcción, y de 4.1% en el comercio y los servicios. De alcanzarse estas metas se considera que se eliminaría en gran parte el desempleo abierto y que podría reducirse apreciablemente —acaso en 10%-12%— el subempleo. Incluida la construcción, de estos cálculos resulta que el sector industrial en conjunto abrirá 2 de cada 4.8 nuevas plazas que se creen en el decenio, lo que de ser así arrojaría una contribución mucho más alta que la lograda hasta 1970.<sup>8</sup> En los propios

---

<sup>7</sup> William C. Thiesenhusen, "Latin America's Employment Problem, *Science*, Vol. 171, p. 870.

<sup>8</sup> Los datos anteriores proceden de *Lineamientos para el programa de desarrollo económico y social 1974-80*. (Materiales elaborados por las Secretarías de la Presidencia, Hacienda y Crédito Público y Patrimonio, con la cooperación del Consejo de Ciencia

círculos gubernamentales algunas personas difieren de la opinión antes resumida y piensan que las posibilidades de absorción de mano de obra por parte del sector industrial son mucho menores, es decir, no del 40% sino apenas del 12.5% del total de nuevas plazas —una de cada ocho—, las que a su vez se hacen llegar a 600 mil anuales.<sup>9</sup> Y según otras fuentes, al parecer más conservadoras, tan sólo para absorber el incremento neto de la fuerza laboral sería preciso crear “un mínimo de 610 000 empleos nuevos al año”. “Si se deseara resolver los problemas del desempleo y subempleo para 1990, habría que crear. . . 760 000 plazas anuales durante la presente década y 980 000 durante la próxima.”<sup>10</sup>

---

y Tecnología, la Comisión Económica para América Latina y el Fondo de Cultura Económica. México, 1973.

Se estima que entre 1930 y 1965 la agricultura absorbió el 39.6% del incremento de la ocupación, en tanto que las actividades no agrícolas participaron con el 60.4%. La industria, incluyendo bajo este rubro las manufacturas, la producción de energéticos y la minería, respondió en conjunto del 20.7% del incremento de empleo, y el 24.9% si a ella se agregan los transportes; la construcción lo hizo con el 5.5% y el comercio y servicios restantes con el 30%. Acaso lo más interesante de estas cifras es que, al menos hasta 1965, la agricultura siguió siendo la principal fuente de empleo, seguida de cerca por el comercio y una variedad de servicios más o menos improductivos. Véase: Gloria González Salazar, *ob. cit.*, p. 47.

<sup>9</sup> “. . . las posibilidades de generación de nuevos empleos como resultado del desarrollo industrial urbano no son muy prometedoras. Aun con base en supuestos optimistas acerca del crecimiento de la producción industrial durante este decenio, parece que sólo la octava parte de los seis millones de trabajadores en que se incrementará la población económicamente activa podrá encontrar ocupación en el sector industrial.” Saúl Trejo R., *Segundo Seminario de Estudio de los Problemas del Empleo en México*, Partido Revolucionario Institucional, México, diciembre de 1972, pp. 5-6.

<sup>10</sup> *El Problema Ocupacional en México*. . . p. 121. El economista Víctor L. Urquidi afirma que incluso en la década 1970-80 deberán emplearse anualmente unas 800,000 personas, pues sólo así podrá resolverse el problema de la desocupación. *El Día*, México, 7 de noviembre de 1973.

En resumen, la posición oficial acerca de las perspectivas de ocupación en México parece ser ésta: si el curso del proceso económico se deja a su suerte lo más probable es que el problema de la desocupación y la subocupación se agrave en el próximo decenio; pero si el Estado coordina una política tendiente a aumentar al máximo el nivel de empleo y la tasa de crecimiento del producto nacional, es razonable esperar no sólo un aumento significativo de la ocupación sino un descenso apreciable del desempleo.

En cuanto al alcance económico y social del problema, en círculos privados y gubernamentales parece haber una amplia base de acuerdo. Se conviene, por ejemplo, en que el desempleo entraña un injustificable desperdicio de recursos, un motivo de frustración para millares de hombres y mujeres, una causa y a la vez una consecuencia de la pobreza de amplios sectores sociales, un hecho ligado al bajo nivel educativo, especialmente de los trabajadores del campo, una fuente de intranquilidad social y, eventualmente, de inestabilidad política, y un serio obstáculo al desarrollo porque, aparte de todo lo anterior, contribuye decisivamente a estrechar el mercado interno.<sup>11</sup>

A fin de poder evaluar con mayor objetividad la proyección y perspectivas de la política de empleo así como la validez de las concepciones teóricas en que descansa, en las páginas que siguen recordaremos los hechos que a menudo se señalan como las principales causas de la desocupación.

---

<sup>11</sup> Sobre este aspecto, en el Seminario del PRI ya mencionado decía el doctor Luis de Pablo: "...un elevado índice de desempleo representa una baja capacidad adquisitiva para importantes sectores de la población y, por tanto, un mercado interno débil..." Y al explicar la forma en que el desempleo obstaculiza el desarrollo, volvía sobre el tema de "...la estrechez del mercado que resulta de la gran parte de la población que no obtiene de su trabajo ingresos bastantes para satisfacer sus necesidades más urgentes..." *Primer Seminario...* pp. 10 y 11-12.

*El Diagnóstico oficial del desempleo  
y la política a seguir*

Las causas a que más frecuentemente se alude en las explicaciones del desempleo son demográficas, culturales y económicas. Entre las primeras se subraya que la población y la fuerza de trabajo crecen con demasiada rapidez; entre las segundas suele relacionarse los bajos niveles de vida y de educación con el desempleo, y entre las propiamente económicas se mencionan ciertos rasgos del proceso y de la política de desarrollo, como los hechos que más influyen sobre el bajo nivel de empleo.

Es indudable que la población de Latinoamérica se expande aceleradamente; más de prisa, desde luego, que en los países industrializados e incluso con más rapidez que en la época en que éstos sentaron las bases de sus hoy poderosas economías. En México, por ejemplo, la población ha venido aumentando al ritmo de aproximadamente 3.5% al año, lo que implica doblarla en prácticamente dos décadas y aumentar también con rapidez —pese al cambio en la composición por edades y al incremento relativo de los menores de 15 años— la población apta para trabajar. Podría decirse que de una población total de 50 millones de habitantes en 1970, casi 25 eran hombres y mujeres susceptibles de incorporarse a la fuerza de trabajo, no obstante lo cual la población económicamente activa apenas era de poco más de 13 millones de personas. A partir de estos datos no es lógico pensar que el desempleo sea un mero efecto de la llamada explosión demográfica. Las causas deben ser otras, pues si bien es cierto que una tasa de crecimiento del 3.5% es indudablemente alta y hace crecer velozmente la fuerza de trabajo, el origen del desequilibrio y por tanto el problema central consiste, no en que la población apta para trabajar y en consecuencia la demanda de mano de obra crezca con demasiada rapidez, sino en que la oferta de empleos, o sea la población económicamente activa

lo haga muy lentamente, como con claridad lo comprueba la experiencia mexicana del último decenio. El hecho inquietante es que los 13 millones de personas ocupadas —entre las que, como hemos visto, hay una fuerte proporción de subempleo— sólo representen poco más del 53% de la población en condiciones de trabajar, y apenas el 27% de la población total. En otras palabras, mientras la economía mexicana sólo provea de empleo a la creciente fuerza de trabajo a razón de 2.3% al año, como ocurrió en 1960-70, aun si la población creciera lentamente sería imposible atacar con éxito el problema y elevar en un plazo razonable el coeficiente de ocupación, del bajísimo nivel actual de 27% digamos a uno de alrededor de 40%, o sea comparable al de los países industriales.

El segundo tipo de explicaciones sobre el desempleo, que hemos asociado a algunos fenómenos socioculturales, se reduce a menudo a subrayar la presencia de ciertos círculos viciosos que impiden la elevación del nivel de empleo en los sectores más depauperados. El primero de esos círculos es una variante del de la pobreza: cuando alguien tiene muy bajo nivel de vida carece de salud y de energía para trabajar; pero su incapacidad para el trabajo se vuelve, a la vez, la causa principal de que persista su miseria. Otra variante del mismo argumento es la que introduce el problema de la educación: la mayor parte de los desocupados, se nos dice, carecen de instrucción o sólo la han adquirido a niveles elementales. De esta correlación se pasa a una explicación causal, y el bajo nivel educativo se convierte en la principal razón de ser del desempleo el que, a su vez resulta el causante de aquél.

Como en tratándose de ciertos fenómenos demográficos, no cabe duda que tales hechos están presentes; pero tampoco parecen ser los determinantes del desempleo. En todo caso podría aducirse que son algunas de sus consecuencias, aunque esta explicación sería también parcial e inadecuada. En efecto ¿a qué atribuir el desempleo y el subempleo de

miles de jornaleros del campo, que independientemente de su bajo nivel cultural o educativo conocen su oficio y lo realizan con eficiencia, o cómo explicar el de millares de trabajadores urbanos mediana y aun altamente calificados e incluso de no pocos profesionistas, que después de haber pasado largos años en universidades y centros de educación superior se ven obligados a abandonar sus especialidades o sólo las practican en trabajos esporádicos y mal remunerados?, ¿A qué obedece, entonces, que en un país capaz en principio de absorber rápidamente el potencial de mano de obra, vastos sectores de la población queden siempre rezagados y no lleguen siquiera a adquirir la modesta instrucción que ofrecen las escuelas secundarias y vocacionales? ¿Se trata, acaso, de que millones de hombres y mujeres son simplemente incapaces para trabajar, o es que hay determinados hechos socioeconómicos que crean tal estado de cosas y aun cierran a buena parte de la población las puertas del mercado de trabajo? ¿Cómo explicar, en fin, que mientras el proceso productivo crea una demanda cada vez mayor de ciertas ocupaciones mediana y altamente calificadas, una alta proporción de la fuerza de trabajo carezca de preparación o incluso no pueda adquirirla en las presentes condiciones?

Una versión que se repite frecuentemente en México, sostiene, de manera simplista, que el desempleo que padecemos es el fruto natural de la ausencia de una política de pleno empleo. Carecemos —se dice— de una política que deliberada, global, permanentemente se encargue de encontrar ocupación a quien la busque. No hay metas bien definidas, falta coordinación entre las múltiples medidas que adoptan diversos organismos; falta, asimismo, integrar la política de empleo y la de desarrollo en un solo esfuerzo coherente y bien articulado; se requieren mecanismos eficaces para promover la elevación del nivel de empleo o los que hay no reciben el apoyo necesario; todo lo cual obedece, a su vez, a que no hay planificación ni, por

tanto, objetivos precisos y medios eficaces para alcanzarlos. Todo esto parece razonable y no valdría la pena discutir y menos aún especular acerca de si están o no presentes todas y cada una de tales limitaciones y fallas. Entre las muchas cosas que nos faltan una de ellas es, efectivamente, la planificación. Pero explicar las causas de un fenómeno cualquiera no a consecuencia de lo que se hace y en general de la forma en que se desenvuelve la realidad, sino más bien de lo que deja de hacerse, de lo que falta, de la ausencia de situaciones que, de estar presentes, cambiarían supuestamente las cosas, en el mejor de los casos nos deja donde mismo y no nos permite avanzar un solo paso en el intento de saber a qué obedece el desempleo. Sugerir que si viviéramos en una economía planificada no padeceríamos la desocupación que padecemos, puede ser todo lo sugerente que se quiera y aun constituir un justo reclamo en favor del socialismo, pero conduce a evadir el problema que trata de explicarse e incluso lleva a un razonamiento tautológico, que perogrullescamente pretende en realidad convencernos de que si no hubiera desempleo... no habría desempleo. Y esto al margen de otra falla no menos grave consistente en que, quienes atribuyen la desocupación a la ausencia de una política adecuada se colocan en la cómoda posición de dar por supuesta, primero la viabilidad de tal política y luego su eficacia incuestionable para lograr el racional aprovechamiento de la fuerza de trabajo.

La explicación del desempleo parece más bien encontrarse en el proceso económico y las fuerzas que lo condicionan, de ahí la conveniencia de recordar algunas de las tesis que más a menudo se esgrimen entre quienes parecen empeñados en trazar, al menos en el papel, una nueva estrategia del desarrollo capitalista en México, y, con posiciones muy similares, de hecho en toda América Latina.

Sin pretender que en tales posiciones haya un acuerdo absoluto podría decirse que, en general, los aspectos que

más parecen destacar en el caso de México entre los determinantes del desempleo, son los siguientes:

- 1) El hecho de que el proceso de desarrollo ha perdido impulso por haberse prácticamente agotado la fase más sencilla de la sustitución de importaciones, que suponía producir principalmente bienes de consumo;
- 2) El lento crecimiento del sector agrícola —incluso considerablemente inferior al de la población— y el descenso, en particular, de la tasa de incremento de las exportaciones agropecuarias;
- 3) La insuficiencia de las exportaciones, las que en años recientes quedaron, en general, a la zaga de las importaciones, lo que determinó un fuerte aumento en el saldo desfavorable de la balanza comercial, que a diferencia de lo ocurrido en etapas previas no pudo ser compensado por el turismo y otras fuentes de divisas, lo que trajo consigo un creciente déficit en la cuenta corriente y, en última instancia, un endeudamiento cada vez mayor con el exterior;
- 4) El debilitamiento del sector público frente al privado y la insuficiente capacidad financiera del mismo para elevar el nivel del gasto y la inversión, debido a la incapacidad del sistema fiscal para proveerlo de recursos no inflacionarios y a la inadecuada política de precios de los bienes y servicios producidos por las empresas estatales;
- 5) El mantenimiento de una política industrial ya inaceptable, que fundamentalmente se ha caracterizado por una excesiva protección arancelaria, generosos subsidios, costosas obras de infraestructura, traslado de buena parte del excedente agrícola, a precios favorables a la industria; facilidades de financiamiento y mantenimiento de un

tipo de cambio sobrevaluado, que en la práctica ha sido un constante estímulo a la importación de productos intermedios y bienes de capital. Todo lo cual, sin embargo, ha determinado a la vez bajos niveles de eficiencia, costos y precios altos, debilitamiento de la posición competitiva de la industria mexicana en el mercado interno y frente a la de otros países, con el consiguiente impacto desfavorable sobre la balanza de pagos;

- 6) Tendencia bien definida a optar por, e incluso a favorecer, en casi todas las actividades económicas, variantes de inversión y selección de técnicas de alta intensidad de capital, que deprimen la demanda de mano de obra y contribuyen a agravar el problema del desempleo.<sup>12</sup>
- 7) En fin, adopción de una política "desarrollista", que en cierto modo ha caído en el fetichismo del crecimiento por el crecimiento mismo, no ha logrado distribuir equitativamente el ingreso y ha contribuido a estrechar el mercado interno.<sup>13</sup>

---

<sup>12</sup> "...la asignación de recursos en el país se ha visto distorsionada en favor del capital, del recurso más escaso en la producción nacional." La política del Estado ha hecho que "el precio de mercado de la maquinaria y equipo sea más bajo que el que determina su escasez real, su costo social." *Primer Seminario del PRI sobre los problemas del empleo*, ya mencionado, pp. 13 y 14.

En el mismo sentido, en otra publicación oficial se señala: "Todos los principales instrumentos de la política de fomento del desarrollo se orientaron a abaratar el costo del capital y elevar su tasa de crecimiento, en contra del empleo..." *El problema ocupacional en México*, p. 120.

"...la industria, como el resto de las actividades del país, ha perdido capacidad de generar empleos, como resultado del uso de técnicas de producción importadas de países desarrollados donde el factor escaso es la mano de obra." *Lineamientos para el programa de desarrollo económico y social, 1974-1980*, p. 34.

<sup>13</sup> Opiniones como las anteriores se encuentran en numerosas publicaciones nacionales y extranjeras aparecidas en años recientes.

Si tales son las causas principales del desempleo, es lógico que se proponga una política de desarrollo que las ataque directa y resueltamente. Y tal política es, se nos recuerda a menudo, precisamente la seguida por el gobierno del presidente Echeverría a partir de 1970, y la que con base en ella se proyecta, en los propios círculos gubernamentales, poner en marcha a partir de ahora. Veamos cuáles son sus metas y medios de acción más importantes en lo que hace al problema del desempleo.

Lo primero que se advierte es que a partir del reconocimiento de que el derecho al trabajo es esencial y merece, por tanto, la mayor protección, el objetivo del empleo se convierte en el centro de la "nueva estrategia" del desarrollo. Pero lo que no deja de ser revelador y aun desconcertante es que, tras de atribuirse el más alto rango social y humano a ese derecho, que en principio debiera garantizarse con nada menos que el pleno empleo, el Partido Revolucionario Institucional y el gobierno se limiten, modestamente —acaso por lo tenaz que hasta ahora ha sido la desocupación—, a postular una política que se conforma con el "máximo empleo".

En efecto, cuando el PRI repite la divisa: "Ni hombres sin trabajo ni capitales sin empleo", ésta no debiera tomarse literalmente como la expresión formal de una política de

---

Se advierten, por ejemplo, en los Seminarios del PRI sobre el problema del empleo, en múltiples documentos y estudios de la CEPAL y en menor escala, aunque también, de la OEA; en varios trabajos de Raúl Prebisch; en la colección de ensayos dominada "*¿Crecimiento o desarrollo económico?*" dirigida por Miguel S. Wionczek y publicada por la Secretaría de Educación Pública de México, en 1971; en los estudios económicos recogidos en el primer volumen de *El perfil de México* en 1980, México, 1970; en el estudio mencionado en este texto, sobre *El problema ocupacional en México*, en los documentos correspondientes a las resoluciones de la VII Asamblea Nacional del Partido Revolucionario Institucional, celebrada en octubre de 1973, en muchos documentos e informes, así como en frecuentes artículos en la prensa diaria y en revistas y boletines ligados a agrupaciones de empresarios privados.

ocupación, pues desde una posición que podría calificarse de neokeynesiana, en su recién revisada Declaración de Principios, el partido postula: "Somos partidarios de una política de máximo empleo..." El pleno empleo —explica su presidente, licenciado Jesús Reyes Heróles— no es viable debido al subempleo." "Con un nivel máximo y estable de ocupación —agrega— se puede acelerar el crecimiento del mercado, la formación de capital, la sustitución de importaciones y el aumento de exportaciones." Y tras delimitar el alcance de la política oficial el funcionario reitera el slogan de su partido: "Ni hombres sin trabajo ni capitales sin empleo."<sup>14</sup>

Si bien la política de máximo empleo no entusiasma a los empresarios privados —quizá porque temen que los prive de las ventajas que para ellos derivan de un desempleo masivo y más o menos crónico—, el PRI reitera sus consignas de "trabajo para todos" y afirma que: "Para el logro de esta meta, el partido sostiene la necesidad de que entre las funciones sociales del derecho de propiedad se incluya el derecho al trabajo." "Que el derecho de propiedad no estorbe el derecho al trabajo. Debe establecerse, como una modalidad impuesta por el interés público a la propiedad privada, su subordinación al derecho al trabajo."<sup>15</sup>

Aunque hasta ahora tal derecho no se ha incorporado formalmente al régimen constitucional ni se ha establecido el mecanismo jurídico a través del cual deberá subordinarse el derecho de propiedad al del trabajo, tal es el marco conceptual, todavía fundamentalmente declarativo y en buena medida demagógico, en que el gobierno ha ubicado su política de empleo.

Para alcanzar en la práctica la meta del "máximo em-

---

<sup>14</sup> *Primer Seminario Sobre Problemas del Empleo en México*. Partido Revolucionario Institucional. México, octubre de 1972, p. 6.

<sup>15</sup> Declaración de Principios aprobada en la VII Asamblea Nacional del PRI, México, octubre de 1972.

pleo", que por ahora se hace corresponder, como ya vimos en páginas previas, a un crecimiento del nivel de ocupación del 3.4% al año en el próximo sexenio, será menester poner en marcha un vasto programa económico en el que se entrelazarán los siguientes objetivos y medios de acción:

- Lograr una tasa de crecimiento anual de 8% del producto interno bruto, en vez de la de 6-7% conseguida en los últimos años, lo que supone que el producto agrícola deberá crecer mucho más de prisa que hasta ahora: de inmediato el 4.8% y en la segunda mitad del sexenio a razón de 5% al año, y que la industria sostendrá una tasa de crecimiento de 10%, en términos reales, que fundamentalmente habrá de apoyarse en un aumento sustancial de las exportaciones de manufacturas;
- Para obtener tales tasas de crecimiento, la formación bruta de capital absorberá, a su vez, entre el 24% y el 25% del producto interno bruto. El aumento desde el nivel actual de 18-20% lo cubrirá la inversión pública, toda vez que la privada no crecerá en términos relativos;
- El fuerte aumento de la inversión pública —de aproximadamente un tercio a dos quintas partes de la inversión total, o sea de poco más del 6% a alrededor del 9.5% del producto interno bruto— se logrará a partir de un rápido crecimiento del gasto público —10% al año en términos reales— y una elevación aún más acelerada de los ingresos del gobierno, que haga posible el aumento del ahorro público, pues el endeudamiento total, interno y externo, debiera incluso reducirse y no exceder, en el próximo sexenio, de 3.5% del producto interno bruto. Lo que en otras palabras significa que para financiar por vías no inflacionarias el creciente gasto público, sin afectar desfavorablemente el ahorro y la inversión privada,

sería preciso aumentar los ingresos fiscales y reducir, en general, los gastos suntuarios. (Esto al margen de que el nivel general de los precios no se elevaría en más de 6% al año);

Para estimular el crecimiento de la demanda global y contar con las divisas que reclama el proceso de sustitución de importaciones y, en general, el desarrollo industrial y económico del país, se considera que sería necesario, entre otras cosas: a) lograr que las exportaciones crezcan a razón de 15% al año, a precios corrientes, lo que se estima viable si las exportaciones de manufacturas aumentan, a su vez, a una tasa cercana al 20% al año, y las de productos agrícolas y minerales se elevan también sustancialmente; b) hacer crecer al ritmo de 21% al año los ingresos provenientes de las empresas maquiladoras extranjeras que operan en la frontera norte y otras regiones; c) conseguir que los ingresos del turismo del exterior aumenten entre 18% y 20%, y d) desalentar y aun gravar las importaciones de ciertos tipos de maquinaria y equipo a fin de estimular el empleo de más mano de obra. De lograrse lo anterior, el déficit de la cuenta corriente de la balanza de pagos no debiera, en ningún caso, exceder de 1 000 millones de dólares;

En fin, junto a medidas de las que se ha venido hablando desde hace años, como la necesidad de descentralizar la actividad económica, reorientar el crédito público y privado, revisar y modificar la política de precios de las empresas estatales con objeto de sanear su economía, reestructurar los aranceles en vigor y reducir y hacer más selectiva la protección a la industria, intensificar la ayuda al campo y en particular a la "agricultura de subsistencia", combatir la evasión fiscal y reorganizar

la administración pública, y llevar adelante la reforma educativa, el PRI, en particular, ha anunciado que "...luchará por crear una conciencia social que condene el dispendio y haga comprender que la austeridad de los pocos puede ayudar a liberar a los muchos de la miseria."

Y en lo que hace, específicamente, a la necesidad de combatir el desempleo, el propio Partido oficial propone, en su Programa de Acción:

"Que la política de inversión del sector público apoye en mayor medida la realización de aquellas obras públicas que contribuyan directamente a crear más empleo a trabajadores permanentes o temporales, mediante la participación colectiva y el trabajo en equipo de campesinos y desempleados.

"Que se ocupe la mano de obra desempleada o subempleada en trabajos de infraestructura que se realicen en el campo o en las ciudades. . . Caminos de mano de obra, brechas, presas, bordos, jagüeyes, bodegas, escuelas, obras de electrificación, viviendas urbanas y rurales, pueden y deben tener un alto consumo de mano de obra y realizarse aprovechando el tiempo libre en el campo. . .<sup>16</sup>

¿Cuáles son las posibilidades de que, con base en tal política, se logre eliminar o al menos reducir apreciable-

---

<sup>16</sup> En otros documentos se afirma que "se recurrirá a instrumentos para intensificar, con la selectividad necesaria, el uso de métodos de producción que elevan la demanda de mano de obra en cada uno de los sectores productivos y muy especialmente en la agricultura, la construcción, los servicios y ciertas ramas manufactureras. Se pretende combinar programas directos de promoción con medidas que incidan indirectamente tanto sobre la formación de los costos y los precios relativos de los factores, como sobre la localización geográfica de las inversiones. Se procurará acrecentar deliberadamente los multiplicadores de empleo por unidad de demanda final. . ." *Lineamientos para el Programa de Desarrollo Económico y Social*, 1971-80. . . , p. 18.

mente el desempleo y el subempleo? ¿Qué se ha conseguido, concretamente, a partir de 1970, y hasta dónde podría decirse que el problema es hoy menos grave que entonces? Con los elementos reunidos hasta aquí sería posible intentar una evaluación crítica de la forma y condiciones en que la política de empleo se ha llevado a la práctica, hasta ahora, en nuestro país; pero proceder así supondría aceptar que las causas fundamentales del desempleo son, en efecto, las señaladas en la estrategia oficial, así como limitar nuestro examen a un simple cotejo entre las metas que se postulan como centrales y la medida en que se están o no alcanzando, en realidad, tales objetivos. O en otras palabras, dentro de tal perspectiva sólo podríamos sugerir ciertos factores no considerados o proponer medidas complementarias que, en todo caso, no modificarían el cuadro ya esbozado en cuanto a problemas básicos y a los medios con que se les pretende resolver. Pero como el fenómeno del desempleo debiera examinarse de otra manera e incluso en un marco teórico diferente, antes de considerar las posibilidades que parece ofrecer la política de referencia conviene revisar, así sea en forma breve, las explicaciones teóricas de que históricamente ha sido objeto el desempleo, pues ello nos ayudará a determinar las causas fundamentales del mismo y nos permitirá apreciar mejor si la política con la que intenta combatírsele es o no la más adecuada.

*En busca de una explicación  
teórica del desempleo:*

*De los clásicos a los "neo-neoclásicos"*

El fenómeno del desempleo no fue, en un sentido estricto, estudiado por los economistas clásicos, porque implicaba un tipo de desajuste o desequilibrio que según su esquema teórico no podía producirse o solamente podía aparecer en situaciones excepcionales, de corta duración y sin llegar a manifestarse como un problema de sobrepro-

ducción general. Como es sabido, el mecanismo de la competencia se encargaba en dicho esquema de hacer funcionar racionalmente a un mercado que, a través del sistema de precios, mantenía generalmente en equilibrio a la oferta y la demanda gracias a la libre movilidad de los recursos productivos y a una creciente división del trabajo, que por un lado determinaba la necesidad de un continuo intercambio de productos, y por el otro, al amparo de un régimen de *laissez-faire laissez-passer* hacía posible la mejor asignación del potencial productivo y, como solía decirse entonces, concretamente que cada quien tuviera "su talento bien empleado."<sup>17</sup>

La Ley de Say, que en rigor debió haberse conocido como Ley de Mill, pues fue éste quien primero la enunció en Inglaterra, postulaba:

"La producción de mercancías es la causa universal y única que crea un mercado para las mercancías producidas. El poder de compra de una nación se mide exactamente por su producción anual. Cuanto más se aumenta la producción anual, más se amplía, por ese mismo hecho, el mercado nacional... La demanda de una nación siempre es igual a la producción de esa nación."<sup>18</sup>

O, en las palabras de Say:

"Tan pronto como se produce un artículo, se abre un mercado para otros con una amplitud igual al propio valor de aquél. De ese modo la mera circunstancia de la producción de un artículo abre inmediatamente una salida para otros productos."<sup>19</sup>

---

<sup>17</sup> Véase, John Strachey, *Contemporary Capitalism*, New York, 1956, p. 43.

<sup>18</sup> James Mill, *Commerce Defended*, Londres, 1808. Cit. por Maurice Dobb, en *Economía Política y Capitalismo*, México, 1945, p. 48.

<sup>19</sup> *Ibid.* p. 48.

Inclusive Ricardo, cuya penetración analítica le permitió reparar en más de un aspecto fundamental del funcionamiento del proceso económico, en su teoría del mercado aceptó esencialmente la llamada Ley de Say y sólo admitió la posibilidad de sobreproducción parcial.

“Nadie produce —decía en un bien conocido pasaje de sus *Principios*—, como no sea para consumir o vender lo producido, y nadie vende, como no sea con el propósito de adquirir otra mercancía que pueda serle inmediatamente útil o contribuir a la futura producción. Al producir, el producto se convierte, por tanto, necesariamente, en el consumidor de sus propios productos o en comprador y consumidor de los productos de otro... no es probable, por tanto, que se dedique a producir continuamente una mercancía para la que no existe demanda.”<sup>20</sup>

El hecho de que algunos economistas post-ricardianos reconocieran la posibilidad y aun el peligro de una eventual sobreproducción de capital, pero no de mercancías —sin advertir que en una economía capitalista una y otra eran en rigor la misma cosa—, y el que John Stuart Mill, en particular —aun cuando aceptando también la Ley de Say—,<sup>21</sup> advirtiera que al desdoblarse el intercambio de las mercancías en compras y ventas podía producirse una crisis, no fueron suficientes para explicar adecuadamente el des-

---

<sup>20</sup> Cit. por Carlos Marx, *Historia Crítica de las teorías de la plusvalía*. Tomo II, pp. 493-94.

<sup>21</sup> “Los medios de que dispone una persona para pagar las producciones de otras consisten en aquellas que él mismo posee. Todos los vendedores son de manera inevitable y *ex vi termini* compradores. Si pudiéramos duplicar de pronto las fuerzas productivas de un país, duplicaríamos la oferta de mercancías en todos los mercados; pero al mismo tiempo duplicaríamos la capacidad para comprar...” John Stuart Mill, *Principios de Economía Política*, Libro III, Cap. XIV, p. 484-85, México, 1951.

empleo, como tampoco lo serían las posiciones que, en cierto modo desde un ángulo opuesto adoptarían Malthus y Sismondi, el primero al advertir que la reducción del consumo podría afectar el proceso de acumulación y aun provocar una sobreproducción general, y el segundo al pensar que la sobreproducción sería, inclusive, inevitable.

La corriente teórica que a partir de Jevons y la Escuela Austriaca se desenvuelve en el cuerpo doctrinal que culmina en la economía neoclásica, no aporta nada fundamental para el estudio del desempleo. Antes al contrario, implica un sensible retroceso y un creciente divorcio de la teoría y la realidad, que trae consigo que los problemas socio-económicos más importantes queden al margen del radio de preocupaciones de los economistas burgueses, como meras variables "exógenas". Los neoclásicos abandonan el estudio de la problemática del desarrollo así como el intento de construir una teoría de la distribución ligada estrechamente al funcionamiento del proceso productivo, y desplazan su interés hacia un mercado casi siempre perfecto y entendido como un mero mecanismo de cambio, a través del cual los precios mantienen al sistema en equilibrio. De los problemas reales del desarrollo pasan a especular sobre las complicaciones artificiales del equilibrio estático —que supone el pleno empleo— y del intento de explicar en planos macroeconómicos, y a partir de una teoría objetiva del valor-trabajo las leyes de la producción y la distribución, caen en una economía a la que esencialmente interesan las "abstinencias" y "esperas" de los capitalistas y que, preocupada ahora especialmente por los deseos, caprichos, "placeres" y "penas" de los consumidores y su grado subjetivo de satisfacción, se manejará tan sólo con una teoría en gran parte psicológica de la utilidad —y las desutilidades marginales— y con una noción del capital que apologeticamente convierta a éste, de excedente producido por el trabajo, en fruto del sacrificio y la productividad de los capitalistas.

Es tal el divorcio entre dichas posiciones y la realidad

que las rodea, que, en vísperas del colapso de 1929, mientras algunos economistas niegan el peligro de crisis y sólo ven estabilidad y progreso en su bola de cristal, otros, como el profesor Pigou —incluso en el momento más dramático de la depresión— escriben sobre el desempleo como si se tratara de un accidente pasajero y sin importancia, que seguramente podría resolverse tan pronto volvieran los salarios a su nivel “normal”.

Refiriéndose precisamente a su obra, Keynes comenta que:

“El profesor Pigou concluye que la desocupación se debe primordialmente a una política de salarios que no se ajusta lo bastante por sí misma a los cambios en la función de demanda real de mano de obra.”<sup>22</sup>

Lo que en palabras más llanas significa que, para tal autor, y en general para los economistas neoclásicos de su época, la causa del desempleo es, generalmente, el mantenimiento de un alto nivel de salarios, y el remedio, en consecuencia, la baja de los mismos.

Cuando, en 1936, Keynes publica su *Teoría General*, es imposible negar la “desocupación involuntaria”. La crisis

---

<sup>22</sup> Y tras subrayar que Pigou sustenta precariamente la ocupación plena en el constante ajuste de la tasa de interés y la eficacia marginal del capital, sin tomar en cuenta en absoluto las variaciones del nivel de inversión debidas a cambios en la tasa de interés o en el “estado de confianza”, añade: “El Título *Theory of Unemployment* es, por tanto, algo impropio. Su libro no se ocupa en realidad de este tema. Es un estudio de cuánta ocupación habrá, dada la función de oferta de mano de obra, cuando se satisfacen las condiciones de la ocupación completa... (P)odemos considerar este libro como una investigación no causal de las relaciones funcionales determinantes del nivel de salarios reales que corresponderá a cualquier volumen dado de ocupación. Pero no es capaz de ilustrarnos sobre lo que determina el nivel de ésta; y no tiene relación directa con el problema de la desocupación involuntaria.” J. M. Keynes, *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, México, 1943, apéndice al capítulo 19, pp. 267 y 264.

sin precedente de 1929; la aguda depresión de los años 30-34; los millones de hombres y mujeres sin trabajo en todas partes, las miles de fábricas cerradas y la destrucción criminal de múltiples mercancías que resulta imposible vender con alguna ganancia, hacen añicos el microanálisis económico tradicional y la ideología burguesa en que se sustenta. Los economistas académicos no se atreven ya a negar los graves hechos que, por lo demás, denuncian los trabajadores y reconocen los gobiernos y los empresarios. Y ante el peligro de que el descontento de las masas se convierta en una lucha social y política que amenace la existencia misma del sistema, Keynes irrumpe con una nueva teoría sobre el desempleo llamada a tener enorme importancia práctica, entre otras cosas porque legitima y racionaliza lo que, precisamente entonces, hacían los principales gobiernos capitalistas, y porque ofrece una salida que, lejos de reclamar un cambio estructural, se limita a proponer unas cuantas reformas que si bien de momento provocan fricciones y aun ciertos desacuerdos, a la postre beneficiarán grandemente a los capitalistas.

Comparando la situación de la economía de entonces a la de los inicios de la geometría no euclidiana al rechazar el axioma de las paralelas, Keynes abandona varios de los supuestos de lo que él llama "economía clásica" y admite que la desocupación involuntaria, sí es posible.<sup>23</sup> Lo excepcional para él es la ocupación plena, pues ésta sólo se da en condiciones especiales y no como la forma normal de funcionamiento del sistema.<sup>24</sup> Lo más característico de éste

---

<sup>23</sup> "...necesitamos —dice— desechar el segundo postulado de la economía clásica y elaborar la teoría del comportamiento de un sistema en el cual sea posible la desocupación involuntaria, en sentido estricto." *Ibid.* p. 29.

<sup>24</sup> "La demanda efectiva que trae consigo la ocupación completa es un caso especial que sólo se realiza cuando la propensión a consumir y el incentivo para invertir se encuentra en una relación mutua particular...; es, en cierto sentido, una relación óptima..." *Ibid.*, p. 39.

es un tipo de inestabilidad “no violenta”, que se expresa en el mantenimiento de “condiciones crónicas de actividad subnormal durante periodos considerables, sin tendencia marcada a la recuperación o el derrumbamiento.”<sup>25</sup> ¿A que obedece tal situación de subequilibrio crónico? A la forma en que operan ciertas variables claves. Veamos:

Keynes considera que el volumen de ocupación y el monto del ingreso son dos variables dependientes que resultan, a su vez, de tres independientes, a saber: la propensión a consumir, la eficacia marginal del capital y la tasa de interés. Admite que sobre estas últimas pueden influir —aunque no determinarlas— ciertos factores como el capital disponible y otros (el estado de la técnica, la magnitud de la fuerza de trabajo, la competencia, la estructura social, la medida en que éstos y otros hechos afecten el reparto del ingreso, etc.), no obstante lo cual los da por supuestos y en tal virtud no los introduce en su teoría del empleo. En cambio, dada la mayor influencia que sobre aquéllos ejercen ciertos “factores psicológicos”: (“la propensión psicológica a consumir, la actitud psicológica respecto a la liquidez y la esperanza psicológica de rendimiento futuro de los bienes de capital”), “la unidad de salarios” y la “cantidad de dinero”, puede decirse que, en rigor, estas son las “variables independientes finales.”<sup>26</sup>

¿Cómo se determina el volumen de empleo y, en su caso, a qué obedece el desempleo? Mediante la combinación de la propensión a consumir y el coeficiente de inversión. Si éstos mantienen una relación adecuada —aquellos que tiendan a igualar la eficacia marginal del capital y la tasa de interés—, habrá suficiente demanda efectiva y, por tanto, un alto nivel de empleo. Si no es así, “el volumen real de ocupación se reducirá hasta quedar por debajo de la oferta

---

<sup>25</sup> *Ibidem*, p. 239.

<sup>26</sup> *Ibidem*, p. 236.

de mano de obra potencialmente disponible al salario real existente. . .”<sup>27</sup>

Al aumentar la inversión debiera hacerlo, también, el consumo, aunque éste a un ritmo más lento que el ingreso en su conjunto. La proporción en que crezca el consumo dependerá de la propensión marginal a consumir, en tanto que la del ingreso será resultado del multiplicador de inversión. Al aumentar la ocupación tenderá, asimismo, a hacerlo la preferencia por la liquidez, debido a una creciente demanda de dinero determinada por el mayor valor del producto que acompaña a un más alto nivel de empleo, aun si los precios y salarios permanecen invariables; estos últimos, sin embargo, tenderán a elevarse a medida que aumente el empleo y el incremento en la producción “irá acompañado por un alza de precios. . .”<sup>28</sup>

En consecuencia, la estabilidad del sistema económico, o sea el nivel de ocupación en que se equilibren el precio de la oferta y la demanda globales, dependerá, dada cierta propensión a consumir de la comunidad —que según Keynes se rige por una característica psicológica propia de la naturaleza humana—, de la magnitud de la inversión y, por ende, del incentivo para invertir que a su vez resulte de la relación entre la eficacia marginal del capital y las tasas de interés a corto y largo plazo.<sup>29</sup>

Keynes considera que, en la operación práctica del sistema, será posible mantener la estabilidad “alrededor de una posición intermedia, apreciablemente por debajo de la

---

<sup>27</sup> *Ibidem*, pp. 41 y 237.

<sup>28</sup> *Ibidem*, pp. 238.

<sup>29</sup> Si bien podría pensarse que al aludir a estas últimas Keynes sustrae su explicación del plano de las variables psicológicas, al hablar de la tasa de interés declara expresamente que “es evidente. . . que. . . es un fenómeno altamente psicológico. . .”; aunque unas líneas más adelante agrega: “Quizá fuera más exacto decir que la tasa de interés es un fenómeno muy convencional, más que muy psicológico. . .” *Ibidem*, pp. 196 y 197.

ocupación completa y por encima del mínimo”,<sup>30</sup> debido fundamentalmente a que el multiplicador no sea muy elevado, a que no ocurran cambios bruscos en la tasa de inversión ni grandes alteraciones en los salarios y a que, aun si la tasa de inversión sube o baja “más allá de cierto límite”, el solo transcurso del tiempo ajuste la eficiencia marginal al nivel que permita frenar o estimular aquélla.

A primera vista, o si sólo se repara en ciertas expresiones usadas por el autor, acaso con la idea de sugerir una ruptura fundamental con los “clásicos”, la teoría keynesiana del empleo parecería, en efecto, no tener relación con las posiciones tradicionales. Empero, en aspectos importantes es indudable que Keynes se aleja mucho más de los verdaderos clásicos que de los neoclásicos. Con éstos conserva lazos muy estrechos que no dejan de ser reveladores, como su concepto mismo de la ocupación plena y su explicación acerca de la forma en que se ajustan la demanda y la oferta de trabajo.<sup>31</sup> Y algo similar podría decirse sobre su desdén hacia la teoría objetiva del valor, su tendencia a explicar aspectos fundamentales del proceso económico a través de reacciones psicológicas y, acaso sobre todo, su posición sobre el capital, la ganancia y el papel de los salarios en una política de “pleno empleo”. Respecto al capital, en particular, aunque a primera vista podría parecer que al reiterar que es la inversión la que determina —a través de los cambios en el monto del ingreso— el ahorro y no éste a aquélla, y poner en duda las supuestas ventajas de la abstinencia de los capitalistas, abandona la apologética neoclásica

---

<sup>30</sup> *Ibidem*, p. 243.

<sup>31</sup> “Tenemos ocupación completa —aclara— cuando la producción ha subido a un nivel tal que el rendimiento marginal de una unidad representativa de los factores de la producción ha bajado a la cifra mínima con la cual hay disponible una cantidad suficiente de factores para lograr esta producción.” Y en otro pasaje, escribe: “...el volumen de ocupación se fija donde la utilidad marginal del producto equilibra la desutilidad de la ocupación marginal.” *Ibidem*, pp. 290-91 y 20.

tradicional de la "productividad" del capital, lo cierto es que al no rebasar el marco de la teoría subjetiva del valor, lo que hace en cierto modo es simplemente sustituir la "espera" marshaliana por la "escasez" del capital como fuente de valor y, por tanto, de legítimos beneficios para el capitalista.<sup>32</sup>

En cuanto a los salarios, si bien Keynes objeta la reducción del salario nominal como un expediente para estimular la ocupación, la verdad es que nunca estuvo en contra del descenso de los salarios reales. Antes al contrario, pensaba que una baja de aquéllos podría incluso traer consigo un alza del salario real, y, en consecuencia, resultar contraproducente; de ahí que él prefiera conseguir su objetivo por vías más sutiles, impersonales y eficaces como la inflación.<sup>33</sup>

En resumen, Keynes atribuye el desempleo a una "demanda efectiva insuficiente"<sup>34</sup> que resulta, como hemos visto, de la forma en que se combinan, en un momento dado, la propensión a consumir y la tasa de inversión, y a la tendencia a reducir la "eficiencia marginal del capital" a consecuencia de la elevación del tipo de interés, en que se expresa la "preferencia por la liquidez". O en otras palabras; los responsables son unas veces los "rentistas" que cobran demasiado por su dinero, y otras los trabajadores, que pretenden salarios reales excesivos.

¿El antídoto? Comprender que el problema no es el capitalismo sino los extremos individualistas propios del

---

<sup>32</sup> Keynes alude al "...poder de opresión acumulativo del capitalista para explotar el valor de la *escasez* del capital." (Subrayado nuestro) *Ibidem*, p. 360.

<sup>33</sup> "De hecho, —decía— un movimiento de parte de los patrones para revisar los contratos sobre salarios monetarios con el fin de rebajarlos, encontrará una resistencia mucho mayor que un descenso gradual y automático de los salarios reales como resultado del alza de los precios." *Ibidem*, pp. 253-54.

<sup>34</sup> Lo que, como dice el economista Y. Varga "...es completamente cierto, pero no explica el desempleo." *Politic-Economic Problems of Capitalism*, Moscú, 1968, p. 312.

*laissez-faire*, o en todo caso "...el aspecto rentista del capitalismo como una fase transitoria que desaparecerá tan pronto haya cumplido su destino..."<sup>35</sup> Lo que quiere decir que, conforme a la terapéutica keynesiana, todo lo que se requiere es una acción sistemática de parte del Estado, destinada a mantener un alto nivel de "demanda efectiva" a través de una política deficitaria de gasto público, bajas tasas de interés y un constante estímulo al consumo improductivo. "No es la propiedad de los medios de producción —afirma expresamente el autor— la que conviene al Estado asumir. Si éste es capaz de determinar el monto global de los recursos destinados a aumentar esos medios y la tasa básica de remuneración de quienes los poseen, habrá realizado todo lo que le corresponde."<sup>36</sup>

"Si damos por sentado el volumen de la producción... —añade— no hay objeción que oponer (a la doctrina) de que el interés personal determinará lo que se produce, en qué proporciones se combinarán los factores con tal fin y cómo se distribuirá entre ellos el producto final."

"...De una manera concreta, no veo razón para suponer que el sistema existente emplee mal los factores de producción que se utilizan."<sup>37</sup>

Keynes no oculta su mayor preocupación. Como economista inglés le inquieta, especialmente, la perspectiva de desarrollo de su país, el que, según él, "no necesitará de un movimiento revolucionario" para resolver sus problemas."<sup>38</sup> En lo que el autor, obviamente, no repara, es en que al proponer como principal remedio el gasto improductivo para curar el desempleo y otros graves males del capitalismo, si

---

<sup>35</sup> *Ibidem*, p. 361.

<sup>36</sup> *Ibidem*, p. 362.

<sup>37</sup> *Ibidem*, p. 363.

<sup>38</sup> *Ibidem*, p. 361.

bien ciertos pueblos como el inglés o el norteamericano aceptarán la "prosperidad" al alto precio a que el capitalismo monopolista se las entrega, otros, como los de China e Indochina, tomarán, precisamente, el camino de la revolución.

### *¿Ciencia pura o pura ideología?*

Después de la cruzada keynesiana contra la Ley de Say nadie volvió a postular en los círculos académicos que la oferta creara, necesariamente, su propia demanda, y aun el ortodoxo y en un primer momento hostil a las formulaciones revisionistas, profesor Pigou, acabó en cierto modo pasándose al bando de Keynes y reconociendo que sus críticas iniciales a la *Teoría General* habían sido excesivas.<sup>39</sup>

A partir del esquema teórico keynesiano era razonable suponer que si por cualquier motivo la inversión no lograba mantenerse al nivel necesario para asegurar un volumen suficiente de demanda efectiva reaparecería el peligro de desempleo. Y en las nada propicias condiciones de los años treinta era comprensible que ciertos economistas, como Alvin Hansen, desembocaran en una teoría del estancamiento o del desempleo "estructural" o "secular", que en su opinión debía producirse a consecuencia del menor crecimiento de la población y la imposibilidad de abrir nuevos territorios en un momento en el que, simultáneamente, el volumen del ahorro aumentaba y los avances técnicos determinaban una menor absorción de capital en algunos procesos productivos.<sup>40</sup> Schumpeter, por su parte, desde una perspectiva analítica diferente, incluso unos años antes haría notar, en el mismo sentido, que "el defectuoso funcionamiento del mer-

---

<sup>39</sup> Véase: *Keynes General Theory, A Retrospective View*.

<sup>40</sup> Véase al respecto: A. H. Hansen, *Full Recovery or Stagnation?* Nueva York, 1938,

cado podría traer consigo "...independientemente de la evolución del proceso cíclico, recursos no utilizados..."<sup>41</sup> Y en una dirección análoga, aunque en cierto modo bajo la influencia de Rosa Luxemburgo y mucho más cerca del análisis marxista, el profesor Kalecki, quien con anterioridad a la publicación de la *Teoría General* había criticado las posiciones neoclásicas, advirtió que las fases de auge del ciclo serían muy cortas, debido a que un incremento de la tasa de inversión apoyado en buenas expectativas de ganancia, tendería a incrementar el acervo de capital. Al crecer éste la mayor capacidad productiva traería consigo una reducción de la demanda de nuevas inversiones, las que en un momento dado llegarían a ser insuficientes incluso para cubrir el desgaste del capital, culminando todo ello en la depresión y el desempleo, del que sólo se saldría cuando la tasa de ganancia empezara a recuperarse. Kalecki, empero, a diferencia de Keynes comprendió muy bien el porqué de tales altibajos en la actividad económica. "La tragedia de la inversión —decía— consiste en que provoca la crisis porque es útil. Sin duda, muchos consideran esto como algo paradójico. Pero no es la teoría la paradójica sino su objeto, es decir: la economía capitalista."<sup>42</sup>

Y a diferencia, también, de Hansen, quien pensaba que la tendencia al estancamiento podría corregirse con una política de ocupación plena que los grandes estados capitalistas pusieran en marcha, en un interesante artículo escrito durante la guerra, o sea cuando el problema de la desocupación estaba en cierto modo transitoriamente resuelto, expresaba:

"El supuesto de que el gobierno mantendrá el pleno empleo en una economía capitalista, si solamente sabe

<sup>41</sup> *Business Cycles*, Vol. 1, p. 16.

<sup>42</sup> *Essays in the Theory of Economic Fluctuations*, Londres, 1939. Cit. por Maurice Dobb en *Theories of Value and Distribution since Adam Smith*, Londres, 1973, p. 222.

cómo hacerlo, es falaz...” “...todo lo que afecte el estado de confianza (de los capitalistas) debe evitarse cuidadosamente porque puede provocar una crisis económica...” “La función social de la doctrina de las ‘finanzas sanas’ hará depender el volumen de empleo del ‘estado de confianza’.”

“Es cierto que las ganancias serían mayores en un régimen de ocupación plena que lo que son en promedio bajo el *laissez-faire*... Pero la ‘disciplina en las fábricas’ y la ‘estabilidad política’ son más apreciadas por los dirigentes de los negocios que las ganancias. Su instinto de clase les dice que un empleo pleno prolongado es indeseable desde su punto de vista y que el desempleo es parte integrante del funcionamiento normal del sistema capitalista.”<sup>43</sup>

Unos años más tarde, desde una perspectiva similar a la de Kalecki, el economista Josef Steindl, acaso también bajo la influencia de Rosa Luxemburgo, destacó el hecho de que si bien la tasa de explotación tiende a elevarse en un régimen dominado por el oligopolio, el problema principal no es producir la plusvalía sino realizarla, y que, dada la tendencia del capitalismo al subconsumo, el problema de realización se iría agravando y expresando en una creciente capacidad ociosa, que a su vez tendería, a partir de un momento dado, a desalentar las nuevas inversiones y a hacer crecer el desempleo,<sup>44</sup> aunque probablemente el autor no tomó debidamente en cuenta el papel del cambio tecnológico y, en general, de los factores que tienden a contrarrestar la tendencia al estancamiento y a acentuar la inestabilidad.

---

<sup>43</sup> Michal Kalecki, “Political Aspects of Full Employment,” (1943), *The Last Phase in the Transformation of Capitalism*. Nueva York, 1972.

<sup>44</sup> Véase: J. Steindl, *Maturity and Stagnation in the American Economy*. Oxford, 1952, Cap. xix.

Mientras ciertos autores subrayaban el peligro de una caída secular de la inversión y la perspectiva de desempleo que podía acompañarlo, otros, más cercanos a las posiciones keynesianas, a partir de una situación teórica de ocupación plena tendieron a elaborar modelos de crecimiento destinados a mostrar el tipo de relaciones que serían necesarias para mantener el equilibrio. Tal fue el caso del inglés Roy Harrod y del norteamericano Evsey Domar, de quienes sólo recordaremos aquí la forma en que, de acuerdo con su análisis, puede perturbarse el equilibrio y surgir, concretamente, el desempleo.

A diferencia de los teóricos del equilibrio estático, para quienes los desajustes en el funcionamiento del sistema son perturbaciones ocasionales y de corto alcance que pronto permiten el restablecimiento automático de la armonía, Harrod considera que el logro de lo que en su ecuación del crecimiento es la *warranted rate of growth* ( $G_w$ ), o sea la tasa que teóricamente asegura un ritmo de crecimiento económico estable,<sup>45</sup> no es fácil de mantenerse ya que fuerzas de diferente naturaleza determinan que la tasa real, y concretamente lo que él denomina "tasa natural de crecimiento", se mueva a un nivel superior o inferior al de aquélla. Pues bien, cuando la tasa "natural", o sea la máxima posible de acuerdo con la combinación de población, acumulación de capital y progreso técnico no alcance el nivel de la necesaria para lograr el equilibrio, porque la inversión resulte inferior al ahorro, habrá depresión y desempleo. Y cuando ocurra lo contrario, o sea que la tasa real supere a la de equilibrio, los precios subirán hasta culminar en una inflación generalizada.<sup>46</sup> Domar, por su parte, tras subrayar que la inversión ejerce el doble papel

---

<sup>45</sup> Según John Robinson, dicha tasa es "un concepto metafísico", que no tiene que ver con el logro de la estabilidad en la práctica. Véase: *Economic Heresies*, 1972, p. 11.

<sup>46</sup> Véase: Roy F. Harrod, *Towards a Dynamic Economics*, Lon-

de generar ingresos y ampliar la capacidad de producción, señala que el equilibrio sólo puede mantenerse en una economía en constante expansión. Pero como la relación producto-capital no cambia fácilmente, el crecimiento tiene que depender de una inversión cada vez mayor, y en caso de no aumentar ésta al ritmo necesario hay declinación y desempleo.<sup>47</sup> Aunque él admite que la tendencia al desequilibrio está presente y no puede dejar de considerarse, a la manera de Keynes y de Hansen cree que si bien una política económica inadecuada puede llevar a la frustración y el desempleo, una buena política puede a su vez asegurar la constante expansión que requiere el equilibrio.

En una dirección semejante aunque poniendo énfasis en diferentes aspectos del problema, otros destacados economistas han hecho notar en años recientes que el capitalismo no tiende al equilibrio y que este sólo puede resultar de esfuerzos deliberados y a menudo no fáciles de desplegar, en tal sentido. Joan Robinson, por ejemplo, conciente de que "las reglas capitalistas del juego" obstaculizan el logro de lo que ella ha llamado las condiciones de "la edad de oro", sugiere la posibilidad de que ciertas variaciones en el nivel de los salarios reales provoquen cambios en "el espectro tecnológico", que a su vez reduzcan el costo de reproducción del capital y estimulen la inversión.<sup>48</sup> Y el profesor Kaldor, sin dejar de considerar la influencia de la tasa de ganancia, afirma que son las variaciones de la relación capital-producto, que respectivamente depende de las innovaciones técnicas que elevan la productividad y del au-

---

dres, 1948-1952, así como M. Dobb, *Theories of Value and Distribution...*, pp. 226-28.

<sup>47</sup> "...Por lo que atañe al desempleo, —la inversión es al mismo tiempo un remedio para la enfermedad y la causa de males aún mayores en el futuro..." E. D. Domar, *Essays in the Theory of Growth*. Cit. por M. Dobb, *Theories...*, p. 229.

<sup>48</sup> Véase: Joan Robinson, *The Accumulation of Capital*. Londres, 1956, p. 197, y *The Economic Journal*, Marzo de 1952.

mento del acervo de capital, las que determinan que la inversión tienda a crecer o a rezagarse, aunque según él las dos tasas manejadas en el modelo de Harrod, es decir la teórica (*warranted*) y la máxima real (*natural*), tienden, a largo plazo, a coincidir.<sup>49</sup>

Las críticas de Kalecki, Joan Robinson, Dobb y otros a la teoría neoclásica del capital, de los años cincuenta, culminan en 1960 en el discutido y ya clásico ensayo de Sraffa, *Production of Commodities by Means of Commodities*, en el que el concepto del capital como magnitud medible, —desvinculada de la tasa de ganancia y supuestamente productiva—, y la función de producción utilizada en la teoría tradicional de los precios serían objeto de nuevos embates, incluso en los círculos académicos tradicionales.<sup>50</sup>

Sin criticar, expresamente, los planteos marginalistas sobre el valor y la distribución —aunque admitiendo que sus formulaciones estaban destinadas a servir de base para una crítica de los mismos—, Sraffa pone gravemente en entredicho la bien conocida tesis neoclásica, según la cual, los cambios relativos en los precios de los factores —dada cierta función de producción— implican cambios inversos en la selección de técnicas, es decir: un alza relativa de los salarios frente a las utilidades trae consigo un mayor empleo de técnicas que absorben más capital y menos trabajo.

Al examinar el problema de otra manera, viendo en la producción un proceso que recorre etapas sucesivas y se desenvuelve verticalmente en el tiempo, y no una situación estática en la que sólo importen los precios relativos de los insumos corrientes de trabajo y capital que, directa e inmediatamente entren en la producción, el autor planteó la posibilidad, por lo demás perfectamente lógica y realista,

---

<sup>49</sup> Véase: N. Kaldor "A Model of Economic Growth", *The Economic Journal*, Londres, diciembre de 1957.

<sup>50</sup> Véase los interesantes comentarios en torno al ensayo de Sraffa, de Joan Robinson y Maurice Dobb: "Prelude to a Critique

de que al indagar sobre las “proporciones” de trabajo y medios de producción en fases previas podía resultar que “los precios relativos de dos productos se muevan, al bajar los salarios, en la dirección opuesta a la que podríamos haber esperado sobre la base de sus respectivas ‘proporciones’...”<sup>51</sup>

La posibilidad de una selección de técnicas diferente y aun inversa a la prevista dogmáticamente en el análisis marginalista —en que la técnica elegida varía directamente con el “factor” de menor precio— planteada al considerarse periodos previos o capas anteriores de la producción con relaciones diferentes de trabajo y capital —lo que ha dado en llamarse *reswitching of techniques*—, volvió imposible *sumar* cada uno de dichos periodos y convertir las combinaciones correspondientes en una cantidad dada de insumos de capital,<sup>52</sup> y puso de manifiesto la inconsistencia de la teoría neoclásica que supone al capital un “factor” independiente que, combinado con el trabajo, determina la producción, así como de la teoría de la productividad marginal de los factores como base, a su vez, de las ganancias de los capitalistas y los salarios de los trabajadores.<sup>53</sup>

---

of Economic Theory” y “The Sraffa System and Critique of the Neo-Classical Theory of Distribution”, en *A Critique of Economic Theory*, Ed. por E. K. Hunt y Jesse G. Schwartz, Londres, 1972.

<sup>51</sup> Sraffa, *ob. cit.*, p. 15.

<sup>52</sup> En el análisis tradicional, la función de producción “es una *relación física* entre la producción y varios insumos...” Dicha función “...nos dice cuánta producción podemos esperar conseguir...” (si sólo consideramos capital y trabajo) por cada forma de combinación de ambos... Conforme a este análisis el capital es una cantidad que se mide en unidades determinadas, y la combinación óptima de insumos supone, esencialmente, determinar el producto marginal del capital.” Véase: Paul A. Samuelson, *Economics, an Introductory Analysis*, New York, 1948, pp. 519-529.

<sup>53</sup> Véase: M. Dobb, *The Sraffa System...*, pp. 209-10. En las palabras del profesor Sraffa “...el rumbo opuesto (‘reversals’) en la dirección del movimiento de los precios relativos (cuando subían los salarios), frente a los mismos métodos de producción, no puede

Como en los clásicos y en Marx, en el análisis de Sraffa el beneficio del capitalista vuelve a ser un residuo, un excedente producido por el trabajo y ya no el fruto de la "escasez" del capital o de la "espera" de los ricos y las propias relaciones de precios —como observa Dobb— vuelven a depender en gran parte de la distribución del ingreso y cambian en tanto cambie la relación salarios-beneficios.<sup>54</sup>

Podría pensarse que tras recibir críticas tan severas como las anteriores, los economistas ortodoxos debieran haberse vuelto más discretos al postular lo que, pese a su frecuente ropaje matemático y a su engañosa apariencia de objetividad, a menudo son trivialidades de escaso o nulo valor científico, carentes casi siempre de contenido, pero cargadas, casi siempre también, de ideología burguesa. Pero como comenta la señora Robinson, los "neo-neoclásicos no se dieron por enterados: siguieron, como de costumbre, trazando funciones de producción en términos de 'capital' y trabajo, y diseminando la teoría de la distribución basada en la productividad marginal..."<sup>55</sup> En su empeño por invalidar el análisis de Sraffa, y comprendiendo a la vez que las bases teóricas en que tradicionalmente se había sustentado el derecho de los capitalistas a la ganancia habían sido seriamente minadas, primero sostuvieron que el problema de si el capital era o no una cantidad susceptible de medirse, era en el fondo irrelevante; y poco después, ante las nuevas críticas de Joan Robinson y otros economistas que señalaban que al considerar el capital como factor de producción tal cuestión era esencial, incluso para comprender su relación con el producto, el profesor Samuelson introdujo una función de producción alternativa o sustitutiva

---

reconciliarse con *ninguna* noción de capital como una cantidad medible e independiente de la distribución y los precios." Sraffa, *ob. cit.*, p. 38.

<sup>54</sup> M. Dobb, *Theories...*, p. 252.

<sup>55</sup> Joan Robinson, "Capital Theory Up to Date", *A critique...*, p. 234.

de la tradicional —su *surrogate production function*—, la que sin embargo fue vista como un expediente poco realista e inaplicable al caso en que los cambios relativos de los precios hacían posible el desplazamiento de técnicas (*reswitching*), que había dado lugar a las críticas iniciales a la teoría de la productividad marginal, y que no ofrecía ni una teoría de la ganancia ni una explicación de sus variaciones.<sup>56</sup>

A partir de ahí, los “neo-neoclásicos más empeñados en defender su vieja apologética sobre el funcionamiento del capitalismo tendrían que olvidarse de la realidad, refugiarse una vez más en su torre de marfil y recurrir a los lugares comunes, verdades a medias, mitos y formulaciones anacrónicas y estáticas, que Galbraith ha llamado “sabiduría convencional”, acaso sinceramente convencidos de que, si no el de los demás, el suyo sí era el mejor de los mundos posibles, pues, en caso necesario —como su propia actitud lo demostraba—, aun los más graves problemas podrían resolverse divorciándose de la realidad.

En efecto, el tono y los términos empleados por el profesor Ferguson, difícilmente podrían ser más elocuentes al respecto. Después de reconocer la justeza de las críticas de Cambridge a la economía neoclásica, reafirmaría públicamente su intransigencia ideológica y diría:

En tanto los econométristas no dan la respuesta, la adhesión a la teoría económica neoclásica queda como una cuestión de fe. Yo personalmente —añadía— tengo fe; pero por ahora lo más que puedo hacer para convencer a otros es invocar el peso de la autoridad de Samuelson.<sup>57</sup>

<sup>56</sup> Véase G. C. Harcourt, “Some Cambridge Controversies in the Theory of Capital”, *Journal of Economic Literature*, Londres, 1969, Vol. 7, así como *A Critique of Economic Theory...*, parte tercera.

<sup>57</sup> C. E. Ferguson, *The Neoclassical Theory of Production and Distribution*, Cit. por D. M. Nuti, en “‘Vulgar Economy in the Theory of Income Distribution’, *A Critique...*”, p. 225.

Tras un largo y penoso recorrido, los orgullosos teóricos de la ciencia "pura" terminaban convertidos en dogmáticos defensores de una nueva religión que, en vez de explicar racional y objetivamente hechos y problemas económicos fundamentales como el desempleo y las crisis, invoca ante ellos la fe y sólo puede apelar a la "autoridad" del profesor Samuelson y su "sabiduría convencional."

### *Acumulación de capital, mercado y desempleo*

Más de medio siglo antes de que la "revolución" keynesiana sacudiera, con su rechazo de la Ley de Say, a los círculos académicos más conservadores de occidente, Marx había puesto en evidencia tanto la invalidez de dicha teoría como su total divorcio de la realidad. Pues bien, partiendo de los elementos esenciales de su planteamiento podremos comprender mejor el origen del desempleo. Empezaremos por recordar las causas de las crisis económicas, pues bajo éstas la desocupación adquiere caracteres realmente graves.

Hemos visto que la base en que descansa toda la teoría clásica acerca de la imposibilidad de la sobreproducción general y, por tanto, de las crisis, radica en la idea en parte justa, pero a la vez supersimplificada y extraña a la esencia misma del régimen de producción capitalista, de que el cambio no es más que una sucesión de transacciones en que unos productos sirven para adquirir otros, un proceso en el que el consumo no puede exceder ni ser inferior a la producción pues es ésta la que lo determina, y en el que en otras palabras, en consecuencia, la oferta y la demanda están siempre en equilibrio o al menos tal es su condición normal.

Marx rechaza esta "fraseología apologética", a la que califica de "chácharas pueriles, buenas par un Say, pero indignas de un Ricardo,"<sup>58</sup> fundamentalmente porque: 1)

<sup>58</sup> Véase: C. Marx, *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*, México, 1944, tomo II, pp. 509 y 494.

bajo el capitalismo no se intercambian productos sino mercancías, 2) el cambio no se realiza directamente sino a través de compraventas en que interviene el dinero, 3) la función que éste desempeña no es simplemente la de un medio de circulación, 4) las compras y ventas no son simultáneas o siquiera, necesariamente, inmediatas, 5) la supuesta identidad entre productores y consumidores no existe, y 6) si bien hay una estrecha relación entre la producción y el consumo y cierta dependencia de éste respecto a aquella, hay también una contradicción entre ambas.

Acaso valga la pena aclarar brevemente lo anterior. En una sociedad en la que se intercambian directamente unos productos por otros no hay, en efecto, crisis de sobreproducción, pero como recuerda Marx tampoco hay capitalismo. La producción capitalista convierte no sólo los productos del esfuerzo humano sino este mismo en mercancías, y se orienta no a satisfacer necesidades sino a aumentar la plusvalía. La mercancía arrastra una contradicción interna que le es inherente entre el valor de cambio y el de uso.<sup>59</sup> Y al desdoblarse el cambio en compras y ventas separadas entre sí unas de otras en el tiempo y el espacio, en las que interviene el dinero como medio de pago y como condición, por tanto, de la realización, surge la posibilidad de la crisis. Lo que no quiere decir que la mera posibilidad, o en otros términos "...la forma abstracta de la crisis, representa la causa de ésta."<sup>60</sup>

---

<sup>59</sup> "Por este camino es como se descartan discursivamente las crisis: olvidando o negando las premisas primordiales de la producción capitalista, la existencia del producto como mercancía, el desdoblamiento de éste en mercancía y dinero, las fases de la separación en el cambio de las mercancías que de aquél se deriva y, finalmente, la relación entre el dinero o la mercancía y el trabajo asalariado." *Ibid.*, p. 493 y 494.

<sup>60</sup> "...cuando decimos que la forma simple de la metamorfosis encierra la posibilidad de la crisis, decimos simplemente que esta forma lleva implícita, a su vez, la posibilidad de que las dos fases

De lo anterior resulta que, en un momento dado, puede sin duda producirse una situación en que la oferta exceda a la demanda tratándose de un artículo aislado y también sectorial y aun globalmente como un fenómeno de sobreproducción general, sobre todo si se tiene presente que la producción capitalista, por su naturaleza misma de producción destinada a la obtención de plusvalía impide que los propios productores, o sea los trabajadores, dispongan de medios para consumir lo que producen,<sup>61</sup> no sólo por lo que hace a los bienes de producción sino incluso a una alta proporción de los bienes de consumo, que en su mayor parte se destinan también a la clase alta y a los estratos intermedios, fundamentalmente burgueses y pequeñoburgueses.

La sobreproducción no significa, desde luego, que el capitalismo tienda a desbordar las necesidades de la sociedad. "Lejos de ello, . . . dentro del régimen de producción capitalista, la producción es, en este sentido, inferior y no superior a lo que debiera ser. Lo que sirve de límite a la producción no son, ni mucho menos, las necesidades del productor, sino la ganancia del capitalista."<sup>62</sup>

---

que se complementan entre sí sustancialmente se desgarran y se disocian." "...En la producción de mercancías la transformación del producto en dinero, la venta, es condición *sine qua non*... Tan pronto como fracasa la venta aparece la crisis." *Ibidem*, pp. 496 497 y 503.

<sup>61</sup> "...allí donde la producción se haya desarrollada en forma capitalista excluye ya a la mayoría de los productores, a los propios obreros, como posibles consumidores, como posibles compradores de medios de producción. Por eso no hay nada más ridículo que hablar de la identidad de productores y consumidores..." *Ibidem*, p. 508.

<sup>62</sup> *Ibidem*, p. 517. "La moderna sobreproducción tiene como base el desarrollo incondicional de las fuerzas productivas y, por tanto, la producción en masa, basada por una parte en el hecho de reducir a la masa de productores a los medios indispensables de subsistencia y, por otra parte, en la barrera que traza la ganancia del capitalista." *Ibidem*, pp. 518 y 524.

Y lo que esencialmente importa a éste es cómo explotar “la mayor cantidad posible de trabajo con una cantidad dada de capital. . .”, y no cuanto sea lo que, a lo postre, consuman los trabajadores de lo que han producido.

En resumen podría decirse que en la determinación de las crisis se entrelazan dos contradicciones fundamentales del capitalismo y el efecto que ejercen sobre la tasa de ganancia: por una parte la existente entre la producción y el consumo, y por la otra la que se da entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, y específicamente entre el carácter social de la producción y el carácter privado del régimen de propiedad, que como es sabido tiende a agudizarse grandemente a medida que el sistema recorre la fase monopolista. Ambas contradicciones derivan, a su vez, de que, siendo la obtención de plusvalía el móvil central del sistema, éste supone una producción basada en la explotación del trabajo, que en todas sus fases, además, se desenvuelve anárquicamente.

Podría pensarse que si bien la sobreproducción conduce y en cierto modo se expresa en el desempleo, las crisis son rupturas violentas y mecanismos de ajuste de carácter coyuntural que no representan las condiciones “normales” del sistema. Lo cierto es que son parte esencial de la normalidad y la “estabilidad” capitalistas pues la producción y reproducción se realizan, bajo este régimen, cíclicamente, y en ellas el desempleo suele adoptar caracteres realmente dramáticos, lo que no significa que sólo aparezca en fases depresivas o en los momentos más desfavorables. Pero aunque las crisis tienen la virtud para el sistema de mitigar y aun resolver de momento sus contradicciones —al margen de que, en otro sentido, también las exhiben violentamente manteniendo un volumen de desempleo que propicie el aumento de la tasa de ganancia—, esto no significa que sean ellas las que, en un sentido más profundo y general, provoquen el desempleo.<sup>63</sup>

<sup>63</sup> “Un efecto principal de las crisis es el de volver a crear, o

Si algo hay característico del capitalismo ello es la acumulación de capital, proceso que como se sabe consiste tanto en el incremento como en una creciente concentración y centralización de la producción y del capital. Dicha acumulación supone, naturalmente, un excedente de trabajo y de producción, aunque esto no basta por sí solo. "Para acumular, es forzoso convertir en capital una parte del trabajo excedente."<sup>64</sup> una parte de los medios de producción y de vida que no se requieran para el consumo o para la reposición del capital en operación. Y una vez que la plusvalía se ha convertido parcialmente en capital, la acumulación sólo es posible si se incorporan al proceso productivo masas crecientes de trabajadores. La proporción en que la plusvalía se convierta en capital y el ritmo, por tanto, de la acumulación y el desarrollo pueden variar grandemente de una situación a otra. Pero el capital siempre descansa en la plusvalía y ésta es siempre trabajo no retribuido, del que el capitalista se apropia gratuitamente.<sup>65</sup> Por otra parte, "la suma que el capitalista puede acumular es tanto mayor cuanto mayor sea la que haya acumulado antes."<sup>66</sup>

A medida que la productividad del trabajo aumenta se intensifica la acumulación, crece el acervo de bienes de producción y se altera la composición técnica y orgánica del capital. En efecto, primero cambia la relación entre el trabajo ya convertido en medios de producción y el trabajo vivo o corriente, o sea la composición técnica, y después, a consecuencia de ello, la relación entre el capital constante

---

aumentar, este 'ejército industrial de reserva' que, a su vez, reducirá el precio de la fuerza de trabajo." M. Dobb, *Economía Política y Capitalismo...*, p. 123.

<sup>64</sup> C. Marx, *El Capital*, tomo I, Vol. II, p. 656.

<sup>65</sup> "En la producción capitalista, el desarrollo de la fuerza productiva del trabajo tiene como finalidad *acortar* la parte de la jornada durante la que el obrero trabaja *para sí mismo*, para de este modo *alargar* la otra parte de la jornada, durante la cual tiene que trabajar gratis para el capitalista." *Ibid.*, tomo I, Vol. I, pp. 356-57.

<sup>66</sup> *El Capital*, Tomo I, Vol. II, p. 659.

y el variable, esto es, lo que llama Marx composición orgánica.<sup>67</sup>

El crecimiento del capital constante no sólo expresa una creciente productividad del trabajo y un cambio significativo en la composición del capital: también entraña un avance en el proceso capitalista que altera el funcionamiento de la ley del valor en cuanto a que el cambio, más que de acuerdo con los valores correspondientes de las mercancías se realizará en adelante con base en los precios de producción, o sea considerando la ganancia media del capital.

A más acumulación de capital y mayor desarrollo del capitalismo corresponde, lógicamente, una creciente demanda de trabajo que sería imposible satisfacer si la oferta no aumentara con la debida oportunidad y a un ritmo satisfactorio. El sistema se encarga, a este respecto, en cada etapa de su desarrollo, de que la población y la fuerza de trabajo crezcan adecuadamente; y lo que a primera vista podría parecer un fenómeno puramente demográfico desvinculado del proceso productivo, resulta, en realidad, una ley del desarrollo capitalista.<sup>68</sup>

El aumento de la demanda de trabajo, si bien trae consigo un aumento absoluto del capital variable debido a la

---

<sup>67</sup> “A una determinada cantidad de medios de producción —según la Marx— corresponde un determinado número de obreros y, por tanto, a una cantidad de trabajo ya materializado en los medios de producción corresponde una determinada cantidad de trabajo vivo.” “...Este factor —añade enseguida— es la composición técnica del capital y constituye la verdadera base de su composición orgánica.” Y en la página siguiente dice: “la composición de valor del capital, en cuanto se halla determinada por su composición técnica y es un reflejo de ésta, es lo que nosotros llamamos la composición orgánica del capital.” *El Capital*, tomo III, Vol. I, pp. 190 y 191.

<sup>68</sup> “...al producir la acumulación del capital, la población obrera produce también, en proporciones cada vez mayores, *los medios para su propio exceso relativo*. Esta una *ley de población* peculiar del régimen de producción capitalista, pues en realidad todo régimen histórico concreto de producción tiene sus leyes de población propias...” C. Marx, *El Capital*, Tomo I, Vol. II, pp. 712-13.

cada vez más alta composición técnica y orgánica del capital, se expresa, al mismo tiempo, en un descenso relativo de aquél respecto al capital constante, que en el fondo obedece a que a medida que se acentúa el carácter social del trabajo aumenta su productividad y por tanto la posibilidad de movilizar una masa creciente de capital por hombre ocupado.<sup>69</sup>

En realidad afloran en tal proceso diversas contradicciones. Al elevar la composición del capital, el capitalista trata de valorizarlo al máximo, es decir, de obtener más plusvalía; pero al aumentar el capital constante y a la postre el capital total, tiende a descender la tasa de ganancia. Para contrarrestar esta tendencia se recurre a nuevos medios que incrementen la plusvalía y ello agudiza el descenso relativo del capital variable y, por tanto, el aumento de una población obrera sobrante.<sup>70</sup> El sistema asegura, en otras palabras, que a través de lo que Marx denomina el "ejército industrial de reserva", la demanda de mano de obra no exceda ciertos límites que eleven los salarios más allá de un nivel aceptable para el capitalista y que, desde luego, no ponga en peligro al régimen de producción. Pero lo que a nuestro juicio es esencial es entender que el origen de ese ejército, o sea del desempleo —cualesquiera que sean la magnitud y las formas que adopte—, no es la inactividad o ciertas situaciones excepcionalmente graves ni tampoco el que no haya mercado, sino la dinámica central del pro-

---

<sup>69</sup> "...es una ley de la producción capitalista el que, conforme va desarrollándose, decrezca en términos relativos el capital variable con respecto al constante y, por consiguiente, en proporción a todo el capital puesto en movimiento." *El Capital*, Tomo III, Vol. I, p. 266.

<sup>70</sup> "...la aplicación de maquinaria para la producción de plusvalía —escribe Marx— adolece de una *contradicción inmanente*, puesto que de los dos factores de la plusvalía que supone un *capital de magnitud dada*, uno de ellos, la cuota de plusvalía, sólo *aumenta* a fuerza de disminuir el otro, el número de obreros." *El Capital*... Tomo I, Vol. I, p. 449.

ceso de acumulación y la forma peculiar y profundamente contradictoria en que el mercado se desenvuelve bajo el capitalismo.

La producción capitalista supone, como hemos dicho, la acumulación. Ésta, a su vez, entraña la concentración y concretamente la expansión y modernización de los medios de producción.

Y en este aumento de los medios de producción va implícito el crecimiento de la población obrera, la creación de una población cortada a medida del capital excedente y que incluso rebasa siempre, en general, sus necesidades, es decir, las de una superpoblación obrera.

A medida que se desarrolla el proceso de producción y acumulación, *tiene necesariamente* que aumentar, pues, la masa de trabajo sobrante apropiable y apropiado y, por consiguiente, la masa absoluta de la ganancia apropiada por el capital de la sociedad.<sup>71</sup>

El factor que en el fondo determina el desempleo es la creciente capacidad de los trabajadores para operar los medios de producción, la cada vez mayor productividad del trabajo y la imposibilidad, en un régimen de explotación, de que esa capacidad se emplee racionalmente. Al respecto una medida simple pero ilustrativa de la forma en que el problema del desempleo se agrava al acumularse el capital, se obtiene al comprobar que a medida que se produce el descenso relativo del capital variable, aumenta grandemente el capital que se requiere incluso para mantener el nivel de empleo y, con mayor razón, para incrementarlo. Lo que explica que —contra lo que suele decirse a menudo de manera simplista— “cuanto más se desarrolla en un país el régimen capitalista de producción, más

---

<sup>71</sup> C. Marx, *El Capital*, Tomo III, Vol. I, p. 273.

acusado se presenta en él el fenómeno de la superpoblación relativa.”<sup>72</sup>

¿Y qué relación tiene este fenómeno, en particular, con el mercado? En principio, así como el desempleo resulta esencialmente de la forma contradictoria en que se desenvuelve la acumulación de capital también expresa las contradicciones que, concretamente, condicionan el desarrollo del mercado capitalista. Es decir, de ningún modo podría considerarse ni causa ni efecto de una supuesta insuficiencia del mercado y, menos aún, de la exigua capacidad de consumo de los trabajadores. Para comprender mejor esta cuestión quizá sea útil recordar muy brevemente un aspecto fundamental de la teoría marxista de la reproducción y del mercado.

A partir de Adam Smith, la economía clásica sólo vio en la composición del producto social y por tanto en los precios de las mercancías tres elementos que, por su naturaleza, se distribuían como ingreso, a saber: el salario, el beneficio y la renta; en la terminología de Marx: el capital variable y la plusvalía. En realidad se confundía el producto *bruto* con el *neto* y se suponía, erróneamente, que la parte de la plusvalía destinada a la acumulación se invertía totalmente en fuerza de trabajo, o sea en capital variable.<sup>73</sup> Al objetar la forma injustificada en que el análisis

<sup>72</sup> *Ibid.*, p. 293.

<sup>73</sup> “No cabe mayor error —escribe Marx— que el que Ricardo y todos sus sucesores toman de A. Smith al decir que ‘*la parte de la renta capitalizada es consumida por obreros productivos.*’ Según esto, *toda la plusvalía* convertida en capital pasaría a ser capital variable, capital constante y capital variable.” *El Capital*, tomo I, Vol. II, p. 666. Y en otro pasaje, añade: “La idea de que el producto sobrante, por ser simplemente un producto del trabajo nuevo añadido durante el año, sólo puede convertirse en capital variable... responde a la concepción falsa de que, por ser el producto mere resultado o simple materialización del trabajo, su valor se reduce exclusivamente a rentas —salario y renta del suelo—, falsa concepción sostenida por A. Smith y Ricardo.” *Historia crítica...*, tomo II, p. 482.

clásico omitía el capital constante y subrayar la enorme importancia de éste en el proceso de acumulación, Marx hizo una contribución teórica de primer orden tanto para explicar correctamente el proceso de reproducción como para entender el fenómeno de la realización y el funcionamiento del mercado. En efecto si, como antes recordamos, la creciente productividad social del trabajo tiende a elevar la composición técnica y orgánica del capital, esto implica que a medida que se desenvuelve el capitalismo aumenta la importancia relativa del capital constante, y por consiguiente el peso que el sector de bienes de producción ejerce tanto en la oferta como en la demanda globales.

Ello no significa, naturalmente, que como algunos economistas lo han pensado —Tugan Baranovsky por ejemplo—, el aumento de la demanda de bienes de producción compense, por fuerza, la reducción relativa y aun absoluta del consumo de las masas, ni que el sector que produce tales bienes —operando sin relación alguna con el mercado de bienes de consumo— se vuelva un mecanismo capaz por sí solo de librar al sistema de sus contradicciones y de mantenerlo en proceso de crecimiento equilibrado. Por el contrario, entre uno y otro hay una interdependencia socio-económica y técnica que no puede romperse arbitrariamente.<sup>74</sup> Lo más que podría decirse es que “el crecimiento del mercado interior para el capitalismo es —como señala Lenin— hasta cierto grado ‘independiente’ del crecimiento del consumo personal, verificándose más por cuenta del consumo productivo.” Pero como también el propio autor se apresura a aclarar: “. . .sería erróneo comprender esa ‘independencia’ en el sentido de que el consumo productivo se halla desligado por completo del personal. . .”<sup>75</sup> Habida

---

<sup>74</sup> Véase, al respecto, la interesante crítica de Bujarin contenida en su ensayo *Imperialism and the Accumulation of Capital*. Nueva York, 1972, pp. 203-221.

<sup>75</sup> V. I. Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Obras Completas, Tomo III, p. 49.

cuenta de esa relación indisoluble, lo fundamental es comprender que la acumulación de capital no sólo juega un papel decisivo en el proceso de reproducción sino también en la realización, y que precisamente debido a la interdependencia de la producción y el consumo, "...mientras más alta es la composición orgánica del capital y la productividad social del trabajo, mayor es la cantidad de bienes de consumo que se ofrecen en el mercado."<sup>76</sup>

Todo lo cual nos permite afirmar que, lejos de que la población obrera sobrante obedezca a la imposibilidad de que crezca el mercado, en rigor es más bien la consecuencia de la forma antagónica en que este se expande en una economía capitalista.<sup>77</sup>

Y el hecho de que, en un momento dado, la ausencia de demanda a ciertos niveles de precios desenlace en una crisis y obligue a un reajuste más o menos violento que permita contrarrestar un descenso de la tasa de ganancia, no invalida el análisis anterior. Antes bien, lo confirma y comprueba que cualquiera que sea el ritmo a que crezca el mercado y en particular la capacidad de consumo de las masas, siempre, y sobre todo bajo el capitalismo monopolista, tenderá a crecer más de prisa la capacidad de producción. Lo que demuestra que lo que importa al capitalista y al capitalismo no es el consumo y menos aun la satisfacción de las necesidades sociales, sino el obtener la mayor

---

<sup>76</sup> N. Bujarin, *Imperialism...*, p. 209.

<sup>77</sup> En las palabras de Marx: "No constituye ninguna contradicción el que esta sobreproducción de capital vaya acompañada de una superpoblación relativa más o menos grande. Los mismos factores que elevan la capacidad productiva del trabajo, que aumentan la masa de los productos-mercancías, que (permítaseme subrayarlo) *extienden los mercados*, que aceleran la acumulación de capital tanto en cuanto a la masa como en cuanto al valor, y que hacen bajar la cuota de ganancia, han creado y crean constantemente una superpoblación relativa, una superpoblación de obreros que el capital sobrante no emplea...", porque no le conviene. *El Capital*, Tomo III, Vol. I, p. 314.

ganancia posible a partir de la explotación de los trabajadores.<sup>78</sup> O sea que no se trata de que no haya mercado ni de que —a la manera sugerida por Rosa Luxemburgo— la realización se vuelva imposible. Lo que ocurre es que el propio proceso de acumulación agudiza las contradicciones del sistema: impulsa y simultáneamente restringe la producción; amplía grandemente el consumo y a la vez lo limita a consecuencia de la explotación de que hace víctima a los trabajadores, lo que altera las relaciones entre la producción y el consumo y ahonda las contradicciones entre una y otro.

*“Ejército industrial de reserva”  
y “marginalidad”*

Pero, ¿no estaremos incurriendo en el error de identificar de manera simplista el fenómeno de la superpoblación relativa que toma cuerpo en el “ejército industrial de reserva” con el desempleo y la población “marginal” que caracteriza el mercado de trabajo de los países subdesarrollados, y por tanto, aplicando mecánicamente el análisis de Marx? Hasta aquí, en realidad, nuestro propósito fue recordar las principales explicaciones teóricas de que ha sido objeto el desempleo a partir de los clásicos, convencidos de que si prescindimos de la necesidad de ubicar tal fenómeno adecuadamente será difícil evaluar cualquier política de empleo e imposible atacar las verdaderas causas y resolver eficazmente el problema de la desocupación. Para saber, sin embargo, si el análisis de Marx puede o no servir a nuestros

---

<sup>78</sup> “El verdadero límite de la producción capitalista es *el mismo capital...*” C. Marx. *El Capital*, Tomo III, Vol. I, p. 308. “Pero la contradicción inherente a este régimen de producción —añade el propio autor— consiste precisamente en su tendencia a desarrollar de un modo absoluto las *fuerzas* productivas, tendencia que choca constantemente con las *condiciones* específicas de producción dentro de las que se mueve y tiene necesariamente que moverse el capital.” *Ibid.*, p. 316.

fines se requiere tener claridad sobre los fenómenos por él estudiados y, acaso sobre todo, acerca de las formas concretas que adopta el desempleo bajo el capitalismo del subdesarrollo.

En años recientes varios investigadores latinoamericanos han expresado que el desempleo que hoy padece Latinoamérica es algo bien distinto y cuya función difiere de la del ejército de reserva de que habla Marx. Carlos Lessa, por ejemplo, advierte:

“los marginalizados no cumplen en nuestras experiencias la función del ejército industrial de reserva. La tesis clásica siempre fue suponer que los marginalizados pueden suministrar una oferta excedente de trabajo que funcionaría para mantener, a nivel de subsistencia, la remuneración de la fuerza de trabajo. . .”

“En nuestras experiencias, los marginalizados no han cumplido esta función. Es innegable que la sobreoferta de trabajo ejerce alguna presión sobre la formación de los salarios, pero la tesis del ejército industrial de reserva supone un comportamiento cíclico por el cual las economías desarrolladas en un momento dado absorberían toda la mano de obra y con eso los salarios empezarían a subir. . .”

“En segundo lugar, los salarios reales de los trabajadores. . . en nuestros países han crecido. . . lo que hace suponer que fue traspasado algún grado de productividad para el sector obrero. . . Por consiguiente, no funciona como ejército industrial de reserva, lo que crea, desde el punto de vista teórico, problemas diabólicos. . .”<sup>79</sup>

No podríamos, en este breve ensayo, examinar en forma prolija cada una de tales cuestiones. Pero al menos de-

---

<sup>79</sup> “Marginalidad y proceso de marginalización”, en *Hacia una crítica de las interpretaciones del desarrollo latinoamericano* (con Tomás Vasconi), *ob. cit.*, pp. 151 y 152.

biéramos tratar de aclarar brevemente dos o tres aspectos fundamentales de las mismas, a fin de poder enfrentarnos, con una base más sólida, al problema del desempleo.

Dejemos de lado por un momento la llamada población marginal y limitemos nuestra observación al "ejército industrial". La primera duda que suscita la opinión anterior es que, si bien es cierto que la presencia de tal ejército influye decisivamente en los niveles de salarios, Marx nunca habló de que éstos debieran permanecer o congelarse al nivel de "subsistencia". Incluso criticaba severamente tal posición y admitía en forma expresa que los salarios *reales* podrían subir, aunque nunca más allá de ciertos límites insuperables para el capitalismo.<sup>80</sup> En segundo lugar, es cierto también que la superpoblación relativa "supone un comportamiento cíclico"; pero esto no significa que el ciclo deba desenvolverse exactamente del mismo modo de un país a otro o de una etapa histórica a la siguiente. El módulo del ciclo se ha alterado sensiblemente, por ejemplo después de la crisis de 1929, lo que sin embargo no ha librado al proceso de acumulación capitalista de su carácter cíclico. Con todo, acaso lo más grave sea sugerir que Marx pensara que, dado tal carácter, las economías desarrolladas podrían absorber en un momento dado "toda la fuerza de trabajo", con la consiguiente elevación de salarios. A este respecto sólo reiteraré —pues creo que ello ha quedado bien claro en varios pasajes transcritos en páginas previas— que, por el contrario, Marx consideraba que el fenómeno de la población sobrante es permanente e incluso creciente bajo el capitalismo.

Por todo lo anterior no parece una objeción válida afirmar que los salarios reales sí han subido en nuestros países

---

<sup>80</sup> "...el aumento del salario sólo supone, en el mejor de los casos, la reducción cuantitativa del trabajo no retribuido que viene obligado a entregar el obrero. Pero esta reducción no puede jamás rebasar ni alcanzar siquiera, el límite a partir del cual supondría una amenaza para el sistema..." C. Marx, *El Capital*, Tomo I, Vol. II, p. 698.

y que, por tanto, al menos una parte de la productividad ha sido "traspasada" al sector obrero. Se confunde aquí, a nuestro juicio, el problema del empobrecimiento relativo con el empobrecimiento absoluto, se insinúa de nuevo que según Marx no debieran subir los salarios y aun se soslaya el hecho indudablemente grave de que en vastos sectores del proletariado latinoamericano incluso ha habido, en años recientes, descensos significativos en los salarios reales.

Aníbal Quijano, por su parte, considera que "la 'función salarial' del 'ejército industrial de reserva' sigue aún en pie para (la) mano de obra sobrante...", "...pero sólo para los más bajos niveles tecnológicos y financieros del aparato de producción y de actividad económica general..."<sup>81</sup> "En cambio, la función de 'reserva' que el 'ejército industrial'... cumplía en el capitalismo, no puede ser más desempeñada en absoluto por la nueva mano de obra sobrante, pues mientras aquel estaba en 'reserva' para ser incorporado al proceso productivo apenas fuera necesario para el incremento de la capacidad productiva del sistema, la mano de obra hoy sobrante no tiene ya ninguna posibilidad de ser de nuevo incorporada a la producción, pues el aumento de la productividad y la producción del sistema tienden a residir ahora en medios enteramente técnicos. Ya no es, pues, reserva, sino simplemente sobrante." Lo que le hace concluir que se trata de dos "fenómenos de naturaleza y, por tanto, de significación histórica diferente, por lo que, "...en esta perspectiva, la mano de obra sobrante puede bien ser caracterizada como 'mano de obra marginalizada,' que fundamentalmente resulta de la revolución tecnológica."<sup>82</sup>

---

<sup>81</sup> *Redefinición de la dependencia y marginalización en América Latina*, Texto en mimeógrafo publicado por el Centro de Investigaciones Socioeconómicas de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Chile. Santiago, 1970, pp. 16 y 17.

<sup>82</sup> *Ibid.*, pp. 16 y 17. En otro estudio, el propio autor expresa, en una opinión menos tajante, lo que sigue: "Todo parece indicar que, no obstante guardar con éste [se refiere al ejército industrial]

Parece incuestionable, en efecto, que lo que Quijano denomina "función salarial" del ejército de reserva sigue en pie, es decir, que los salarios dependen, en general, en gran parte de las proporciones cambiantes en que se combina el número de trabajadores empleados y desocupados; pero en cambio no parece que tal función sólo se cumpla respecto a "los más bajos niveles tecnológicos y financieros..." Si bien es probable que estos sean directamente los más afectados, también lo son las escalas medias y aun altas de salarios. Y el que la repercusión sea a menudo indirecta no la vuelve, necesariamente, menos importante ni impide que, en múltiples actividades, se limiten los salarios y aun

---

muchas similitudes y cumplir todavía muchas de sus funciones, la actual población excedente como mano de obra no puede ser considerada más solamente como otro 'ejército industrial de reserva' " *El marco estructural condicionante de participación social en América Latina*, publicado en mimeógrafo por la Asociación de Becarios del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. México, (sin fecha), p. 24.

"El descenso relativo del capital variable se manifiesta... como un crecimiento absoluto constante de la población obrera, más rápido que el del capital variable o el de los medios de ocupación que este suministra. Pero este crecimiento no es constante sino relativo: la acumulación capitalista produce constantemente, en proporción a su intensidad y a su extensión, una población obrera excesiva para las necesidades medias de explotación del capital, es decir, una población obrera remanente o sobrante". C. Marx, *El Capital*, Tomo I, vol. II, p. 711.

Y en otro pasaje, el propio autor hace notar que incluso de llegar a presentarse una "superproducción absoluta de capital", o sea una situación en que un incremento del capital no produzca ninguna ganancia adicional con motivo de un alza de los salarios, tendría que quedar total o parcialmente ociosa una parte del capital y aun destruirse éste en mayor o menor medida." Pero, al mismo tiempo "...La paralización de la producción dejará ociosa a una parte de la clase obrera y, con ello, la parte que trabaja se verá colocada en condiciones en que no tendrá más remedio que acceder a una baja de salarios..." *Ibid.* Tomo III, Vol. I, pp. 309-13. O sea que cualquiera que sea la fase del ciclo y vaya éste en ascenso o en descenso, la sobrepoblación relativa está presente para garantizar al capitalista las mejores tasas posibles de ganancia.

se sustituya a muchos trabajadores por otros de menor eficiencia o cuya fuerza de trabajo, simplemente, cueste menos.

En cuanto a que el "ejército industrial" deje de ser una reserva y se convierta en una mera población sobrante o "marginalizada", creemos que este no es el modo más correcto de planear el problema. Primero, porque es indudable que tanto el ejército tradicional como los cada vez mayores contingentes de desocupados que arrastran nuestros países son una "reserva" en el sentido marxista, esto es, una masa de trabajadores más o menos ociosos y en general depauperados, susceptibles de ser explotados y que siempre están a disposición del capital, lo que no equivale a que éste deba o siquiera pueda emplearlos a niveles cada vez más altos en respuesta a la creciente productividad del sistema. Y segundo, porque junto a ese sentido, el estar *en reserva* significa que si bien su volumen oscila de acuerdo con las fluctuaciones del ciclo económico, en una proporción cada vez mayor va quedando como un verdadero ejército de desocupados.<sup>83</sup>

Otra duda que nos suscita el análisis de Quijano se relaciona con su afirmación de que el fenómeno de la sobrepoblación relativa, característico del capitalismo, en la actualidad está fundamentalmente "regido por la revolución tecnológica." Sin dudar de la importancia de este fenómeno, el factor que a nuestro juicio ejerce mayor influencia

---

<sup>83</sup> Acaso contribuya a aclarar nuestro punto de vista la siguiente observación de Marx: "...la formación de *una superpoblación relativa o la desmovilización de obreros* avanza todavía con mayor rapidez que la transformación técnica del proceso de producción. A medida que ganan en volumen y en eficacia de rendimiento, *los medios de producción* van dejando un margen cada vez menor como medios de ocupación de obreros; y esta proporción decreciente todavía tiende a modificarse en el sentido de que, conforme crece la fuerza productiva del trabajo, el capital hace crecer *su oferta de trabajo* más rápidamente que su demanda de obreros." *El Capital*, Tomo I, Vol. II, pp. 717-18.

en la determinación de la población sobrante sigue siendo socioeconómico, por lo que es en el marco de esta problemática y concretamente de la acumulación de capital en la fase monopolista, donde, cualesquiera que sean su magnitud y sus características, debiera inscribirse el avance técnico. Si esta apreciación es correcta —lo que por cierto no implica menospreciar el impacto de la “revolución tecnológica”—, querría decir que en la etapa histórica del imperialismo la contradicción existente entre la creciente productividad del trabajo y la también cada vez mayor concentración de la riqueza y en general de los frutos de ese esfuerzo en manos de una poderosa oligarquía internacional, que priva a quienes trabajan de la posibilidad de consumir la mayor parte de lo que producen, se expresa como nunca antes en una composición técnica y orgánica del capital que vuelve definitivamente imposible utilizar la mano de obra disponible, aun recurriendo a toda clase de gastos improductivos, formas sistemáticas de desperdicio y aun procesos masivos de destrucción física de recursos materiales y de seres humanos.

Lo que no implica, desde luego, que en nuestro concepto el “ejército industrial de reserva” sea idéntico al desempleo crónico de la mano de obra que sufren los países subdesarrollados. Quijano tiene razón cuando recuerda que “. . . la tendencia del modo de producción capitalista de producir una ‘sobrepoblación relativa’ en la organización de las relaciones de trabajo, se procesa de modo distinto en contextos históricos diferentes.”<sup>84</sup> Esto es lo que debiéramos tener presente en nuestro análisis.

Marx nunca intentó —y de haberlo hecho no habría sido marxista— elaborar una teoría general a la que, en sus propias palabras, se hallen “sometidos fatalmente todos los pueblos, cualesquiera que sean las circunstancias históricas que en ellos concurren . . .”<sup>85</sup> Se limitó en realidad, y

---

<sup>84</sup> *Ibid.*, p. 17.

<sup>85</sup> Véase: *El Capital*, Apéndice al Tomo I, Vol. III, pp. 930-31.

sin duda ello contribuyó a que su aportación científica fuera más relevante, a examinar los aspectos fundamentales del desarrollo capitalista europeo y en particular la forma que el fenómeno adoptó en Inglaterra, país al que consideraba el "ejemplo" o "modelo clásico". Este solo hecho volvería muy difícil y aun imposible —a menos que hiciéramos de la obra de Marx un recetario infalible, de aplicación mecanicista y dogmática—, tratar los problemas que hoy aquejan al capitalismo latinoamericano como si cada uno de ellos hubiera de corresponder, aun en sus modalidades y rasgos menos importantes, a los fenómenos estudiados por el autor de *El Capital*. Pero a la vez, si el marxismo tiene realmente valor científico y el sistema bajo el cual se agudiza y aun configura plenamente el subdesarrollo es el capitalismo, debiera entonces servirnos para entender la razón de ser y la dinámica de problemas tan graves como el desempleo y otros que, lejos de ser accidentales, obedecen a las contradicciones básicas de tal sistema.

Dicho esto resulta quizá más fácil llevar adelante nuestro examen. Al ilustrar el comportamiento de la ley general de la acumulación capitalista, Marx aclara que, por diversas razones que él mismo explica, se refiere expresamente a Inglaterra, país al que como dijimos toma como "ejemplo clásico". Unas páginas antes, al enunciar dicha ley subraya que, "...como todas las demás, es modificada en su aplicación por una serie de circunstancias...", y al abrir el apartado correspondiente incluso empieza por afirmar que "la superpoblación relativa existe bajo los matices más diversos." Con base en todo ello podríamos partir del supuesto de que la superpoblación relativa que conocemos en nuestros países adopta en principio, naturalmente, caracteres distintos a aquellos que tomaron cuerpo en Inglaterra o en otros países europeos hace más de un siglo, lo que no significa que el marco conceptual de Marx no sea sumamente útil para nuestro análisis. En rigor, por lo que hace específicamente a las formas generales que según él

reviste la superpoblación relativa —admitiendo, desde luego, que las proporciones de cada una de ellas y los rasgos concretos de las mismas son distintos— parecería que todas las señaladas en *El Capital* siguen presentes. Esto es: la superpoblación flotante, la latente y la intermitente, y aun las diversas capas que Marx ubica en “la órbita del pauperismo” y lo que llama las “huestes trashumantes” o “infantería ligera del capital”.

El problema, por tanto, parece ser otro: ni podemos identificar sin fundamento dos hechos que se dan en condiciones históricas distintas ni debemos limitarnos a señalar, descriptivamente, sus diferencias. El capitalismo clásico es inseparable de la etapa y de las condiciones específicas en que surge y se desenvuelve en países como Inglaterra, del mismo modo que el capitalismo del subdesarrollo no podría, arbitraria y caprichosamente, emplearse como una categoría que uno pretendiera utilizar para comprender las principales contradicciones del proceso capitalista, digamos en Francia o Alemania. Hacemos hincapié en esta cuestión porque nos ayuda a comprender que el problema de fondo consiste en que si la superpoblación relativa, o si se prefiere el desempleo abierto y encubierto resulta del proceso mismo de acumulación, lo que importa entonces es entender que no siendo —incluso no pudiendo ser idénticos la acumulación y en un plano más general el patrón de desarrollo característico del capitalismo clásico y el que se conforma bajo el capitalismo del subdesarrollo—, sería imposible que el “ejército industrial de reserva” y lo que suele llamarse “la mano de obra marginalizada” fueran exactamente lo mismo.<sup>86</sup>

---

<sup>86</sup> En un interesante ensayo, el sociólogo José Nun distingue, a su vez, el alcance de la “superpoblación relativa”, en general, y del “ejército industrial de reserva”, como condición para poder apreciar adecuadamente y aun no confundir las causas con las consecuencias de la población excedente. “... ambas cuestiones —dice— deben diferenciarse: al indagar esos procesos específicos, se obtienen las características propias de la ‘superpoblación relativa’ de este

Rebasaría el marco del presente ensayo y además nos obligaría a repetir tediosamente cuestiones ya planteadas en el texto que aparece como capítulo tercero de este volumen, examinar las causas históricas que explican que la acumulación de capital y por tanto el proceso todo de formación del mercado interno en una economía subdesarrollada se desenvuelvan de manera muy diferente a aquella en que lo hacen en el llamado "modelo clásico". El mero hecho de que la dependencia se torne propiamente estructural en la fase monopolista y el que el nacimiento del imperialismo imponga un nuevo patrón de división internacional del trabajo en que los países metropolitanos se reservan para sí los procesos productivos más complejos e importantes, frustra la posibilidad de que, en países como los nuestros, el capitalismo asegure la continuidad del largo proceso que, a partir del artesanado y a través de la manufactura, culmina en otros casos en el desarrollo de una

---

modo de producción; el concepto de 'ejército industrial de reserva' corresponde, en cambio, al examen de sus efectos, de las relaciones de esa superpoblación con la estructura global. Puesto en términos más simples: en esta perspectiva no toda superpoblación constituye necesariamente un ejército industrial de reserva, categoría que implica una relación funcional de ese excedente con el sistema en su conjunto".

Y en otro pasaje, afirma:

"Llamaré 'masa marginal' a esa parte afuncional o disfuncional de la superpoblación relativa. Por lo tanto, este concepto —lo mismo que el de ejército industrial de reserva— se sitúa a nivel de las relaciones que se establecen entre la producción sobrante y el sector productivo hegemónico. La estrategia implica una doble referencia al sistema que, por un lado, genera este excedente y, por el otro, no precisa de él para seguir funcionando." "Superpoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal", *Revista Latinoamericana de Sociología*, Buenos Aires, 1969. (pp. 8 y 30, versión en mimeógrafo).

Ya hemos dicho que, en nuestro concepto, el sistema sí precisa de ese excedente; es decir, concretamente de la llamada "masa marginal", que en América Latina asegura condiciones de explotación del trabajo increíblemente favorables para los capitalistas, en general.

moderna y gran industria propia, del tipo de aquella en que descansa el capitalismo independiente.

Y aun podría añadirse que los procesos que bajo el capitalismo clásico tienden a producirse con rapidez inusitada, a menudo hasta febril y en apariencia casi automáticamente y en forma más o menos estable y racional, bajo el capitalismo del subdesarrollo tienen lugar de manera sinuosa, profundamente inestable y desigual, a menudo condicionados por obstáculos infranqueables y sin que puedan jamás librarse de las deformaciones estructurales en que se expresa el subdesarrollo. A ello obedece que, bajo esta nueva variante histórica del capitalismo, el desempleo alcance niveles nunca antes conocidos y a que incluso su apariencia no sea ya la de un ejército de reserva a disposición del capitalista, sino la de una masa informe de trabajadores vencidos y en plena desbandada, desgarrados por la miseria, dispersos y trashumantes, muchos de ellos ganados por la frustración y la desesperanza y que, cualquiera que sea el ritmo con que el proceso capitalista se desenvuelva, queden total o parcialmente desocupados.

Tan sólo por lo que hace a la acumulación de capital y a los factores que, en el marco de ésta, más parecen influir sobre el fenómeno de la población sobrante o desempleada, podrían mencionarse los hechos siguientes, en los que se advierten marcadas diferencias y aun rupturas profundas respecto al funcionamiento del modelo clásico:

- 1) El aumento mucho más rápido de la población, sobre todo entre las masas rurales y urbanas, en parte a consecuencia de las mejores condiciones de salud que el capitalismo hace posible a partir de ciertas etapas de su desarrollo, y en parte, a la vez, del estímulo al crecimiento demográfico que genera el bajo nivel cultural y la miseria;
- 2) La creciente movilidad de la fuerza de trabajo y la más fácil manera en que, en un movimiento

obrero y campesino débil y desorganizado sindical y políticamente, minado además por el enemigo y en el que éste nunca deja de emplear la represión y la violencia, la masa de trabajadores desocupados influye para mantener un régimen de bajos salarios;

- 3) A consecuencia, principalmente, de lo señalado en los dos puntos previos, la oferta de mano de obra tiende, en mucho mayor medida que en las condiciones clásicas a superar a la demanda y a arrastrar, por lo tanto, una masa de trabajadores desocupados;
- 4) La tasa de inversión, y sobre todo la formación neta de capital siempre es insuficiente para movilizar los recursos productivos y en particular para emplear, a niveles más o menos satisfactorios, la mano de obra disponible. Con frecuencia acusa, además, una marcada inestabilidad y su composición descubre un alto peso de las inversiones poco o nada productivas, lo que del lado de la ocupación se expresa, entre otras maneras, en la llamada hipertrofia del sector terciario y en general en una alta relación: trabajadores improductivos (desocupados total o parcialmente y empleados en actividades no productivas) y trabajadores ocupados en actividades propiamente productivas;
- 5) La insuficiencia y la defectuosa composición de la inversión real —cuyo nivel tiende a ser muy inferior al del excedente potencial— obedece, a su vez, fundamentalmente al hecho de que una parte sustancial de dicho excedente se pierde en las relaciones comerciales, financieras, técnicas y propiamente de producción establecidas con el capital extranjero, y a que la parte que queda dentro del país tampoco se convierte en capital en la proporción que, en otras condiciones, sería posible;

- 6) La inversión extranjera y la compleja y cada vez mayor dependencia respecto al capital monopolista internacional no sólo implica el drenaje constante del excedente, y la consiguiente merma del potencial de inversión: también trae consigo una mayor vulnerabilidad económica, una industrialización dependiente que en realidad no puede rebasar el marco, y a menudo ni siquiera alcanzar los estadios superiores de la sustitución de importaciones; un alto grado de monopolio; elevadísimas tasas de ganancia en las grandes empresas, con el impacto inevitable en el proceso de formación de los precios y en la distribución del ingreso; creciente dependencia tecnológica y un patrón de opciones técnicas costoso, inadecuado y que por sí solo entraña un serio obstáculo para emplear los recursos disponibles con una mínima racionalidad.<sup>87</sup>
- 7) En cuanto a la parte del excedente que se retiene en el país subdesarrollado, sabido es que una alta proporción del mismo queda ociosa, se desperdicia y aun dilapida criminalmente debido a los patrones de gasto de la clase en el poder; pero también a consecuencia del comportamiento de los estratos medios e incluso del "dinámico" papel que en tales economías juegan la burocracia, la corrupción, el sostenimiento de costosas fuerzas armadas y policíacas que esencialmente cumplen funciones re-

---

<sup>87</sup> Armando Córdova señala que todo hace pensar que, en los próximos años, incluso se incremente el empleo de técnicas de alta intensidad de capital en nuestros países "...por el alto grado de dependencia respecto a la tecnología de aquellas sociedades que caracteriza a la industrialización latinoamericana y, lo que es igualmente importante, por la creciente penetración del capital extranjero en su forma más avanzada y más ahorradora de mano de obra, la de las grandes corporaciones multinacionales." "Empleo, desempleo, marginalidad", en *Problemas del subdesarrollo latinoamericano*. México, 1973, p. 88.

presivas, la especulación y un sin fin de negocios más o menos ilegales en los que se expresan las más variadas formas de parasitismo.

Y aunque el Estado, en particular, suele contrarrestar con éxito situaciones que de dejarse a su suerte crearían problemas aún más graves, el hecho es que también el poder público y su aparato empresarial cada vez mayor, influye en la agudización de múltiples contradicciones, es decir, en la explotación directa de trabajo asalariado, en el fortalecimiento de los monopolios nacionales y extranjeros, en la aceleración de la inflación, en el endeudamiento y el déficit creciente de la balanza de pagos, en la acentuación de la dependencia y en la diseminación de numerosas actividades más o menos improductivas, pero que contribuyen a mantener altas tasas de ganancia para la burguesía. Y todo ello no es extraño ni sorprendente salvo para quienes, convencidos de que el mercado no es ya capaz de asignar en forma medianamente racional los recursos disponibles, creen o al menos pretenden hacer creer que en tal virtud, sólo el Estado puede asegurar el mejor empleo de los mismos. Lo que nunca aclaran es cómo el estado capitalista, funcionando esencialmente en el seno del mercado capitalista, habrá de lograr lo que éste no puede conseguir.

- 8) A todo lo cual habría que agregar que al margen de los hechos ya señalados que impiden que el excedente crezca más de prisa y se utilice mejor, las relaciones de producción características del capitalismo del subdesarrollo determinan que el proceso de acumulación y de formación del mercado interno, lejos de estimularse y apoyarse mutuamente —a la manera en que, con todas sus graves contradicciones lo hicieron en las condiciones clási-

cas— exhiben lagunas, desproporciones, desajustes, rupturas y nuevos antagonismos, que en última instancia determinan que la parte de la plusvalía que se destina a la acumulación sea menor, el ritmo a que se convierte en capital sea más lento, el peso de las actividades productivas y concretamente de la industria en el proceso económico sea muy inferior, el patrón de relaciones internacionales contribuya decisivamente no a ampliar sino a reducir y a desviar el excedente y, a consecuencia de todo ello, las deformaciones en la estructura técnico-económica se multipliquen y, tanto a corto como a largo plazo la demanda de mano de obra siempre se mueva a un nivel muy inferior al de la oferta.

En cuanto a los caracteres específicos del desempleo y la medida en que el concepto de “marginalidad” es o no el más adecuado para hacer referencia a tal fenómeno, me limitaré a recordar que, en años recientes, ha empezado a tomar cuerpo una tendencia que pone en duda la utilidad de la noción de marginalidad, lo que parece razonable en atención a que bajo ella suelen incluirse situaciones muy diversas, y acaso sobre todo a que algunos de los rasgos que con frecuencia se consideran más representativos de los marginales se antojan muy endebles, especialmente en aquellas explicaciones que los presentan como no integrados ni necesarios al sistema.

Ante la imposibilidad de ocuparnos aquí de este tema sólo invitaré al lector a reflexionar sobre dos o tres aspectos del mismo. Quizás la primera falla que a menudo se advierte en algunos de los estudios sobre la población marginal consiste en que se la supone una especie de entidad cerrada y aun una “estructura económica” diferente, que al parecer se caracteriza porque quienes la componen carecen de toda perspectiva de empleo o sólo tienen acceso a

actividades económica y socialmente irrelevantes y de baja o ninguna productividad. Si bien es cierto —y en ello hemos insistido a lo largo de este ensayo— que el desempleo y el subempleo son inevitables y constituyen un rasgo fundamental del proceso de acumulación de capital y en particular de la forma en que éste se desenvuelve en una economía subdesarrollada, sería un error no advertir que la mano de obra “marginalizada” tiene a menudo mucho mayor movilidad de la que se le supone: se desplaza con rapidez de unas zonas y actividades a otras y a niveles de ocupación de cierta importancia económica y más alto rango social, y a la vez es constantemente realimentada por nuevas oleadas de trabajadores procedentes del campo o que después de trabajar temporalmente en alguna actividad rural o urbana, vuelven a su condición de desocupados o subocupados.

Otra opinión que suscita múltiples dudas es aquella que sugiere como uno de los principales rasgos de la “marginalización”, que ésta no es realmente parte integrante del sistema ni participa en los beneficios que de él derivan o en sus mecanismos y centros de decisión. Si la línea divisoria que separa a los “marginales” de los “integrados” hubiera de trazarse a partir de la medida en que disfruten o no de tales beneficios o del grado en que participen o no en los órganos de decisión económica y política, en países como los nuestros, en los que el poder económico está fuertemente concentrado entre unos cuantos centenares de capitalistas nacionales y extranjeros y en donde la ausencia de una genuina democracia impide el acceso de casi todos los ciudadanos a los órganos de acción y decisión política, la casi totalidad de la población tendría que considerarse prácticamente marginalizada.

También parece cuestionable asociar unilateralmente el desempleo a la dependencia, y sobre todo a un tipo de dependencia fundamentalmente externa, o atribuirlo esencialmente a la industrialización sustitutiva de importacio-

nes, en vez de relacionarlo, de manera más amplia y profunda al proceso de acumulación de capital y de formación del mercado interno —en particular al funcionamiento del mercado de trabajo—, y sus contradicciones principales en una economía subdesarrollada. El no situar adecuadamente el desempleo contribuye a que ciertos autores piensen, erróneamente, que se trata de una cuestión no esencial para el sistema y de la que éste podría librarse sin grandes dificultades, simplemente poniendo en marcha una política de desarrollo más eficaz.<sup>88</sup>

El problema, hemos visto, es mucho más complejo, y la perspectiva inmediata y aun mediata en Latinoamérica, una en la que no será fácil liquidar o siquiera reducir sustancialmente el desempleo. A este respecto parecen coincidir los investigadores más serios, pues mientras los funcionarios públicos y los empresarios privados anuncian, a menudo con visible entusiasmo, que estamos en el camino de lograr incluso niveles cercanos al pleno empleo, aquellos no ocultan sus reservas y aun pronostican, a nuestro parecer con razón, que el desempleo abierto y encubierto seguirá presente y aun tenderá a agravarse en los próximos años.<sup>89</sup>

---

<sup>88</sup> Como bien dice Feder, “una fuerza de trabajo marginal es aquella que conforme al sistema socioeconómico y político prevaliente no es requerida por éste para su funcionamiento, supervivencia y crecimiento.” Pero lo cierto —añade el propio autor— es que “...para decirlo crudamente, el desempleo y la pobreza son actualmente necesarios para que la economía latinoamericana funcione dentro de la estructura socioeconómica y política presente...” *Ob. cit.*, pp. 29 y 42.

<sup>89</sup> “Por las características con que se prolonga el actual sistema de dominación social en el capitalismo dependiente y subdesarrollado de América Latina, es justificado sostener —escribe Aníbal Quijano— que sus actuales tendencias son irreversibles mientras la naturaleza del sistema continúe en vigencia, y que debe esperarse un mayor desarrollo todavía de los mecanismos de marginalización.” *Redefinición de la dependencia...*, p. 114. En un comentario similar, el economista Armando Córdova, afirma: “Nuestra conclusión en este aspecto es obvia: no puede menos que preverse una intensi-

*La perspectiva mexicana*

Y, ¿qué posibilidades hay de que, aun de desenvolverse las cosas en esa dirección, la política de empleo de cuyas principales características nos ocupamos ya, sea capaz de atacar eficazmente al menos en México el problema de la desocupación. Sin el ánimo de intentar, en estas líneas finales, una evaluación crítica detallada y rigurosa, y sin dejar de reconocer que en algunos aspectos secundarios puede ayudar a mitigar, sobre todo a corto plazo, el desempleo, considero que tal política —que por lo demás no difiere sensiblemente de la que otros países latinoamericana-

---

ficación de la desocupación abierta y encubierta...” “Las anteriores conclusiones —agrega— permiten considerar también a la marginalidad como una consecuencia necesaria del funcionamiento del sistema.” *Ob. cit.*, p. 88. Y refiriéndose concretamente a la situación del campo, Ernest Feder señala que “Bajo las condiciones existentes la presencia de una mano de obra barata y obediente es un prerequisite necesario para mantener la estructura agraria —el complejo latifundio —minifundio en expansión—, y la mano de obra es barata y dócil cuando la oferta de trabajadores rurales excede a la demanda y los trabajadores están desorganizados. Cualquiera que, dentro de las presentes condiciones, sean la tasa y el tipo de crecimiento agrícola y la migración rural-urbana, puede darse por hecho que habrá un exceso de mano de obra rural...” *Ob. cit.*, p. 43.

Osvaldo Sunkel, por su parte, después de señalar que “si bien un ingreso adecuado y estable no es condición suficiente para la superación de la marginalidad... [sí] constituye... la más amplia y urgente de las condiciones necesarias de superación o al menos atenuación del proceso de marginalización en América Latina...”, observa que si el sector moderno “no sólo se expande relativamente más rápido que el primitivo, sino que lo reemplaza o sustituye, la modernización tecnológica significaría, por una parte, una creación de nuevos empleos, y por la otra, la supresión de ocupaciones existentes.” En tal caso, dada la más baja ocupación por unidad de producto en el “nivel moderno”, “. . . es concebible que un aumento de la tasa de inversión pueda incluso inducir una mayor desocupación y subocupación, y por ende, mayor marginalidad.” *Capitalismo transnacional y desintegración nacional en América Latina*, Santiago de Chile, 1972, p. 20 y 32-33.

nos están poniendo en ejecución— adolece de serias y aun insalvables limitaciones que, desde ahora podría anticiparse, comprometerán sus resultados.

La primera y acaso más grave de esas fallas consiste en que, independientemente del modesto alcance práctico de las principales medidas en que se expresa, la política mexicana de empleo descansa en una base teórica particularmente frágil —en el fondo casi exclusivamente neoclásico-keynesiana— y por ende formalista y ultraconservadora, que como hemos visto en las páginas anteriores deja de lado y aun ignora totalmente las causas fundamentales del desempleo. En efecto, ahora nos será más fácil comprender que éste es fruto de contradicciones profundas inherentes al capitalismo y que se agudizan bajo el capitalismo del subdesarrollo, y no simplemente efecto de la falta de educación, el rápido crecimiento demográfico, la abundancia de mano de obra, el costo relativo de los factores de producción, la escasez de capital, la insuficiencia del mercado o el hecho de que las máquinas modernas desplacen, implacable e inexorablemente la mano de obra, como suele decirse en las explicaciones tecnocráticas más burdas.<sup>90</sup> Tampoco se trata, en realidad, de que la causa eficiente del problema esté en los escollos cada vez mayores con que tropieza el proceso de sustitución de importaciones, en el decaimiento del desarrollo agrícola, el creciente endeuda-

---

<sup>90</sup> Marx alude a la “gracia de la economía apologética” y al fetichismo en que ésta cae al ocuparse de las máquinas, recordando que “Los antagonismos y las contradicciones inseparables del empleo capitalista de la maquinaria no brotan de la maquinaria misma, sino de su empleo capitalista.” “El economista burgués... no concibe otro aprovechamiento de la maquinaria que el capitalista...” “...Es, enteramente, el razonamiento de aquel famoso degollador Bill Sikes: ‘Señores del Jurado: Es cierto que ha sido degollado un viajante de comercio. Pero este hecho no es culpa mía sino del cuchillo. ¿Es que vamos a suprimir el uso del cuchillo, porque a veces ocasione alguno que otro trastorno?... La supresión del cuchillo precipitaría a la humanidad en la sima de la más negra barbarie.’” *El Capital*, Tomo I, Vol. I, pp. 486 y 487.

miento externo, la insuficiencia de los recursos fiscales, la excesiva protección arancelaria o lo que, en conjunto, algunos designan como “desarrollismo”, sin percatarse de que lo que subyace a éste es nada menos que el desarrollo capitalista y el curso que tal proceso toma en respuesta a leyes históricas que no por ignorarlas dejan de estar, tercamente, en acción. Pero en vez de insistir sobre tales cuestiones nos limitaremos aquí a plantear ciertas dudas sobre los objetivos generales y los medios de acción a partir de los cuales la burguesía mexicana y sus ideólogos pretenden atacar el problema del desempleo.

¿Qué importancia tiene la decisión de lograr que el producto interno bruto crezca 8% al año y no 6% ó 7%. Si esta meta se alcanza, el proceso de desarrollo se activará significativamente y el país dispondrá de mayores recursos y más amplias posibilidades para hacer frente a ciertos problemas.

Aparte, sin embargo, de que no es fácil mantener esa tasa de crecimiento a través de un período más o menos largo, no hay nada que autorice a pensar que, de conseguirse, ello bastará para que México pueda absorber sin dificultades el incremento de la fuerza de trabajo. Incluso lo más probable es que el ritmo de desarrollo siga siendo inestable y, sobre todo, que aun si se alcanza una alta tasa de crecimiento del ingreso, el panorama del mercado de trabajo no cambie grandemente. ¿Habremos ya olvidado que hace apenas unos años se repetía en los círculos oficiales latinoamericanos que, de sostenerse una tasa de crecimiento del 5% al año —o como lo planteaba la Alianza para el Progreso, al menos un aumento de 2.5% anual del producto por habitante—, ello aseguraría un desarrollo rápido, estable y autosostenido? Incapaz de comprender la verdadera magnitud de los problemas del subdesarrollo y su insoslayable responsabilidad en el agravamiento de los mismos, la burguesía latinoamericana y los técnicos de los organismos internacionales, expertos en trazos estratégicos en

el papel, parecerían haberse limitado, en el fondo con no mayor precisión que la que caracteriza las estimaciones “a ojo de buen cubero”, a fijar caprichosamente las tasas de incremento del ingreso que serían necesarias para resolver nuestros problemas.

Pero lo que comprueba que por tal camino no se va muy lejos es que, en los últimos quince años, las tasas “necesarias” fueron primero de 5%, después de 6%, más tarde del 7% y ahora del 8%. Y probablemente en dos o tres años, al ver que el problema del desempleo se agrava de nuevo —haciendo caso omiso de la experiencia brasileña del último trienio en donde las altas tasas de crecimiento no bastaron para acabar con la desocupación—, se nos diga que sólo el 9% asegurará la solución definitiva del problema.<sup>91</sup> Ni pensar en lo que ocurriría si, como es de esperarse dada la inestabilidad de la economía latinoamericana, en vez de elevarse gradual y uniformemente la tasa de crecimiento del ingreso lo hace en forma errática y aun desciende brusca-mente ante el peso de factores internos e internacionales desfavorables, como ocurrió, por ejemplo, en 1971.

Y ¿qué decir de la posibilidad de que si la producción industrial crece a razón de 10% al año y la agricultura se expande a casi el 5%, se absorba el excedente de mano de obra? Al margen de la dificultad, aquí también, de que tales tasas se mantengan estable y firmemente, lo cierto es que

---

<sup>91</sup> El absorber el desempleo a través de una industrialización rápida y altamente intensiva en capital —escribía hace unos años Rosenstein —Rodin—, “...implica altos ahorros e inversiones y una alta tasa de crecimiento económico: 5.5% y 6.5% para la economía en su conjunto y alrededor del 9% al 10% anual en el sector industrial.” Y aun así, añadía, “Tomará por lo menos cinco a diez años alcanzar la ocupación plena...” “The Alliance for Progress and peaceful revolution”, *Latin American Radicalism*, Nueva York, 1969, p. 58. Estamos ya en los segundos cinco años, y aunque las tasas de crecimiento han sido en algunos países bastante más altas que las previstas por el autor antes mencionado, ninguno de ellos tiene a la vista el pleno empleo.

aun en el caso de lograrse sería erróneo suponer que el desempleo deba, necesariamente, disminuir, no digamos desaparecer. Probablemente incluso tienda a aumentar, tanto porque las industrias de más rápido crecimiento suelen emplear menos mano de obra por unidad de producto y a menudo, también, de capital, como porque desplazan y aun eliminan industrias competidoras pequeñas y medianas que comparativamente tienen mayor significación como fuentes de trabajo, y por otra parte, porque la intensificación del desarrollo capitalista de la agricultura, en vez de resolver el problema del desempleo lo agrava sensiblemente, como lo demuestra la experiencia latinoamericana de los últimos veinte a treinta años.<sup>92</sup>

El segundo elemento de la estrategia oficial que suscita serias dudas es el que se refiere a la formación de capital. Como antes hemos visto, lo que se postula es que si el producto ha de crecer a razón de 8% al año, la inversión bruta no deberá ser inferior a un 24% del mismo, coeficiente que a su vez se alcanzará a partir del incremento de la inversión pública. La primera falla que aquí se observa es, de nuevo, de carácter teórico. Tal posición sugiere que si la tasa de inversión crece sostenida y establemente aumentarán del mismo modo la producción y el empleo, sin que ocurran fluctuaciones indeseables. En el fondo —a la manera keynesiana— se sugiere que el comportamiento cíclico del siste-

---

<sup>92</sup> Ernest Feder tiene razón al señalar que el principal factor determinante de la creciente inequidad en el reparto del ingreso y la riqueza en el sector agrícola, y por tanto del desempleo y la pobreza es la "modernización", entendida como "una política de fomento agrícola que no cambia la estructura agraria." *Ob. Cit.*, p. 12. Según él, la "modernización" incluye principalmente el uso mejor y más intensivo de la tierra, la introducción de semillas mejoradas y de nuevas variedades de ganado, el uso creciente de fertilizantes, una administración más adecuada y un más estricto control del trabajo, el empleo de equipos y técnicas que ahorran mano de obra, el crédito, el otorgamiento de subsidios y exenciones fiscales, el impulso a la investigación y a la asistencia técnica y el mejoramiento de los sistemas de mercadeo.

ma obedece a las variaciones del nivel de inversión, y no a la inversa, es decir, que tales variaciones resultan de las contradicciones y el carácter inevitablemente anárquico de la producción capitalista.

Sorprende asimismo la forma tan burda y simplista como se relaciona la inversión con el producto, a través de un "multiplicador" elemental del ingreso y el empleo, que por una parte no considera el impacto de los cambios en la composición y la proyección de la inversión, y por la otra no toma en cuenta las relaciones y por tanto las contradicciones entre la producción y el consumo, o sólo introduce este último a través de sencillas y armoniosas relaciones aritméticas o, cuando bien, de un "acelerador" tan mecánico como el multiplicador, que supuestamente determina que la inversión y el consumo se complementen y refuercen entre sí. En rigor se cae en un cuantitativismo superficial y seudocientífico que pretende convertir en cantidades precisas y en relaciones exactas, fenómenos y relaciones sociales complejas.<sup>93</sup> Pero en lo que no se repara es en que para lograr el juego armonioso de relaciones numéricas en que con frecuencia se expresan al análisis y la política económica burgueses, antes hay que prescindir de la realidad y de las leyes históricas que la determinan. En efecto, cuando se postula que para lograr el pleno empleo será necesario alcanzar una tasa determinada de inversión, nada se nos dice acerca del origen de ésta o la forma en que haya de financiarse; nada se aclara sobre si importa que tal inversión sea o no monopolística, pública o privada, nacional o extranjera, pro-

---

<sup>93</sup> Lo cierto es que "...no hay 'relaciones exactas' entre la inversión y el ingreso o entre la producción y el consumo. Aunque tal relación podría ser estadísticamente determinada con cierto grado de precisión para una inversión de capital dada en un período *precedente*, tal relación se vuelve *imprecisa* cada vez que se invierte *nuevo* capital, debido a que la nueva inversión generalmente realiza sobre una base de producción también nueva y más alta. *Theories of Regulated Capitalism*, editado por I. G. Blyumin. Moscú, sin fecha de publicación, p. 30.

ductiva o improductiva, ni tampoco se toman en cuenta los cambios previsibles en la composición técnica y orgánica del capital y, por tanto, en la demanda de mano de obra de diversos grados de calificación.

Desde otra perspectiva no deja de ser revelador que el incremento de la inversión descansa exclusivamente en un mayor gasto público, o sea que tras reiterarse a cada momento la necesidad de reducir el consumo superfluo, del que fundamentalmente son responsables los ricos, se deje a éstos seguir dilapidando buena parte de la riqueza y el ingreso nacionales y ni siquiera se les reclame una tasa de ahorro sustancialmente más alta que la actual. De hecho lo que tal política exhibe es el propósito de elevar el ahorro público a partir de ingresos fiscales crecientes y de créditos internos que, más que afectar el consumo de la oligarquía y la alta burguesía, reduzcan la capacidad de compra de los estratos medios y aun de ciertas capas de trabajadores, a fin de no provocar presiones inflacionarias excesivas ni un endeudamiento con el exterior que vaya más allá de ciertos límites que la propia burguesía considera peligrosos.

Pero aquí también las palabras se apartan de los hechos y la política de empleo toma en la práctica rumbos diferentes de los que anuncian el gobierno y el PRI. El lector recordará que, conforme al ya muy amplio y elástico concepto de *estabilidad* de los técnicos oficiales, para que la política que examinamos cumpla su cometido es menester que los precios no registren fuertes fluctuaciones, es decir, que aun en el caso de que éstas se produzcan, el alza no exceda de 6% al año. Lo cierto, sin embargo, es que, según los más altos funcionarios, hasta agosto de 1973 habían subido 11% y al término del año, 20%; pero 20% —debemos recordar— según los conservadores y bien amaestrados índices oficiales, lo que hace pensar que la tasa de inflación debe haber sido, en realidad, sustancialmente más alta, acaso del 25%, 30% o incluso más elevada. Todo lo cual significa que no sólo no está presente la tan deseada estabilidad sino que

al acentuarse la inflación, si bien se concentra más y más el ingreso en poder de una minoría de capitalistas nacionales y extranjeros —lo que desde luego no deja de satisfacer a éstos—, el crecimiento del mercado se vuelve más anárquico, se deprime el poder de compra real de las grandes masas y aun se vienen por tierra muchas de las previsiones, y por tanto de las condiciones en que se sustenta la política oficial de empleo. En efecto, si en vez de subir los precios 4% ó 5%, lo hacen 20% ó 25%, las tasas de crecimiento que antes se proyectaba alcanzar —digamos de 15% a 20%, a precios corrientes— resultan ahora del todo insuficientes en términos reales, y las que al nuevo nivel de precios serían necesarias para impulsar el proceso económico se vuelven, simplemente, inalcanzables. Lo que tarde o temprano trae consigo que la inflación —que por lo demás es indudable y aun creciente bajo el capitalismo del subdesarrollo— conduzca a un estado de cosas en que el rápido ritmo de crecimiento de la producción coincide con un no menos rápido aumento del desempleo, a la vez que con crecientes desequilibrios internos y externos que en particular afectan a la balanza de pagos y ponen constantemente en peligro el tipo de cambio del peso.

Es tan importante el papel que juega la inflación en el proceso de acumulación de capital y desarrollo del mercado interno que, aun cuando a menudo se supone —o al menos sugiere demagógicamente— que la política económica burguesa cumple una función redistributiva del ingreso en favor de las grandes masas, lo cierto es que, salvo concesiones más o menos modestas y aun mezquinas que suelen hacerse aquí y allá, sobre todo cuando las cosas llegan a extremos políticamente peligrosos, la “justicia” que se atribuye a ciertas medidas antiinflacionarias nunca compensa en la práctica a la injusticia que acompaña y caracteriza a la inflación. Podría decirse que, independientemente del nivel que, en un momento dado, alcance la plusvalía absoluta y relativa, la inflación entraña una forma de superexplotación del traba-

jo o sea un vehículo mediante el cual, a través del alza de precios, se sustrae a los salarios —de suyo siempre inferiores a la productividad del trabajo— una parte sustancial que, a la postre, se convierte en gran medida en ingreso adicional de la clase dominante y en general de los sectores privilegiados. De donde resulta que el empobrecimiento relativo de los trabajadores, inherente al capitalismo, se traduce incluso en formas de empobrecimiento absoluto, pues a la brecha cada vez mayor entre la productividad y los salarios reales, característica de una creciente tasa de explotación, se agregan fuertes presiones inflacionarias que con frecuencia implican descensos significativos en el salario real y, por tanto, un nivel de precios de la fuerza de trabajo inferior a su valor.

No podríamos examinar aquí el posible alcance de cada una de las medidas con base en las cuales espera el gobierno conseguir un alto nivel de ocupación. Me limitaré a señalar que parece ponerse demasiado énfasis en el aporte del capital extranjero a través del turismo, la creciente exportación de manufacturas por los consorcios internacionales, la instalación de nuevas empresas maquiladoras extranjeras, la afluencia de nuevas inversiones privadas y los préstamos del exterior para avanzar en el proceso de sustitución de importaciones, todo lo cual, por cierto, exhibe sin duda la dependencia de la economía y de la política económica mexicana, y da cuenta de que, no contemplándose siquiera la posibilidad de una transformación socioeconómica interna más o menos profunda ni cambios significativos en la estructura de las relaciones internacionales, se vuelve muy importante, aunque a la postre ello contribuya a agudizar la dependencia, asegurar un abastecimiento de divisas que fundamentalmente permita financiar el alto grado de importación de la inversión pública y privada, así como sostener los patrones de gasto —dentro y fuera del país— de una burguesía en rápido crecimiento y a la que no distingue, precisamente, la frugalidad.

Al margen de lo anterior hay un aspecto de la estrategia oficial que reclama por lo menos una breve consideración. Me refiero a la insistencia con que se sugiere emplear técnicas que hagan posible absorber más mano de obra, como condición para lograr un nivel de empleo satisfactorio. Ya vimos en páginas previas la forma en que se expresa tal recomendación, así como la base teórica en que descansa. Básicamente, se supone que en un país subdesarrollado el capital es escaso y la mano de obra abundante, a consecuencia de lo cual ésta tiende a ser barata y aquél, caro. Pero si en vez de que el mercado establezca los precios, digamos lógicos o naturales de los factores de la producción, la política económica, artificial e innecesariamente abarata el capital, los empresarios tenderán a emplear técnicas de alta intensidad de capital que agraven el desempleo y entrañen una irracional y antieconómica asignación de los recursos.

Como muchos otros planteos neoclásicos igualmente discutibles, el anterior tiene, sin duda, cierta lógica elemental, así como una apariencia de racionalidad que lo vuelve muy sugerente. Si los países pobres carecen de capital pero cuentan con amplias disponibilidades de mano de obra ¿qué mejor estrategia, en efecto, que utilizar ésta intensivamente para angostar la brecha que los separa de las naciones industriales? ¿Quién puede oponerse a que un país haga descansar su progreso precisamente en lo que tiene y no en aquello de lo que carece? Igualmente inobjetable se antojan en principio las demás formulaciones que condicionan la estrategia neoclásica, es decir: que la mayor eficiencia depende de que los recursos se asignen conforme a su disponibilidad relativa, que las técnicas de alta intensidad de capital sirven a los países ricos mas no a los subdesarrollados; que la utilización creciente de dichas técnicas agrava el problema del desempleo y que éste sólo puede corregirse a través de una política que maximice las posibilidades de ocupación, etc.

A medida que se penetra en el análisis de cada una de

tales cuestiones las cosas se ven de otra manera. En primer lugar, la idea de que las técnicas o métodos de producción se *eligen* libremente en los países subdesarrollados y según mejor convenga en atención a sus disponibilidades de recursos, es sólo un eufemismo: es el modo liberal y formalista de plantear el problema. Los países, como tales, no entran siquiera en juego; quienes han de operar unas u otras técnicas tampoco son consultados antes de optarse por alguna, y ni los más altos funcionarios públicos discuten en la práctica, en la mayor parte de los de los casos, acerca de los métodos que deban emplearse. Generalmente las opciones están implícitamente establecidas y el decidir qué producir, supone hacerlo de determinada manera que se ha impuesto como la más fácil, más viable o más lucrativa.

En segundo lugar resulta muy discutible que las técnicas de alta productividad, que generalmente son también de alta densidad de capital, sólo sean recomendables para los países ya industrializados, que padecen una fuerte escasez de mano de obra. Por una parte, en tales países hay también un gran número de desempleados incluso en los momentos de mayor actividad, y por la otra, sobre todo, quienes así piensan olvidan que los países subdesarrollados jamás podrán librarse del atraso si no elevan sustancialmente sus niveles de productividad. Y aunque esto puede en parte lograrse mediante esfuerzos organizativos que se traduzcan en mayor eficiencia, en lo fundamental depende del avance técnico y concretamente de la medida en que tal avance se incorpore a mejores y más complejos equipos y máquinas, no a mecanismos sencillos o métodos "intermedios" que, como algunos sugieren a menudo, resulten los más adecuados para los países de escaso desarrollo.

En otras palabras: el aumento de la productividad, que en las naciones atrasadas es especialmente importante y aun inaplazable, depende del aumento de la dotación de capital por hombre ocupado, y esto, a su vez, tanto del ritmo de incremento del ingreso como de la medida en que tal

incremento se convierta en inversión productiva. Sin una mayor capitalización es muy difícil que un país atrasado pueda reforzar su economía, abatir sus costos y afirmar su posición competitiva en el mercado internacional, y más difícil aún que, en tales condiciones, logre hacer crecer sus exportaciones y pueda con ellas financiar sus necesidades de capital, necesidades que son muy grandes precisamente porque el rezago de las industrias clave: energéticas, petroquímica, química, mecánica, electrónica, etc. —todas las cuales reclaman cuantiosos capitales— es muy grande.

Las técnicas ligeras, a las que en el análisis neoclásico se atribuyen tantas ventajas, suelen ser incluso contraproducentes, pues además de que no estimulan un rápido desarrollo de las actividades fundamentales, sino más bien un crecimiento lento, gradual, vegetativo, que en la práctica equivale en buena medida a permanecer en el atraso, no son tan ahorradoras de capital como se supone; antes bien son a menudo intensivas en tal sentido, en cuanto que suponen una alta relación capital-producto. Incluso para poder sobrevivir ante la severa competencia que impone el monopolio, numerosas empresas tienen que optar por técnicas modernas costosas, que les permitan ampliar la escala y obtener mayor producción por hombre.<sup>94</sup>

Y ¿qué decir de la posibilidad de encarecer el capital, en la que con frecuencia se insiste como eficaz antídoto a la distorsión que sufren los precios de los factores? La verdad es que esta solución "... puede no sólo fracasar... sino llegar incluso a tener el efecto opuesto: puede dar como resultado una desviación del capital de los sectores competitivos a... los monopolísticos y una *intensificación* de su uso en es-

---

<sup>94</sup> "¿Qué política se debe preconizar —pregunta Samir Amin— para un país subdesarrollado agobiado por un desempleo estructural importante, es decir donde el capital constituye el factor limitativo del crecimiento mientras el trabajo está disponible en cantidades ilimitadas? Las técnicas más ligeras —responde—... deben por supuesto ser eliminadas." *El Capitalismo periférico*. México, 1974, p. 49.

tos destinos...”,<sup>95</sup> pues el capital no es caro para los monopolios, que a través de su influencia sobre los precios se aseguran tasas de ganancia especialmente favorables. Y menos aún podría sugerirse, como fórmula viable y eficaz, un mayor abaratamiento de los salarios, que como es sabido se mueven a niveles mucho más bajos que los correspondientes a los países industrializados.

El uso creciente del capital, que convencionalmente se atribuye a que su costo relativo es inferior al de la mano de obra, parece más bien obedecer a lo contrario: es decir, a que incluso el trabajo calificado de quienes operan los equipos más modernos es muy barato en razón de su productividad. O sea que no se trata de que el empresario quiera prescindir de mano de obra por ser ésta supuestamente cara, sino de emplear equipos cuya operación resulta aún más ventajosa que en los países de origen, precisamente porque su costo de manejo (salarios y pagos de servicios) es menor, ya que a los niveles de productividad existentes una pequeña planta de modestos obreros puede absorber plenamente un cuantioso capital.

En resumen, la estrategia conforme a la cual los países subdesarrollados debieran descansar en el creciente empleo de la mano de obra y en la economía de su escaso capital, adolece de muchas otras fallas y plantea múltiples problemas del tipo de los siguientes: se trata de un enfoque estático que no toma en cuenta que el desarrollo es un proceso dinámico; atribuye demasiada importancia a la relación capital-producto y al criterio de productividad marginal, sin reparar en que ni una ni el otro es una guía suficientemente adecuada para el desarrollo autosostenido; deriva en la práctica en una dispersión de las inversiones, en vez de concentrar los mayores esfuerzos en áreas estratégicas; sacrifica objetivos centrales a largo plazo por ventajas efí-

---

<sup>95</sup> Meir Merhav, *Dependencia tecnológica, monopolio y crecimiento*, Buenos Aires, 1972, p. 84.

meras más o menos inmediatas y se traduce en un patrón de desarrollo gradual, análogo al que de manera espontánea y en otras condiciones históricas se impuso en el marco del modelo capitalista clásico.<sup>96</sup>

Por eso tiene razón la señora Robinson cuando sugiere que la única estrategia inaceptable para un país subdesarrollado es aquella que centre su atención en el uso de ciertas técnicas tan sólo porque eleven el nivel de empleo.<sup>97</sup>

La convicción de que tal estrategia no es capaz de superar el subdesarrollo, al menos en un plazo razonable, y de que para elevar el nivel de vida y aun de empleo es preciso aumentar la producción y acelerar el desarrollo a largo plazo, ha hecho pensar en que, a la manera en que en mayor o menor medida lo han logrado los países socialistas, lo mejor sería combinar aquellas técnicas que aumenten la productividad y el excedente con aquellas que eleven el nivel de ocupación. Pero si bien es cierto que esta combinación es en la práctica deseable y aun necesaria, también lo es que resulta mucho más difícil de lo que parece a primera vista, pues lo que los chinos han llamado "caminar con las dos piernas" implica una planificación y una racionalización de la inversión que si bien es viable en una economía socialista, en rigor no está al alcance de los países subdesarrollados, cuyo capitalismo cojo y deforme los obliga a caminar con un solo pie y aun a renquear penosamente.

Cualquiera que sea el camino que tomen tales países lo

---

<sup>96</sup> Sobre los problemas que plantea la selección tecnológica, véase el resumen del autor de este ensayo contenido en el capítulo XV de sus *Apuntes de Teoría y Técnica de la Planificación Económica*. México, Escuela Nacional de Economía, 1964, pp. 189-198.

<sup>97</sup> "...ninguna técnica debiera escogerse solamente porque promueve la ocupación. De lo que se trata no es de lograr la cifra total más alta de empleo estadístico sino de incrementar la producción. (Es engañoso plantear el problema en términos de técnicas absorbedoras de mano de obra. La ventaja de las artesanías radica en que pueden ser ahorradoras de capital y no en que utilicen mano de obra.") J. Robinson, *Economic Philosophy*, Londres, 1962, p. 122.

cierto es, por otra parte, que con independencia de los métodos de producción que más se empleen, sólo si logran mantener durante lapsos de tiempo prolongados altas tasas de acumulación y concretamente de inversión neta, así como otra composición y otra proyección de las inversiones, les será posible aspirar a vencer el subdesarrollo. Pero aquí también surgen problemas y contradicciones que no parece dable resolver.

En general, en los países atrasados se aprecia una tendencia de aumento de la productividad del trabajo, acaso sobre todo en las industrias productoras de bienes de producción. Aunque con ritmos desiguales y aun casos de grave descenso de los salarios, la creciente productividad del trabajo se traduce en elevaciones del salario real y, por consiguiente, del poder de compra de los trabajadores. Pero como las condiciones del mercado de trabajo son especialmente favorables para los empresarios, son éstos quienes retienen la mayor parte de los incrementos de productividad y por tanto de la demanda. En efecto, el uso creciente de técnicas costosas que reclaman muy poca mano de obra cuyo costo es, además, bien bajo, contribuye a que el ingreso se concentre en favor del capital y, de preferencia, de los grandes consorcios monopolistas, que habitualmente ejercen una influencia decisiva en la industria.

El alto grado de monopolio y de concentración del ingreso que acompaña a la industrialización sustitutiva característica de los países subdesarrollados, concretamente de América Latina, contribuye, vía oferta y demanda —contra lo que tradicionalmente han supuesto los economistas burgueses— a frenar el proceso de acumulación y por tanto la demanda de mano de obra.<sup>98</sup> O en otras palabras, a diferencia de lo ocurrido en el modelo clásico, en que gran parte

---

<sup>98</sup> En un interesante artículo, Héctor Silva Michelena destaca algunos de los problemas y contradicciones característicos de las diversas etapas propias de la industrialización sustitutiva de importaciones. "Estructura y funcionamiento de una Economía Subdesarro-

de la plusvalía se reinvierte, la acumulación de capital queda a la zaga de los incrementos de productividad del trabajo, debido a la incapacidad estructural del sistema para convertir su ahorro en inversión. Como en los países industriales, en los subdesarrollados está también presente lo que Galbraith ha llamado "paradoja del ahorro", y no hay manera de que, ni siquiera en los momentos de auge cíclico, se absorba plenamente el potencial de crecimiento y aumente rápidamente el empleo. Como bien dice Salama, "la tasa de crecimiento de la acumulación de capital es insuficiente para compensar el efecto negativo del salto tecnológico sobre el volumen del empleo."<sup>99</sup>

La concentración del ingreso en manos de una clase cada vez más parasitaria y a la que esencialmente interesa conservar sus privilegios, no entraña un obstáculo insuperable a la expansión del mercado. Pero el hecho de que el capital crezca más lentamente que la productividad del trabajo no sólo vuelve más desigual el desarrollo: multiplica además las deformaciones estructurales, acentúa la hipertrofia del sector terciario, ahonda la disparidad entre la capacidad de producción y la demanda, sobre todo de bienes de consumo corriente, y a la postre no logra que el incremento de las compras de quienes obtienen los más altos ingresos compense la explotación de que es víctima la mayoría de los trabajadores. Todo ello se traduce, en última instancia, en un estado de cosas en que crónicamente se desperdicia la mano de obra y en general todos los recursos disponibles.

De donde puede concluirse que la solución eficaz del problema del desempleo no es sólo o siquiera fundamentalmente un problema de selección de técnicas de producción, sino más bien de elección de un orden social diferente del capitalismo. Mientras un puñado de capitalistas nacionales y extranjeros concentren una enorme riqueza que son incapa-

---

llada Madura", *Problemas del Desarrollo*. No. 15. México. 1973. pp. 81-102.

<sup>99</sup> P. Salama, *Ob. cit.*, p. 125,

ces de invertir productivamente, habrá explotación y por tanto desempleo y miseria en vastas capas del pueblo. Mientras haya una burguesía nacional y extranjera que dilapide el potencial de crecimiento e impida racionalizar el proceso de acumulación de capital y los patrones de consumo; mientras haya un estado burgués que no se atreva a “competir” con los capitalistas e incluso se vuelva otro gran empresario que, actuando a menudo como juez y parte, estimule la concentración de capital y el reforzamiento de la oligarquía sin contribuir decisivamente a elevar la productividad del sistema, será imposible sostener coeficientes de inversión suficientemente altos y que no incidan casi en su totalidad sobre las masas, así como reorientar la reproducción y el desarrollo en una dirección diferente, que permita resolver los problemas más graves y satisfacer las necesidades básicas del grueso de la población. Por ello, aunque podríamos aquí —y acaso no dejara de tener cierto interés— señalar los requisitos esenciales que una política eficaz de empleo debiera cumplir, y aun los rasgos más importantes de una estrategia alternativa de desarrollo, incluso las más modestas condiciones que ambas suponen rebasan las posibilidades y el marco histórico de un capitalismo deforme y dependiente como el que padecemos, así se pretenda, demagógicamente, que en el caso de México se trata de un capitalismo “nacionalista”, distinto al de otros países latinoamericanos, y capaz de abrir el cauce de un desarrollo independiente.

La perspectiva que en realidad tenemos por delante es en esencia la misma que la de años pasados: más desarrollismo, más crecimiento desigual e inarmónico, más y más graves deformaciones estructurales, mayores y más profundos desequilibrios internos e internacionales, mayor endeudamiento con el exterior, expansión cíclica de un mercado interno que mientras más crezca menos podrá acercar el consumo de las masas a su capacidad productiva, agudización de la dependencia y subutilización no sólo de los “recursos abundantes” como la fuerza de trabajo sino también de los

“más escasos”, como el capital. En una palabra, lo que parece estar en la agenda del capitalismo mexicano es más desarrollo capitalista, o, lo que es fundamentalmente lo mismo en la etapa histórica en que vivimos: más subdesarrollo, mayor subordinación al capital monopolista y cada vez mayor alejamiento respecto a los países más avanzados, tanto capitalistas como, desde luego, socialistas.

La desocupación sólo empezará a desaparecer cuando nuestros pueblos empiecen a recorrer, como lo comprueba la experiencia cubana, el camino que va del subdesarrollo al socialismo.

## ALGUNAS CONTRADICCIONES DEL PROCESO DE ACUMULACIÓN DE CAPITAL\*

A medida que se intensifica la crisis general del capitalismo —ahora agravada por una crisis cíclica en la que se entrelazan y apoyan mutuamente fuerzas inflacionarias y tendencias depresivas que el nekeynesianismo en boga tiende incluso a acentuar— se multiplican las explicaciones convencionales de los profundos desajustes de la economía latinoamericana y, concretamente, de la mexicana. El nuevo desarrollismo, que pese a ciertos planteos superficiales más o menos vistosos es tan incapaz como el viejo de resolver y aun de explicar los problemas fundamentales, asegura que las causas de estos problemas no están en la estructura misma del capitalismo sino en la política económica, en la órbita monetaria, fiscal, agrícola, industrial o comercial; en la conducta de ciertos empresarios nacionales o el comportamiento de los grandes consorcios internacionales y en hechos tales como la crisis del dólar, el alza del petróleo, la escasez de alimentos, la inflación, la baja en los precios de algunas materias primas, la nueva ley comercial norteamericana, y otros análogos.

Según los nuevos desarrollistas, que como los viejos toman el rábano por las hojas, confunden los síntomas con las causas y conciben a la economía mexicana como una economía “mixta” armoniosa y democrática, y al Estado como una entidad “neutral” y aun como una “alianza de clases populares” —nunca como un Estado burgués—, ni siquiera los problemas más graves exhiben o resultan de contradic-

---

\* Publicado en *Estrategia*, No. 4, México, julio-agosto de 1975.

ciones profundas. En sus diagnósticos y en sus propuestas de solución o no aparece contradicción alguna o sólo se aceptan desajustes y desacuerdos menores, siempre susceptibles de resolverse mediante la acción estatal, ciertas reformas de poca monta, la cooperación y el "diálogo". En el presente artículo intentaré demostrar —en la forma necesariamente esquemática y breve a que obliga la falta de espacio— que los problemas más graves que aquejan a nuestro pueblo y determinan su bajo nivel de ingresos y de vida —el desempleo y el subempleo, la inflación, la escasez y desde luego la explotación— son fruto de las profundas e insalvables contradicciones del capitalismo monopolista. Antes, sin embargo, acaso sea necesario aclarar por qué y cómo hemos de centrar nuestra atención en ciertas contradicciones y no en los asuntos secundarios, a menudo meramente incidentales en que reparan la economía y la sociología burguesas, pues incluso al hablar de aquellas suele caerse en planteos que a la postre poco ayudan a comprender el funcionamiento del sistema y menos a impulsar el proceso revolucionario capaz de suplantarlo por un nuevo orden social. En efecto, o bien no se examinan —sino que se dan por supuestas— las contradicciones más importantes, o bien se adopta una postura mecanicista no exenta de cierto dogmatismo que desenlaza a menudo en típicas peticiones de principio y que, en vez de apoyarse en una realidad concreta, explica los hechos apriorísticamente y con base en un esquema pre-establecido.

Para tratar de no incurrir en tales fallas conviene tener presentes algunos principios teóricos.

### *Materialismo dialéctico y capitalismo monopolista*

El desarrollo de la sociedad, de hecho de todos los fenómenos y concretamente, por tanto, del capitalismo, consiste en una serie de procesos que esencialmente se expresan en múltiples contradicciones. Las leyes de la dialéctica ma-

terialista y en particular la ley de la unidad y lucha de los contrarios (o ley de unidad de los opuestos) más que la expresión de una teoría y un método científico es el reflejo fiel de la realidad, del mundo objetivo, de la vida misma y de lo que es más propio de la materia y los fenómenos sociales.<sup>1</sup>

Si queremos entender cómo se desenvuelve el proceso capitalista en nuestro país debemos, por consiguiente, descubrir sus nexos internos más íntimos: sus principales contradicciones, y determinar su naturaleza, su origen, alcance, formas de manifestación, hechos que las condicionan, interrelaciones de las mismas y posibilidad de resolverlas. Mas todo esto que incluso puede enunciarse en un breve párrafo, no es fácil de hacerse. No lo es porque las relaciones y por ende las contradicciones más importantes se dan en el seno de procesos complejos siempre cambiantes, porque permanecen ocultas, sin aflorar a la superficie ni adoptar formas nítidas bien perfiladas, y porque, dada su diversidad y su estrecha interconexión, el sólo hecho de no distinguir unas de otras —y el no comprender su rango y sus relaciones— puede inducir a serios errores.

---

<sup>1</sup> “[...] Ya el movimiento —escribe Engels— es de por sí una contradicción; el simple desplazamiento mecánico de lugar sólo puede realizarse gracias al hecho de que un cuerpo está al mismo tiempo, en el mismo instante, en un lugar y en otro, gracias al hecho de estar y no estar al mismo tiempo en el mismo sitio. La serie continua de contradicciones de este género, producidas a la par que resueltas, es precisamente lo que constituye el movimiento [...]” “La vida no es pues a su vez, más que una contradicción albergada en las cosas y en los fenómenos y que se está produciendo y resolviendo incesantemente: al cesar la contradicción, cesa la vida y sobreviene la muerte”. F. Engels, *Anti-Dühring*. México, 1945, pp. 126 y 127.

Y Lenin, a su vez, expresa “[...] La tesis fundamental de la dialéctica marxista consiste en que todas las fronteras en la naturaleza y en la sociedad son condicionales y móviles, en que no existe ni un sólo fenómeno que no pueda, bajo determinadas condiciones, transformarse en su contrario”. Cit. por V. P. Rozhin, en *La Dialéctica marxista-leninista como ciencia filosófica*. México, 1961, p. 75.

De ahí que al menos debamos aclarar que las contradicciones no son una anomalía, una falla o solamente un obstáculo, sino como antes se dijo la raíz, la causa principal, la esencia del desarrollo de cualquier fenómeno. Mas hay diversos tipos de contradicciones: internas o principales y externas o secundarias. Hay elementos propiamente universales y también particularidades en cada contradicción, que se expresan en rasgos comunes e individuales; hay contradicciones fundamentales y secundarias, antagónicas y no antagónicas, propias de la naturaleza y de los fenómenos sociales, y en cada etapa de un proceso cambian los caracteres y el grado de intensidad de las contradicciones existentes y surgen nuevas.<sup>2</sup>

Y si es difícil penetrar en ese complejo de contradicciones, más difícil todavía es descubrir la principal y actuar acertadamente sobre ella.

En todo sistema de producción hay una contradicción principal. En la producción mercantil simple, por ejemplo, ella se da entre el trabajo social y el trabajo privado, pues si bien el productor participa, a través de la división del trabajo y del mercado en el proceso social de la producción, a la vez es propietario de los medios de producción y del

---

<sup>2</sup> Como bien dice Mao Tse-Tung: "No sólo el movimiento entre opuestos —en el conjunto del proceso de desarrollo de las cosas, en su interconexión y en las condiciones de sus diversos aspectos tiene sus características propias a las cuales debemos prestar atención, sino que, asimismo, cada una de las etapas en el proceso de desarrollo posee sus características peculiares, y también a ellas debemos dedicar nuestra atención". "[...] Cuando no se presta atención a las etapas del desarrollo de una cosa, no se pueden descubrir correctamente sus contradicciones". La Contradicción Dialéctica, en *Estudios Filosóficos*, México, 1958, p. 64. En el mismo sentido otros autores señalan: "[...] cada grado del desarrollo social se diferencia del otro por la especificidad de sus contradicciones [...]". "La especificidad de las contradicciones sociales condiciona las vías peculiares para resolverlas [...]" A. D. Makárov y otros, *Manual de Materialismo Dialéctico*. Uruguay, 1966, p. 175.

producto que con ello obtiene, ya que ambos proceden de su trabajo personal.<sup>3</sup>

El capitalismo revoluciona la producción. La fábrica y más tarde la gran industria maquinizada socializan como nunca antes el trabajo, y al hacer descansar el proceso productivo en la explotación del obrero asalariado, ahondan y vuelven antagónica la contradicción entre el modo de producción y el modo de apropiación de la riqueza. En efecto, si bien el capitalismo convierte los medios de producción y el producto mismo de bienes individuales en bienes sociales, el capitalista se apropia de ellos e incluso de la fuerza de trabajo del obrero —pese a ser totalmente fruto del esfuerzo de éste—, lo que hará surgir un profundo antagonismo entre el modo de producción y el de apropiación.<sup>4</sup>

La contradicción entre el carácter social de las fuerzas productivas y el régimen privado de apropiación se agudiza notablemente en la fase imperialista y sobre todo en la etapa actual del capitalismo monopolista de Estado. En el marco de una confrontación histórica decisiva y de proyección mundial entre el capitalismo y el socialismo, de luchas sociales y políticas internas y del enfrentamiento a fuerzas antimperialistas que surgen por todas partes, bajo el impulso del desarrollo técnico-científico y del increíble grado de con-

---

<sup>3</sup> “[...] ahí no tenía razón alguna de ser —comenta Engels—, el problema de a quién pertenecía o debían pertenecer los productos del trabajo [...] el productor individual los creaba [...] y] no necesitaba, por tanto, apropiárselos, pues ya eran suyos sin necesidad de más. La propiedad sobre los productos tenía [...] por base el trabajo personal.” *Op. cit.*, p. 275

Refiriéndose a la misma cuestión, el profesor L Segal sostiene que “en la producción mercantil simple, no capitalista, no hay oposición entre el modo de producción y el modo de apropiación.” *Estructura y ritmo de la Sociedad Humana* (sin fecha), Ediciones Fuente Cultural, p. 106; lo que a mi juicio debiera entenderse en el sentido, no de que no hay contradicción sino de que no hay antagonismo.

<sup>4</sup> “En esta contradicción, que imprime al nuevo régimen de producción su carácter capitalista, se encierra ya en germen todo el conflicto de los tiempos actuales [...]” F. Engels, *op. cit.*, p. 276.

centración y centralización que alcanzan los conglomerados y las empresas transnacionales, el trabajo, ahora ligado a un proceso de acumulación que no admite fronteras dentro del sistema, aumenta su productividad y se socializa más y más, en tanto los medios de producción se concentran, a su vez, crecientemente, en poder de unos cuantos gigantescos consorcios y de algunos grandes Estados, que se funden entre sí y apoyan en forma recíproca.<sup>5</sup>

Las economías capitalistas subdesarrolladas no escapan, desde luego, a tales contradicciones. El imperio del capital monopolista de Estado agudiza en ellas la contradicción fundamental y provoca a menudo desequilibrios aun más profundos que aquellos que sufren las metrópolis imperialistas, lo que en parte se explica porque el desarrollo de las fuerzas productivas es más lento, accidentado y desigual; porque el capitalismo se consolida en aquellas economías cuando no es ya un sistema históricamente progresivo, sino antisocial y parasitario, y porque, en parte a consecuencia de todo ello, la lucha de clases tiende a intensificarse y aun provoca rupturas revolucionarias del tipo de las que, en el último cuarto

---

<sup>5</sup> “[...] el predominio de los monopolios supone un grado de concentración y de socialización de la producción que altera cualitativamente todo el mecanismo de reproducción capitalista [...]” “El conglomerado representa una nueva etapa de desarrollo del predominio de los grandes monopolios y del capital financiero [...]”, la conversión de los monopolios en basamento de toda la estructura económica capitalista constituye un rasgo peculiar del capitalismo de nuestros días [...]” N. Inozémtsev, *El Capitalismo de Hoy: nuevos fenómenos y contradicciones*. Moscú, 1974, pp. 59, 63 y 65.

Refiriéndose a los rasgos que diferencian al imperialismo del capitalismo en general”, el economista E. Varga señala a su vez: “Abolviendo la libre competencia, distribuyéndose entre sí los mercados, fundiéndose con el Estado, el capital monopolista tiene garantizadas las superganancias y somete a su poder a todo el mundo capitalista, profundiza cada vez más el abismo entre los países imperialistas y los subdesarrollados, entre la oligarquía financiera y las masas de trabajadores; convierte a una parte creciente de la población en obreros asalariados, y termina por conducirlo hasta la revolución proletaria”. *Economía Política del Capitalismo*. México, 1972, p. 35.

de siglo, se producen en países como China, Corea, Cuba, Vietnam y Camboya.

Pues bien, ¿cuáles son las contradicciones más graves que afectan, concretamente, al capitalismo mexicano? Para responder a esta cuestión sin caer en un enfoque unilateral que sólo descubra tales contradicciones sea en la instancia económica, en la política o la ideológica, sin comprender su trabazón dialéctica interna, conviene recordar la forma en que se desenvuelve el proceso de acumulación de capital.<sup>6</sup> Pero este análisis no consiste, como es obvio, en manejar libresco y mecánicamente, a partir de un modelo prefabricado ciertas categorías que, desvinculadas de una realidad concreta, dejan de ser categorías propiamente históricas.<sup>7</sup>

Para entender las contradicciones más profundas del capitalismo mexicano de hoy no basta saber qué tal ha sido en nuestro país, desde hace aproximadamente un siglo, el modo de producción dominante en el seno de una formación social en la que subsisten ciertas relaciones precapitalistas. Es necesario precisar la etapa que recorre el sistema así como la categoría articuladora fundamental en ella — a nuestro juicio el capital monopolista de Estado — y descubrir tanto la forma en que operan ciertas leyes generales y especiales a la escala de todo el sistema como en el contexto específico del capitalismo del subdesarrollo.

---

<sup>6</sup> “[...] la teoría de la reproducción de Marx, que constituye el desarrollo ulterior del valor, no solamente no prueba ninguna armonía en la reproducción capitalista sino, al contrario, descubre el carácter profundamente contradictorio de la reproducción y del movimiento del capital en su conjunto” L. Segal, *op. cit.*, p. 291.

<sup>7</sup> “El análisis marxista no trata, ni mucho menos, de establecer un modelo definitivo, como patrón aplicable a cualquier situación técnico-económica e histórica [...], un enfoque marxista [...] significa apoyarse en las categorías de investigación de Marx, utilizándolas como instrumento analítico, para estudiar los procesos reales del crecimiento de la producción capitalista”. I. Osáchaia, *De Keynes a la síntesis neoclásica: análisis crítico*. Moscú, 1975, p. 194.

*La acumulación del capital en México:  
algunos datos básicos*

Aunque en una economía capitalista, los datos relativos al capital —adviértase que hablamos tan sólo de los datos y no, naturalmente, del capital—, debieran estar al alcance de todos, lo cierto es que sólo los influyentes tienen fácil acceso a ellos. La información de que dispone un investigador independiente es en general limitada e insuficiente para examinar y ponderar a partir de ella, aspectos importantes de la realidad. Con todo, intentaré destacar algunos hechos que nos ayuden a comprender las contradicciones del proceso de acumulación.

1) Se estima que en 1974 la inversión total alcanzó en México —a precios corrientes— 140 210 millones de pesos. Si bien esta cifra podría parecer muy alta, vista más de cerca es —como comprobaremos en seguida— reveladora de la difícil situación por la que atraviesa la economía mexicana. De dicha suma la empresa privada, nacional y extranjera, canalizó 73 800 millones, o sea el 53.3% de la inversión total (frente a 62 030 millones y 55.4%, respectivamente, en 1973), en tanto que a través del Estado se invirtieron 66 410 millones —46.7%—, y un año antes: 49 838, o sea el 44.6% del total. Según datos también oficiales la inversión extranjera directa fue de poco más de 3 500 millones de pesos, suma al parecer igual a la de 1973.

2) No se publican cifras sobre la estructura de la inversión privada, y por ello no sabemos cómo se distribuye, por ramas, la formación de capital. Mas a juzgar por ciertas estimaciones y por el peso de las principales actividades en el producto interno bruto (PIB) y su ritmo de crecimiento, parece que las mayores inversiones se destinan al comercio y los servicios, en segundo lugar a la industria en su conjunto, y en tercero a la producción agropecuaria. Según su participación en el PIB, entre las actividades en que la acumulación de capital ha crecido más de prisa, a partir de 1970, figuran la construcción —la que no obstante cae

en 1974—, la industria eléctrica y petrolera y ciertas manufacturas, tales como la automotriz, siderúrgica, construcción de maquinaria y equipo, química y del papel.

3) En el sector industrial sobresale, por el monto —no el ritmo de crecimiento— de la inversión y de la producción, la industria manufacturera, que absorbe el 23.1% del PIP, y probablemente cerca de un tercio de la formación bruta de capital. Le siguen en importancia las industrias energéticas —petróleo, carbón y electricidad— con 6.5%, la construcción, con 5% y la minería con poco menos del 1%.

En las manufacturas se aprecian cambios en la estructura de la inversión y de la producción, y si bien industrias ligeras tradicionales como la de alimentos, bebidas y tabacos y el grupo de textiles, calzado y prendas de vestir continúan absorbiendo cuantiosas inversiones, la significación de la industria metal-mecánica, siderúrgica, química y otras de bienes de producción, es creciente.

4) Con base en el ritmo del proceso de acumulación y del producto interno de los últimos años podría estimarse en forma burda, aunque conservadora, que el capital fijo acumulado puede ser —a precios de 1960— del orden de 850 mil millones de pesos, de los que probablemente cerca de 560 mil serían capital privado y unos 290 mil capital del Estado. Y si como frecuentemente se afirma, el 10% de aquél es extranjero, correspondería a éste una suma aproximada de 56 mil millones.

A juzgar por las cifras oficiales el coeficiente de capital (relación capital fijo-producto) sigue siendo relativamente bajo y bastante estable, y un poco más alta la relación marginal capital-producto (inversión-incremento del producto), pues en años recientes tiende a declinar la tasa de acumulación y, en proporción ligeramente mayor, la de crecimiento del producto global.

5) )Pese al rápido aumento de la población y al no tan rápido del nivel de empleo, claramente se advierte una tendencia de expansión del capital y el producto por habi-

tante y por persona ocupada, que se eleva cuando los conceptos anteriores se estiman, no por hombre o persona empleada sino por trabajador y, sobre todo, por trabajador productivo. Se advierte entonces que, desde hace años, el aumento de la producción descansa cada vez más en la creciente productividad del trabajo, y concretamente en la extracción de plusvalía relativa, y cada vez menos en formas extensivas de crecimiento como el mayor número de trabajadores o la extensión de la jornada laboral.<sup>8</sup>

El aumento del capital por persona ocupada y, especialmente, por trabajador productivo, indica el desplazamiento o sustitución de mano de obra por capital, o sea que la composición técnica del capital (relación entre trabajo materializado en medios de producción y trabajo vivo para operarlos) se ha elevado, y de que ello ha influido —aunque no necesariamente en forma paralela— en una creciente composición orgánica del capital, o sea en un aumento más rápido de la parte del valor destinada a capital constante que aquella que corresponde a capital variable.

6) En cuanto a la tendencia de concentración y centrali-

---

<sup>8</sup> Entre 1950 y 1970, el aumento del PIB obedeció principalmente a la mayor producción por persona ocupada, tendencia que se acentuó a partir de 1971, pues mientras aquel creció a razón de 6% al año, la ocupación sólo lo hizo alrededor de 2%. Y la brecha se abre si se compara la producción y el empleo en las actividades productivas más importantes. En un estudio publicado por el Centro Nacional de Productividad se señala que “[...] en el periodo 1950-67, la productividad generada ascendió a 29 682 millones de pesos (a precios de 1960), de los cuales 22 610 millones se debieron a ahorros en la utilización de insumos de mano de obra (76.2%) [...], de los que [...] alrededor del 79.2% se registró en el sector industrial [...]”. Enrique Hernández Laos, *Evolución de la Productividad de los Factores en México*. México, 1937, pp. 34 y 39. Y aunque este estudio se mueve estrictamente en el marco de la teoría neoclásica de la producción y la distribución, que entre otras cosas supone «productivo» al capital, iguala la retribución de «los factores» a su productividad marginal y supone al avance técnico neutro, todo lo cual distorsiona la realidad y subestima el aumento de la productividad del trabajo, éste se advierte con claridad.

zación del capital, todo parece indicar que la desaceleración del crecimiento económico, el cada vez más alto grado de monopolio, el peso de la inflación, la protección oficial, las facilidades de financiamiento, el control tecnológico por parte de los grandes consorcios, el desempleo y la incapacidad de los trabajadores para organizarse y reclamar mejores salarios reales, todo ello —repito— está contribuyendo a acentuar aquella tendencia, así como a consolidar el poder económico y político de la oligarquía, lo que sin duda agudiza las contradicciones del proceso de acumulación.

En efecto, en 1974, la aparentemente muy alta inversión alcanzó una tasa bruta (proporción respecto al PIB) de 17.2%, tasa no sólo muy inferior a la de 24-25% que se anunciaba con optimismo a principios del actual gobierno, sino incluso a la de 1973 —18.0%—, a la de 72 —17.6%— y a la media de 1967-71 de 18%-19%. En rigor se acercó a la de los años sesenta y, conforme a ciertas estimaciones, incluso no diferiría grandemente de la acumulación lograda en la década de los cincuenta.

Si el bajo nivel de la inversión es ya sintomático y desfavorable hay otros datos aún más reveladores y graves. Si por concepto de depreciación dedujéramos, por ejemplo, el 6% del PIB —que en la fase actual del capitalismo mexicano puede incluso ser una cuota pequeña, inferior al desgaste real, resultaría una formación neta de capital de 11%, sin duda del todo insuficiente para hacer crecer las fuerzas productivas a un ritmo medianamente satisfactorio. Todavía más: si sustraemos la inversión pública, que en los últimos años fue proporcionalmente alta, la tasa bruta de inversión privada se reduce a 10% y 9.1%, en 1973 y 1974, lo que daría una inversión neta de apenas 6 a 7%. Y si el Estado no hubiese hecho las inversiones compensatorias que hizo —que como es sabido entrañan un gran estímulo para los empresarios privados— la inversión neta de éstos habría sido todavía inferior, acaso no mayor de 4% a 5%, lo que por sí solo da cuenta de la gravedad de

la presente crisis, y de la cada vez mayor incapacidad, concretamente de la empresa privada, para solucionarla.

Cuando decimos que la tasa de acumulación de 1974 es muy baja, no sólo tenemos en mente la que sería necesaria para un desarrollo acelerado o las que, en diversas etapas y aun recientemente alcanzaron países como el Japón, Italia, Alemania y otros, para no mencionar a los que, con una economía planificada, han sostenido patrones de acumulación inviables bajo el capitalismo. Pensamos incluso en países subdesarrollados como Argentina, Colombia, Perú, Venezuela y Brasil, en Latinoamérica; en Líbano, Irán e incluso Tailandia, en Asia y en Egipto, Túnez, Libia y Argelia, entre los africanos, que en los dos últimos decenios alcanzaron con frecuencia tasas de inversión más altas que las mexicanas.<sup>9</sup>

### *Plusvalía y acumulación de capital*

Pero dejemos a un lado, por el momento, otros rasgos del proceso de acumulación, y veamos por qué no aumenta y aun descende la tasa de inversión, pues en un país que requiere con urgencia hacer crecer su capacidad productiva ésta es ya una profunda contradicción.

Conocemos las respuestas de la sabiduría burguesa convencional: la inversión es baja porque hay escasez de capital; porque el ahorro, la tecnología y la productividad del trabajo son insuficientes; porque el mercado interno es estrecho y faltan incentivos a los empresarios, y así sucesivamente. Y aunque en tales hechos hay algo de verdad ninguno de ellos, ni todos juntos, explican satisfactoriamente el problema.

Lo primero que debemos entender es que el capital no procede, como apologeticamente suele decirse, de los capi-

---

<sup>9</sup> Véase, de las Naciones Unidas: *Yearbook of National Accounts Statistics*, 1969; *World Economics Survey*, 1969-70; *Anuario Estadístico* (varios años).

talistas. Lo único que estos hacen es extraer plusvalía de los trabajadores y convertir una parte de ella, a través del proceso de producción y circulación, o sea de la explotación más o menos intensa de la fuerza de trabajo, y en general de la conversión del producto excedente en dinero y de éste en capital.<sup>10</sup>

La obtención de plusvalía es el móvil central del sistema, a la vez que el resultado y la condición de cambios históricos profundos.<sup>11</sup> Y ¿cómo influye esa plusvalía en la acumulación de capital, concretamente en una economía capitalista subdesarrollada como la nuestra? De dos maneras principales: a través de su monto y de su utilización.

La magnitud de la plusvalía depende, en primer lugar, de factores históricos. De cómo cada país llegó al capitalismo y de las condiciones en que éste influyó en el desarrollo de las fuerzas productivas. El bajo y muy desigual nivel de esas fuerzas, en el caso de México, es fruto de un coloniaje de tres siglos; de las múltiples trabas que impidieron el tránsito de la economía mercantil a la propiamente capitalista; de las condiciones en que el naciente capitalismo se insertó en el mercado mundial; de la división internacional del trabajo impuesta por las naciones más poderosas; de la dependencia, que en la fase imperialista deviene un fenómeno realmente estructural y, en suma, de una larga historia de exacción y dilapidación del excedente que dis-

---

<sup>10</sup> “[...] En un principio parecía ser que el derecho de propiedad se basaba en el propio trabajo [...] Ahora, la propiedad, vista del lado del capitalista, se convierte en el derecho a apropiarse trabajo ajeno no retribuido, o su producto, y vista del lado del obrero en la imposibilidad de hacer suyo el producto de su trabajo [...]” C. Marx, *El Capital*, México, 1946, Tomo I, Vol. I, p. 660.

<sup>11</sup> Queriendo subrayar la importancia de tales cambios, Marx pone énfasis en que “[...] la producción capitalista no es ya producción de mercancías, sino que es, sustancialmente, producción de plusvalía [...]” (*El Capital*, Tomo I, Vol. I, p. 560). Y como ésta —observa en otro pasaje— “[...] es la finalidad propulsora de la producción capitalista, el nivel de la riqueza no se gradúa por la magnitud absoluta de lo producido, sino por la magnitud relativa del producto excedente”. *Ibid.*, p. 253.

torsionó nuestra economía, volvió imposible su integración propiamente nacional y produjo deformaciones y obstáculos que han desviado y frenado el proceso de acumulación.

Mas si bien todo ello condiciona desfavorablemente el desarrollo, la magnitud del excedente aumenta en forma apreciable en los últimos decenios. Contribuyen a su crecimiento:

- La expansión sustancial de la fuerza de trabajo y de la población económicamente activa;

- El aumento de la tasa de explotación resultante de la mayor productividad, que permite reducir el valor de la fuerza de trabajo y aumentar la plusvalía relativa, o sea la proporción de trabajo no retribuido frente a la de trabajo socialmente necesario;<sup>12</sup>

- El aumento de la productividad deriva en un mayor beneficio para la burguesía, pues los salarios se rezagan y la creciente productividad se expresa, principalmente, en mayores ganancias. Las grandes y más modernas empresas monopolistas, que operan con mayor eficiencia y costos unitarios más bajos, reducen incluso el tiempo individual de trabajo respecto al socialmente necesario, y disfrutan así, además, de una plusvalía extraordinaria;

- Los funcionarios públicos y los dirigentes obreros reconocen a menudo que, independientemente de los bajos salarios, abundan los casos en la ciudad y sobre todo en el campo en que se pagan salarios inferiores al mínimo legal, y por consiguiente al valor de la fuerza de trabajo. Y aunque esta forma de explotación no es privativa del capitalismo del subdesarrollo, parece indudable que adquiere aquí especial

---

<sup>12</sup> "El valor de las mercancías está en razón inversa a la fuerza productiva del trabajo [...] En cambio, la plusvalía relativa está en razón directa [...] a la misma] aumentando cuando ésta aumenta y disminuyendo cuando ella disminuye" C. Marx, *op. cit.*, Tomo I, Vol. I, p. 350.

importancia, sin que ello signifique que sea el centro del proceso de acumulación,<sup>13</sup> ya que éste sigue dependiendo, en lo fundamental, de la diferencia entre el valor de la fuerza de trabajo y el precio de producción, y no de la existente entre el valor de aquella y, cuando éste es inferior, el nivel del salario.<sup>13</sup>

Otro hecho que afecta —aunque en sentido contrario— el monto de la plusvalía y el excedente disponible consiste en que el desarrollo desigual y la estructura de las relaciones económicas internacionales succiona o drena hacia el exterior —vía intercambio comercial, tecnológico y financiero—, así como a través de las corrientes de trabajadores migratorios y la llamada «fuga de cerebros» —una parte sustancial del excedente, que bajo otro patrón de división del trabajo podría, naturalmente, invertirse en provecho del país.

En la magnitud de la plusvalía influyen, además, la forma y proporción en que ésta se divide en “capital y renta”, es decir, en que se destina a la inversión y al consumo. Tal división no es arbitraria; está regida por ciertas leyes. Bajo el capitalismo inglés hubo una primera fase en que la burguesía vivió con relativa frugalidad y dedicó buena parte de la plusvalía a formar capital, lo que, con modalidades propias, también ocurrió en Holanda, Alemania, Francia, Japón, los países escandinavos y aun en los Estados Unidos. En México, en cambio, la burguesía nunca ha sido frugal. Ni durante el porfiriato, cuando el capitalismo se iniciaba y una rápida acumulación de capital nacional pudo haber alterado el curso del proceso, ni durante y sobre todo des-

<sup>13</sup> “[...] en la práctica —advierte Marx—, la reducción forzada del salario por debajo de este valor (el de la fuerza de trabajo) tiene una importancia demasiado grande [...]” “Gracias a esto, el fondo necesario de consumo del obrero se convierte de hecho, dentro de ciertos límites, en un fondo de acumulación de capital”, *op. cit.*, Tomo I, Vol. II, p. 677. O al menos en una transferencia de valor que eleva los beneficios del capitalista incluso más allá de lo que, estrictamente, puede considerarse plusvalía

pués de la revolución o en la etapa reciente de industrialización. En vez de haberse establecido patrones de consumo mínimamente racionales, que por ejemplo hubieran hecho posible elevar la tasa de formación de capital del 14%-15% de los años cuarenta, digamos a un 25% o 26%, ya vimos que ni siquiera se mantuvieron los modestos coeficientes de la segunda mitad de los años sesenta.

Así como el monto de la plusvalía condiciona el de la acumulación, el ritmo y la estructura de ésta influyen decisivamente en el comportamiento de aquélla, haciéndola, por una parte, crecer y por la otra frenándola respecto a los niveles que, en otras condiciones, podría alcanzar. Pero lo que conviene tener bien claro es que, en nuestro país, el bajo nivel de formación de capital no obedece a que el monto del excedente no permita uno mucho mayor. Si con base en estimaciones oficiales consideráramos toscamente que los asalariados —trabajadores propiamente dichos, más empleados y aun altos funcionarios que reciben sueldos privilegiados— absorben un tercio del producto nacional neto, el resto correspondería a beneficios, lo que daría una tasa del orden de casi 200% y un excedente aproximado, tan sólo en 1974 de más de 500 mil millones de pesos. Aun si conservadoramente supusiéramos una tasa de plusvalía muy inferior, digamos incluso de 130%, —que dejara amplio margen para el consumo de los pequeños y medianos productores que no son asalariados o que en parte reciben ingresos «mixtos», y aun de ciertos sectores de la propia burguesía, el excedente sería de unos 430 mil millones, o sea todavía muy superior a los 140 210 millones invertidos en 1974, de donde resultaría una relación inversión bruta-plusvalía de menos de 33%. Claramente se advierte que, pese a todas sus deformaciones, el capitalismo del subdesarrollo genera una cuantiosa y creciente plusvalía; lo que no puede hacer es convertir la mayor parte de ella en capital, y, menos todavía, en capital productivo.

*Contradicción fundamental, industrialización  
sustitutiva y patrón de acumulación*

Si el obstáculo principal a una mayor acumulación no está en la magnitud del excedente, veamos cómo influye su distribución.

La contradicción fundamental en la etapa del capitalismo monopolista de Estado que actualmente recorreremos, se expresa en México de múltiples maneras y se entrelaza con otras de distinto rango.<sup>14</sup> La contradicción de la economía mercantil (trabajo social-trabajo privado) ha quedado definitivamente subordinada y es del todo secundaria frente a aquélla. Incluso la contradicción entre el modo de producción capitalista y las supervivencias precapitalistas todavía presentes es también de segundo orden y, sobre todo, tanto su comportamiento como su posible solución dependen de las contradicciones internas del sistema dominante y de la posibilidad, en un sentido histórico, de desarrollarlas y resolverlas a partir de la conquista del poder, la destrucción —no los remiendos— del ya viejo capitalismo y la implantación del socialismo.

La creciente socialización de la producción se exhibe en la economía mexicana en formas muy variadas: a través del aumento y diversificación de la fuerza de trabajo, del capital y la producción global y por trabajador; mediante el peso cada vez mayor de las grandes explotaciones —inclusive en el campo— y de los monopolios y oligopolios en las ramas más importantes; de la estrecha relación entre los monopolios nacionales y extranjeros entre sí, y de ambos con el Estado, así como del papel que éste juega no ya solamente como regulador, coordinador y promotor, sino como empresario que emplea centenares de miles de trabajadores en la esfera productiva, que extrae directamente una gran masa de plusvalía, moviliza una parte sustancial del excedente

---

<sup>14</sup> Véase el artículo del autor "La fase actual del capitalismo mexicano", en el número 2 de *Estrategia*, correspondiente a marzo/abril de 1975.

y aun del ingreso nacional y es un factor básico en el proceso de acumulación. En fin, a través de la creciente división del trabajo en cada fábrica o empresa y en el proceso de producción y circulación en su conjunto, a escala nacional e internacional, e incluso en la hipertrofia del sector terciario, la propagación de una enorme red comercial y la expansión sin precedentes del sistema bancario y financiero, que sin embargo no sólo expresa la creciente socialización de la producción, sino también los cada vez más graves problemas de absorción o realización del excedente.

En el otro extremo de la contradicción, la «ley absoluta» del capitalismo toma cuerpo en una situación en la que, con el constante apoyo y la ingerencia directa del Estado, el capital y el ingreso se concentran en una burguesía que representa menos del 4% de la población total —y sobre todo en una poderosa y extranjerizante oligarquía monopolista—, y en mucho menor escala, desde luego, en ciertos sectores de los estratos medios, cuyos patrones de consumo —e incluso de inversión— distorsionan la demanda, provocan desproporciones y desequilibrios en todo el sistema, obstruyen el desarrollo del mercado, deforman la estructura productiva, frenan la acumulación de capital y derivan en niveles de vida que contrastan con los muy bajos de una masa creciente de trabajadores rurales y urbanos, a los que el sistema sólo ofrece la perspectiva de mayor explotación y por consiguiente, de empobrecimiento relativo y, en tratándose de los más depauperados, aun absoluto.

El hecho de que, como antes vimos, pese al drenaje constante que el capital monopolista nacional y sobre todo extranjero le imponen, el sistema genere un excedente que en un régimen de propiedad privada de los medios de producción nunca puede aprovecharse en forma plena y menos aún canalizarse en una dirección que satisfaga las necesidades de quienes trabajan, es ya un indicador del nivel de la contradicción fundamental. Y aunque, de nuevo, carecemos de elementos para estimar con precisión la parte del excedente que se mal utiliza y dilapida, en un cálculo muy grueso

podría pensarse en que, con base en una tasa de ahorro interno de 15% —o sea inferior a la de inversión bruta, ya que parte de ésta descansa en financiamientos extranjeros— el 85% restante del PIB, esto es, unos 690 000 millones de pesos —sin hacer ajustes por concepto del déficit de la balanza de pagos— sería el monto del consumo nacional en 1974. Lo que querría decir que si el excedente disponible hubiera sido del orden de los 430 mil millones ya mencionados, el consumo excesivo —respecto a uno más aproximado al necesario— sería igual a la diferencia entre esa cifra y el ahorro interno (15% del PIB = 121 875 millones) o sea algo más de 300 mil millones de pesos, que en una muy alta proporción deben haber sido gastados por la burguesía pues sólo ella puede destinar gran parte de su ingreso a lujosas residencias, costosos automóviles, especulación en bienes raíces, diversas formas de atesoramiento, viajes y en suma, a un tren de vida extravagante y absurdo, que en nuestros días se ha vuelto típico de la forma en que viven los ricos en los países pobres.

Si al desperdicio del potencial de crecimiento y sus efectos directos sobre la acumulación se agregan los indirectos y la forma en que se distribuye y proyecta la propia inversión, se entenderá aún mejor por qué ésta no aumenta de prisa ni puede generar un desarrollo rápido y autosostenido. En efecto, de acuerdo con las tendencias recientes de la formación de capital y conforme a estimaciones para años previos, podría pensarse que la inversión productiva (tomada aquí como la total menos la parte que absorben el comercio y los servicios no básicos) sería del orden de 60%, o sea de poco más de 84 mil millones, contra unos 56 mil de inversión improductiva (que en realidad debe ser bastante mayor), lo que daría un muy bajo coeficiente de inversión productiva bruta (relación respecto al PIB) de alrededor de 10%.

Y si con el mismo criterio examinamos la distribución del producto total, se comprueba que el gasto improductivo es quizás muy cercano al 50%, lo que confirma que el costo

social de distribución o realización de la plusvalía es enorme —alrededor de 400 mil millones en 1974— hecho que muestra otro aspecto de la contradicción fundamental, pues si bien dicho gasto frena, sin duda, el proceso de acumulación, al mismo tiempo lo desvía, lo sostiene y alienta al influir en el monto y la configuración de la demanda, en el reparto del ingreso y la estructura de la oferta.

Dado el papel que la industrialización juega en el proceso de acumulación y desarrollo y, concretamente en la agudización de sus contradicciones, conviene recordar brevemente algunos de sus principales rasgos, teniendo presente que en nuestro país tal esfuerzo ha tendido en lo fundamental a sustituir la importación de bienes de consumo, aunque en años recientes cobra impulso, también, la de bienes intermedios y de capital.

- La industrialización de que hablamos descansa, en primer lugar, en una demanda preexistente de bienes y servicios que hasta entonces se importaban, y que expresa un patrón determinado de relaciones de producción y de distribución de la riqueza y el ingreso. Tal demanda procede especialmente, en consecuencia, de la burguesía y en menor escala de ciertos estratos medios e incluso de una pequeña porción de los trabajadores, y corresponde a patrones de consumo que, pese a ser uno de los principales obstáculos al desarrollo, el «modelo» sustitutivo tiende a mantener y aun a reforzar;

- Concentra la acumulación de capital en ciertas ramas de la industria, el comercio y los servicios, incluso a costa de transferir el excedente generado por otras actividades, lo que sin duda contribuye al rezago del sector agropecuario, a acentuar los desniveles de productividad y a provocar profundos desequilibrios intersectoriales;

- Supone la necesidad de montar, o al menos de integrar y complementar una costosa infraestructura de

instalaciones y servicios básicos y auxiliares, que el Estado se encarga en buena parte de proveer en condiciones generalmente muy ventajosas para los capitalistas nacionales y extranjeros, o cuyo manejo deja, cuando es suficientemente rentable, en sus manos;

● La sustitución de importaciones se lleva a cabo, sin que sea preciso aumentar en forma sustancial la inversión, y en particular la inversión privada, tanto porque el proceso se centra en la producción de bienes de consumo —que sin duda absorben menos capital que los bienes de producción—, como porque el Estado descarga a la empresa privada de buena parte de responsabilidad y aporta entre el 30% y 40% y aun el 45% de la formación bruta de capital;

● Los monopolios y oligopolios extranjeros, que anteriormente eran exportadores de manufacturas que nuestro país importaba, debido a los cambios en la división internacional del trabajo y al impulso del avance técnico-científico que se producen a partir de la Segunda Guerra Mundial, devienen principalmente exportadores de bienes de producción, que en parte ellos mismos emplearán en la fabricación en México de bienes de consumo, que a menudo no sólo producen sino que también distribuyen;<sup>15</sup>

● La nueva división del trabajo y la creciente influencia de los monopolios nacionales y extranjeros reclama la intervención cada vez mayor del Estado, el

---

<sup>15</sup> El proceso de «sustitución de importaciones», que, visto del lado de la burguesía imperialista es un proceso de «sustitución de exportaciones», por producción en el exterior, agudizó el carácter dependiente de la estructura económica, en tanto implica un proceso de industrialización que sigue un camino inverso al de los países imperialistas [...] A esto se agrega, lo que es decisivo en la profundización de la dependencia, la creciente apropiación del aparato productivo interno por parte del capital monopolista internacional". Elsa Cimilo, Edgardo Lifschitz y otros, *Acumulación y centralización del capital en la industria Argentina*. Buenos Aires, 1973, pp. 178 y 179.

que se combina estrechamente con los grandes consorcios privados. En los últimos años, por ejemplo, las principales actividades descansan en inversiones que, en términos generales, se entrelazan de la manera representada en el cuadro que sigue (p. 250).

● La industrialización sustitutiva estimula el desarrollo desigual del mercado interno, aunque a consecuencia sobre todo de la rápida concentración y centralización del capital que promueve y del peso creciente de los monopolios extranjeros, imprime al proceso de acumulación caracteres que se expresan en graves desajustes y contradicciones. Así por ejemplo:

— Las nuevas inversiones se orientan hacia una tecnología de alta intensidad de capital, pues generalmente es ésta la más moderna, la que se obtiene con mayores facilidades financieras, la que usan las grandes empresas en todo el sistema y la más rentable. Aparte de que ello intensifica la dependencia tecnológica, eleva la composición del capital sobre todo en las ramas más dinámicas y concentra el ingreso y por tanto la capacidad de compra en una minoría privilegiada, ahonda además el desequilibrio entre la oferta y la demanda de trabajo, pues mientras la primera aumenta de prisa, la segunda se rezaga debido a que ni las actividades tradicionales ni las nuevas absorben la fuerza de trabajo disponible, siquiera en las condiciones en que el capitalismo lo hizo en otros procesos de industrialización;

— Si bien en un principio la sustitución parece suavizar la dependencia comercial, el proceso pronto crea situaciones aun más difíciles que las que pretende resolver. Dadas las distorsiones de la estructura productiva, y sobre todo la ausencia de un fuerte y bien integrado sector que produzca bienes de producción, el impulso a la producción interna de bienes de consumo reclama importaciones crecientes de bienes interme-

dios y de capital, que incluso suelen traer consigo que el coeficiente global de importación aumente. Y aunque para responder a tales presiones se fomenta la exportación y se buscan otras fuentes de divisas, el desequilibrio de la balanza comercial y poco después de la de mercancías y servicios se agrava como nunca antes;<sup>16</sup>

EL ENTRELACE DE INVERSIONES

<i>Actividad</i>	<i>Capital Privado</i>		<i>Capital Estatal</i>
	<i>Nacional</i>	<i>Extranjero y paraestatal</i>	
Infraestructura (Obras hidráulicas, comunicaciones, educación, salud, etcétera)			—
Agricultura-ganadería	—		—
Minería	—	—	—
Energéticos			—
Hierro y Acero	—		—
Maquinaria y Equipo		—	—
Cemento	—	—	
Automotriz e industrias auxiliares		—	—
Petroquímica secundaria	—	—	
Fertilizantes	—		—
Papel	—	—	—
Farmacéutica	—	—	
Alimentos, bebidas y tabaco	—	—	
Textiles	—	—	
Construcción	—		
Comercio y Servicios no financieros	—	—	—
Banca	—		—

<sup>16</sup> Esta última por ejemplo, cuyo déficit es de 1 796 millones de pesos en 1962, en 1965 exhibe ya un desequilibrio de 4 473 millones, de 7 362 millones en 1969, 9 519 en 1972, 14 907 en 1973 y 32 654 millones de pesos en 1974.

— El desajuste de la balanza de pagos no es propiamente externo: exhibe en el fondo desequilibrios internos y resulta del rol que, bajo el capitalismo monopolista de Estado, corresponde a un país subdesarrollado como el nuestro en el sistema y en la división internacional del trabajo. Sus efectos, además, no se limitan a las transacciones con el exterior —en donde agudizan la dependencia—, sino que se extienden a la órbita monetaria y financiera, acentuando el déficit interno del Gobierno y provocando un creciente endeudamiento dentro y fuera del país, lo que a su vez fomenta la inflación y provoca otros problemas;

— En fin, la insuficiente utilización de la capacidad instalada, la ineficiencia de muchas empresas aun de las recién construidas, el peso de las altas ganancias y la posibilidad de los grandes consorcios de manipular los precios, y sobre todo, el que pese a los avances en el proceso industrial éste vuelva a quedar atrás —en términos relativos incluso más atrás que antes— y además dependiendo cada vez más de la nueva estructura económica de los países metropolitanos, todo ello vuelve muy difícil la acumulación de capital y aun reclama, como hemos visto, enormes gastos improductivos para facilitar la realización del excedente.

En otras palabras: en condiciones históricas muy distintas a aquellas en que funcionó lo que podríamos llamar el modelo clásico del desarrollo capitalista, la política de industrialización sustitutiva de importaciones intenta en cierto modo repetir dicho modelo, y a la postre ni consigue hacerlo con éxito ni logra tampoco forjar, como lo han hecho los países socialistas, una nueva estrategia del desarrollo.

Los monopolios no son, desde luego, los únicos causantes de esa incapacidad. En una perspectiva histórica, sin embargo, es indudable que el desarrollo del capitalismo a escala mundial y, concretamente, del imperialismo, contribuyeron en forma decisiva a esta-

blecer y mantener los patrones de división internacional del trabajo que hicieron de nuestras economías lo que son: entidades subordinadas, deformes, desarticuladas y aun interiormente desgarradas por haberse desarrollado —o si se prefiere, subdesarrollado— dentro de un sistema que siempre las privó de las actividades productivas claves que, en cada etapa, debieron haber sido el centro motor del desarrollo nacional, y que las hizo funcionar conforme a exigencias ajenas y patrones de dependencia cambiantes, que nunca pudieron ni podrán ser rotos bajo el capitalismo.

*La contradicción fundamental, las distorsiones estructurales y el mercado*

Con estos nuevos elementos comprenderemos mejor cómo se expresa la contradicción fundamental en el proceso de acumulación.

El proceso de acumulación de capital nunca se desenvuelve lineal ni gradualmente. Aún en aquellas fases iniciales en que fundamentalmente descansa en el aumento del nivel de empleo, como ocurrió quizás en México entre los años noventa del siglo pasado y 1910, y de nuevo, entre 1935 y la década de los sesenta, la extracción de plusvalía absoluta y relativa se combina estrechamente, y mientras en ciertos procesos la primera supera en importancia a la segunda, en otros acontece lo contrario.<sup>17</sup> Podría decirse, sin embargo,

---

<sup>17</sup> Entre 1900 y 1921, tanto la población total como la ocupación no registraron —por la pérdida de vidas humanas, la destrucción de riqueza y la desorganización económica provocadas por la Revolución— aumentos significativos. Del último de esos años a 1930 la situación empezó a cambiar y la población a crecer de nuevo, llegando a 16.5 millones de habitantes, con una población económicamente activa (PEA), de 5.7 millones. Si tomáramos esta última cifra como correspondiente a la ocupación en 1935, pues en los cuatro años previos, de severa depresión, es muy probable que no haya aumentado el nivel de empleo, resultaría que en los siguientes 25

que sobre todo entre los años treinta y mediados de los cincuenta, tanto por el efecto que la gran depresión, la política anticíclica gubernamental y la reforma agraria cardenista tuvieron sobre el mercado de trabajo como por el rápido crecimiento demográfico de esos años, la acumulación de capital dio lugar a una creciente demanda de fuerza de trabajo que se combinó con un desarrollo bastante rápido de la agricultura en las zonas de riego, algunas manufacturas, la construcción, el petróleo, la electricidad y los transportes.

Ni entonces, empero, pudo lograrse un nivel de pleno empleo, pues el excedente de mano de obra rural y urbana provocado por el desplazamiento y la destrucción de ciertas formas de pequeña producción mercantil y aun capitalista así como el rápido crecimiento natural de la población, determinaron una oferta de brazos siempre superior a la demanda. El problema del desempleo tendió a agudizarse a medida que el capitalismo fue cobrando impulso y que la industrialización reclamó inversiones más cuantiosas, que al incorporar métodos de producción más modernos elevaron la composición del capital. La industria en su conjunto jugó un importante papel en la demanda de trabajo —y por ende en el aumento del nivel de empleo entre 1934-40 y 1950-70, año en que absorbió el 22.9% de la PEA, pero lo más significativo fue el rápido incremento de la ocupación en los servicios, sobre todo en los años sesenta, cuando ya respondían del 25.5% del total. A partir de 1971 la situación se agravó, y al empezar a contraerse la tasa de acumulación y la de crecimiento del PIB y perder dinamismo el proceso económico, tendieron a elevarse el desempleo y el subempleo.<sup>18</sup>

---

años la PEA creció en 7.8 millones de personas y en 2.5 millones más en el siguiente decenio.

<sup>18</sup> “La acumulación capitalista produce constantemente, en proporción a su intensidad y a su extensión, una población obrera excesiva para las necesidades del capital [...] Ahora bien, si la existencia de una superpoblación obrera es producto necesario de la acumulación [...] ella] se convierte a su vez en palanca [...] más aún, en una de las condiciones de vida del régimen capitalista

¿A qué obedece tal situación y cómo influyen las contradicciones del proceso de acumulación en el ciclo del capital? Veamos:

Como en toda economía capitalista, especialmente a medida que avanza el proceso industrial y con él la concentración y centralización del capital, se afirma en el empresario el propósito de obtener el mayor beneficio posible. Para lograrlo, de preferencia las grandes empresas se modernizan, o en su caso empiezan a operar, como ya se señaló, con equipos que si bien elevan la productividad del trabajo y la composición técnica del capital, con lo que consiguen un mayor volumen de ganancia, deprimen a la vez la demanda relativa de mano de obra, y al crecer menos de prisa el capital variable que el constante declina la tasa de ganancia, o sea la relación entre la plusvalía y el capital total.<sup>19</sup>

Aunque regido en lo fundamental por las mismas leyes, el proceso se desenvuelve en una economía subdesarrollada de manera muy diferente de la clásica e incluso de la que es propia de los grandes países imperialistas. En efecto:

- El aumento de la composición técnica y orgánica del capital se produce en una escala restringida, tanto

---

de producción [...]” C. Marx, *op. cit.*, Tomo I, Vol. II, pp. 711 y 714.

<sup>19</sup> “La baja de la cuota de beneficio expresa, bajo una forma capitalista, el crecimiento de las fuerzas productivas de la sociedad [...] Esta sola circunstancia denota la naturaleza profundamente contradictoria de la producción capitalista. El capitalismo desarrolla las fuerzas productivas sociales para extraer de ellas el máximo de beneficio; pero el crecimiento de las fuerzas productivas provoca la baja de la cuota de beneficio.” L. Segal, *op. cit.*, pp. 242 y 243. O como dice Marx: “[...] la aplicación de maquinaria para la producción de plusvalía adolece de una contradicción inmanente, puesto que de los factores de la plusvalía que supone un capital de magnitud dada, uno de ellos, la cuota de plusvalía, sólo aumenta a fuerza de disminuir el otro, el número de obreros [...] los antagonismos y las contradicciones del empleo capitalista de la maquinaria no brotan de la maquinaria misma, sino de su empleo capitalista”, *op. cit.*, Tomo I, Vol. I, pp. 449 y 486.

económica como geográficamente —destacan las grandes empresas y en particular los monopolios, las ramas más dinámicas y las zonas más desarrolladas y que son objeto de mayor impulso—, quedando prácticamente al margen amplias áreas en la economía capitalista dominante como, sobre todo, de aquellas en que siguen presentes ciertas relaciones precapitalistas.

● A consecuencia de ello, el aumento de la composición del capital y el progreso técnico en que descansa y que a su vez genera, acentúan la desigualdad del desarrollo, y, en vez de modernizar rápidamente a las actividades más rezagadas —como lo sugieren ciertos esquemas dualistas del desarrollo—, amplían la brecha entre unas y otras, y provocan discontinuidades y aun rupturas difíciles de corregir, pues para reducirla se requerirían grandes inversiones que no interesan al capital privado y que, aun siendo de interés para el Estado, desbordan su capacidad real de acción.

● El peso creciente de los monopolios, especialmente extranjeros y su cada vez más estrecha relación con el Estado, refuerzan el capitalismo monopolista y agravan las distorsiones del sistema, contribuyendo a mantener altas tasas de ganancia y plusvalía, precios que suben aun cuando bajen los costos y aumente la productividad del trabajo, una profunda inequidad en la distribución del ingreso y un régimen de bajos salarios, que influye desfavorablemente en la composición y el ritmo de crecimiento de la demanda;

● La acentuación de la dependencia tecnológica, resultante en parte de lo anterior y en parte de la imposibilidad histórica de centrar el proceso de acumulación en torno a un poderoso y dinámico sector de bienes de producción, se traduce en una selección virtual de técnicas a menudo demasiado costosas e inaconsejables, en la que, en rigor, la burguesía nacional y sobre todo la extranjera impone aquellas que permiten

obtener mayores ganancias, y no utilizar mejor los recursos disponibles;<sup>20</sup>

● Las altas tasas de ganancia y de plusvalía no suponen, como hemos visto, altas tasas de acumulación, las que además se mantienen estacionarias y aun tienden a descender, incluso cuando la productividad aumenta apreciablemente. Contribuyen a ello factores que van, de nuevo, desde las distorsiones propiamente estructurales resultantes de causas históricas, hasta la composición del capital existente y el bajo nivel de la inversión productiva, el control que ejercen los monopolios extranjeros de la tecnología más avanzada, su tendencia a no auspiciar innovaciones y aun a adoptar medidas restrictivas que frenan el desarrollo; el temor a cualquier cambio político que los afecte y la tendencia a estorbarlos e incluso a usar la presión económica y aun el chantaje, para preservar una situación que les sea favorable.<sup>21</sup>

---

<sup>20</sup> “La transmisión internacional de la tecnología que se realiza al través de la acumulación «nacional» de capital suscita a —juicio de Pierre Salama— una creciente concentración del ingreso [...] que favorece la canalización de recursos hacia los sectores de fuerte intensidad de capital [...]; [...] una insuficiente expansión del empleo industrial, cuyo origen se encuentra en una reducción de la diferencia entre la tasa de crecimiento de la acumulación de capital y la tasa de crecimiento de la productividad del trabajo; una creciente incompatibilidad entre la capacidad de producción y el volumen de la demanda de productos intermedios y bienes de capital y una vulnerabilidad muy grande a las oscilaciones de la capacidad de importación” “Esos [...] efectos —añade— son la expresión del carácter particularmente contradictorio de la acumulación de capital en las economías semiindustrializadas.” *Le Procés de Sous Développement*. París, 1972, pp. 156-57.

<sup>21</sup> Carlo Benetti hace notar que en la economía subdesarrollada el cambio técnico toma cuerpo en dos tipos de inversión: la “inversión de sustitución”, que supone un “salto tecnológico” al sustituir en el sistema productivo dominado las técnicas tradicionales por las modernas, y la de “expansión”, que reemplaza algunas de las empleadas en el sistema dominante por otras. El autor observa que, en tales economías, ni una ni otra de dichas inversiones es

● Las bajas tasas de acumulación frente no sólo al monto del excedente potencial, sino en comparación con la productividad, entrañan otra contradicción que influye grandemente sobre el volumen de ocupación y el nivel de los salarios, e indirectamente sobre el mercado. La ausencia de una columna vertebral propia, además de volver inviable el desarrollo capitalista independiente, modifica el patrón clásico y deriva en una nueva ley de población que determina que la demanda y la oferta de trabajo se muevan en un marco más desfavorable para el proletariado. En efecto, ni en los momentos más propicios se lanza un nivel cercano al pleno empleo, en parte porque la mayor inversión se destina a procesos que ahorran mano de obra por unidad de capital y porque la sobreoferta de mano de obra barata, que el sistema es incapaz de absorber, configuran un régimen de salarios que deforma la composición de la demanda y la estructura productiva, agudiza la contradicción entre la producción y el consumo y vuelve más difícil e inestable la circulación del capital.

● Lo anterior no significa que, como suele decirse a menudo en las explicaciones burguesas y neopopulistas, la acumulación tropiece con grandes dificultades porque no hay mercado interno o porque éste es sumamente estrecho. Así como la acumulación determina el volumen de ocupación y, por consiguiente, el des-

---

capaz de impulsar a la manera clásica el desarrollo. La primera es débil y trae consigo un gran desperdicio de medios de producción (capacidad ociosa) y de la fuerza de trabajo, liberada por el avance técnico, y que el sistema no puede absorber. En cuanto a la "inversión de expansión", que es la principal, la retención de gran parte de los incrementos de productividad por parte de los monopolios, la industrialización subordinada y la no conversión de las grandes ganancias en inversión productiva, se expresan en una contradicción "entre el poder privado sobre las inversiones y las estructuras de producción creadas por esa misma inversión". *L'accumulation dans les pays capitalistes sous-développés*. París, 1974, pp. 175 y 313.

empleo y el nivel de los salarios, también determina en gran medida la división social del trabajo, el monto y la distribución del ingreso y el ritmo y las condiciones de desarrollo del mercado.

Lo que ocurre es que éste se desenvuelve anárquicamente, impide el curso regular de la acumulación y ahonda las desproporciones entre la producción y el consumo, debido a que su desarrollo descansa, en buena medida, en el más rápido crecimiento del Sector I, que del Sector II.<sup>22</sup> Pero la relativa independencia de aquel respecto a éste, es decir del consumo productivo frente al individual no implica, desde luego, que uno pueda desligarse en definitiva del otro. Significa más bien que bajo el capitalismo el mercado interno, lejos de no poder desarrollarse si el consumo se rezaga, sólo puede hacerlo así, esto es, a través de la contradicción producción-consumo, que en el fondo no es sino una de las formas principales en que se manifiesta la contradicción fundamental del sistema. Todo lo cual demuestra que, como dice Bujarín, “El proceso de producción capitalista representa, en última instancia, la producción ampliada de las contradicciones capitalistas...”<sup>23</sup>

---

<sup>22</sup> “La conclusión más importante de la teoría marxista de la realización [...] —señala Lenin— es la siguiente: el desarrollo de la producción capitalista y también, consiguientemente, del mercado interior, no se efectúa a expensas de los medios de consumo como a expensas de los medios de producción [...]” “Se trata, realmente, de un aumento de la producción que no va acompañado del correspondiente aumento del consumo. Pero esta contradicción no es inherente a la doctrina, sino a la vida real; es una contradicción que responde enteramente a la propia naturaleza del capitalismo y a las demás contradicciones características de este sistema [...]” V. I. Lenin, *El Desarrollo del Capitalismo en Rusia*, fragmento publicado como Apéndice del Tomo II de *El Capital*, edición citada, pp. 604 y 607.

<sup>23</sup> *Imperialism and the accumulation of capital*. Nueva York, 1972, p. 203. Refiriéndose a la “compleja formación socioeconómica llamada «subdesarrollo», el economista T. Szentes hace notar que “La interrelación dialéctica de esta compleja formación comprende también [...] cierta interacción de causas y efectos [...] Interior-

Y el problema se agrava bajo el capitalismo del subdesarrollo, debido a que la debilidad orgánica y aún la ausencia de áreas fundamentales del Sector I —que en gran parte quedan en la metrópoli imperialista—, determinan que la reproducción y el aumento del capital constante no jueguen el papel decisivo que debieran tener en el proceso de acumulación y en el desarrollo del mercado interno. Por ello, y porque tal situación altera profundamente las relaciones técnico-económicas y limita las posibilidades de apoyo mutuo entre el Sector I y el II, los problemas de realización tienden a agravarse, lo que a menudo alarga el ciclo de rotación del capital y aun provoca rupturas que culminan en una crisis.<sup>24</sup>

La agudización de la contradicción fundamental y la tendencia al descenso de la tasa de ganancia en que se expresa, determinan la crisis; pero no se producen ni desenvuelven de manera mecánica. Sobre todo en una economía fuertemente monopolizada y en que el movimiento obrero es débil, contrarrestan tal tendencia el aumento de la tasa de explotación, la elevación de los precios por encima de sus correspondientes valores, la generalización de las ventas a crédito y en general la posibilidad de suplir la insuficiencia de liquidez o de recursos propios, con préstamos bancarios y otros financiamientos; la inflación, que ahora se vuelve crónica y que, sobre todo cuando suben los salarios se en-

---

*mente*: los efectos e interacciones procedentes de los sectores (el moderno y el tradicional) se refuerzan unos a otros en forma acumulativa, agudizan la desintegración y restringen el desarrollo de los factores y fuerzas necesarios para una transformación estructural. *Externamente*: la supervivencia del mecanismo de la dependencia y la succión del ingreso y por consiguiente [...] la *reproducción del «subdesarrollo» como sistema*, por una parte, y la concentración creciente de los factores dinámicos del crecimiento en los países más avanzados, [...] por la otra, llevan a la *reproducción ampliada del atraso relativo*, esto es, a ampliar las diferencias internacionales en el desarrollo de las fuerzas productivas." *The Political Economy of Underdevelopment*, Budapest, 1971, pp. 284-85.

<sup>24</sup> Sobre este tema, véase el artículo del autor publicado en el número 3 de *Estrategia*, México, mayo-junio de 1975.

carga de redistribuir el ingreso en favor de la burguesía; el apoyo que el Estado otorga a los grandes capitalistas a través de cuantiosas inversiones sin las cuales el aumento de la composición del capital —y por tanto la caída de la tasa de ganancia— sería mucho más rápido, y las compras que el propio Estado hace a las empresas, asegurándoles un mercado del que, en otras condiciones, carecerían.<sup>25</sup>

Pero en la medida en que el esfuerzo para suavizar las contradicciones del sistema descansa en la creciente explotación de los trabajadores y en otras medidas que a la postre tienden, a la vez, a agudizar sus más graves desajustes, el remedio resulta peor que la enfermedad y el paciente va reclamando dosis crecientes de drogas que alivien su agonía.

La acumulación de capital, como se sabe, influye decisivamente en la estructura de clases, creando y haciendo crecer un proletariado y una burguesía que se enfrentan entre sí y cuya lucha influye, a su vez, sobre aquellas. Las contradicciones propiamente económicas no se traducen, desde luego, en desajustes políticos análogos y menos todavía idénticos. El nivel de unas y otros puede y es, con frecuencia, diferente —como es obvio en nuestro país— de ahí que sea erróneo equiparar, digamos el grado en que aumenta la composición del capital —o sea la relación capital-trabajo—, con aquel en que se agudiza la contradicción entre los capitalistas y los trabajadores. Sería interesante, para apreciar debidamente y en conjunto el cuadro de contradicciones conforme a las cuales se desarrolla la sociedad mexicana y saber cómo enfrentarnos a ellas, pasar del análisis que aquí hemos intentado a examinar lo que ocurre en otras instancias. Ante la imposibilidad, sin embargo, de hacerlo en esta ocasión, me limitaré a decir que, a juzgar por la his-

---

<sup>25</sup> \*[...] el principal elemento utilizado para hacer frente a la tendencia al subconsumo es el gasto improductivo del Estado. En la etapa imperialista, el Estado se «vuelca en la estructura» y participa directamente en la explotación del proletariado y en el proceso de acumulación de capital". Arturo Guillén, "Obstáculos a la Acumulación de capital en los Países Subdesarrollados". *Problemas del Desarrollo*, No. 20. México, 1974, p. 61.

toria, así como las contradicciones del proceso de acumulación determinan en el fondo a las que surgen en otros planos, sólo una lucha política verdaderamente revolucionaria, que incorpore las reivindicaciones inmediatas y más legítimas de las masas a una estrategia que haga posible la toma del poder, sólo una lucha así, que descansa en las posiciones teóricas del socialismo científico, es capaz de enfrentarse y de resolver con éxito las más graves fallas del capitalismo monopolista de Estado.

Se terminó de imprimir este libro el  
día 16 de marzo de 1979, en los  
talleres de la Editorial Libros de  
México, S. A., Av. Coyoacán 1035,  
México 12, D. F.

Su tiro consta de 2,000 ejemplares.